

CRÓNICAS DE UN NUEVO HABITAR

Producción de subjetividad urbana
entre las mediaciones de un plan sociohabitacional

Eduardo Álvarez Pedrosian

CRÓNICAS DE UN NUEVO HABITAR

Producción de subjetividad urbana
entre las mediaciones de un plan sociohabitacional

La publicación de este libro fue realizada con el apoyo de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de la Universidad de la República.

Los libros publicados en la presente colección han sido evaluados por académicos de reconocida trayectoria en las temáticas respectivas.

La Subcomisión de Apoyo a Publicaciones de la CSIC, integrada por Mónica Lladó, Luis Bértola, Carlos Demasi, Cristina Mazzella, Sergio Martínez, Carlos Carmona y Aníbal Parodi ha sido la encargada de recomendar los evaluadores para la convocatoria 2016.

© Eduardo Álvarez Pedrosian, 2016
© Universidad de la República, 2018

Ediciones Universitarias,
Unidad de Comunicación de la Universidad de la República (UCUR)

18 de Julio 1824 (Facultad de Derecho, subsuelo Eduardo Acevedo)
Montevideo, CP 11200, Uruguay
Tels.: (+598) 2408 5714 - (+598) 2408 2906
Telefax: (+598) 2409 7720
Correo electrónico: <infoed@edic.edu.uy>
<www.universidad.edu.uy/bibliotecas/>

ISBN: 978-9974-0-1579-1

CONTENIDO

PRESENTACIÓN DE LA COLECCIÓN BIBLIOTECA PLURAL, <i>Roberto Markarian</i>	7
AGRADECIMIENTOS.....	11
PRÓLOGO, <i>Fernanda Arêas Peixoto</i>	13
Las artes de construir.....	13
PRESENTACIÓN.....	17
ESPACIALIDADES EMERGENTES EN UN TERRITORIO DISGREGADO.....	19
Una línea de investigación en ciudad. Comunicación y espacialidades.....	19
Metropolización y rural-urbanidad.....	23
Depósitos espaciales y fragmentación de la subjetividad en la periferia.....	25
Territorios y territorialidades en los intersticios urbanos.....	28
Esta investigación: diseño y construcción de nuevos habitares.....	31
EL SUELDO DEL ENTONCES PRESIDENTE JOSÉ PEPE MUJICA Y SU <i>BUQUE INSIGNIA</i>	35
¿A quién le importa?.....	35
La aceleración después del silencio.....	37
Alcance mundial: emergentes, conmociones y ecos.....	39
Llegaron las elecciones nacionales.....	42
Lo urbano y sus movimientos puestos en juego.....	45
EL ARTE DE CONSTRUIR CIUDAD ALLÍ DONDE ES MÁS URGENTE.....	49
Entre los campos de intervención.....	49
La gestión urbana en su proyección local contemporánea.....	51
La informalidad de la informalidad.....	54
TERRITORIOS METROPOLITANOS DEL PLAN JUNTOS: PAISAJES DE LA RESISTENCIA.....	57
El oeste montevideano a través de algunos de sus rasgos territoriales.....	57
Bahía adentro, el puente y la curva.....	67
Laberintos de vida entre ruinas industriales.....	76
Amanecer: al costado del camino.....	79
La Cachimba del Piojo: al borde del agua.....	92
MANOS A LA OBRA.....	119
Experiencias nuevas entre vínculos cercanos.....	119
Maestros, aprendices y algo más.....	140
Lo humano y no humano en la práctica de formalización.....	149
«Construir ya es habitar».....	153
Frente a nuevas dimensiones de la materia y la técnica.....	161

ESPACIOS Y PÚBLICOS.....	177
¿Qué es un territorio?.....	177
De al lado, de abajo y de más allá.....	179
Espacio(s) y público(s).....	184
VISLUMBRANDO INTIMIDADES: NARRATIVAS ESPACIALES EN TRÁNSITO.....	195
De lo privado a lo íntimo.....	195
Estancias y paseos en compañía.....	197
El ensueño poético tras años a la intemperie.....	199
El fuego interior y el taller de oportunidades.....	213
Creatividad y empoderamiento.....	227
ETNOGRAFÍA PROSPECTIVA: EL TRABAJO EN LA FRAGILIDAD, LO INCIERTO E INCIPIENTE.....	229
La experiencia de los alcances y las limitaciones.....	229
Antiantietnografía.....	232
Involucramientos.....	236
En medio de la transformación del hábitat y el habitar.....	240
Las incertidumbres del trabajo de campo como dinamizadoras.....	245
A MODO DE CIERRE: VIDA, PROYECTO Y CONCRECIÓN.....	247
BIBLIOGRAFÍA.....	251
Otras fuentes.....	261
Filmografía.....	262

Presentación de la Colección Biblioteca Plural

La Universidad de la República (Udelar) es una institución compleja, que ha tenido un gran crecimiento y cambios profundos en las últimas décadas. En su seno no hay asuntos aislados ni independientes: su rico entramado obliga a verla como un todo en equilibrio.

La necesidad de cambios que se reclaman y nos reclamamos permanentemente no puede negar ni puede prescindir de los muchos aspectos positivos que por su historia, su accionar y sus resultados, la Udelar tiene a nivel nacional, regional e internacional. Esos logros son de orden institucional, ético, compromiso social, académico y es, justamente, a partir de ellos y de la inteligencia y voluntad de los universitarios que se debe impulsar la transformación.

La Udelar es hoy una institución de gran tamaño (presupuesto anual de más de cuatrocientos millones de dólares, cien mil estudiantes, cerca de diez mil puestos docentes, cerca de cinco mil egresados por año) y en extremo heterogénea. No es posible adjudicar debilidades y fortalezas a sus servicios académicos por igual.

En las últimas décadas se han dado cambios muy importantes: nuevas facultades y carreras, multiplicación de los posgrados y formaciones terciarias, un desarrollo impetuoso fuera del área metropolitana, un desarrollo importante de la investigación y de los vínculos de la extensión con la enseñanza, proyectos muy variados y exitosos con diversos organismos públicos, participación activa en las formas existentes de coordinación con el resto del sistema educativo. Es natural que en una institución tan grande y compleja se generen visiones contrapuestas y sea vista por muchos como una estructura que es renuente a los cambios y que, por tanto, cambia muy poco.

Por ello es necesario:

- a. Generar condiciones para incrementar la confianza en la seriedad y las virtudes de la institución, en particular mediante el firme apoyo a la creación de conocimiento avanzado y la enseñanza de calidad y la plena autonomía de los poderes políticos.
- b. Tomar en cuenta las necesidades sociales y productivas al concebir las formaciones terciarias y superiores y buscar para ellas soluciones superadoras que reconozcan que la Udelar no es ni debe ser la única institución a cargo de ellas.
- c. Buscar nuevas formas de participación democrática, del irrestricto ejercicio de la crítica y la autocrítica y del libre funcionamiento gremial.

El anterior rector, Rodrigo Arocena, en la presentación de esta colección, incluyó las siguientes palabras que comparto enteramente y que complementan adecuadamente esta presentación de la colección Biblioteca Plural de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), en la que se publican trabajos de muy diversa índole y finalidades:

La Universidad de la República promueve la investigación en el conjunto de las tecnologías, las ciencias, las humanidades y las artes. Contribuye, así, a la creación de cultura; esta se manifiesta en la vocación por conocer, hacer y expresarse de maneras nuevas y variadas, cultivando a la vez la originalidad, la tenacidad y el respeto por la diversidad; ello caracteriza a la investigación —a la mejor investigación— que es, pues, una de las grandes manifestaciones de la creatividad humana.

Investigación de creciente calidad en todos los campos, ligada a la expansión de la cultura, la mejora de la enseñanza y el uso socialmente útil del conocimiento: todo ello exige pluralismo. Bien escogido está el título de la colección a la que este libro hace su aporte.

Roberto Markarian

Rector de la Universidad de la República

Mayo, 2015

A Verónica y Victoria, por nuestros hogares

Agradecimientos

A todos quienes participaron en esta etnografía, en particular a los habitantes de Amanecer y La Cachimba del Piojo de Montevideo, Uruguay, y a los integrantes del Plan Nacional de Integración Socio-Habitacional Juntos.

A los queridos compañeros del Colectivo Artes, Saberes y Antropología (ASA), del Departamento de Antropología de la Facultad de Filosofía, Letras y Ciencias Humanas, de la Universidad de São Paulo (FFLCH-USP), con quienes compartimos estos últimos tres años de intensos diálogos enriquecedores. Y, en especial, a su coordinadora y supervisora del programa de posdoctorado, la doctora Fernanda Arêas Peixoto, por su dedicación y sabiduría compartida en todo momento con inmensa gratitud.

Prólogo

Las artes de construir

¿De qué tratan estas CRÓNICAS DE UN NUEVO HABITAR? ¿De las políticas habitacionales del gobierno de Pepe Mujica y del Plan Juntos, tarjeta postal de su período al frente de la presidencia del Uruguay? ¿De la cotidianeidad en las periferias urbanas de Montevideo? ¿De la ciudad contemporánea? La respuesta más fiel a estas preguntas sería: ellas *también* tratan de esos temas. Ello porque los nueve capítulos que componen el volumen no poseen tan solo focos específicos, por lo que pueden ser leídos como textos autónomos, debido a que cada uno de ellos está compuesto de muchas capas; capas sedimentadas por la acumulación de materiales de investigación y lecturas diversas, fruto de la circulación de su autor por campos de conocimiento no siempre frecuentados por un mismo profesional: filosofía, antropología, geografía, arquitectura, estudios urbanos y comunicacionales. A los tránsitos disciplinares, Eduardo Álvarez Pedrosian asoció los desplazamientos geográficos (el doctorado realizado en Barcelona y el posdoctorado hecho en San Pablo), lo que le permitió combinar literaturas y tradiciones dispares. Este libro es, por tanto, el resultado de los movimientos y las experiencias de su creador, que dejan marcas de lo propio de sus análisis, tocado por un amplio espectro de referencias y en el estilo de su prosa.

Sin pretender resumir el contenido de estas extensas páginas y para dejar al lector la aventura de descubrirlas, diría que los tres primeros capítulos brindan una especie de cuadro para los cuatro siguientes, en los cuales la etnografía realizada en dos áreas contempladas por el Plan Juntos, las zonas denominadas Amanecer y La Cachimba del Piojo, se expone de modo más evidente. El último capítulo, por su parte, se muestra como una reflexión sobre la investigación etnográfica, que el autor decidió colocar al final, el cual bien podría estar al principio —una vez más, la relativa independencia de los textos, que pueden ser leídos separadamente o en diverso orden.

En el primer capítulo, deliberadamente introductorio, se nos presenta la historia de la investigación comenzada en 2012, la que se liga a temas y problemas de la etnografía anterior, en el origen de *Casavalle bajo el sol* (2013). En esta apertura, Eduardo también explicita su punto de vista teórico, marcado, entre otros, por la filosofía de Deleuze y Guattari, por la fenomenología de Heidegger y por la antropología de Ingold, que llevan a colocar el énfasis en el análisis de las territorialidades emergentes, en los procesos de subjetivación, en las mediaciones y devenires, en el habitar como práctica creadora y en las formas de sondear el ambiente, elecciones que lo hacen rechazar estabildades categoriales y dualismos, como centro y periferia, público y privado, hacer y saber.

El segundo capítulo, dedicado a la repercusión mediática del Plan Juntos, da paso a la dimensión política de un proyecto que termina por confundirse con su artífice, el actual expresidente José Mujica, que llega a financiar, con su propio salario, las obras de este plan sociohabitacional, emblema de una forma de gobierno y de un modo de hacer política que alcanza notoriedad internacional a fines de 2013. El tercero, «El arte de construir ciudad allí donde es más urgente», se vuelca hacia los debates en torno al Programa de

Mejoramiento de Barrios (PMB), después de quince años de funcionamiento, cuestiones centrales que le conciernen al Plan Juntos (la segregación, la ciudad informal y las políticas habitacionales), brindando, además, una visión ampliada de la ciudad de Montevideo y de sus zonas periféricas.

En estos primeros capítulos, el lector se sitúa en amplias problemáticas, así como es expuesto al examen de la escena uruguaya. Más allá de esto, aprendemos a reconocer el modo en que Álvarez Pedrosian se aproxima a los temas bajo escrutinio: su forma de hacer y pensar la etnografía asociada a la colaboración y la intervención, su manera de concebir la arquitectura como modalidad de conocimiento, y su atención a la geografía y los paisajes naturales, tomando las relaciones con los sujetos y las materialidades (los puentes, las ruinas industriales, los muros, las casas y las calles, tantas veces descritas y comentadas).

En los cuatro capítulos siguientes, acompañamos al etnógrafo en el campo y sus hallazgos: los recorridos a través de las zonas estudiadas, las observaciones registradas en el diario de campo, las imágenes fotográficas (fundamentales para la composición de los relatos), los bosquejos y las cartografías. También se nos presentan las personas que él encuentra a lo largo de sus travesías, con las que conversa y que lo guían por los interiores de sus casas y por los meandros de la vida familiar.

La investigación fue realizada en un momento particularmente interesante: en las fases de creación y primera implementación del plan sociohabitacional que preveía la autoconstrucción de viviendas por parte de los beneficiarios (pobres de la ciudad y recién llegados de otros medios), para el cual se contó con una intensa participación de voluntarios. En un período marcado por experimentos y testeos, y especialmente marcado por las expectativas de todos los involucrados con la construcción de nuevas viviendas, el etnógrafo se encontró con procesos de participación y gestión compartidos entre habitantes y técnicos, y se colocó él mismo como parte de esas situaciones observadas. En función de las inspiraciones teóricas y los casos en examen, la etnografía pudo seguir hacer cosas constructivas, prácticas y saberes vinculados a la producción de nuevos habitares.

Parece claro que no se trata de realizar una historia del Plan Juntos, ni de proceder a su evaluación; sin embargo, el libro contribuye en ambos sentidos. El plan ofrece, esto sí, un contexto privilegiado para que el antropólogo entrevea la formación y transformación de paisajes, capturando la generación de territorios, producidos en el encuentro de subjetividades, materialidades, saberes y lugares. En palabras del autor:

De cualquier manera, este estudio no es sobre el plan, sino sobre las transformaciones en las formas de habitar y los procesos de subjetivación asociados a estas en el contexto de dicho plan, en el entendido de lo que moviliza su actuación en el hábitat y las dinámicas sociales promovidas por sus actividades junto con los habitantes. En tal sentido, la elección de nuestros casos no responde a una representatividad, digamos, proporcional a ninguna totalidad del universo en el que el Plan Juntos actúa. De todas formas, dado que nos interesan territorios en transformación por la acción de este tipo de políticas, calificadas de sociohabitacionales, no podemos desconocer sus características. Se trata, más bien, de tenerlas presentes, pero en función de la posibilidad de realizar un abordaje etnográfico en realidades apropiadas para la investigación de los fenómenos antropológicos y comunicacionales propios del habitar, en las situaciones de mayor precariedad y urgencias a considerar (p. 57).

Como fue dicho al principio, son muchas las capas que conforman este libro: mapeos histórico-sociológicos, discusiones teórico-metodológicas, reflexiones metodológicas, revisiones bibliográficas y descripciones etnográficas, todo ello sin contar con las fotografías del autor, que pueden ser consideradas como una capa narrativa más. En este sentido, estas CRÓNICAS DE UN NUEVO HABITAR invitan al lector a recorrer caminos diversos, dotados de diferentes espesores y topografías, cada uno abriendo nuevas direcciones y permitiendo entrever otras rutas posibles, todas dotadas de gran interés.

Entre los recorridos proyectados, los que me resultan más interesantes como lectora (y, de cierto modo, compañera de parte de esas discusiones de Eduardo) son aquellos que dejan ver laberintos de vida y experiencias mezcladas que solo la inmersión desde abajo permite figurarse. Allí, no solo las prácticas ordinarias se revelan como invenciones originales (como las viviendas populares erigidas con sobras y restos de materiales), sino que también los procesos de creación se muestran en diversas expresiones: fundar, habitar, clasificar y distribuir, como indica el autor, así como hacer casa y familia, esbozar diseños y tipologías arquitectónicas, producir paisajes y relaciones, recrear el presente y proyectar futuros, en los que los súbditos puedan ser considerados, de una vez por todas, como ciudadanos.

Antropología en la ciudad, de la ciudad y por el derecho a la ciudad, los estudios de Eduardo Álvarez Pedrosian aquí reunidos interrogan la escena urbana actual, dirigiéndose a quienes por ella se interesen, no importa en qué dominio.

*Fernanda Arêas Peixoto*¹

1 Fernanda Arêas Peixoto es profesora del Departamento de Antropología de la Universidad de São Paulo (usp), investigadora del Consejo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (cnpq) y coordinadora del Colectivo ASA-Artes, Saberes y Antropología.

Presentación

Esta investigación posdoctoral se centra en el estudio de la composición, diseño y construcción de nuevas formas de habitar gracias a la efectuación de transformaciones en el entorno, a partir de un cruce de perspectivas que se articulan en el análisis de los procesos de subjetivación y de las dinámicas comunicacionales. Está compuesta por diferentes capítulos, los cuales fueron pensados procurando mantener la doble condición de ser, al mismo tiempo, parte de un conjunto e independientes de este, en la medida de lo posible. En tal sentido, es factible la lectura en diversos órdenes y secuencias. De todas formas, existe un trayecto que se pretende enfatizar y que surge como esfuerzo cartográfico.

Comenzamos introduciéndonos en una serie de investigaciones precedentes que han marcado el camino en tanto que antecedentes de problemáticas y abordajes aquí considerados. Luego, presentamos un primer acercamiento, a lo largo del tiempo en que desarrollamos el trabajo de campo, a lo que significó la primera etapa de creación y puesta en marcha del Plan Nacional de Integración Socio-Habitacional Juntos, *buque insignia* de la presidencia del exmandatario José *Pepe* Mujica en Uruguay. Posteriormente, intentamos caracterizar los desafíos más importantes en el ámbito de la gestión urbana contemporánea local. Aquí el lector debe pensar con perspectiva este plan en particular, para avanzar también en la caracterización de las experiencias que a continuación son abordadas.

Es así que pasamos a trabajar directamente sobre los paisajes urbanos y territoriales que conforman y son parte de los universos considerados, en diversas escalas, como casos de esta investigación. Esto nos permite poner en clave al lector en lo relativo a los escenarios, sujetos y circunstancias en cuestión, al mismo tiempo que avanzamos en la problematización de estos. Seguidamente, nos sumergimos en los fenómenos medulares de la investigación a partir del tipo de agenciamiento más característico con relación a ello: las prácticas de transformación del entorno en el marco de las intervenciones edilicias.

Posteriormente, nos planteamos la cuestión del denominado espacio público. Para ello, intentamos superar las esencializaciones presentes en su formulación corriente a partir de considerar las formas de habitar características de algunos de los perfiles de habitantes, en el contexto de la gestación de un nuevo territorio y sus territorialidades, mediante el estudio de las mediaciones y configuraciones que se van suscitando en el proceso, lo que también nos permite explicitar el problema de lo territorial en su composición y habitabilidad. Complementando lo anterior, luego, nos dedicamos, en profundidad, a abordar los ámbitos más bien de la intimidad que privados, siguiendo tal dirección de análisis y su abordaje. Esto nos permite comprender los asuntos más específicos concernientes a la experiencia y producción de subjetividad sobre el espacio-tiempo existencial y sobre lo que se encuentra implícito en lo que se identifica como lo más propio y significativo al respecto.

Pasamos, después, a consideraciones de orden epistemológico-metodológico sobre todo lo anterior, lo que nos permite plantear la existencia de lo que denominamos etnografía prospectiva, que es tanto un tipo de abordaje (el más acorde a los fenómenos aquí investigados) como un rasgo o cualidad que podemos encontrar en la etnografía en general.

Finalmente, concluimos con unas breves notas a modo de cierre, a propósito de la forma en que hemos trabajado sobre la creación y establecimiento de nuevos habitares.

Nota

Los nombres de todos los participantes han sido alterados para mantener el anonimato.

Las fotografías presentes en el trabajo son parte del proceso de investigación, con excepción de aquellos casos en los que se indican las fuentes respectivas.

Espacialidades emergentes en un territorio disgregado²

Una línea de investigación en ciudad. Comunicación y espacialidades

A antropologia das emergências, do contemporâneo, é a que vai descobrir o que nasce, o que se transforma, o que está em processo.

Michel AGIER, *Antropologia da cidade. Lugares, situações, movimentos* (2011)



En estos últimos años, hemos venido desarrollando una serie de investigaciones etnográficas articuladas en torno a la espacialidad, la territorialidad y la habitabilidad, haciendo intervenir un haz de problemáticas relativas a lo holístico de las configuraciones antropológicas en cuestión (identidades, memorias y temporalidades, micropolítica, etcétera). Una línea de investigación fue esbozándose a partir de este conjunto de indagaciones. Los marcos y campos de análisis de referencia obedecen a la búsqueda de cierto tipo de diálogos, o mejor, de «intercesores» con quienes entrar en conexión y producir conocimiento desde allí, pues «siempre se trabaja en grupo, incluso aunque sea imperceptible. Tanto más cuando no lo es [...]» (Deleuze, 1996c: 202). En tal sentido, en las últimas décadas, se han

ido generando diferentes ámbitos con este modo de vocación inter- y transdisciplinaria. Los llamados estudios urbanos son un ejemplo de ello. La antropología urbana, que encuentra sus precursores en las conocidas como escuelas de Chicago y Manchester en las primeras décadas del siglo XX (Hannerz, 1980), integra este espacio originado también desde preocupaciones geográficas y sociológicas, no sin despertar problemas epistemológicos y metodológicos interesantes alrededor del quehacer etnográfico (como lo manifiestan James Ferguson, Setha Low y otros, citados en Salcedo Fidalgo y Zeiderman, 2008). El

2 Título basado en la conferencia brindada con el mismo nombre en el Seminario del Núcleo de Antropología Urbana (Seminau) del Laboratorio homónimo, Departamento de Antropología de la FFLCH-USP, el 19 de noviembre de 2013 en São Paulo. Una primera versión más reducida fue publicada en 2014 en el *Anuario de Antropología Social y Cultural del Uruguay*: ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (2014). «Espacialidades emergentes en un territorio disgregado. Lecciones montevidéanas sobre habitares, territorialidades y diseño existencial». En ROMERO GORSKI, S. (ed.). *Anuario de Antropología Social y Cultural del Uruguay*. (77-92). Vol. 12. Montevideo: Ed. Nordan-Comunidad.

urbanismo llegó sin mayores dilaciones, por sí solo y a través de los vasos comunicantes de las disciplinas en cuestión. Todos los problemas filosóficos relativos a la ontología y epistemología de las ciencias humanas y sociales se encuentran presentes en él y son, en muchos sentidos, provocados, principalmente, por fenómenos ocasionados en la ciudad, en lo urbano y la urbanidad como veremos más adelante.

La tensión, por ejemplo, entre lo individual y lo social, definida en términos de la teoría social clásica, o de la relativa a lo ajeno o a lo propio de las formas de relacionamiento o de los vínculos en la metrópoli, es consustancial a la cultura citadina. Ciertas torsiones y pliegues en el modo de enfrentar este tipo de dualismos aparecen en aquellos ejercicios de investigación, disparados por la emergencia de las grandes transformaciones industriales de la modernidad con relación a la vida urbana, «del urbanismo como modo de vida» (Wirth, 2005). La figura del urbícola, planteada por Georg Simmel (2005), es una manera de superar tal visión dicotómica, al encontrar lo extraño en lo más familiar, la disociación como forma de socialización, y de no caer en una simple oposición. Walter Benjamin (2005), por su parte, mostrará una línea de investigación igual de fecunda, poniendo lo ético y estético en relación con el devenir y sus cristalizaciones, o sea, destacará la creación de formas de ser según la dialéctica fatal de la historia y sus instituciones. Tanto la perspectiva de Simmel como la de Benjamin son aportes formidables para las bases del análisis de los procesos de subjetivación, formalizados recién en las últimas décadas del siglo pasado (con trabajos como los de Michel Foucault, Gilles Deleuze y Félix Guattari), en estos casos, vinculados a la ciudad moderna, la técnica y el habitar en ese flujo intenso de transformaciones y rupturas de las revoluciones definitorias de lo moderno.

Pasando a las últimas décadas del siglo XX y en el contexto de América Latina, los análisis en términos comunicacionales fueron encontrando en los *estudios culturales* una forma de hacer inteligible el conjunto de saberes y disciplinas que se preocupaban por problemas derivados de la vida urbana, las relaciones sociales citadinas, los estilos de vida y la producción cultural, propios de las sociedades industriales mestizas e híbridas, en principio, desde el carácter pluriétnico de la población en las sociedades más significativas al respecto y, luego, de forma mucho más compleja, tomando en cuenta la cuestión de lo heterogéneo e inacabado de lo americano en un sentido más profundo (García Canclini, 1997; Silva, 2007). Desde los primeros estudios culturales en Birmingham —aunque estos se centraran en cultura y sociedad—, la ciudad, lo urbano y la urbanidad eran temáticas fundamentales como tales. Los desarrollos posteriores en Estados Unidos y en América Latina fueron ampliando y complejizando las perspectivas, pero teniendo, en nuestros temas, un interés aún más importante. En sí mismos, los estudios culturales tienen una vocación «posdisciplinaria», pero es inevitable que mantengan relaciones con las disciplinas (Jameson, 1998). Estos vínculos no son para nada sencillos, menos recíprocos, y el caso de la antropología es uno de los más sensibles al respecto (Marcus, 2001b).

En definitiva, tanto en dichos estudios como en los *estudios urbanos*, estas tendencias, que tienen orígenes en las disciplinas (antropología, crítica literaria, geografía, historia cultural, sociología, teorías del arte y la arquitectura, urbanismo), las cuales, a su vez, estuvieron alguna vez íntimamente entrelazadas en un mismo punto de partida y buscaron disociarse (como es el caso de la antropología y la geografía a fines del siglo XIX y principios del XX,

o de la antropología y la sociología a lo largo de su historia según las diversas escuelas nacionales y sus improntas), convergen, en estas últimas décadas del siglo pasado, en búsqueda de articulaciones que permitan dar cuenta de fenómenos que, al parecer, escapaban a la comprensión de cada perspectiva por separado.

La expresión combinada bajo la forma *estudios culturales urbanos* demuestra el contexto de indagaciones que genéricamente ha impulsado el desarrollo de las investigaciones sobre los problemas y temáticas que aquí tratamos a partir de la década del ochenta (García Vargas y Román Velázquez, 2011; Cháves Martín, 2013). Especialmente contextualizados en América Latina, con antecedentes en José Luis Romero, Ángel Rama y Richard Morse, estos estudios inter-, trans- e indisciplinados (como gustan plantear algunos pensadores) encuentran en la información y la comunicación un ámbito epistemológico y cultural propicio para elaborar las conexiones y síntesis teóricas sobre los imaginarios urbanos y la imaginación (García Canclini, 1997; Silva, 2007), y sobre el rol de los intelectuales y artistas en la conformación de la cultura urbana (Gorelik, 2004). Esta perspectiva puede extenderse a todo tipo de agentes sociales que intervienen en la configuración de la ciudad y lo urbano: escritores, urbanistas, políticos, grupos y movimientos sociales, saberes y prácticas heterogéneas en diversos tipos de articulaciones gracias a una mirada etnográfica (Frúgoli, Teixeira de Andrade y Peixoto, 2006).

Un enfoque como el de Edward W. Soja (2008), proyectado desde la geografía contemporánea, intenta sintetizar lo que considera como los seis discursos, asociados a escuelas de pensamiento diferentes pero articuladas, que, en el contexto de los estudios urbanos —y regionales críticos», según amplía, tomando en cuenta la siguiente fase de su desarrollo—, conforman la malla o matriz actual de alguna forma compartida en una heterogeneidad de trayectos disciplinarios y otros no tanto. Tales discursos dan cuenta de las problemáticas enfrentadas en las últimas décadas:

(1) Una metrópolis industrial posfordista flexiblemente especializada; (2) una región urbana globalizada o cosmópolis; (3) una exópolis postsuburbana o megaciudad; (4) una ciudad fractal de intensificadas desigualdades y polarización social; (5) un archipiélago carcelario de ciudades fortificadas, y (6) una colección de SimCities hiperreales, donde la vida diaria se juega de forma creciente como si fuera un juego de ordenador (Soja, 2008: 22).

Soja sostiene que es mejor combinar «estos seis [...] sin privilegiar a ninguno sobre los demás, mientras mantenemos abierta la posibilidad de desarrollar nuevos marcos de interpretación de igual importancia en el futuro (2008: 22)».

La ciudad abordada comunicacionalmente (a través de las transversalizaciones, sean expresividades emergentes u otras formas de mediación) es considerada, a su vez, en relación directa con la creación y recreación de los procesos de subjetivación, en lo que constituye una etnografía del habitar (Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro, 2013). Nuestro interés se focaliza en la espacialidad, en tanto subjetivación del espacio (Álvarez Pedrosian, 2011b), y, en tal sentido, no se corresponde exactamente con lo urbano en los términos tradicionales. Existen solapamientos por demás fundamentales, incluso relaciones de inextricabilidad entre los términos, pero no una superposición exacta. Ir de lo urbano a la espacialidad tiene que ver con el movimiento de deconstrucción general que pone los procesos de subjetivación en el nivel de análisis fundamental. Diferentes abordajes dan cuenta, en concreto o

potencialmente, de este horizonte de análisis, según las perspectivas presentes, por ejemplo, en la antropología del espacio y del lugar (Low y Lawrence-Zúñiga, 2003).

El estudio de las formas de ser a partir de prácticas y haceres singulares y singularizantes, más allá de la noción clásica de cultura, nos permite trabajar sobre la creación y recreación permanente de lo antropológico como conjunto abierto (Rabinow, 2009) que se desarrolla *entre* los elementos (Guigou y Tani, 2001), como entidad no esencial que opera una transformación constante (Álvarez Pedrosian, 2011c; Biehl, Good y Kleinman, 2007; Ingold, 2000). Para recurrir a una fuente directa de estas concepciones:

El sujeto se define por un movimiento y como un movimiento, movimiento de desarrollarse a sí mismo. Lo que se desarrolla es sujeto. Ese es el único contenido que se le puede dar a la idea de subjetividad: la mediación, la trascendencia (Deleuze, 2002: 91).

El rastreo del concepto de habitar a partir del planteo de Martin Heidegger (1994) en el contexto de su perspectiva fenomenológico-hermenéutica de tipo existencial nos permite conectar la espacialidad con la producción de subjetividad en el sentido antes mencionado (Álvarez Pedrosian, 2013b). En tales circunstancias, las dimensiones de lo espacial y temporal, que en una visión clásica se mantenían como referencias neutras en la conformación de la llamada naturaleza humana, muestran toda su artificialidad (en el sentido de hechura, creación) y pasan a ser más que relevantes a la hora de analizar los universos existenciales y las formas en estos que son habitados por seres y entidades circunstancialmente constituidos en conexión.

Pensar el ambiente desde una perspectiva de habitación, como una zona de enmarañamiento que rompe cualquier límite que podamos definir entre la interioridad de un organismo y la exterioridad del mundo, nos brinda un rumbo para ubicar la experiencia vivida de involucramiento [*engagement*] con nuestros entornos dentro de las dinámicas de sistemas abarcativos, de los cuales estos involucramientos son una parte. [...] Es tomar el primer paso en el diseño de ambientes para la vida. El segundo paso es reconsiderar el significado del diseño propiamente dicho. ¿Qué puede significar diseñar cosas en un mundo que está perpetuamente en obra a través de las actividades de sus in-habitantes, quienes tienen la tarea, sobre todo, de mantener la vida andando más que contemplar proyectos ya especificados desde el inicio? (Ingold, 2012: 30).

Si bien, como planteábamos, el estudio de la espacialidad y sus temporalidades en tanto sustrato de los procesos de subjetivación no se corresponde punto por punto con el estudio de la ciudad y de lo urbano, en nuestro caso, hemos intentado establecer el vínculo entre los tres aspectos; los distinguimos para no caer en el peligro de confundir cuestiones que son bien distintas. Las espaciotemporalidades urbanas y de lo urbano —en el sentido en que Henri Lefebvre realiza tal distinción—³ constituyen dinámicas que han venido pautando el devenir de lo humano desde el surgimiento de las ciudades, determinándolo inexorablemente de una u otra forma; cuestión que cada vez se remonta más al pasado en tanto se avanza en las investigaciones al respecto (Soja, 2008).

3 «Lo urbano [...] no es la ciudad, sino las prácticas que no dejan de recorrerla y de llenarla de recorridos; la “obra perpetua de los habitantes, a su vez móviles y movilizadas por y para esa obra”, [según Lefebvre en *El derecho a la ciudad*].» (Delgado, 2007: 11).

Lo urbano consiste en una labor, un trabajo de lo social sobre sí: la sociedad «manos a la obra», produciéndose, haciéndose y luego deshaciéndose una y otra vez, empleando para ello materiales siempre perecederos [...]; está constituido por todo lo que se opone a cualquier cristalización estructural, puesto que es fluctuante, aleatorio, fortuito [...]; es decir, reuniendo lo que hace posible la vida social, pero antes de que haya cerrado del todo la tarea [...], materia prima societaria [...], en un proceso de cocción que nunca nos será dado ver concluido [...]. Al decir de Pierre Bourdieu [...], son, en efecto, estructuras *estructurantes* [...], pero no aparecen estructuradas, sino *estructurándose* (Delgado, 1999: 25).

Metropolización y rural-urbanidad

Comenzamos nuestro periplo más allá de los bordes de la ciudad consolidada, en una villa rural en el área metropolitana de Montevideo (Álvarez Pedrosian, 2008a). Durante la última parte de 2007 y la primera de 2008, tuvimos la oportunidad de llevar a cabo una intervención en el conjunto de un proyecto de tipo socioeducativo en las proximidades del aeropuerto internacional, ya en territorios del departamento de Canelones. En medio de las actividades efectuadas sobre la base de la dinamización de los jóvenes y adolescentes de la comunidad, desarrollamos un diagnóstico antropológico a partir de la realización de historias de vida y de análisis colaborativos de documentación y archivos, así como a partir de la participación en la elaboración de un corto audiovisual sobre la historia de la localidad. En clave etnográfica y haciendo énfasis en la crítica y el diagnóstico de la coyuntura, pudimos experimentar metodológicamente al mismo tiempo que avanzar en los primeros pasos del estudio de estos fenómenos. La mancha urbana montevideana se encontraba en un proceso exponencial de expansión territorial metropolitana, que, sin aumento de su masa demográfica, iba corriéndose a un ritmo inusitado para la región y más allá de esta: un 8 % de promedio en los últimos cuatro decenios (Martínez Guarino, 2007: 147). Los conflictos internos y externos a la Villa Aeroparque tenían en los jóvenes y adolescentes el emergente por excelencia, pero respondían a procesos más vastos y complejos que intentamos, a lo sumo, indicar.

Dos cuestiones centrales aparecen aquí en relación con nuestra línea de investigación y las tesis que podemos plantear sobre las espacialidades emergentes y el tipo de fenómenos de territorialización que caracterizan Montevideo, y que, desde el caso, enriquecen una teoría de la habitabilidad y los procesos de subjetivación contemporáneos. En primer lugar, las cualidades de la metropolización, eso que es analizado por variados autores en términos sociológicos, urbanísticos y geográficos, relativo a la extensión de lo urbano como forma de vida en hibridaciones complejas (Martínez Guarino, 2007; Soja, 2008) que también puede ruralizarse (Cimadevilla, 2010). Y, en segundo lugar, desprendidos de esto último, la desdibujación y lo difuso de la misma distinción entre lo urbano y lo rural (Indovina, 2004), por lo que el caso de una llamada villa rural en el área metropolitana fue, por demás, significativo. ¿Dónde nos encontrábamos? Realmente, fue importante el extrañamiento experimentado en el trabajo de campo e intervención, en un entorno con elementos que tradicionalmente podíamos asociar a uno u otro estilo de vida y que se superponían en forma más o menos conflictiva.

Hasta la actualidad, el proceso de colonización sigue en pie, con terrenos baldíos y espacios libres entre las construcciones, el cual contrasta fuertemente con la pauperización de tipo urbano debido a la generación de asentamientos irregulares en los espacios proyectados como verdes, que fueron ocupados por pobladores que eran identificados como los otros peligrosos y hostiles por los más antiguos (Romero Gorski, 2011). Lo que comenzó siendo un paraje rural (llamado luego «barrio viejo») se convirtió en villa rural metropolitana en 1971 por la acción del mercado inmobiliario que comenzó loteando y dibujando la planta una década antes, y que luego obtuvo la autorización para vender los terrenos en un momento y a un precio que les sirvió a pobladores de entonces, expulsados de la ciudad consolidada (Andreasen, 1961), afines a los habitares campestres o cercanos a prácticas y labores muy presentes en la zona, como el trabajo en huertas, o que eran tomados como personal en batallones de la fuerza aérea. Esta doble condición fue especialmente ambigua hasta la actualidad en la dimensión institucional, en lo relativo a normativas y estipulaciones estatales y municipales, lo que repercutió en las condiciones existentes de la villa rural, en sus recursos, servicios y demás. Las narrativas de los habitantes más movilizadas y de larga data se centraban en la lucha por la sobrevivencia.

Desde los comienzos hasta el presente, desde el agua potable a las escuelas y los servicios sanitarios, las condiciones mínimas de sostén de la propia localidad se encontraban en discusión. Esto nos permitió llevar al límite la misma noción de sobrevivencia, colocarnos en medio de una experiencia en la que la consistencia de lo cotidiano estaba en entredicho, una forma de habitar asediada constantemente por la incertidumbre y que requería de la movilización de las fuerzas del colectivo para su puesta al día permanente. Enseguida, las nociones de lo colectivo y de comunidad, en fin, del conjunto o unidad de los habitantes se mostraron como un problema en sí mismo. Distintos cuerpos sociales, síntesis parciales, referencias imaginarias y reales asomaron ante las dudas de los propios habitantes que buscaban más la integración que la descomposición y multiplicación de los componentes. Por tratarse de una entidad fácilmente aislable, una localidad geográfica y demográficamente circunscrita, como en los contextos clásicos de la etnografía, se corría el riesgo de reificarla, de identificar todo fenómeno allí acontecido con una entidad fija y estable que los agrupara a todos (Salcedo Fidalgo y Zeiderman, 2008).

La propia realidad nos proporcionó lo necesario para salir de cualquier esencialismo al respecto, pues los conflictos provocados por la última crisis socioeconómica que afectó al Uruguay y la región en torno al año 2002 había dejado unas huellas profundas en la escisión y fragmentación de esa supuesta unidad perdida. Así, a partir de las entrevistas en profundidad y del análisis del material gráfico generado por diferentes vecinos más o menos organizados, nos encontramos con el enfrentamiento, en tales circunstancias, entre quienes se posicionaron como beneficiarios por un lado y dadores de recursos por el otro, en particular, en las llamadas ollas populares, cuando el alimento escaseaba por entonces. Esta distinción coincidía con la segregación residencial, con la ocupación diferencial del territorio: se trataba de una imagen construida sobre la referencia de los supuestos nuevos pobladores ubicados en los asentamientos al estilo urbano que se incrustaron en el corazón de la villa rural. Pudimos llegar a establecer que, si bien algunos de estos nuevos habitantes provenían de circuitos de migración entre asentamientos de la periferia y el área metropolitana, otros eran hijos de familias residentes allí, lo que hacía jugar las relaciones de parentesco,

las cuales se cruzaban con las demás variables consideradas, caracterizando un tipo de fragmentación social, cultural y espacial por demás significativo. Hasta los tiempos de nuestra intervención, un comedor llevado adelante por una de las ancianas de la localidad seguía sirviendo importantes cantidades de raciones diarias, en el contexto de una gran población de niños, jóvenes y adolescentes (que estimamos en un 50 % del total). Otros de los rasgos que también pudimos identificar fueron la fuerte relación estructural entre pobreza e infancia en el Uruguay hasta entonces y la importancia de las redes alternativas de apoyo.

Depósitos espaciales y fragmentación de la subjetividad en la periferia

Todo ello cobró una profundidad y alcance mayúsculos en otra investigación llevada a cabo en el área periférica de la ciudad, en la interfaz rural-urbano, como suele denominárselo desde el urbanismo. Entre mediados de 2007 y mediados de 2009, realizamos un trabajo de campo intensivo, seguido de otro período similar de procesamiento y análisis, en relación también con una intervención (Álvarez Pedrosian, 2013a). Esta etnografía de la periferia urbana contemporánea tomó como caso la zona oficialmente conocida como Cuenca de Casavalle. En ella, nos centramos en los complejos habitacionales Unidad Casavalle I y II (Las Sendas), Unidad Misiones (Los Palomares) y los asentamientos ubicados sobre el arroyo Miguelete y entre la primera unidad y el barrio Jardines del Borro (El Borro), borde desde donde también se trabajó. Esta ha sido una de las zonas más estigmatizadas territorialmente por el imaginario social de los montevideanos y uruguayos en general desde aproximadamente mediados de la pasada década del setenta, hace ya más de cuarenta años. Asociado a la delincuencia, la violencia y el caos desenfrenado, el barrio ha sido el paradigma de la anticuidad, cuando es uno de sus productos más característicos (Deleuze y Guattari, 1997a; Soja, 2008; Wacquant, 2007). Recientemente, esto viene cambiando cada vez con mayor intensidad, fruto del esfuerzo de innumerables colectivos que agrupan habitantes, activistas sociales, investigadores y demás. Existe un plan de desarrollo urbano en marcha, incluso con obras ya concluidas, pero recién está comenzando dada la magnitud de la propuesta.

El trabajo de campo se centró en instancias de talleres grupales de conceptualización y conocimiento del entorno, recorridas guiadas por los propios vecinos, la realización de historias de vida individuales y familiares en sus propias viviendas, la producción de material fotográfico y el estudio de documentos y fotografías de y con los propios habitantes. Fue acompañado del análisis del devenir histórico de las políticas habitacionales de la sociedad uruguaya y más allá, incluso de los primeros lineamientos de agrimensura que dieron origen a la ciudad y sus zonas dependientes, en este caso, las dedicadas a las chacras y las dehesas (Carmona y Gómez, 2002). La morfología del territorio y el trazado agrimensurador de los caminos y terrenos definieron la forma en V que acompaña la costa rioplatense, y la zona de la cañada Casavalle, afluente del Miguelete, quedó definida como el vértice inferior, punto más cercano a la ciudad, pero, a la vez, ajeno a ella: una cuña de lo rural. Aislada posteriormente por la construcción de grandes batallones militares y la necrópolis del cementerio del Norte, la zona pasó a ser conocida como Casavalle (por la presencia, primero, en época de la colonia, de una chacra de un vecino de tal nombre, activo en las guerras independentistas, y, luego, por el curso de agua en su honor).

Un primer intento de generar una nueva relación entre campo y ciudad, cuando aún se mantenían como modelos y tipos de hábitat y de habitares diferenciales, fue la generación de los llamados barrios jardín, siguiendo el paradigma de la ciudad jardín de Ebenezer Howard en su propuesta para el territorio británico (De Lisio, 2007). De la mano del multifacético emprendedor de bienes raíces Francisco Piria, ya se había llevado adelante, en 1908, un loteamiento en la zona, hoy llamado barrio Plácido Ellauri, de grandes manzanas en línea para pequeñas chacras. Luego, en 1927, surgió el barrio Jardines del Borro, siguiendo formas radiales y esperando atraer pobladores del mismo tipo, amantes del aire libre y de los productos de la tierra. A lo largo de la primera parte del siglo XX, los terrenos fueron fraccionándose cada vez más, y, sin servicios cercanos, la zona pasó a perder rápidamente valor y se pobló, a la vez, progresivamente, de contingentes llegados de regiones pobres del medio rural, en el movimiento de migración campo-ciudad que caracterizó demográficamente la concentración capitalina (Cecilio, Couriel y Spallanzani, 2003; Lombardo, 2005). Lamentablemente, esto contribuyó a que las sucesivas autoridades, desde fines de los años cincuenta y en adelante, fueran generando diferentes «soluciones» habitacionales precarias, de bajos costos, para desplazar a la población que iba siendo empujada fuera de la ciudad consolidada, fruto de la incipiente gentrificación (Dos Santos Gaspar, 2010).

Ciertamente, el primer complejo, la Unidad Casavalle (conocida como Las Sendas por su forma de peine con senderos), surgió como posible entorno de gestación de una comunidad modelo, con muchas áreas verdes, que dialogaba, de alguna forma, con el antiguo barrio jardín colindante, en el espíritu de las políticas de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe de las Naciones Unidas (CEPAL-ONU) de entonces, enfrentada a problemas poblacionales del mismo tipo en diferentes partes del mundo. Pero, ya entrados en la siguiente década, el proyecto se hizo insostenible, aunque muchos de los vecinos culpan a los otros, a los nuevos migrantes, a los que llegaron y formaron el siguiente complejo habitacional, este aún más precario, que, en un principio, era transitorio, pero aún sigue en pie: la Unidad Misiones (conocido como Los Palomares), fruto de las peores políticas habitacionales y de desarrollo urbano hasta el momento, ya en la antesala de la dictadura cívico-militar en 1972. Lo que quedó como intersticio en este típico mosaico de la periferia urbana fue llenándose de asentamientos irregulares, algunos que aspiran a ser continuación de ciertos territorios.

El cartografiado de los procesos de subjetivación, en lo que respecta a estas formas de habitar, se cristalizó en el planteo de tres dimensiones incluyentes, pero que distinguimos para poder componer la etnografía: la territorialidad, la identidad y la memoria (Alvarez Pedrosian, 2013a). Por territorialidad entendemos la generación de espacialidades asociadas a territorios, entornos considerados de forma específica, identificados por los habitantes que moran y realizan otras actividades en él, así como por las diferentes otredades más cercanas o más distantes. Para este estudio, fue necesario extrañarse de varias nociones que en antropología urbana y en geografía cultural pueden arrastrar supuestos que no se corresponden con la forma en que los sujetos efectivamente experimentan su vida desde las formas de habitar estos territorios. Nociones como las de barrio, vida urbana y ciudad fueron parte de la indagación etnográfica. Se problematizaron las diferentes miradas puestas en juego, la definición de límites y las relaciones entre los elementos (Gravano, 2003; Castells

en Salcedo Fidalgo y Zeiderman, 2008) en toda una cartografía subjetiva, elaborada a partir de las distintas instancias del trabajo de campo.

Más allá de las significaciones y las vivencias, así como de los elementos físicos y formales de la estructura espacial, nos encontramos con la dimensión de producción de subjetividad que da cuenta de ambas cuestiones, justamente en su mutua relación constructiva. Allí, operan, entonces, la creación, diseño y reproducción del habitar (Heidegger, 1994), las espaciotemporalidades y sus derivaciones. Las narrativas y toda adscripción significativa vienen a operar sobre esta base; de allí, derivan los «materiales de expresión» (Guattari, 1996) para las identidades de todo tipo. En tal sentido, pudimos diferenciar un conjunto de vectores de territorialización/desterritorialización, en tanto sistemas complejos de procesos subjetivos y objetivos que operan produciendo y reproduciendo los territorios y las territorialidades desde el punto de vista de la espacialidad (Álvarez Pedrosian, 2013a).

Primeramente, una *lógica de fragmentación* se combina con un repliegue sobre sí de las unidades discriminadas, tanto íntimamente, al interior de las viviendas, como entre estas y los fragmentos territoriales más o menos asociados a barrios. La *contaminación*, especialmente en la forma de la basura que es generada y llevada hasta allí de las zonas donde más se consume de la ciudad por quienes viven de su clasificación y reciclaje, opera más como un líquido que como un sólido; *mancha voraz* que lo ocupa y cubre todo, cada intersticio y estrato semiótico, mucho más en los asentamientos y complejos habitacionales de bajos costos. La *expansión de la ocupación en los bordes de lo urbano* refiere a otro de estos vectores y tiene que ver con aquel constante corrimiento al que hacíamos alusión al comienzo de este capítulo. Lo podemos apreciar con toda contundencia en la aparición constante de nuevos fragmentos territoriales, unidades de viviendas bajo una misma tipología en grupos pequeños o medianos, en la apertura de senderos o calles locales que luego son reconocidas institucionalmente. Esto crea espacialidades y habitares singulares también, en relación con lo ya existente y lo nuevo generado. El *hacinamiento* y la *compartimentación* son, conjuntamente, otra de las cualidades analizadas, otro de los procesos relevantes para la comprensión de estos fenómenos, especialmente presente en los complejos habitacionales de bajos costos, más que nada en la Unidad Misiones (Los Palomares) por su propia tipología de origen, pero también afecta la más antigua Unidad Casavalle (Las Sendas), en particular la primera mitad, la más extensa. Las autoridades municipales consideran esta y la otra unidad como asentamientos, dado el nivel de deterioro y precarización de las condiciones de vida. La fragmentación que primeramente mencionamos tiene una fuerte relación con este otro aspecto, ya que las partes aisladas y cerradas sobre sí, a toda escala, van haciendo implosionar el espacio, con los grandes problemas de convivencia que todo ello produce. Los llamados *fondos*, es decir, el interior de las manzanas, se van saturando, y, en lo que respecta a la informalidad de los asentamientos, todo va tendiendo a convertirse en un laberinto cada vez más denso.

Otro proceso está marcado por una *tensión* entre esta tendencia a la *fluidéz*, propia de lo laberíntico, definitoria de lo urbano como tal, junto con lo fortuito y lo fugaz (Hiernaux, 2006) —de allí la importancia de la ocupación espontánea y la urbanidad prístina, tanto en campamentos transitorios de refugiados de guerra, por ejemplo (Agier, 2011), como en parajes montados por la emergencia económica, como estos—, y la *compartimentación*

planteada desde las tipologías edilicias de los complejos habitacionales de bajos costos. Esta tensión puede leerse como la relación entre lo «liso y lo estriado» (Deleuze y Guattari, 1997a: 483-509), entre la liberación y la formalización de los espacios, y opera diferencialmente según la escala o el nivel, por lo que nos encontramos con entornos que están fuertemente compartimentados frente a sus vecinos inmediatos, pero que, molecularmente, integran una zona en fluidez, que se mueve y ocupa nuevos territorios vírgenes o se engulle otros preexistentes.

Por último, la *particularización* generada por la *autoconstrucción* es otro de los factores fundamentales, motor de la creación y transformación de lo existente, principalmente durante las décadas de políticas neoliberales y de abandono del Estado (Wacquant, 2007). Estas prácticas, basadas en saberes y oficios específicos, son la praxis por excelencia en la formación de espacios y espacialidades y son tanto fuente de soluciones como de nuevos problemas concretos.

De esta forma, operaría la dinámica de generación de espacialidades con sus habitares asociados a este y otros tipos de entornos que hemos calificado de *depósitos espaciales*, a donde, históricamente, a lo largo del último siglo, por lo menos, y hasta el momento, la sociedad ha ido obligando a instalarse, de modo más o menos directo, a contingentes poblacionales, tanto mediante la clásica migración campo-ciudad como mediante las dinámicas de gentrificación y segregación espacial más recientes.

Los aspectos relativos a las identidades de los casavallenses y las memorias colectivas y sus imaginarios presentes han sido abordados desde este punto de vista y con relación a prácticas y haceres experimentados y valorados de ciertas maneras que hacen a su sobrevivencia. Entre ellos, se destacan el empleo doméstico en las mujeres, los bajos rangos del ejército en los hombres, la recolección y clasificación de basura, el intercambio en ferias vecinales, el puerta a puerta por la ciudad y los oficios manuales, desde en madera hasta en *hardware*. También son importantes otros rasgos que son sobresalientes en su configuración, como cuestiones relativas a la procedencia étnico-racial, la dinámica de estigmatización o la forma en que el consumo de sustancias como la pasta base de cocaína obturan muchos de los esfuerzos por salir adelante a pesar de las circunstancias. No podemos profundizar aquí más en ello, pues se trata de toda una cartografía de los procesos de subjetivación.

Territorios y territorialidades en los intersticios urbanos

Algunos de los asuntos precedentes, referidos tanto al análisis de situaciones y contextos específicos del caso montevideano como a cuestiones teóricas y metodológicas del abordaje transdisciplinario emprendido, fueron retomados en esta otra experiencia de investigación llevada a cabo en 2011, a la par que culminábamos el procesamiento de la etnografía anterior (Álvarez Pedrosian, Hoffmann y Robayna, 2012). En esta oportunidad, nos encontramos con un conjunto de territorios que, desde el punto de vista urbanístico y de la gran mayoría de los distintos perfiles y tipos de habitantes, no es considerado como periferia, pero tampoco exactamente como ciudad consolidada, aunque cae dentro de sus fronteras. Esta nueva interfaz arrojó mucha luz con respecto a esta dinámica por demás compleja y relativa a las perspectivas tomadas en cuenta (centro, periferia, límites,

expansión y presencia de la ciudad y lo urbano). Malvín Norte es una zona de la ciudad de Montevideo que aún se mantiene sin definir completamente. Es fruto de dos grandes brazos que se extienden radialmente, conectados por largas trazas paralelas urbanizadas lentamente. En este caso, hicimos un ejercicio etnográfico junto con grupos de estudiantes de ciencias de la comunicación y de geografía, con quienes también llevamos a cabo un proceso de enseñanza de la investigación en contextos de extensión, desde una concepción integral del quehacer universitario. Fruto de ello fue la realización de cuatro audiovisuales de carácter etnográfico en formato de cortos, así como de informes e insumos para el análisis (Álvarez Pedrosian, 2014a).

La puesta en práctica de lo que en el ámbito de la geografía cultural se denominan cartografías sociales fue uno de los componentes principales de la experiencia de aprendizaje transdisciplinaria. De allí, tanto de los propios mapas generados y las entrevistas grupales realizadas en dicha instancia como del montaje, filmación y composición de los audiovisuales, los cuales fueron tomados como acontecimientos significativos de la práctica de campo, surgieron elementos para el conocimiento de la forma en que se conciben los territorios y las territorialidades de quienes residen, trabajan y estudian en la zona. De todo ello y de otros insumos indirectos, provenientes de análisis urbanísticos, arquitectónicos y paisajísticos, llegamos a esbozar nuevamente una serie de vectores de producción de las espacialidades que singularizan esta zona y los habitares asociados.

En primer término, un juego de *nominaciones abstractas* opera como dinámica de significación, identificación y adscripción al territorio mayor. Estudios etnográficos sobre la violencia se sitúan allí, dado el contraste radical entre los territorios, y en un tipo de realidad que no responde linealmente a la segregación residencial (Fraiman y Rossal, 2009: 34). La zona es privilegiada en tal sentido; la avenida Italia marca tajantemente la distinción. En otros casos, como en la zona de la cañada Casavalle, previamente tratada, existen conflictos de identidad en los que la metonimia es fundamental. Casavalle es una zona, un barrio y un lugar, y de manera múltiple para cada una de las categorías. En Malvín Norte, hay otros territorios que poseen nombres propios muy próximos, pero son muy distintos: el generado en torno al complejo de viviendas Malvín Alto es, quizás, el más sobresaliente. Antes de eso, Malvín sigue siendo la raíz, y la oposición, la desigualdad, juega como lógica en variados aspectos de la creación de las territorialidades existentes y en quienes residen o pasan una parte importante de su vida habitando allí.

En segundo término, la *desdibujación intersticial*, que define su carácter general, es también un componente específico. Para nosotros, significó la posibilidad de comprender que hay otras formas territoriales que no están en el esquema centro-periferia. Hueco sin llenarse aún, pues no puede serlo tal cual su constitución actual.

En tercer término, todo esto funciona, en gran medida, gracias a íconos desterritorializantes, intervenciones edilicias en contraste radical y en disociación con el entorno que lo significan como un mojón (Lynch, 1998), pero que se comportan en forma negativa: más que emitiendo, cerrándose directamente a un diálogo de algún tipo. Como igualmente se termina generando una trama —pues «no se puede no comunicar» (Watzlawick, Beavin Bavelas y Jackson, 2002)—, esta se da, principalmente, en forma fantasmagórica y, podríamos decir, ilusionista. La propia Facultad de Ciencias de nuestra Universidad de la República (Udelar) es el caso mayor, a la que se suman las instalaciones dedicadas a la

investigación en energía nuclear. Se piensa en un posible polo científico-tecnológico en lo que, en algún momento, pudo haber sido un campus universitario. El mismo programa campus está en crisis en diferentes contextos, pues, por sus homogeneizaciones en altas densidades frente al entorno, puede dar lugar a una «anticiudad» (Canella en Fuentes Hernández, 2007: 128). Ajenos en sus propios territorios contiguos, estando en la ciudad pero fuera de ella, quienes residen en la zona, por lo general, tienen esta presencia muy en cuenta, pero como una abstracción radical por su forma y función. Por supuesto que puede ser de otra manera, y este interés es el que motivó la propia existencia de nuestra investigación en términos integrales.

Un cuarto vector de territorialización está planteado como un *verticalismo* con sus *regímenes de visibilidades*. La zona es considerada como la de las alturas por excelencia desde los imaginarios de lo urbano de todo el Uruguay, y, debido a la disposición y las tipologías de los complejos habitacionales de diversa índole (cooperativos, estatales y privados en una galería de formas de la propiedad), los miles de ventanas y las decenas de metros de distancia habilitan un juego de visuales en paisajes vastos, donde, algunas veces, hay cruces más simétricos y, en otras, una jerarquía total.

También a partir de esta investigación, pudimos profundizar en la cartografía como concepción epistemológica y ontológica más que propicia para la labor etnográfica contemporánea y, especialmente, para aquella focalizada en el análisis de los procesos de subjetivación (Álvarez Pedrosian, 2011c; 2014c). Como hemos planteado en el primer apartado de este capítulo, en el concierto de tendencias, disciplinas, programas de investigación y saberes que se focalizan en la ciudad, lo urbano y la urbanidad, que se ha dado en llamar estudios culturales urbanos, creemos necesario llevar el análisis a la espacialidad en tanto subjetivación del espacio, pues allí radica el carácter ético-estético de creación y recreación, de composición y establecimiento de lo que consideramos como espacios. A su vez, el carácter espaciotemporal radica en el mismo fundamento a problematizar del ser de lo humano, en el residir y erigir que nos dimensiona existencialmente (Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro, 2013; Heidegger, 1994).

En tal orientación, el ser de lo humano entendido como una entidad estética, una composición existencial, es el de un cartógrafo, un constructor de mapas en su tarea de habitar y dar sentido al universo. El mapa es un tipo de estructuración, de configuración, efectivamente, pero no se agota en una serie limitada de reglas o de reglas idénticas en cualquier tiempo y espacio, ni en la necesaria correspondencia con un territorio que intenta representar (Bonta y Protevi, 2008; De Landa, 2005). Por el contrario, como una de las características del rizoma, el mapa, en oposición al calco, es, antes que nada, contingente, se enfrenta al azar y depende de los componentes que utiliza (orgánicos, inorgánicos, cósmicos) en su propia constitución, además de estar volcado enteramente a la experimentación (Deleuze y Guattari, 1997a).

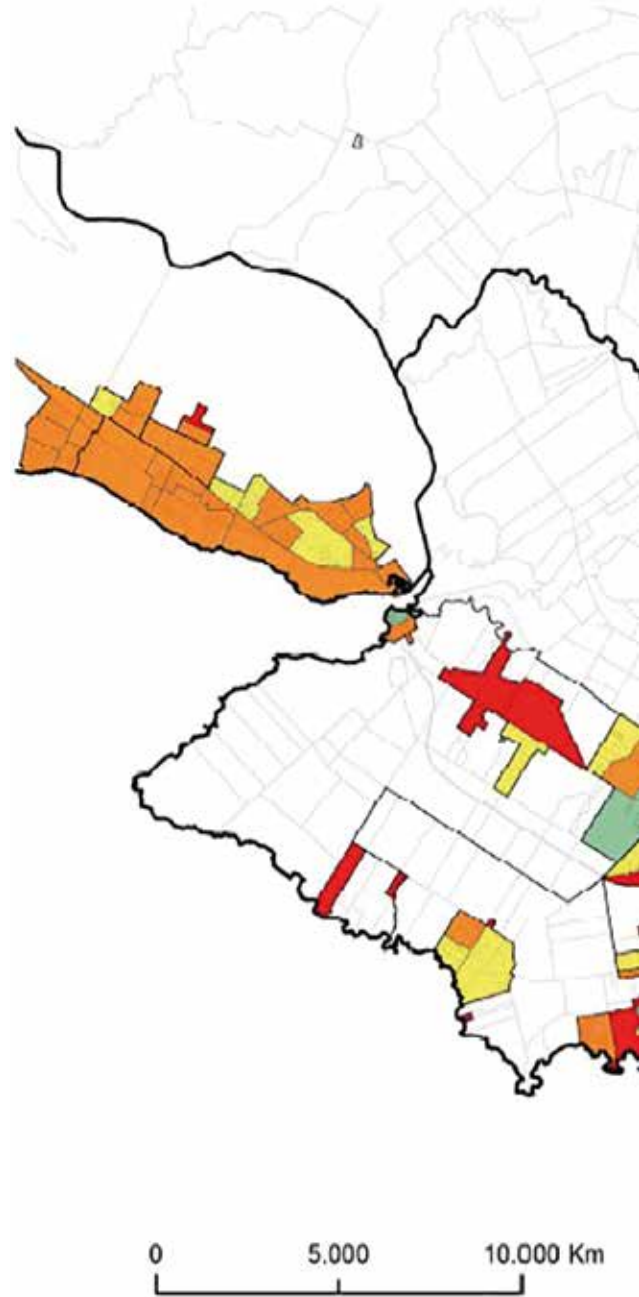
Esta investigación: diseño y construcción de nuevos habitares

Las reflexiones precedentes nos llevaron a esta investigación, para la cual procuramos encontrarnos insertos en procesos creativos en su máxima expresión e incluir en ellos continuidades y reproducciones de lo existente. Gracias a esta, fue posible analizar las dinámicas de fundar, habitar, clasificar y distribuir, en tanto transformación y reformulación de lo espacial en el devenir temporal de las sociedades (Paul-Lévy y Segaud, 1983). A una escala macro, o, mejor aún, molar, el territorio montevideano se expande y disgrega sin cesar y a un ritmo sostenido, por lo menos, en estas últimas cuatro décadas, cual malla que es estirada desde los extremos conformados por las trazas de las avenidas, luego convertidas en rutas, e involucrando localidades y ciudades del área metropolitana, vaciando amplias zonas de la ciudad consolidada cual agujeros despoblados y precarizados. Emergen como contrapartida y en lo «molecular» (Deleuze y Guattari, 1997a: 217-218) soluciones espaciales a partir de las dinámicas poblacionales que no dejan de movilizarse. La situación es especialmente crítica en aquellos sectores históricamente excluidos, como ocurre en cualquier sociedad compleja. Creemos, por tanto, que es necesario investigar cómo se da la emergencia de nuevas espacialidades y habitares en general en dichas condiciones, donde la creatividad es agudizada. En tal sentido, el Plan Nacional de Integración Socio-Habitacional Juntos es un contexto por demás propicio para ello, al mismo tiempo que los resultados de una investigación etnográfica de esta índole pueden brindar insumos valiosos para potenciar las acciones en una intervención urbanística del mismo tipo.

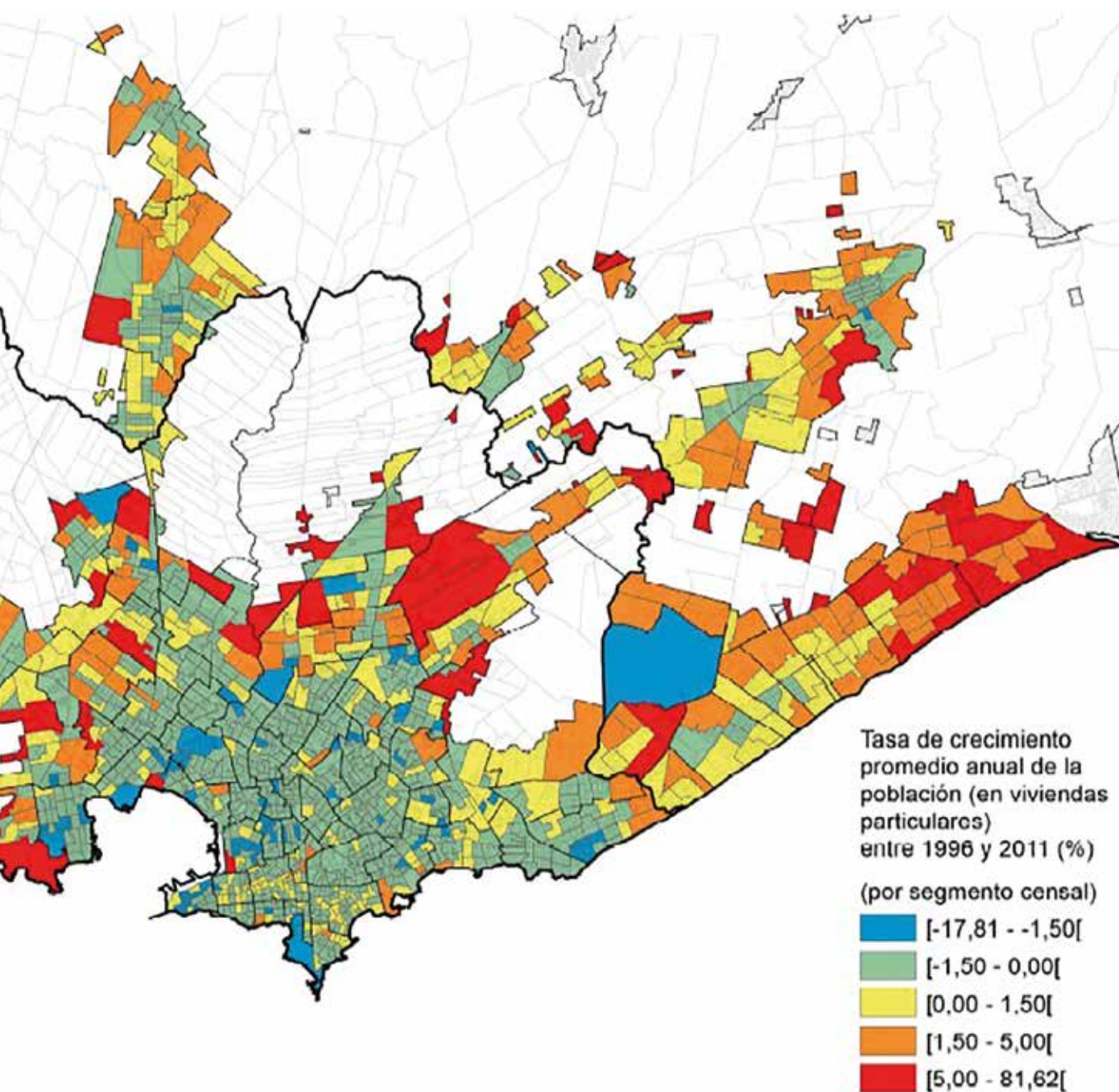
Hemos optado por concentrar nuestro estudio etnográfico en dos sitios de actuación del plan, a partir de las variables más significativas de la perspectiva que esbozamos aquí, es decir, a partir del tipo de relación entre lo existente y lo generado gracias a la intervención: uno entorno nuevo, otro inserto en una trama preexistente; uno seguido desde el arranque de las obras, otro ya en marcha y contando con cierta historia y sus efectos visibles. Al mismo tiempo, ambos *locus* se encuentran próximos y, a la vez, distanciados al ubicarse a un lado y otro del arroyo Pantanoso, a lo largo del cual se concentra la casi totalidad de intervenciones del plan en el departamento capitalino. Inmediatamente, nos llamó poderosamente la atención cómo los habitantes de uno y otro sitio no se conocieran, estando a 2 kilómetros de distancia. Y es que el arroyo marca fronteras importantes, y la fragmentación territorial que hemos venido planteando se encuentra, irremediablemente, también en esta zona oeste, a pesar de que algunos colectivos inmersos en el plan realizan actividades de intercambio con otros, tanto visitando los emplazamientos como compartiendo jornadas lúdicas o de formación. Sí existe un vínculo importante entre los educadores de ambos equipos territoriales del plan, lo que también propició los trayectos del etnógrafo en el campo y lo que habilita condiciones interesantes para un futuro próximo de investigación e intervención colaborativa.

La investigación se centra en el estudio de los fenómenos comunicacionales y los procesos de subjetivación en el contexto de las experiencias suscitadas por la transformación del hábitat y los habitares. Los objetivos son: comprender los procesos de creación y transformación del espacio y de generación de formas de vida a partir de una situación de crisis sociohabitacional; brindar herramientas para el conocimiento de los fenómenos

comunicacionales en su relación con las formas de creación de espacialidades, habitares y diseños de universos existenciales socialmente producidos (Ingold, 2013), y aportar insumos conceptuales y explicativos para el desarrollo de procesos inclusivos en los que los habitantes participen activamente en la construcción de su hábitat. Esto implica analizar las concepciones relativas a la subjetividad, la comunicación y la espacialidad, presentes en las prácticas profesionales de arquitectos, urbanistas y otros agentes involucrados en el fenómeno (Frúgoli, Teixeira de Andrade y Peixoto, 2006). También conlleva el análisis de dichas concepciones en los diversos tipos de habitantes y usuarios de los espacios en cuestión, tanto en sus prácticas espaciales como en las imágenes, percepciones e ideaciones sobre ellas (Lefebvre, 1981: 42-43). Consideramos fundamental generar una comprensión del tipo de relaciones entre ambos universos en los contextos y situaciones de diseño y construcción de espacios. Esto nos permite realizar una caracterización de las diversas clases de fenómenos comunicacionales presentes en tales procesos, así como poner en consideración aspectos relativos a dispositivos posibles y virtuales que puedan desprenderse de las experiencias concretas, abordadas desde el trabajo de campo etnográfico focalizado en casos de relevancia. Pretendemos plantear conceptos capaces de aprehender los tipos de espacialidades producidos en el relacionamiento de los actores sociales, tanto en el diseño como en la construcción y posterior habitabilidad de dichos sujetos. Se trata, finalmente, de describir e interpretar las formas de construcción de ciudad en tales intervenciones, desde el punto de vista de la pieza urbana y en su relación con la ciudad y el territorio más en general (Koolhaas *et al.*, 2001).



Tasa de crecimiento de la población (área urbana). Montevideo metropolitano (%) 1996-2011



Método de clasificación: manual.
Se calculó la raíz elevada a la potencia II (promedio geométrico).
$$\left(\frac{[pobCPV2011]}{[pobCPV1990]}; 1/15\right) - 1 * 100$$

Intervalo de tiempo: 15 años.

Fuente: INE. Procesamiento de la base de microdatos de censos de 1996 y 2011
Procesamiento de datos y cartografía: A. Rubini

A partir de investigaciones llevadas a cabo en diferentes emplazamientos del área metropolitana y, principalmente, de las periferias e intersticios por demás heterogéneos, planteamos la caracterización de la espacialidad como modo de subjetivación del espacio, tomando en cuenta su relación con formas de habitar en tanto diseños existenciales. Se trata de un contexto particularmente propicio para estudiar las dinámicas de los habitantes de creación de nuevos habitares. Montevideo se ha caracterizado por un movimiento de expulsión de su población cada vez más lejos de las zonas consolidadas, proceso que se vio fuertemente incentivado a partir de la última dictadura cívico-militar (1973-1984) y de las posteriores políticas de vivienda de los gobiernos de corte neoliberal hasta mediados de la primera década del siglo XXI, lo que aún no ha podido revertirse en los sucesivos gobiernos progresistas, al constituir una tendencia estructural en la conformación del hábitat y la morfología territorial resultante.

Dicha dinámica de fuga, de desterritorialización, lleva a sectores de la población, como si se tratase de colonos perpetuos, a generar nuevos habitares, donde lo urbano y lo rural se hibridan en ambos sentidos (Cimadevilla, 2010). Algunos siguen las rutas y caminos, tomando los antiguos balnearios costeros para pasar a residir permanentemente; los de menos recursos económicos alzan los asentamientos irregulares en las zonas inundables o aún sin ocupar por otras razones ambientales, en los diferentes intersticios que quedan disponibles entre la trama urbana, alejándose del centro capitalino, vaciando y precarizando las zonas consolidadas. En tal sentido, otra situación interesante es la experimentada en barrios y zonas de la ciudad histórica, donde nos encontramos, por ejemplo, con entornos urbanos en abandono y decadencia. El proceso de gentrificación fue pasando de un modelo anglosajón de media y larga duración a uno de tipo europeo, centrado en el consumo y el ocio (Dos Santos Gaspar, 2010), alimentando la migración anteriormente descrita, profundizando el vaciamiento, aunque no de forma definitiva y siempre potencialmente a la espera de la revalorización (Romero Gorski, 2011).

La expansión de la ocupación de nuevos suelos se produce conjuntamente a un vaciamiento de grandes zonas, lo que provoca este efecto particular de disgregación, que reúne los tradicionales de segregación residencial y de difuminado de los bordes de la ciudad, en una dinámica en la que emergen situaciones especialmente críticas y en las cuales se generan espacialidades alternativas. Una suerte de territorialidad prístina, virginal, aún subsiste después de pocos siglos de ocupación europea, colonización y construcción del Estado-nación, de la fuerte migración transatlántica y los impulsos modernizadores. Parece que fuera posible escapar de la lógica del capital y crear un universo existencial alternativo, construir el espacio soñado o encontrar un lugar en el mundo más allá de las fuertes presiones que limitan el acceso a la tierra y la vivienda. Así, se desdibujan completamente las distinciones entre lo urbano y lo rural, y, gracias a viviendas abandonadas en barrios tradicionales, por ejemplo, y a la autoconstrucción con los elementos que están al alcance de las posibilidades, se generan grandes manchas de diferentes densidades o de tipo puntillista. De esta forma, emergen nuevas espacialidades con las cualidades aquí analizadas, en una territorialidad siempre al borde de la desterritorialización.

El sueldo del entonces presidente José *Pepe* Mujica y su *buque insignia*⁴

¿A quién le importa?



Esta investigación tiene que ver con cuestiones altamente politizadas en el contexto local, regional e internacional; situación agudizada al coincidir, en parte de su desarrollo, con la campaña electoral uruguaya de 2014, por lo que incluye elecciones internas y balotaje o segunda vuelta. Se centra en los procesos de subjetivación y sus mediaciones suscitadas en momentos de una modificación que alcanza la materialidad de los entornos de vida y las formas de habitarlos. La cuestión de la vivienda, la planificación urbana y territorial, y, en especial, la búsqueda de soluciones para los sectores históricamente anclados en la pobreza dura y la indigencia cobran una fuerza considerable durante este tipo de circunstancias.

Como expusimos en el capítulo anterior, para nuestro caso, estas problemáticas siguen mostrando su carácter estructural y han sido de muy difícil modificación a pesar de los cambios emprendidos integralmente desde las nuevas políticas sociales.

Un dato interesante en este contexto efervescente en términos de las narrativas mediáticas producidas (Rincón, 2006) es el combate por los imaginarios sociales de los electores a través de los grandes medios de comunicación. Y no hubo que esperar a los momentos de campaña electoral para que el Plan Juntos jugara un papel importante: como movilización emprendida directamente por José *Pepe* Mujica, tanto en la búsqueda de apoyos como en la visión contraria de sus detractores, nos encontramos con una construcción mediática por demás significativa, que afectó de múltiples formas el destino de su desarrollo durante su primera etapa de existencia.

En una encuesta que circuló por la casi totalidad de los medios masivos de comunicación en el contexto electoral, centrada en los llamados temas de interés de la ciudadanía, la *inseguridad* fue, por lejos, la primera idea escogida, y la segunda fue la *educación*, haciendo eco también de una gran insatisfacción al respecto. Y, recién en tercer y cuarto lugar, nos

4 De acuerdo a una primera versión reducida y presentada, en 2015, con el título «El sueldo del presidente y su *buque insignia*. Pepe Mujica y la mediatización de la cuestión urbana desde la crisis sociohabitacional», en el VIII Seminario de Investigación de la Asociación Latinoamericana de Investigadores de la Comunicación (ALAIC), San Juan (Puerto Rico).

encontramos con la *economía* y la *vivienda*. Estos términos utilizados son etiquetas, grandes bolsones donde caen múltiples visiones de lo más variadas sobre la consideración concreta de cada uno de los significantes referidos. De todas formas, como signo también de esta última década en la región, la economía y los temas de empleo y demás no aparecen como significativos. Lo que es poderosamente llamativo es la cuestión de la vivienda, puesto que, en el Uruguay contemporáneo, si hay algo que es difícil de afrontar, es lo relativo a los problemas de habitabilidad, lo que, además, no se reduce solo a la vivienda, pero sí encuentra en ella el principal emergente.

Este escenario egoísta y de negación de la situación de tantos prójimos que tienen inconvenientes muy importantes para tener un espacio donde construir una vida para sí y sus seres más cercanos, el cual implica problemas urbanísticos muy complejos de resolver en una dinámica de disgregación territorial, contrasta, antagónicamente, con lo que el propio presidente de la República en aquel entonces, tan influyente dentro como fuera de fronteras, propuso personalmente: la creación de una ley en la que se acepta la existencia de una «crisis sociohabitacional», que dio origen al llamado Plan Juntos, financiado, en su mayor parte, por sus aportes salariales y por donaciones de todos quienes se consideran involucrados en la lucha contra la pobreza y la exclusión social (Poder Legislativo de la República Oriental del Uruguay, 2011).

Como en muchos otros temas, Mujica marcó el rumbo, expresó una cuestión de implicancias políticas fundamentales que circulaban en el aire, pero que, en las resultantes de fuerzas sociales, no terminaron de ser puestas en consideración. Y no satisfecho con tener que esperar más dilaciones institucionales, respuestas de sectores y movimientos sociales, se lanzó con una fundación propia, sosteniéndose en el llamado a la solidaridad más extensa posible, pero siempre desde el amor y el compromiso con la vida. La pobreza en Uruguay encuentra su mayor concentración etaria en niños de 0 a 6 años de edad: a 2012, se estimó en 24,5 % en todo el país y 35,3 % en Montevideo, en totales de la población de 12,4 % y 16,7 % respectivamente (Ministerio de Desarrollo Social, 2013: 43-44). Muchos de ellos nacen en hogares monoparentales en los que jóvenes mujeres terminan, finalmente, conformando dichos hogares en lugares donde les es posible hacerlo: en la zona inundable de un curso de agua, en terrenos abandonados por su precariedad ambiental, en construcciones con grandes peligros de derrumbe, etcétera. Algunos pocos individuos se instalan en diversos puntos diseminados en las zonas céntricas y consolidadas de la ciudad, puesto que la mayoría, hasta el momento, lo hace en asentamientos irregulares, antiguos barrios y territorios tradicionales de interfaz rural-urbana, conformando una periferia fragmentada y superpuesta al estilo de un *patchwork* (Álvarez Pedrosian, 2013a).

Fue así que el Plan Juntos se lanzó en 2011 como una oportunidad sin igual para investigar los fenómenos aquí planteados, aportando, a su vez, colaborativamente desde dicho ejercicio. Para nosotros, fue la apuesta por un cambio radical en esta problemática que nos sigue pareciendo casi ignorada por los amplios sectores y fuerzas sociales, a pesar de que se tratan de cuestiones que atañen directamente a sus existencias. El Plan Nacional de Integración Socio-Habitacional, como se lo define, nació con esta impronta presidencialista, acorde a las ideas que el sector político del ex primer mandatario levantó como banderas. Fue cuestionado como un proyecto puramente voluntarioso, una suerte de utopía

sin pies en la tierra, y, al mismo tiempo, fue colocado por el discurso de los medios masivos de comunicación, los agentes político-partidarios y otras fuerzas de lo social como el *buque insignia* del entonces mandatario.

Un insumo importante para nuestra investigación fue la construcción de un registro, bastante exhaustivo, de las noticias producidas por los principales agentes de información televisiva y de prensa escrita local sobre la marcha del plan. Simultáneamente, llevamos a cabo las incursiones etnográficas y las demás actividades centrales del trabajo de campo, y analizamos los temas y problematizaciones —o no problematizaciones— emergentes al respecto. Ciertamente, esta técnica nos permitió afinar la comprensión de todo lo que venimos planteando en este capítulo, y como cuestión comunicacional, nos hizo evidente la fuerza del devenir, del flujo irreversible y acelerado de acontecimientos en el que estamos involucrados dentro del fenómeno de estudio. Existe un trayecto que podemos trazar entre las noticias televisivas que fueron producidas a partir del plan especialmente. Debemos comenzar a fines de 2012, en las navidades de ese año, cuando se visibilizó la existencia de las obras y los colectivos involucrados.

La aceleración después del silencio

En el boletín informativo de la Facultad de Arquitectura de la Udelar, el actual exdecano contestó en una carta, dirigida al presidente, lo que consideró eran una serie de acusaciones lanzadas a la institución (Scheps, 2012), a partir de un discurso del mandatario en la inauguración de viviendas del complejo habitacional construido en el marco del plan en las inmediaciones de la avenida Luis Batlle Berres y el cruce con camino De Las Tropas, en la zona amplia de influencia del arroyo Pantanoso (donde, como hemos planteado, se concentran las intervenciones hasta el momento). Vale la pena seguir los comentarios de sus colegas, publicados en la página electrónica de la facultad, que debatían al respecto, así como el enlace a la noticia televisiva de origen. «Hay que romper esquemas», dijo Mujica, refiriéndose a posturas de académicos que no compartían lo que se estaba haciendo por entonces. Dicha obra del plan empezó a hacerse conocer como Complejo Batlle Berres y, de a poco, terminó convirtiéndose en lo que podríamos calificar como su postal. De este modo, la disconformidad con el asunto se mostró, principalmente, por el problema de la ubicación del nuevo complejo habitacional en el territorio.

Esta cuestión fue, luego, enfatizada por Raquel Rolnik en su conferencia de 2014 en la misma Facultad de Arquitectura,⁵ quien, siguiendo sus investigaciones y las de otros al estilo de David Harvey (2008) (Castree y Gregory, 2006; Rolnik, 1997), destacó que la ubicación es lo más significativo para la definición de políticas al respecto. Esto parece ser evidente, luego de décadas de creación de complejos habitacionales densos, alejados de la vida urbana, convertidos en miserables depósitos de población excluida, que afianzaron la segregación residencial y, con ello, todos los factores que hacen aumentar la vulnerabilidad y el deterioro de las condiciones de existencia de quienes tienen que residir allí y van quedando cada vez más aislados (Wacquant, 2007; Álvarez Pedrosian, 2013a). Ciertamente, el

5 Mesa de diálogo Hábitat y Vivienda Social. Horizonte 2020. La Visión de los Partidos Políticos, organizada el 16 de setiembre de 2014 para debatir en la campaña electoral de Uruguay.

predio no está ubicado en la nada, pero sí en un área entre autopistas y rutas, caminos que se encuentran en los bordes desordenados de la ciudad difusa (Indovina, 2004), y donde el arroyo Pantanoso y su ecosistema intentan salir adelante tras décadas de contaminación industrial. Desde entonces, teníamos claro que existía una discontinuidad entre las perspectivas y las acciones emprendidas por diferentes sectores, de dentro y fuera de la academia y de los organismos públicos de ejecución del Gobierno y demás. Había un aire de discrepancia técnica, epistemológicamente ubicado en cuestiones de la llamada sociología urbana y del urbanismo en general. Y esta discrepancia siguió manifestándose en la actitud de las instituciones involucradas.

Desde la puesta en marcha del plan a fines de 2011, pasó relativamente bastante tiempo para que comenzara a producirse una serie acelerada y en cascada de información mediática. A mediados del mes de mayo de 2013, la Federación de Obreros y Empleados de la Bebida (FOEB) donó parte del aumento salarial obtenido «por encima de la media» al plan, así como al Instituto del Niño y Adolescente del Uruguay (INAU). Esto generó una entrevista periodística, llevada a cabo en el *Informativo* de Televisión Nacional de Uruguay (TNU) en horario central el 16 de mayo de 2013, al histórico dirigente del sector Richard Reed. Este retomó su discurso del acto central del 1.º de mayo, que despertó opiniones encontradas a propósito de ciertas valoraciones realizadas. El dirigente sindical se refirió allí a «atorrantes, vagos o lúmpenes», que no son deseados desde la perspectiva de la cultura obrera de izquierdas. Estaba poniendo en consideración que, para el sindicalismo, es fundamental luchar contra las causas que provocan los problemas presentes en varias generaciones de jóvenes nacidos y criados en el escenario de abandono institucional, característico del neoliberalismo. Junto con otras iniciativas como una suerte de becas para que algunos puedan tener experiencias laborales apoyados por ellos y no solo por el sector empresarial como es de costumbre, el movimiento sindical mostró, desde el comienzo, un interés por promover las acciones del Plan Juntos, en el entendido de que la crisis sociohabitacional era tan real como daba a imaginar, o más.

A los diez días, el sindicalismo volvió a generar noticia con el plan, esta vez, al poner al descubierto el tipo de intervenciones necesarias para lidiar con las problemáticas en cuestión. En el marco de un paro general de actividades, a propósito de la preparación de la nueva rendición de cuentas generales correspondiente a la segunda mitad del gobierno de Mujica, Fernando Molina manifestó que «un palo y cuatro chapas de los chetos de Pocitos» no iban a cambiar significativamente la situación de quienes se encuentran en crisis sociohabitacional. Se estaba refiriendo a las actividades de la organización sin fines de lucro, presente en muchos de los países latinoamericanos, llamada Techo (antes, Un Techo para Mi País). Las viviendas que habían estado construyendo con base en grupos de voluntarios jóvenes no eran bien valoradas por el movimiento sindical, y eso retomó otras visiones similares. Estas construcciones permiten el pasaje de una vivienda de chapa de metal a una de madera compensada, más estable, con algunas ventajas como un baño en buen funcionamiento, pero, aunque esto es muy importante, no es considerado suficiente. Incluso, la combinación de instalaciones eléctricas por demás precarias y de esos materiales altamente inflamables conlleva muchos peligros en el contexto de unas formas de habitar en las que puede haber poco espacio para aislar objetos, por ejemplo. Y, en un sentido más genérico,

estas intervenciones en muy variados asentamientos podrían tener el efecto de enlentecimiento de las transformaciones, en definitiva, de terminar siendo paliativos pobres para pobres. Ambos impulsos, el de los jóvenes de sectores medios y medios altos, organizados bajo una organización no gubernamental regional, y el del sindicalismo, comprometido con las problemáticas sociales, no tienen por qué oponerse necesariamente punto a punto, aunque las diferencias ideológicas parecen no dar lugar a otra cosa.

Alcance mundial: emergentes, conmociones y ecos

A los pocos días nada más, a finales del mes de mayo de 2013, comenzó una de las giras más importantes del gobierno de Mujica con relación a su imagen en el ámbito internacional. Ya había sido identificado como figura en el panteón de los líderes mundiales, en el concierto de las relaciones internacionales, y, a partir del interés de amplios sectores sociales en América Latina, el Caribe y Europa principalmente, se generó, incluso, un estereotipo mediático de él. El viaje fue a China y España. En este último país, como era de esperarse, causó una inmensa repercusión, tanto como en Uruguay y en otras sociedades culturalmente cercanas. La entrevista realizada el 31 de mayo de 2013 en la Televisión Española (TVE), en su programa *Los desayunos de tve*, fue por demás significativa. En un momento, la periodista puso en consideración su posible postulación para el Premio Nobel de la Paz, impulsada por un colectivo holandés, debido a su política alternativa a las clásicas represivas sobre la producción y consumo de cannabis y a otros derechos sociales alcanzados en su gobierno.

Frente a la pregunta sobre el posible premio por la paz, Mujica respondió que era una locura, pero que si se concretaba, sería un premio para los humildes de su país, pues el dinero sería utilizado para construir viviendas —en referencia directa al Plan Juntos—, y dibujó el panorama más acuciante al respecto, fundamental para nuestra investigación: mujeres con varios hijos pequeños y solitarias, ya que «los hombres las abandonan y las dejan en la difícil. Tenemos una lucha por que tengan un techito digno y puedan vivir un poco mejor. Bueno, para eso tendría sentido». Esta entrevista televisiva llegó a constituirse en uno de los productos mediáticos principales para la conformación de su imagen, y su acceso, hasta hoy, es libre, gracias a los servicios de la TVE en Internet.

Sobre esto, detengámonos en dos cuestiones, para nosotros, centrales. En primer lugar, en el alcance en otros espacios regionales y globales de este fenómeno local, ya inmerso en redes del mismo tipo, pero que llegó, efectivamente, a niveles de presencia en otros contextos sociales y culturales como pocas políticas de vivienda y territorio existentes. Y esto fue por la imagen de Mujica, sin dudas. En algún sentido, como ocurrió con otros rasgos que se asocian a la personalidad del expresidente y sus obras, las actividades de este plan y otras gestiones políticas tuvieron una visibilidad mayor o, si se quiere, más nítida desde lejos que desde el interior del Uruguay. En segundo lugar, la fotografía que presentó Mujica en la entrevista con respecto al perfil de las beneficiarias del plan fue por demás contundente.

A menos de un mes, en junio de ese año, las autoridades del plan anunciaron que se encontraban ya trabajando con 2000 familias y que se esperaba un total de 3500 para fines de 2014. Se comenzaron a repetir las noticias de donaciones de materiales de construcción,

maquinaria de mediano peso para las obras, otro tipo de insumos que hacen al trabajo colectivo, actos solidarios para reunir fondos o para este tipo de objetivos, etcétera. Junto con todo esto, apareció un artículo de la prensa opositora que intentó poner en discusión la falta de articulación de las diferentes políticas sociales, al tomar el caso de unos habitantes de un asentamiento ubicado en la zona de Casavalle, conocido como 1.º de Mayo, quienes perderían la llamada Tarjeta Social del Ministerio de Desarrollo Social (Mides) como apoyo económico por su condición de precariedad cuando pasaran a vivir en una vivienda nueva, hecha por el Plan Juntos. Esto fue rápidamente subsanado por las autoridades, una vez que fue puesto en evidencia. Nuevamente, el plan daba señales de estar saliendo adelante entre un entretejido de instituciones y estar encontrando sus articulaciones sobre la marcha del proceso, a veces, de forma más fluida y, otras, como esta, de manera conflictiva. La respuesta del Gobierno fue más allá: terminó por decretar, a finales de julio de 2013, la extensión por dos años más de la Tarjeta Social del Mides, no solo para quienes estuvieron involucrados en las obras de diseño y construcción de nuevas viviendas en el Plan Juntos, sino para todos los demás programas y planes en marcha.

Ya para el mes de octubre de ese año, el plan daba qué hablar, y la visita de la legendaria banda de rock Aerosmith (los chicos malos de Boston) a Mujica fue otra buena oportunidad. La crónica, principalmente iberoamericana, luego reparó en la intención del exmandatario de subastar la guitarra que le habían obsequiado los músicos, «para recaudar dinero para un plan de vivienda solidaria que promueve» («Mujica subastará guitarra para Plan Juntos», 2013). La banda se manifestó como gran admiradora del entonces presidente uruguayo, especialmente Steven Tyler, quien lo calificó de «ejemplo» en el mundo por su estilo de hacer política, por su vida austera, por el hecho de donar la inmensa mayoría de su sueldo como presidente para el plan y por propuestas como la relativa a la legalización y control de la marihuana. Algunos medios locales rápidamente entrevistaron a Mujica, con un tono de parodia, sobre el instrumento musical y el encuentro con los músicos estadounidenses.

La reunión terminó con el presidente y los músicos mirando la puesta de sol desde el edificio presidencial [...]. «¿Cómo sería el mundo si intercambiáramos las armas por guitarras?», le dijo Tyler al mandatario al entregársela, según un video de ese momento difundido por la Presidencia. [...] Mirando el instrumento con curiosidad, Mujica lanzó: «Al tipo que se le ocurrió meterle un micrófono, mirá en lo que terminó...» («Mujica subastará guitarra para Plan Juntos», 2013).



Aerosmith visitando al actual expresidente Mujica en ocasión del concierto que ofrecieron en Montevideo

Fuente: *La República*, 2013, <<https://larepublica.pe/archivo/743932-guitarra-que-aerosmith-regalo-a-jose-mujica-sera-subastada-para-obra-social>>.

Tres meses después, ya en enero de 2014, llegó a los medios masivos el caso de una mujer y su hijo que conmocionó a los públicos convocados por ellos. Se trataba de una madre con problemas psiquiátricos que habitaba sola con su hijo en edad escolar, el cual fue detectado por el Estado por ser un alumno «cero falta» en su centro educativo y, por tanto, merecedor de festejos en su nombre dentro de un plan que intenta fomentar el presentismo en las aulas de primaria. Fue visible, justamente, cuando su situación se había puesto crítica, tras haber sido desalojados por el propietario de las tierras donde se ubicaba su precaria vivienda. El caso volvió a poner en evidencia el tipo de realidades que son el contexto de actuación del Plan Juntos. Mujica manifestó que era por cosas así que donaba el dinero de presidente de la República al plan; que se trataba de un caso entre muchos otros en todo el Uruguay de mujeres solas con sus hijos en situación de extrema vulnerabilidad. A los días siguientes, desapareció el asunto de los grandes medios y el plan retornó a la penumbra.

El verano carnavalero trajo una vez más el plan al escenario mediático nacional, ahora desde una de las actuaciones, llevadas a cabo en los escenarios del país durante la fiesta de Momo, de uno de los principales conjuntos de la categoría de humoristas que compete oficialmente: Sociedad Anónima. Esta agrupación, nacida de un grupo de amigos del departamento de San José, realizó una parodia de un informativo (al que denominaron *CÑÑ*), y, entre las bromas, tuvieron lo que llamaron un «momento serio» con «buenas noticias», en contraste con el formato dominante de informativo de televisión, que solo apela a lo previsible y a las carencias, la muerte y la destrucción. En aquel momento, en el que la parodia hizo un impase y se siguieron tratando cuestiones de actualidad política con humor, fue homenajeada la brigada de trabajadores del Sindicato Único Nacional de la Construcción y Anexos (SUNCA), por construir viviendas en el marco del Plan Juntos. Es, efectivamente, el sindicato más cercano a las tareas concretas de modificación de la materialidad y construcción del entorno habitado, organizado en una institución con fuerte tradición y peso político tanto en los sectores gobernantes de la izquierda como fuera de ellos; el mismo que fue noticia cuando criticó las actividades filantrópicas, así como a aquellos que no pueden sostener el compromiso de mantener y cuidar un puesto de trabajo.

El Plan Juntos, en tanto significativo y en la dimensión de los discursos y narrativas mediáticas (Rincón, 2006), adquirió también durante su surgimiento el tono de rebeldía y cruzada libertadora con que el expresidente Mujica ya había sido identificado en variadas ocasiones, herencia del Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-Tupamaros), que, en su caso, adquiere un fuerte cariz subjetivista (Vaughan Moppett, 2014). La tarea del plan aparece aquí como el paradigma de lo necesario y correcto de ser realizado, al reconocer la urgencia de las poblaciones signadas por la precariedad general, al tener la convicción para afrontar los mayores desafíos, al saber cómo sumergirse en lo más duro de la pobreza estructural y trabajar allí para transformarla, sin esperar, incluso, a que el propio Estado encuentre una forma de procesarlo institucionalmente (Magri, 2013).

Para principios de abril de 2014 apareció un nuevo actor por demás trascendente, no por lo que pudiera llegar a afectar a mediano plazo, sino por lo que, sí, quizás a uno largo. El cineasta serbio Emir Kusturica comenzó a rodar su película sobre Mujica y su llegada a Montevideo fue todo un suceso. En una suerte de relámpago, compartió con el ahora expresidente diferentes encuentros en contextos que fueron tomados para la narración del

documental que se titulará *El último héroe*. Uno de los escenarios donde se rodó el film fue uno de los lugares en los que nosotros realizamos nuestro trabajo de campo etnográfico, la emblemática Cachimba del Piojo del oeste montevideano. Me encontré más que sorprendido cuando por televisión, prensa en Internet y radio aparecían en el contexto de un evento internacional los habitantes con quienes había trabajado, algo antropológicamente por demás interesante. Las tensiones entre territorios existenciales, campos y flujos reclaman una perspectiva que hereda las direcciones de lo local y lo global, lo particular y lo general, pero buscando superar toda dicotomización a favor de una multiescalaridad, de dimensiones cualitativamente variadas que participen en la confección, composición y sucesivos devenires de los acontecimientos (Marcus, 2001a). La Cachimba tiene una historia singularmente importante en la gestación del MLN-Tupamaros, así como de la extensión universitaria en Uruguay. Es, por tanto, un lugar de un simbolismo muy intenso, del que ahora se han tomado elementos para generar un producto audiovisual que, seguramente, tendrá impactos en diferentes puntos del planeta y esferas mediáticas asociadas, dados los antecedentes del director cinematográfico y la fuerza imponente de la imagen de Mujica.

En la semana siguiente, se emitió por TNU un nuevo episodio del programa *Historias debidas*, de la televisión pública argentina, dedicado a entrevistas realizadas en un tono testimonial a grandes figuras de la resistencia política y cultural latinoamericana. La entrevistada era Lucía Topolansky, la exsenadora principal del sector del Gobierno y esposa del expresidente. La Cachimba apareció como el sitio donde comenzó a hacer «trabajo de base» en su juventud, desde la extensión universitaria en su formación en la carrera de arquitectura (Cacopardo, 2010). Allí mismo también se foguearon directores y otras figuras de coordinación del plan. La Cachimba, así, volvió a aparecer como referencia, en un contexto de audiencias latinoamericano. Se habla del padre Monzón y del trabajo de diseño y construcción con los vecinos, en los tiempos de la década del cincuenta del siglo pasado. Como en pocos casos, se anudan lo político y lo religioso en el recuerdo de un Uruguay moderno, imaginado hegemonícamente desde la laicidad en tanto ingrediente básico del mito de una «religión civil» (Guigou, 2003).

Llegaron las elecciones nacionales

Para principios de mayo de 2014, en plena campaña presidencial y parlamentaria de Uruguay, el Día del Voluntariado Juvenil se presentó como una gran oportunidad para realizar una nueva movilización a favor del plan. Desde sus comienzos, el actual expresidente Mujica y sus colaboradores depositaron en el voluntariado las esperanzas para encontrar fuerzas que acompañaran un proceso insólito en la tradición institucional local. Ya cercanos al fin de su mandato y en tiempos de contienda partidaria, quedó por demás en evidencia que la emergencia sociohabitacional decretada en relación con las poblaciones para las cuales se creó el Plan Juntos no se constituyó en un tema de agenda. Si bien algunos ministerios terminaron por involucrarse, lo harían de forma *ad hoc*, es decir, un poco circunstancialmente.

El voluntariado, por tanto, como forma de movilización social heterogénea y diversamente institucionalizada, en una sociedad en la que el Estado ha tenido un rol fundamental

en la conformación de la subjetividad, pareció, desde un principio, algo extraño, hasta exótico incluso. Para ese 5 de mayo, festejado a nivel mundial, se emitió, en varios horarios del *Informativo* de la televisión pública, un informe especial sobre el asunto en el contexto de nuestro plan. El presidente, los ministros y las autoridades del plan, acompañando a grupos de jóvenes provenientes de colegios religiosos y partidos políticos de izquierda principalmente, intentaron, nuevamente, generar noticia y, con ello, potenciar el involucramiento y la participación de la sociedad. La figura misma del voluntario fue muy importante en nuestro trabajo de campo, en tanto figura real y simbólica. El propio presidente llegó a afirmar la necesidad de contar con mayor presencia de instituciones religiosas en tal sentido, a partir de la articulación con la enseñanza, y especuló sobre qué habría ocurrido si se hubiera contado con ello. «Cada jornada con voluntarios es un Perú», declaró en una nota de prensa, utilizando una fórmula de la época de la colonia, haciendo referencia al tesoro incalculable que resulta algo por el estilo.

Para setiembre de 2014, a dos meses de las elecciones nacionales, tiempos en los que se jugaba mucho con relación a la posibilidad de sostener el proceso emprendido por los dos gobiernos de izquierda en la historia uruguaya, el Plan Juntos fue muy referenciado en los medios masivos. Efectivamente, para algunos, el *buque insignia* de Mujica podía convertirse en su talón de Aquiles, mientras que, para él, su movimiento político y las organizaciones asociadas a este seguían siendo de gran importancia para poner de manifiesto una realidad, la del «fondo duro de la pobreza», en muchos sentidos negada socialmente. El principal candidato opositor de la derecha tradicionalista, quien proponía en su plan de gobierno lo que sus asesores denominaron «asentamiento cero», en su estrategia publicitaria de «ir por la positiva», aceptó la necesidad de la existencia de un plan como el Juntos, pero enfatizó que este debía de estar integrado a un plan nacional de vivienda (lo que en el siguiente período de gobierno progresista terminó ocurriendo, al entrar en la órbita del ministerio competente).

En su concepción neoconservadora, aquellos habitantes de las zonas más carenciadas y precarias debían de hacer un esfuerzo para integrarse al resto de la sociedad, pues tenían que pagar los impuestos y los servicios básicos, como si fuera una cuestión de orden moral. Esto provocó declaraciones de parte del presidente, forzado por el clima electoral, que, de alguna manera, oscurecían más que aclaraban, ya que, por ley, no puede participar en la contienda. Planteó que el plan no era una cuestión habitacional, ya que las viviendas que se construían en su seno eran «mínimas, pero dignas». Implicaban la posibilidad para estas poblaciones de contar con «agua, un baño, un techo». El plan sería, en realidad, un asunto de «integración social», sobre una problemática que no se resuelve con destinar recursos de forma «fría», sino que necesita «solidaridad y amor». De alguna manera, estas declaraciones parecían no tomar en cuenta la propia definición del plan como una cuestión sociohabitacional. A ello volveremos en las conclusiones de este capítulo.

Ciertamente, es una cuestión profunda, epistemológica e, incluso, ontológica la que está allí en juego: la forma de concebir la condición de lo humano con relación al habitar, a la espacialidad y a la temporalidad, a los elementos más constitutivos e impensables de los modos de subjetivación que nos forman como lo que somos en un momento determinado. Esta tensión entre lo estrictamente habitacional, del espacio doméstico del habitar

cotidiano, y los elementos que hacen a la inserción social de cierto sujeto o grupo familiar fue, pues, la que estuvo en juego durante todo el tiempo de implementación del plan y la que marcó, como no podía ser de otra manera, nuestra inserción como etnógrafos en tal contexto. Podríamos decir, nuevamente, que la cuestión de lo urbano, la creación de ciudad y urbanidad, ciudadanía y demás, es la que se ubica allí en medio, como dimensión existencial donde lo habitacional y lo social se funden, y es allí donde mayores dificultades encontramos todos los involucrados, por múltiples factores, desde falta de recursos de toda índole a divergencias ideológicas, epistémicas y sensibles. Lo que podemos llamar arquitectónico, urbanístico y social respectivamente, si bien son operativos para pensar diferentes dimensiones, no son categorías estáticas que den cuenta de nada universal, sino construcciones que, como todas, necesitan ser revisadas en forma recurrente, más en estas situaciones como las aquí tratadas, en las que lo crítico y emergente de los fenómenos en cuestión obliga a desnaturalizar y problematizar lo real y su abordaje. Un hiato o desconexión obró entre las esferas de la administración pública y la academia, que no permitió generar puentes de traducibilidad, lo que acarreó mayores dificultades para todos.

El 12 de setiembre, en su famosa audición radial diaria, Mujica informó que había donado hasta el momento U\$S 400 000 de su propio sueldo de presidente para el plan, ya en un tono de balance y cierre de su gobierno. Un poco más de diez días después, el plan volvió a ser noticia en la televisión pública, en su *Informativo*, con nuevas inauguraciones de viviendas, esta vez, tan solo seis, en el ya emblemático complejo habitacional conocido como Batlle Berres por su ubicación. Lo más significativo fue el discurso que el presidente profirió delante de los participantes y cómo fue tomado por las cámaras de televisión. Ante mujeres y niños, en una de las nuevas calles asfaltadas, con un micrófono en mano, habló de la «falta de valentía de los hombres y el abandono de las familias», y de la importancia del rol de las madres en la crianza y formación de los niños desde la más temprana edad (en consonancia con otro plan, en la órbita de la salud, para fomentar el cuidado de la primera infancia). La cuestión del género y sus explicaciones en tono pedagógico fueron cobrando cada vez más relevancia en el discurso del presidente, tanto en su audición radial como en los diversos actos públicos en sitios como este.

A los temas de salud pública (el cuidado de la primera infancia), hay que sumarles los de seguridad, relativos a la llamada violencia de género, algo que Mujica también tuvo presente desde los primeros tiempos de su mandato, cuando a partir del homicidio de varias mujeres salió personalmente a la principal avenida céntrica a repartir unos volantes y hablar con los transeúntes en su característico estilo, exigiendo a los varones que «aprendieran a perder», es decir, a asumir la voluntad libre e independiente de las mujeres sobre el destino de las relaciones. Las instituciones modernas han fragmentado y aislado todas estas cuestiones: habitabilidad, salud, relaciones de género, etcétera. De alguna manera, el Plan Juntos puso todo esto en evidencia, en consonancia con la mirada holística y compleja que el entonces presidente y los más amplios sectores políticos del Frente Amplio intentaron proyectar, no sin dificultades en su propio seno, como todo aquello que es fruto de la racionalidad occidental, en el sentido más genérico del término.

Tres días después, nuevamente en el *Informativo* de la televisión pública, se emitió una nota sobre la jornada de encuentro entre participantes del plan, llevada a cabo en uno de

los espacios públicos más emblemáticos de Montevideo, el parque Rodó (el primero de todos, antiguamente llamado Urbano), como forma de cierre ante la incertidumbre que despertó el inminente cambio de gobierno. Algunas de las actividades de integración social promovidas por el plan consistieron en realizar paseos, visitas y encuentros en zonas de la ciudad consolidada, de evidente perfil céntrico, las cuales eran desconocidas por muchos de los participantes, en un patente ejemplo de lo que implica la segregación residencial y la exclusión social. También se hizo este tipo de actividades en otras localidades del Uruguay, como la ciudad balnearia de Piriápolis, en un gesto de democratización que buscó mover la estructura social con sus jerarquías y discontinuidades (sectores pobres de la población en una ciudad balnearia de sectores medios y medios altos).

En esa oportunidad, el director del plan realizó otra serie de declaraciones, convertidas en noticia, de suma importancia. Carlos Acuña planteó explícitamente, también en un tono de balance y cierre del proceso, que el Plan Juntos necesitaba seguir en el contexto del nuevo gobierno, del mismo partido Frente Amplio según los sondeos estadísticos, pero de cambios significativos de perfil a la interna. Puso como ejemplo el Movimiento de Erradicación de la Vivienda Insalubre Rural (MEVIR), otro emblemático plan de vivienda creado para zonas rurales y pequeños poblados, que comenzó siendo una propuesta puntual y, luego, fue «absorbido» por una entidad estatal, por lo que se convirtió, entonces, en un «programa permanente», con un presupuesto, una coordinación y un alcance mucho mayores y consolidados.

Lo urbano y sus movimientos puestos en juego

Este recorrido a través de la forma en que se intentó convertir el Plan Juntos en un asunto político mediático, en el sentido de la llamada «*agenda-setting*» o «establecimiento de la agenda», en tanto componente de una realidad por demás crítica y efervescente, termina con el mismo cierre de campaña electoral del sector político del actual expresidente. Su compañera de todas las horas y por entonces primera senadora, Lucía Topolansky, culminó su oratoria con la lectura de una carta enviada por una militante y participante del plan, referida a lo que significaba contar con una «vivienda digna» para ella y su núcleo familiar. «También [...] ponderó el logro del voluntariado simbolizado en el Plan Juntos» («Preparete pa'l domingo. Acto de cierre de campaña de Espacio 609», 2014).

Tuvimos una enorme cantidad de voluntariado, sobre todo de esas mujeres que nos ayudaron a construir, ladrillo a ladrillo, sus casas. Y, por eso, me voy a detener un segundo para leerles aunque sea una frase de una carta que tengo aquí, que me la dio una señora de Paso Carrasco, que ella construyó su casa con el Plan Juntos y con la Intendencia. Y, en esta carta, acá está la original. Fíjense lo que dice. No sé si Sonia estará acá, le mando un abrazo emocionado. Y Sonia nos dice: «¿Qué es para mí el sueño de la casa propia? Es sentirme más segura. Es alcanzar un gran sueño. Es pensar e imaginar que cada día será mucho mejor. Es lograr la tranquilidad de un techo seguro para mis hijas. Es ver la realidad de la vida con más objetividad». Gracias, Sonia, porque gracias a todas estas Sonias, el Plan Juntos levantó 1500 viviendas y está construyendo 1000. («Acto cierre de campaña del Espacio 609», 2014).

Para concluir, lo relevante, creemos, fue la puesta en consideración de la cuestión de lo territorial y del habitar precario como problemática urgente, aunque sea en forma potencial, a partir de la producción de narrativas mediáticas (Rincón, 2006) a lo largo de estos años. Dentro de las estrategias y los estilos de comunicación política de la que fue la presidencia de José *Pepe* Mujica, la cuestión de este plan sociohabitacional, tal como fue definido por quienes lo idearon, ha sido trascendental. Sin embargo, lo que llama la atención es el carácter netamente local de este efecto, de aquello que se trató del *buque insignia* del presente exmandatario, ante el casi desconocimiento de su existencia en las mismas redes transnacionales de información que tanta atención le merecieron a su estilo particular de vida: justamente, a su forma de habitar, que él no coincide en calificar de pobre o austera, sino más bien de «sobria», siguiendo explícitamente el estoicismo de Séneca.

La atención en sus rasgos personales y no en sus obras y proyectos en cuanto tales es una típica actitud del «voyeurismo» de los grandes medios masivos, en especial de la televisión de «lo especular» (Imbert, 2004). ¿Qué habría ocurrido si el Plan Juntos hubiera sido sobre otra cosa? ¿Qué habría pasado con los necesarios apoyos que el plan buscó a la interna del Uruguay si hubiera contado con una proyección internacional importante, a la altura de la propia figura presidencial? No hay una respuesta, por supuesto, pero el ejercicio habilita a seguir profundizando en la comprensión del fenómeno investigado, en el sentido de apuntar a la singularidad de los procesos de subjetivación que concretan estas experiencias: cartografiado de un contexto que se extiende hacia todas direcciones gracias a las redes virtuales de la comunicación y la información contemporánea, incluyendo directores cinematográficos y bandas de rock, en una misma trama de fenómenos que involucran grupos domésticos de mujeres con sus niños aún viviendo en situaciones de extrema precariedad.

Por último, dentro de este universo discursivo, en el que operan las funciones de producción de enunciados según mediaciones propias de las esferas televisiva (con mayor presencia de Internet) y radial en segundo término, y justo en la coyuntura de las elecciones presidenciales y las sucesivas campañas electorales que se llevaron a cabo en Uruguay, las imágenes del plan cobraron ciertos rasgos, así como la necesidad de pensar lo urbano de forma comprometida, compleja y transversal, en una sociedad que tiene serios problemas estructurales con la habitabilidad, los cuales se evidencian cada vez más al lograrse grandes mejoras en otros aspectos y no en ellos. El llamado Plan Nacional de Integración Socio-Habitacional Juntos es ese tipo de intervenciones que transforman la vida de cualquiera que esté involucrado como participante directo, incluso lo hace para la mayoría de quienes participan como técnicos, agentes políticos y demás, y, por supuesto, como etnógrafos, que es nuestro caso. En tal sentido, separar y hasta oponer conceptualmente, por un lado, una cuestión habitacional y, por el otro, la dimensión de los vínculos sociales es, en principio, un error para la propia concepción de las prácticas que se llevan a cabo, para el diseño y proyección hacia el futuro y a todas las escalas. Lo habitacional es, en sí, social; no puede ser de otra manera (Pezou-Massabuau, 1988).

Otro asunto que asimismo se desprende *grosso modo* de los tipos de enunciados mediáticos producidos sobre el plan durante este tiempo es la impronta de ideas y supuestos en torno a la solidaridad, el voluntariado, la donación, la fraternidad... Consiste en una

apelación permanente hacia el don (Mauss, 1979a) y, más aún, hacia el campo de inmanencia de la producción de subjetividad. Hemos visto cómo el sindicato de la construcción y otros componentes del movimiento sindical fueron los que más y mejor respondieron al llamado, junto con un puñado de microempresarios. Llama también mucho la atención la falta de mayores involucramientos ante una movilización tan importante, relativa al hecho concreto de transformar las condiciones básicas de existencia de aquellos que, a pesar de las mejoras sociales de los últimos años, siguen anclados en el llamado núcleo duro de la pobreza en Uruguay. Puede tratarse de una primera etapa, constitutiva, digamos, del plan, frente a un futuro de crecimiento y sofisticación. El posterior anuncio de su continuidad, ahora no de manera aislada, sino como parte de los planes de intervención de los diferentes agentes estatales, va en ese camino. De todas formas, la problemática de la acción social en las sociedades contemporáneas, el rol de los Estados y el lugar de los movimientos sociales no son algo sencillo en lo más mínimo, muy por el contrario, parecen cuestiones difíciles de acompañar (Das y Pool, 2008). En este caso, la presencia del movimiento sindical fue fundamental. El aporte de saberes, la integración en vínculos y redes de oportunidades para los habitantes con quienes se compartían las jornadas de trabajo en la obra y el diálogo entre subjetividades diferentes y semejantes no pueden perderse, sino más bien potenciarse.

El arte de construir ciudad allí donde es más urgente⁶

Entre los campos de intervención



En el contexto de un diálogo promovido por la coordinación y gestión del Programa de Mejoramiento de Barrios (PMB) en el Seminario Quince Años, Más de Cien Historias —a propósito de los quince años de su funcionamiento—, pudimos participar de una reflexión colectiva riquísima sobre las cuestiones que hacen al manejo de la situación crítica en el hábitat y de los habitantes de aquellos uruguayos que se encuentran en las condiciones más precarias de existencia. Partimos de una misma serie de inquietudes y alguna certeza para el abordaje de estos asuntos, tal como lo planteó Fernando Cabezudo, coordinador del PMB por entonces: el reconocimiento de

la ciudad informal como una realidad de hecho con la que hay que dialogar en vez de negar y su gestión de forma participativa, desde y más allá de la cuestión de la materialidad como tradicionalmente se la piensa.

Ciertamente, hay que cumplir con ciertos requisitos para que el programa actúe, lo cual pone una cota inferior ante lo que es, sin dudas, el abismo de la permanente emergencia de viviendas precarias en formas urbanas de variado tipo. El Plan Juntos ha intentado sumergirse en esos agujeros negros de los bordes de la malla disgregada de las territorialidades uruguayas contemporáneas, complementando, en tal sentido, el trabajo. No hay organización vecinal previa; a veces, ni siquiera se trata de territorios a escala media, por lo que se trabaja en casos de viviendas dispersas, se filtra en configuraciones ya existentes o se construye en terrenos históricamente cargados de simbolismo por algunos colectivos sociales y que pueden no ser considerados propicios desde la perspectiva técnica de arquitectos, urbanistas o geógrafos.

Participamos del seminario como invitados a comentar la ponencia principal de María José Álvarez Rivadulla (2015), junto con Jack Couriel, y, con ello, a cerrar el encuentro. La presentación principal fue una excelente síntesis de los momentos históricamente relevantes y del presente de las políticas públicas urbanas latinoamericanas, bajo la consigna

6 De acuerdo a una primera versión reducida, presentada en 2014 y publicada en 2015 con el mismo título en el *Seminario Quince Años, Más de Cien Historias. Programa de Mejoramiento de Barrios Uruguay*. ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (2015). «El arte de construir ciudad allí donde es más urgente». En NEIROTTI, E. (comp.). *Seminario Quince Años, Más de Cien Historias. Programa de Mejoramiento de Barrios Uruguay*. (106-117). Montevideo: PMB-MVOTMA-PNUD-ONU.

de articular los conceptos de ciudad informal, política y segregación. En un capítulo particular, Montevideo es planteado como un caso extraordinario en tal contexto, fruto de la herencia de una extensa clase media y sus modos de habitar. Couriel enriqueció la reflexión compartiendo las líneas de fuerza de su análisis del «Gran Montevideo» (Couriel, 2010). La cuestión de la «ciudad intermedia», definida por aquellas áreas con cierta homogeneidad de población de sectores socioeconómicos medios, vuelve a aparecer como relevante, esta vez, para la búsqueda de alternativas en un escenario de proyección inmediatamente próximo. A lo anterior, debemos sumarle lo aportado por Patricia Palenque sobre la experiencia formalmente similar en Argentina, lo que nos dio un marco de comparación para dimensionar la cuestión en el entorno regional y más allá. Las diferencias de escalas y formas de la política urbana y habitacional, en relación con las sociedades y los procesos de subjetivación particulares, son la clave para afinar la comprensión de lo que sucede localmente. En ese sentido, intentamos compartir una problematización que pudiera contribuir a pensar y conocer las prácticas existentes en el universo donde actúan estos planes y otros similares.

Procuramos extraer conocimiento de las principales tendencias y construcciones, del cambio de los pesos relativos que en estos últimos quince años se ha venido manifestando. Abordamos la cuestión desde la composición de los elementos que hacen a las formas de habitar y los territorios, y sobre qué se sostiene una espaciotemporalidad específica, en lo relativo a la llamada ciudad informal: las terminales que han sido, son o seguirán siendo alguna vez borde, marca, límite o umbral. Hay muchas formas de periferias y centros, además de fenómenos que no pueden reducirse a su polarización. Pero tampoco desaparece su existencia sin más. Lo más importante es que tienen morfologías extremadamente variables, para nada limitadas a bandas o fajas continuas, como espaldas de la gran membrana que sería el borde del cuerpo de la ciudad. Los intersticios, los agujeros negros por donde puede fugarse lo urbano, deconstruyéndose, volviendo a ser materia informal de innovación, precariedad, peligros y refugios, pueden salpicar antiguos cascos urbanos, barriadas precarizadas por un presente de abandono con relación a épocas pasadas de esplendor, o pueden tomar la forma de zonas intermedias de elementos yuxtapuestos. Los accidentes geográficos, como las cuencas de los cursos de agua, suelen marcar, en lo natural, las dinámicas sociales de ocupación del territorio. Para el caso de Montevideo, efectivamente, los arroyos Carrasco, Malvín, Miguelete y Pantanoso son un claro ejemplo de ello. Las actividades de una serie de planes como el PMB y Juntos, en lo relativo al departamento capitalino, se distribuyen con bastante concentración en tierras de estas. Posteriormente, presentaremos el conjunto de sitios de intervención del Plan Juntos, para ubicar los dos casos en los cuales nos sumergimos temporalmente para llevar a cabo esta investigación. Ahora, es momento de poder plantear una visión más amplia, tomando en cuenta la situación actual de la periferia montevideana y sus problemas en términos espaciotemporales y territoriales, en función de la mayor variedad de fuerzas que se encuentran presentes en la conformación de su realidad (habitantes, acciones de políticas públicas, efectos de los mercados y conectividad con las otras zonas y sus territorios).

En esta ocasión, nuestro ámbito de trabajo de campo fue más amplio. En otras oportunidades, hemos intentado definir la cualidad principal del territorio montevideano de, por

lo menos, estas últimas décadas: su disgregación,⁷ algo que también podemos plantear para todo el territorio uruguayo y en el contexto de otras regiones y dinámicas que operan en ellas. Esto, a su vez, debemos concebirlo sin dejar de tener presente la existencia de otros fenómenos complementarios, incluso opuestos, que parecen ir a contrapelo de lo anterior en ciertas microescalas territoriales, en especial, en lo relativo a la gentrificación en un polo o a la concentración de la pobreza en el otro (Álvarez Pedrosian, 2013a). El caso de Montevideo es muy singular, donde se concentra la mitad de la población total del país cercana a los 3 000 000 de habitantes. A lo largo de los corredores de tránsito, antiguos caminos que conectaban la ciudad colonial con diferentes enclaves de un territorio poco urbanizado, y con una imponente concentración en la franja costera, la ciudad, en tanto mancha territorial, se ha venido expandiendo a razón de un 10 % en las últimas cuatro décadas, mientras su cantidad de población se mantiene (Martínez Guarino, 2007). Estos alejamientos de los elementos entre sí, en los que las bajas densidades se expresan en el desplome de las centralidades y en los que se dan constantes ocupaciones de nuevas tierras que, por prístinas, son más accesibles, implican tipos de habitar muy cercanos a los de los colonos que se ven obligados a conquistar y fundar un territorio de existencia casi sin recursos.

Cuando esto mismo se da en las zonas más alejadas de las fronteras de la ciudad capital, se generan entornos de disgregación que, contrariamente, se concentran y densifican: son los territorios de concentración de la pobreza a los que hacíamos referencia más arriba. Algunos de ellos, como la zona de Casavalle (Álvarez Pedrosian, 2013a), fueron constituidos como «depósitos espaciales», donde se experimentó, a principios del siglo XX, con crear barrios jardines, pero no se apoyó ni se dieron otras circunstancias como para que ello prosperara, por lo que se fueron abaratando enormemente los predios y, a su vez, fueron fraccionados. Así, en una espiral negativa, terminaron siendo el sitio propicio para levantar complejos habitacionales de bajos costos, a lo largo de décadas de políticas dictatoriales primero y neoliberales en democracia después. A los barrios tradicionales y los complejos habitacionales de bajos costos, se le sumaron los asentamientos, el tipo de territorios que es objeto principal del PMB y donde se concentra la casi totalidad —si no la totalidad— de las intervenciones del Plan Juntos. Es fundamental comprender el nivel de articulación de los tres tipos de ciudad, de espacialidades y sus consecuentes habitares, al punto de plantearse la existencia de configuraciones que no pueden reducirse a ninguna de ellas. No se trata de tres tipos homólogos de entidades, de tres cosas iguales. Las dinámicas de implosión, desintegración y desterritorialización de los asentamientos, y sus reterritorializaciones laberínticas afectan otras territorialidades preexistentes, como las de complejos habitacionales de bajos costos, o actúan infiltrándose en todos los intersticios de barrios tradicionales y entre estos y los otros territorios, convirtiéndolos también, en muchas ocasiones, en asentamientos.

La gestión urbana en su proyección local contemporánea

Este proceso de espacialidades emergentes en un territorio disgregado requiere de un enfoque integral de perspectivas y dispositivos de intervención. Se trata de crear conexiones, de comunicar en el entendido de constituir flujos transversales a elementos ya de por sí

7 Ver capítulo «Espacialidades emergentes en un territorio disgregado».

heterogéneos y múltiples. En este conjunto complejo de piezas de diferentes puzles, suerte de bricolaje «salvaje» (Lévi-Strauss, 1970) de elementos más «rizomáticos» o más «arborescentes» (Deleuze y Guattari, 1997a: 9-32), se reconoce la necesidad de pensar y actuar con políticas en las que el diseño arquitectónico y urbanístico, y las cuestiones relativas a la antropología de los habitantes dialoguen y, si es posible, se interpenetren unas a las otras, interpelándose en algunos casos, y, en otros, explorando conjuntamente nuevos campos y dimensiones de prácticas. Pero esto implica varias cuestiones que merecen ser tomadas en consideración. En primer lugar: qué epistemología es necesaria para llevar a cabo este proceso o ampliar y fomentar aquellos emprendimientos que ya existen y van en esa dirección. Seguidamente, podemos preguntarnos sobre el rol del diseño, en un sentido transversal, tanto arquitectónico como antropológico, en sus cualidades de innovación, creatividad y apertura a nuevas realidades posibles (Ingold, 2013; Berio y Del Castillo, 2010), lo que implicaría pensar en una ontología de esta epistemología que acompaña, a su vez, una antropología (Deleuze, 1996b). Se trata de tres órdenes de problemáticas que necesariamente deben afrontarse conjuntamente, en la distinción y recíproca invocación, en su calidad de elementos inextricables. Intervenir sin investigar e investigar sin algún carácter de intervención no parecen viables en modo alguno, y el contexto de la producción de ciudad (*urbs, civitas y polis*) es un buen ejemplo de ello.

Mientras se crearon de forma acelerada y sin cesar diferentes oficinas consideradas como territoriales en una amplia gama de unidades de gestión de las políticas sociales de Estado (salud, educación, desarrollo, etcétera), los problemas del territorio fueron ganando relevancia, más allá de una primera oleada a comienzos de siglo, en la que lo territorial se convirtió en moda según el gesto posmoderno de decretar su fin (Haesbaert, 2011). El avance debe ir por el lado de problematizar la noción de territorio, como movimiento complementario del perfeccionamiento, rectificación y diversificación de las propuestas generadas, para ganar en efectividad en el sentido científico del término (Bachelard, 2004). Por ese lado, puede venir el aporte que intentamos generar con nuestros trabajos al respecto, incluida esta investigación, al intentar aprender de la experiencia para conceptualizar las cuestiones que nos afectan. Y, en tal sentido, por tanto, se ha avanzado, en estos años, enormemente en el proceso de diálogo e integración de estos nuevos territorios surgidos de la ocupación clandestina al principio, de colectivos más organizados después (Álvarez Rivadulla, 2015). Esto no quiere decir que esté, sin más, asegurado el avance sobre las transformaciones en las territorialidades de quienes hemos vivido de ciertas maneras hasta el momento, sobre las formas de habitar, los aspectos subjetivantes que conforman a quienes están involucrados directamente en ello, los habitantes, y de quienes asimismo están involucrados de múltiples modos más allá de la residencia, nosotros incluidos. En el ámbito académico, también comenzó a darse la misma situación, pues las conexiones entre este campo y el técnico al servicio del Estado son, por demás, intensas: cuando la noción de territorio y los problemas más diversos en el campo de las ciencias humanas y sociales ponían el foco en las cuestiones enunciadas como concernientes a lo territorial, más se hacía evidente que el siguiente paso era problematizar dicha categoría.

Es un desafío, por tanto, alternar esta dinámica epistemológica que se ha dado tradicionalmente en muchos casos, hasta podría decirse que es connatural a las ciencias, como incluso se la ha querido defender (Kuhn, 1971): una suerte de naturalización de una ontología,

convertida así en metafísica, sentido común, dogma en última instancia, y, con ello, anulada como exploración conceptual. En este sentido, desde la crítica a dicho enfoque (Popper, 1975), un problema es importante cuando puede ponerse efectivamente en duda, cuando está abierto, suspendido en la siempre factible modificación de lo que conjeturamos es lo que acontece. Esta cuestión epistemológica afecta toda la labor científica, tanto de las llamadas ciencias naturales como de las humanas y sociales, y pone a ambas en un diálogo con la tarea filosófica por demás significativa. En disciplinas tan complejas como la arquitectura contemporánea, encontramos mucho de estos elementos en la presencia de tradiciones tan ricas como la teoría del arte, las técnicas constructivas y los cálculos de estabilidad, la expresión plástica y el análisis sociológico de la ciudad, para poner algunos ejemplos hasta de épocas diferentes. Ciertamente es que, en estas disciplinas particulares, saberes prácticos, conjuntos de problemas y abordajes metodológicos no conviven pacíficamente, sin tensiones entre sí; la cuestión es que sean creativos, que alimenten propuestas interesantes.

Generalmente asociado, en su vertiente occidental, al espíritu humanista del contexto renacentista italiano del *quattrocento* (cuatrocientos), el campo de la arquitectura, desde la práctica profesional al ámbito académico de formación e investigación, posee cualidades por demás importantes para concebir procesos que llevamos a cabo en las ciencias humanas y sociales, incluso en la filosofía. Es una interpelación mutua, pues lo mismo sucede hacia el otro lado cuando estas últimas ponen al especialista, en la creación de espacios, ante la problematización de los seres que diseñan, construyen y habitan o habitarán esas invenciones. Se han ido multiplicando los esfuerzos por encarar los problemas de la vivienda y la ciudad de forma cercana a lo planteado, desde hace bastantes décadas, no es algo para nada reciente. Quizás lo que sí aparece como un gesto contemporáneo es esta insistencia en profundizar en las mismas concepciones de espacio y tiempo, del estar en el mundo existencial (Heidegger, 1993; Sloterdijk, 2011; Álvarez Pedrosian, 2013^b), de lo que puede llegar a quedar como sustrato de una antropología enfrentada ante sus propios límites (Rabinow, 2003; Álvarez Pedrosian, 2011^a; 2011^c).

Otro desafío, creemos nosotros, de gran relevancia para la contemporaneidad en lo relativo a las problemáticas aquí abordadas es cuestionar la construcción del destinatario (en los términos de los técnicos sociales), de los usuarios (en los términos de los técnicos arquitectónicos), lo que nosotros intentamos pensar en la articulación de ambos enfoques a partir del análisis de los procesos de subjetivación. No se trata, entonces, de individuos en un sentido estrictamente determinado por la sociedad moderna capitalista, sino de vectores de subjetivación que barren y atraviesan diferentes entornos donde producen y son producidos por sujetos allí constituidos, en tales dinámicas. Existen colectivos de habitantes, pero también sus integrantes y otros sujetos se vinculan entre sí y con otros de otras formas no muy sencillas de identificar. Una visión inter- y transubjetiva de nuestra realidad ya nos posiciona ante otra valoración de las necesidades, de la relación de las propuestas proyectadas para resolver los problemas y sus efectos concretos, pues, si bien estamos en un mundo de rostros, voces y nombres propios, eso es posible por la existencia de elementos mucho más vastos y poderosos que los que pueden dar cuenta de un espécimen. Esto implica el tercer movimiento de problematización a partir del sentido común de tipo empirismo ingenuo: un paso por un racionalismo igual de mecánico, pero en el que se pone en juego la construcción teórica, y la llegada, entonces, de un racionalismo aplicado,

en el que las ideas sobre la realidad y las prácticas llevadas a cabo con ella se interpelan entre sí (Bachelard, 2004).

En nuestro caso, la cuestión central no puede quedarse, aunque debe pasar y no puede faltar, en los temas estrictamente de infraestructura edilicia, de generar un espacio acondicionado para satisfacer las que, consideramos, son necesidades básicas de lo humano, ni puede quedarse solo en abstracciones sobre qué es la estética y la creación de mundo sin posibilidad de concretarlo en empiricidades poderosas en su factualidad. En un nivel del asunto, lo abstracto y lo concreto se intercambian en cadenas, según saltos-eslabones en los que la experiencia posible y el conocimiento derivado de ello se conectan en ambas direcciones, similar a lo que Bruno Latour (2001) plantea en términos de «materia y forma» en relación con la referencialidad científica (Álvarez Pedrosian y Robayna, 2013). ¿Para quién se construye desde estos planes? ¿Qué nuevas cosas se generan en ellos al punto de modificar sus existencias? Esas son preguntas que deben enunciarse explícitamente y ser puestas en discusión en diferentes formas por los diversos involucrados, especialmente los habitantes, de manera continua antes, durante y después de los momentos más intensos de transformación de la materialidad del lugar en cuestión. No son los mismos sujetos que cambian de entorno, sino que ellos se transforman junto con este.

La informalidad de la informalidad

Esperamos poder contribuir a poner en discusión la idea tan naturalizada de que debe existir una ciudad de pobres y otra de los que no lo son. A lo sumo, más allá de pretender valorizar los propios territorios segregados para quienes viven allí, se disponen servicios y otros equipamientos en zonas céntricas más o menos densificadas para que estas poblaciones se acerquen y se integren. Pero, ¿no deberíamos pensar, teniendo como horizonte, aunque sea utópico, que esto puede cambiarse? De lo contrario, estaríamos fomentando una reproducción de las condiciones existentes y no la búsqueda de franqueamiento de los límites de lo posible (Foucault, 2002). Estaríamos dando por sentado, nuevamente, a ese ser que tomamos como habitante típico de estos territorios periféricos, ahora como consumidor estandarizado. Consideramos como más audaz pensar que la integración, en tanto proceso de comunicación, debe darse en ambas direcciones: permitiendo que quienes residen en zonas de exclusión participen activamente en otros espacios y en diferentes tiempos, a la vez que los demás habitantes que no residen allí tengan motivos y deseos de desplazarse y llevar a cabo alguna actividad en ellas, cambiando los imaginarios y las prácticas de habitar, y con ello, horadar los estigmas y promover nuevas dinámicas efectivas que disloquen las fronteras impuestas entre nosotros. ¿Podemos pensar y proyectar cambios arquitectónicos y urbanísticos que hagan atractivas estas zonas para el resto de la ciudad, sin que ello desencadene dinámicas de gentrificación (Dos Santos Gaspar, 2010; Romero Gorski, 2011) u otro tipo de expropiación de estos ámbitos en detrimento de quienes allí moran?

Una ciudad integrada, por tanto, debe construirse en múltiples direcciones, como red que se potencia cuanto mayor conectividad se pueda asegurar. Quizás es una quimera, como el fin de la explotación del hombre por el hombre, como lo expresa la fórmula tradicional, pero, sin tener esto como finalidad principal, continuaremos pensando y actuando en

planes y obras puntuales en los que estas zonas precarias seguirán siendo eso, sitios en los que terminan residiendo los que no tienen otra chance mejor. No solo se trata de pasar por allí, sino de que esta otra ciudad tenga presencia en el resto, en especial en los territorios urbanos más consolidados, simbólica y materialmente, lo que puede hacerse de muchas maneras, a partir de visiones de una misma ciudad que se proyecta sobre sí misma, buscándose, reinventándose, de forma de incluir a todos quienes día a día existen en ella.

Lo mismo a escala de las unidades territoriales que emergen por la acción espontánea de pobladores o con la de los técnicos, como los del PMB o el Plan Juntos. Como veremos en detalle, un territorio es una unidad espaciotemporal que posee niveles de consistencia relativa; es básicamente relacional (Deleuze y Guattari, 1997a: 317-358) e implica la participación, imposible de aislar, de cada uno de los seres y entidades que lo pueblan dinámicamente (Ingold, 2010; 2012), «actantes» tanto humanos como no humanos (Latour, 2008). A veces, definimos estos territorios como barrios, pero eso es dentro de ciertos requisitos en relación con matrices culturales específicas, procesos históricos e identitarios determinados, materialidades y semióticas singulares. Una de las grandes características de las formas de habitar la corona periférica montevideana es el aislamiento y repliegue de cada unidad territorial sobre sí misma, en una fragmentación y desconexión no solo con lo que es considerado como la ciudad propiamente dicha (su casco histórico u otras zonas igual de consolidadas), sino entre ellas. Generar espacio público, en el entendido de territorios abiertos a la participación de un conjunto indefinido de posibles, parece ser la estrategia más importante, por sus efectos, junto con el trabajo en vivienda. Las intervenciones y estudios en torno a plazas, paradigmas de este territorio de lo público, han sido la forma principal adoptada hasta el momento. Es tiempo también de emprender otras intervenciones, esta vez sobre las líneas más que sobre los nodos, pues la red necesita ser trabajada en ambos sentidos. Es lo más difícil, sin dudas, pero el desafío va por ese camino: diseñar las tramas y urdimbres, los tejidos y sus líneas, los entramados que son la genuina constitución de los territorios como entidades vivas, sus vasos comunicantes, sus flujos. En tal sentido, se están desarrollando variadas alternativas, en diferentes contextos planetarios, desde intervenciones de arte urbano en calles donde se informa del consumo energético para generar un ahorro responsable al atravesamiento de antiguos guetos heredados del *apartheid*, con caminos cívicos cargados de equipamientos culturales, sociales y deportivos (Hustwit, 2011). En este sentido, se ha pensado el Plan Cuenca Casavalle de la municipalidad de Montevideo, en lo que es la zona paradigmática de su periferia, ensayando diversos procesos de articulación entre elementos ya existentes y haciendo intervenir nuevos gracias a importantes obras materiales.

Como lo planteó la alcaldesa María Nedov y Amparo Domenech de su equipo en el seminario,⁸ al abordar la problemática desde esta zona y otras aledañas dentro de su jurisdicción: si bien el proceso de disgregación (fragmentación expansiva) está siendo encarado con grandes esfuerzos al trabajar sobre los asentamientos irregulares que fueron generándose y al evitar su propagación en la marcha urbana, se está reproduciendo, de otra forma, hacia fuera, en lo que, hasta entonces, era más un territorio rural. De forma puntillista, en ciertos cruces de senderos y caminos, en cierto tramo de uno de estos, aparecen una, dos o algún pequeñísimo conglomerado de viviendas precarias, que dan lugar a la gestación de un nuevo territorio irregular, con las mismas características de los asentamientos, pero no ya en

8 Ver nota al pie n.º 6.

los intersticios urbanos o sus bordes contiguos, sino en puntos del campo cercano en tanto área de influencia. Entre este fenómeno y aquellos similares que no llegan a ser identificados como unidades de tratamiento para una regularización, nos encontramos con algo así como *la informalidad de la informalidad*. Hacia allí apuntamos con esta y otras de nuestras investigaciones, intentando aportar para el conocimiento y manejo de tales realidades junto a quienes son sus principales protagonistas, y es, sin dudas, el horizonte de desafíos para este tipo de planes, ya en una fase de mayor maduración.

Quizás, la cuestión más difícil de asumir por todos es el carácter paradójico de esta empresa: asumir la transformación de lo que parece no poderse transformar. Ahí está el trabajo liminar, fronterizo, posiblemente transformador, para todos los participantes de estas experiencias de hacer ciudad y formas de habitarla donde más necesario se hace por la precariedad y el sufrimiento que existe en las subjetividades involucradas. Cambiar la materialidad de nuestros universos existenciales es siempre una tarea emergente que, por definición, trastoca los límites de lo posible, en términos de rutinas y de toda la ritualística propia de cada modo de subjetivación, sistema cultural, campo de prácticas y demás. Los vaivenes políticos siempre estarán presentes, en la medida en que el juego de las relaciones de fuerza no cesa de estar en movimiento. La gestión como mediación entre ambos universos implica un agenciamiento por momentos difícil de soportar por las presiones que conlleva. Pero en esto también la arquitectura, el diseño y el urbanismo tienen tradiciones acumuladas, cajas de herramientas y tecnologías para propiciar estas prácticas. La misma idea del proyecto de arquitectura como forma de pensamiento recientemente explorada (Berio y Del Castillo, 2010) habilita un diálogo con los saberes de las ciencias humanas y sociales, y de la naturaleza, así como con los de la filosofía, fructífero para todas las partes y en el que suceden cosas *entre* ellos. Y, cuando la realización, la concreción de proyectos cobra una dinámica compleja de relaciones recíprocas y en diversos plegamientos, podemos concebir la materialidad en movimiento, en devenir (Latour y Yaneva, 2008), como resultante parcial de permanentes controversias (Yaneva, 2012). Se hace necesario allí pensar en los distintos ritmos, las diferentes velocidades de diversos tipos de elementos que componen dicha disposición espaciotemporal y en la convivencia con posibles alternativas, proyectadas o recién apareciendo en el horizonte de forma dispersa en ideas, propuestas, fuerzas sociales actuando en ciertas direcciones, gustos o afinidades y demás.

Felicitemos, en tal sentido, por todo lo realizado en estos quince años al actual PMB en sus más de cien historias, por ir aprendiendo a intervenir en los territorios de forma integral e inclusiva, en situaciones límite en las que la realidad de los habitantes es, por demás, preocupante, la razón por la que se está allí. Difícil es delimitar el nivel de actividades que pueden, efectivamente, llevarse a cabo. Se trata de ir aprendiendo a intervenir en estas problemáticas, tan profundamente singadas por los destinos sociales, en el cruce de todos los intereses que puedan pensarse que existen, en definitiva, en la órbita de la gestión urbana. Ello implica poder distinguir lo que puede ser a corto, mediano y largo plazo, lo que pueden ser los efectos de una intervención proyectada una vez que se realice en el lugar específico, así como en la zona de la ciudad, la ciudad toda y los otros territorios del país y la región. Es tener siempre presente la diversidad de posibilidades ajustadas a determinadas cuestiones, estados de cosas, subjetividades involucradas, y hacerlo desde un realismo crítico, a la vez fuertemente imaginativo y creativo.

Territorios metropolitanos del Plan Juntos: paisajes de la resistencia

El oeste montevideano a través de algunos de sus rasgos territoriales

Para esta investigación, escogimos dos casos en los que interviene el Plan Juntos, por lo que nos ubicamos en los bordes del Cerro y La Teja, en situaciones muy diferentes, aunque casi frente a frente, a uno y otro lado del arroyo Pantanoso. Como veremos en este capítulo, la elección de ambos casos responde a una serie de cualidades por demás relevantes para la comprensión de los fenómenos aquí abordados. Dichos factores, algunos más independientes, otros más dependientes, responden a la complejidad del fenómeno, para lo cual tomamos en cuenta, *grosso modo*, dos grandes dimensiones: las características del dispositivo de intervención del plan, a partir de diferentes tipos de propuestas en una variedad de casos distribuidos de acuerdo a tomas de decisiones sobre la interpretación que se realiza de las demandas y necesidades existentes, y las características culturales, urbanísticas y geográficas de los territorios preexistentes, escogidos de esta forma. De cualquier manera, este estudio no es sobre el plan, sino sobre las transformaciones en las formas de habitar y los procesos de subjetivación asociados a estas en el contexto de dicho plan, en el entendido de lo que moviliza su actuación en el hábitat y las dinámicas sociales promovidas por sus actividades junto con los habitantes. En tal sentido, la elección de nuestros casos no responde a una representatividad, digamos, proporcional a ninguna totalidad del universo en el que el Plan Juntos actúa. De todas formas, dado que nos interesan territorios en transformación por la acción de este tipo de políticas, calificadas de sociohabitacionales, no podemos desconocer sus características. Se trata, más bien, de tenerlas presentes, pero en función de la posibilidad de realizar un abordaje etnográfico en realidades apropiadas para la investigación de los fenómenos antropológicos y comunicacionales propios del habitar, en las situaciones de mayor precariedad y urgencias a considerar.

Comencemos, por lo tanto, con el primer aspecto, para nosotros el más general, del contexto de intervenciones del Plan Juntos en los tiempos de nuestra investigación, cuando se echó a andar bajo la iniciativa directa del entonces presidente Mujica. El plan fue ampliando los diversos emplazamientos de intervención a lo largo del tiempo transcurrido. Según los materiales elaborados oficialmente, así como a través de entrevistas en profundidad con diferentes autoridades, pudimos hacernos una idea de esta distribución y de las propiedades que la definen. En el siguiente cuadro, presentamos una síntesis de estos datos de aquellas intervenciones ubicadas en zonas del área metropolitana de Montevideo, donde nos hemos centrado en una primera instancia, dado el perfil de las problemáticas existentes y nuestras posibilidades de acceso para la inmersión en el trabajo de campo que se fueron concretando.

Cuadro 1. Atención del Plan Juntos en área metropolitana de Montevideo⁹

OESTE

Cerro Norte (Amanecer)

Fecha de inicio: julio de 2010.

Población potencial: 49 familias.

Hogares participantes: 26.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

La Cachimba

No hay datos (al lado de Tres Ombúes, norte de Pueblo Victoria, sobre arroyo Pantanoso y calle Humboldt).

Luis Batlle Berres

Fecha de inicio: octubre de 2010.

Población potencial: 82 familias.

Hogares participantes: 42.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

Ubicado en el cruce de avenida Batlle Berres y ruta 5 (camino De Las Tropas), también próximo a las aguas del arroyo Pantanoso, a la altura de Nuevo París.

Nuevo París

Fecha de inicio: noviembre de 2010.

Población potencial: 25 familias.

Hogares participantes: 22.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

Tres pequeños entornos próximos, sobre calles Carlos María de Pena, Yugoslavia y Héctor Vigil.

Verdisol

Fecha de inicio: octubre de 2010.

Población potencial: 125 familias.

Hogares participantes: 62.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

El propio complejo habitacional en su totalidad, sobre ruta 5 y camino Lecocq, también al lado del arroyo Pantanoso.

Saint Bois

Fecha de inicio: febrero de 2012.

Población potencial: 105 familias.

Hogares participantes: 24.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

Al fondo del Hospital, calle Cololó, también sobre el arroyo Pantanoso.

⁹ A partir de la información disponible en agosto de 2013, en medio de nuestra investigación, en el sitio oficial del Plan Juntos: <www.juntos.gub.uy>.

CENTRO

Casavalle

Fecha de inicio: febrero de 2012.

Población potencial: 20 familias.

Hogares participantes: 17.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

1.º y 22 de Mayo

Fecha de inicio: julio de 2010.

Población potencial: 189 familias.

Hogares participantes: 128.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

Dos asentamientos yuxtapuestos; el segundo, más pequeño que el otro, ubicados entre camino

Capitán Tula y camino Domingo Arena, zona de Casavalle al norte.

ESTE

Cabañitas

Fecha de inicio: octubre de 2010.

Población potencial: 109 familias.

Hogares participantes: 49.

Atrás del barrio Parque Guaraní, sur de Flor de Maroñas, al borde de la zona urbanizada antes de los bañados que van hasta camino Felipe Cardozo, sobre calle Doctor Emilio Ravignani junto a Pantaleón Pérez.

Covisocial

Fecha de inicio: octubre de 2010.

Población potencial: 31 familias.

Hogares participantes: 30.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

Calles Joaquín de la Sagra y Monzoni, sur de los Bañados de Carrasco.

Departamento de Canelones, hacia el este.

Barros Blancos

Fecha de inicio: octubre de 2010.

Población potencial: 64 familias.

Hogares participantes: 55.

Acciones en: vivienda, infraestructura y equipamiento, y proyectos sociales.

Departamento de Canelones, hacia el centro.

Villa Ilusión

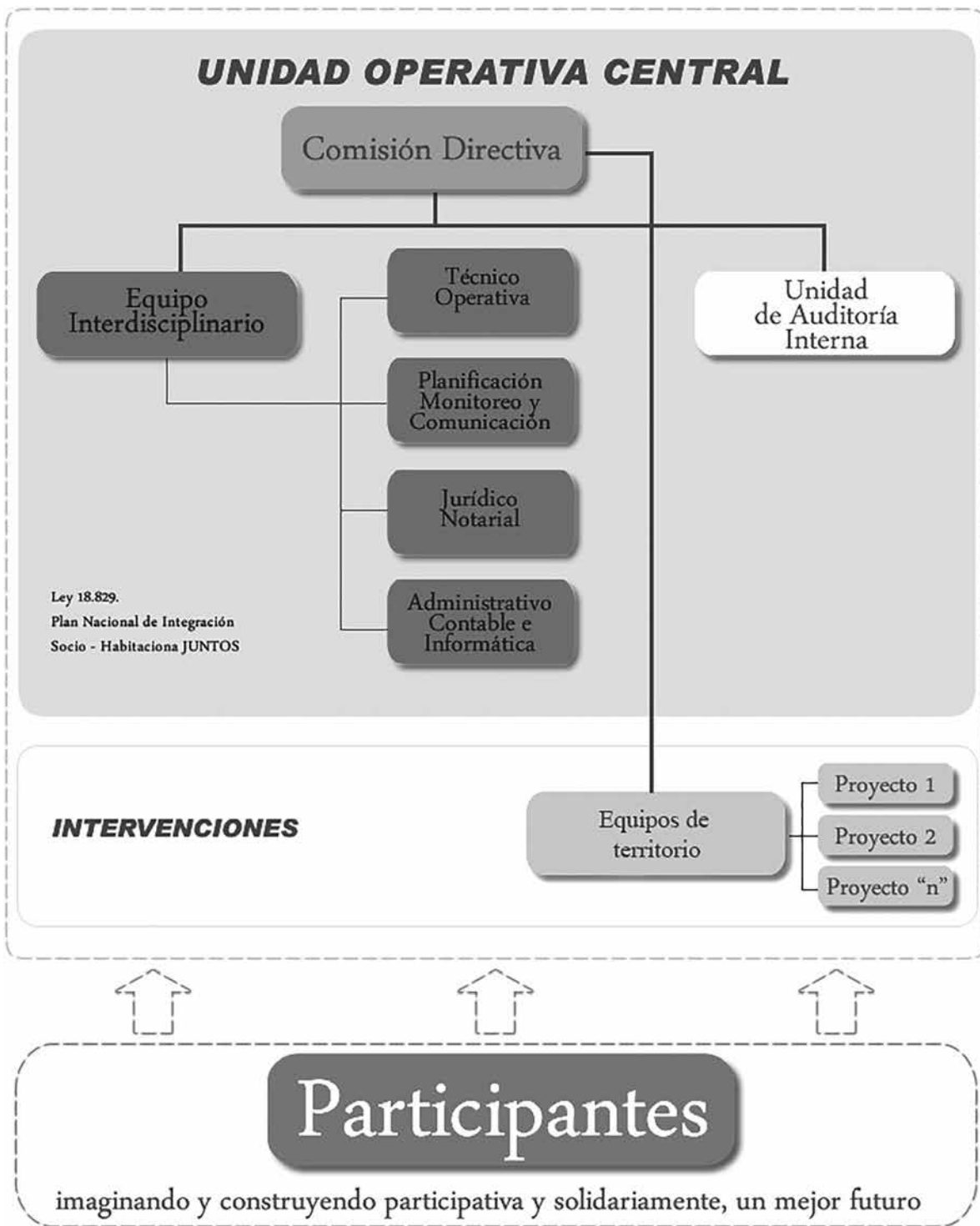
No hay datos. Ciudad de Las Piedras, entre Pueblo Nuevo y Herten, cerca de ruta 5 nuevamente.

Departamento de San José, hacia el oeste.

Ciudad del Plata

No hay datos.

Cuadro 2. Organigrama oficial del Plan Juntos



Fuente: sitio oficial del Plan Juntos: <www.juntos.gub.uy>.

El universo de exploración etnográfica y las posibles intervenciones a llevar a cabo en él, por lo general, son algo problemático, más aun: se construyen como conjetura, al mismo tiempo que se crea el conocimiento sobre y dentro de él. Se cuenta, por ejemplo, con herramientas más abstractas otorgadas por la demografía, que pueden darnos una imagen global, a cierta escala. De esa forma, podemos considerar estos datos que, además, tienen el inconveniente de estar incompletos. Esta situación es parte de la realidad del plan en el contexto de nuestra investigación, en el sentido de tratarse de un proceso recientemente puesto en marcha, mediante el cual se intenta dar cuenta de múltiples frentes de demandas y búsquedas de recursos para satisfacerlas. A pesar de ello, los datos nos hablan de una importante concentración (casi el 50 %) de intervenciones en las zonas aledañas al arroyo Pantanoso, dentro de la zona oeste del departamento de Montevideo y sus alrededores.

La ciudad de Montevideo concentra la mitad de la población de todo el Uruguay y se calculan para ella un poco más de 1 500 000 de habitantes. Como ocurre en general, la ciudad mantiene relaciones políticamente diversas con otros territorios, más periféricos, más céntricos, combinaciones de formas y densidades. La distribución espacial de la población, de las sectorizaciones y de las singularizaciones subjetivantes va caracterizando y multiplicando una paleta de tonalidades, todas las cuales se agrupan bajo la imagen de una misma ciudad a gran escala, sin dejar de guardar profundas discontinuidades en su seno. El oeste montevideano implica parte de lo que se considera, en general, como ciudad, así como se extiende a otros territorios más o menos suburbanos, rurales, de mediana dimensión, y a algún que otro poblado de pescadores o antiguo casco convertido en barrio-localidad dispersa. La desembocadura conjunta de los arroyos Miguelete y Pantanoso en medio del arco de la bahía montevideana y, antes que nada, el cerro que estratégicamente reina elevado sobre el paisaje con su fortaleza militar de antaño en la cima fueron habitados, principalmente, por curtiembres, grandes saladeros y posteriores frigoríficos cárnicos de alcance internacional. Su población se constituyó a partir de contingentes de inmigrantes que, en las principales oleadas de fines del siglo XIX y primeras décadas del XX, multiplicaron la escasa población general, conformando grandes barrios obreros que aún guardan una intensa relación con instituciones de variada índole asociadas a ello, especialmente sindicatos, movimientos sociales y de base de partidos políticos de izquierda.

La zona posee una fuerte identificación obrera. Hacia su extremo sur, tras el arroyo Miguelete, existen territorios con niveles altos según indicadores de tipo socioeconómico. Las tierras del antiguo Prado hoy conforman un barrio con el mismo nombre, el cual permea otros territorios contiguos como una mancha verde, de una flora y ornitología maravillosas. Hacia la otra dirección, frente a la ciudad fundacional y su puerto, el cerro se yergue como el ícono más significativo del paisaje ante una costa levemente ondulada con algunos remansos. Su superficie fue casi por completo cuadrículada. Allí, se fundó la llamada Villa Cosmópolis en 1830, en principio para albergar a contingentes de esclavos negros y de inmigrantes en general. Lo primero no se concretó; lo segundo, sí. Estos contingentes poblacionales, provenientes de Europa Central y del Este, de Asia Menor y de las nunca faltantes regiones de las respectivas penínsulas, ibérica e itálica, llegaron en importantes oleadas a la ciudad-puerto durante la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX, y encontraban trabajo y vivienda allí, del otro lado del puerto y la ciudad consolidada. Esta

localidad terminó adoptando directamente el nombre de Villa del Cerro y es considerada un barrio en la ciudad moderna y contemporánea.

En medio de ambos extremos, entre los dos arroyos que allí se encuentran y desembocan en la bahía (el Pantanoso y el Miguelete), se conformó, de la misma manera, otra villa urbana, también pensada para el pequeño proletariado local a partir de un gran saladero —propiedad del británico Lafone—, como un gran damero colonial (siguiendo los ecos de las Leyes de Indias). Su propietario la llamó Pueblo Victoria, en honor a su reina, lo que indica la importancia de su presencia por aquellos tiempos de la segunda mitad del siglo XIX (Sánchez Gómez, 2010: 176). También fue una zona destinada para la industria, aún más diversificada que en el Cerro, lo que multiplicó los ámbitos de participación de la clase trabajadora que la caracterizó desde sus comienzos (Canel, 2010: 150). La Teja es como se la conoce en la actualidad, mucho más extensa que el damero originario, y también es considerada un barrio histórico en el patrimonio cultural de la ciudad toda. Su fundación data de 1842 y, en 1914, pasó de manos privadas a estatales. La fuerte identidad cerrense tiñe el resto del oeste montevideano, gracias a que también los tejanos se manifiestan con contundencia en las expresiones de la denominada cultura popular, así como en la política de base, presente en partidos y movimientos sociales de procedencia sindical. Tal vez este doble vínculo entre el Cerro y La Teja, en una dimensión o escala de tantas otras aquí presentes, a uno y otro margen del arroyo Pantanoso, haya posibilitado que el primero no terminara por separarse del resto de Montevideo para llegar, quizás, a convertirse en otra ciudad (Romero Gorski, 1995).

El arroyo Pantanoso ha sido, desde el comienzo de la industrialización, tomado para sus actividades productivas, incluidos sus desechos. Al mejor estilo de la revolución industrial británica, los sectores obreros de industrias manufactureras y otros derivados tuvieron que vivir en los alrededores de las instalaciones, cuestión que, durante fines del siglo XIX y todo el XX, implicó el hecho de tener que convivir con la contaminación del entorno, cada vez más acuciante. El arroyo se encuentra tomado por los desechos de industrias producidos a lo largo de décadas. Casos agudos de plumbemia fueron encontrados en La Teja ya entrados en el siglo XXI, lo que desencadenó toda una serie de fenómenos antropológicos muy significativos en torno a la contaminación ambiental (Renfrew, 2007). Como veremos en profundidad, uno de los primeros cambios que se debieron realizar desde la intervención del Plan Juntos en La Cachimba, uno de los sitios con altos niveles de plomo en sangre en sus habitantes, fue el retiro de centenares de toneladas de desechos, especialmente escombros de materiales de obra y de industrias con gran presencia de metales, lo que también se asocia a ciertas prácticas que venían desarrollando algunos de sus habitantes. La puesta en crisis en términos ambientales de esta gran zona viene pautada desde sus orígenes urbanos y no deja de estarlo en la actualidad.

La línea costera se interna más hacia el oeste en tanto orilla del Río de la Plata. En sus aguas y tierras, en aquellos territorios más alejados, semirurales, de antiguas chacras y pequeños puertos de pescadores artesanales, se han estado desarrollando emprendimientos industriales de gran magnitud, asociados, en la actualidad, al movimiento de capitales transnacionales, característicos del siglo XXI. Las transformaciones en el territorio en muchas ciudades del mundo han venido siendo estudiadas con atención, y esta es una de las zonas de Montevideo donde puede apreciarse claramente esta dinámica planetaria en el ámbito

local. Más allá de los centros de población más importantes, nos encontramos con transformaciones de mediana escala de infraestructura edilicia para mercaderías, procesamientos de materia prima y actividades ensambladas en la red de interconexiones de una trama relacional más amplia, con sus ritmos y flujos, desde modelos neoliberales y sus derivas contemporáneas, muy especialmente en las ciudades del llamado mundo en vías de desarrollo, o «ciudades del Sur» (Pryke, 2005). Movimientos de vecinos, ecologistas, activistas sociales y demás se han organizado y movilizado en estos últimos años frente a esto, creando la llamada Red Intersocial Oeste (RIO) (Velázquez y Morroni, 2014).

Como lo hemos investigado, concretamente en relación con los impactos del desempleo y las estrategias incipientes de autogestión en un colectivo de trabajadores de una curtiembre histórica ubicada en el barrio Nuevo París, otro de los territorios emblemáticos de esta zona (Álvarez Pedrosian, 2002), estas conformaciones urbanas, habitadas por sectores de clases trabajadoras, y las formas culturales que les son características en el Uruguay moderno chocaron fuertemente con las dinámicas de la llamada ciudad informal: la proliferación de asentamientos, en tanto que territorios intersticiales que fueron erigidos por la creciente población excluida del sistema económico y político establecido. El Estado uruguayo, a partir del fin de la Segunda Guerra Mundial, comenzó un camino de declive que culminaría en décadas críticas hasta entrado el siglo XXI, en 2002, el año bisagra para marcar una crisis profunda de la que aún no se ha salido completamente. Estos contextos de pobreza y, en algunos casos, de indignancia de algunos pobladores que aún siguen la ruta del medio rural hacia la ciudad capital, pero no llegan a sus centralidades, o de aquellos que han sido expulsados de esta a lo largo de las últimas décadas de dictadura cívico-militar y neoliberalismo terminan de dar forma a los territorios que son el ambiente de la resistencia de estos sectores populares (Zibechi, 2008). Y es en algunos de estos territorios donde ha estado interviniendo el plan, en una multiplicidad de formas que van de la generación de nuevos complejos habitacionales a soluciones puntuales, incluso de lo que se denominan «mejoras» dentro de una construcción ya existente.

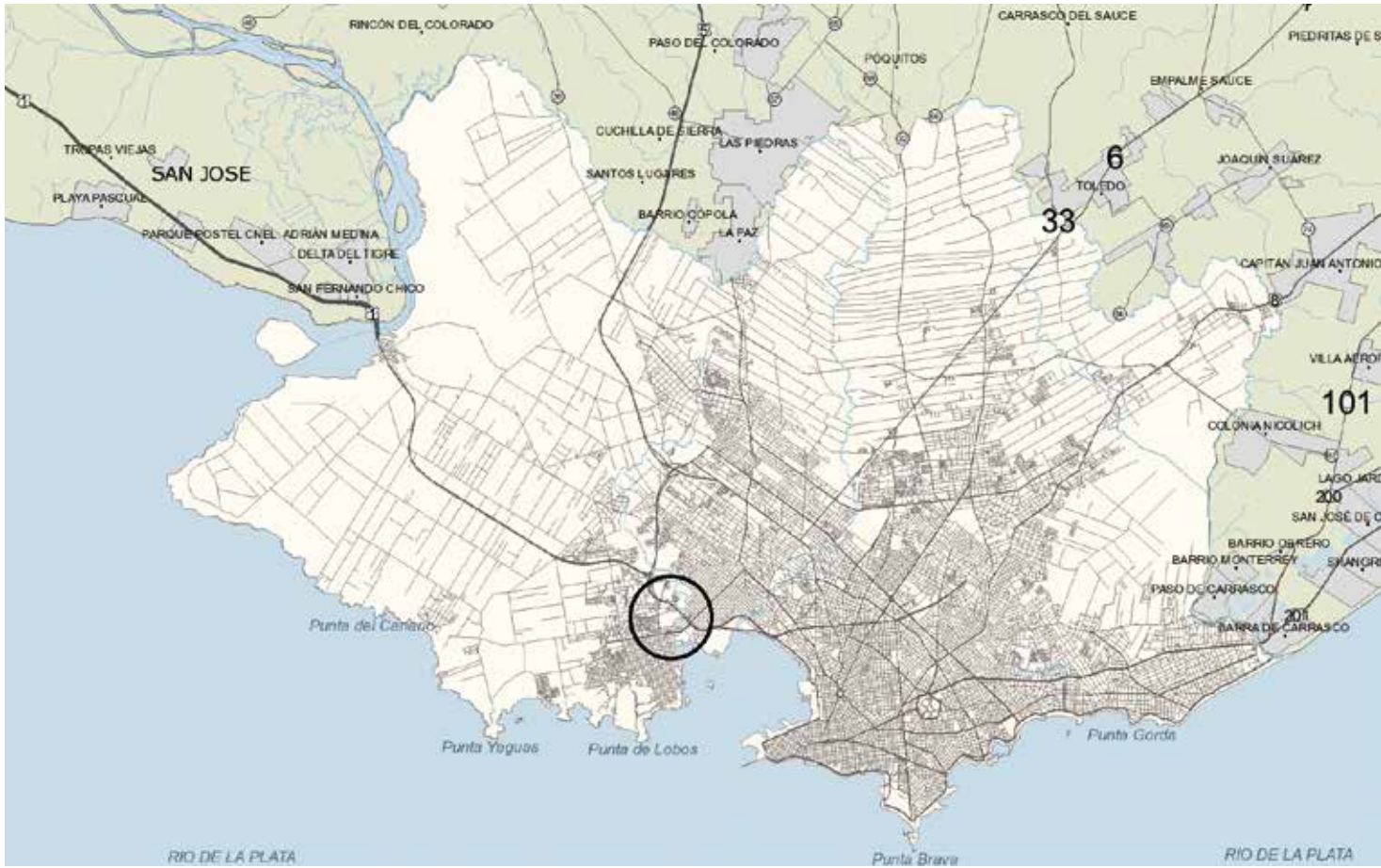
Plano de Montevideo. D'Albernard, 1867

Se puede apreciar la existencia de los tres dameros generales alrededor de la bahía: la ciudad fundacional y su expansión hacia al este, la Villa de la Victoria (Pueblo Victoria, después La Teja) al norte y Villa del Cerro (antes Villa Cosmópolis) al oeste.

Fuente: Archivo gráfico DNT-MTOP-Presidencia de la República.



Plano de Montevideo actual



Dentro del círculo, se destaca la zona de desembocadura del arroyo Pantanoso en la bahía.

Fuente: Sistema de Información Geográfica (SIG),
Intendencia de Montevideo, <<http://sig.montevideo.gub.uy/>>.



Zona oeste



Se distinguen los dos casos de estudio en la etnografía: Amanecer y La Cachimba a uno y otro lado del arroyo Pantanos.

Fuente: Sistema de Información Geográfica (SIG), Intendencia de Montevideo, <<http://sig.montevideo.gub.uy/>>.

Es allí, entonces, donde focalizamos nuestro trabajo sobre las transformaciones en las formas de habitar a partir de esta política sociohabitacional (tal como la definieron las autoridades respectivas). La opción de realizar la inmersión en el terreno «desde abajo»¹⁰ se complementa con este tipo de entradas que estamos esbozando aquí. Aquellos datos, al parecer, más abstractos, en un comienzo, necesitaban de otros lo más concretos posibles, para con ello generar la tensión entre el distanciamiento y la inmersión propia de la experiencia del extrañamiento, habilitadora de una investigación etnográfica. Es así que llegamos, más en particular aún, a nuestros dos casos específicos dentro de la zona oeste del departamento montevideano. Existían otras posibilidades, pero allí, en la última opción, jugaron más que nada las virtudes de trabajar con dos casos simultáneos. No se trata de realizar una comparación elemento a elemento, por supuesto, sino de poner a dialogar estas realidades, las cuales siempre convocan, a su vez, muchas más.

De esta forma, llegamos a Amanecer. Así denominan este territorio en gestación un conjunto de habitantes vecinos que están allí desde la intervención urbana previa, que comenzó oficialmente las obras a fines de 2006 y en el marco de la cual se instituyó el nombre. De hecho, se trataba de una parte de este nuevo territorio incipiente, junto a otras partes que respondían a otras configuraciones microterritoriales contiguas y, por extensión, a lo que quedaba hasta hace poco sin construir en el espacio más o menos encerrado o central de una pequeña cañada ubicada allí. Existen otras actuaciones puntuales por los alrededores, pero aquí se presenta la interpenetración de los dos planes, el Juntos y el del ex-Programa de Integración de Asentamientos Irregulares (PIAI, actual PMB). Amanecer se ubica en el llamado Cerro Norte o, más precisamente, al borde norte de este con La Paloma, a metros nada más del estadio deportivo Luis Trócoli del club de fútbol de primera división Cerro, significativo para la comprensión de estos niveles de territorialidades heterogéneas, coexistentes de formas más o menos solapadas y abarcadoras, no necesariamente concéntricos (oeste de Montevideo - Cerro - Cerro Norte - La Paloma - Amanecer). A veces, estas entidades se contienen una dentro de la otra; a veces, se oponen, y otras, se solapan o más bien tienen relaciones de otros tipos, por lo que es necesario desplegar un «atlas ecléctico» (Boeri, 2010), pues no son el mismo tipo de formaciones. Por lo menos, esto queda evidente en la morfología urbana o territorial en su devenir cotidiano: áreas de dameros, caminos suburbanos con tonos de carreteras secundarias, avenidas que extienden longitudinalmente sus entornos y otras.

Gracias a las redes de contactos seguidos y generados en el campo, hallamos uno de los sitios donde comenzó a actuar el plan en general, y, para algunos habitantes, el primero de todos. También nos encontramos con la existencia de una intervención previa, realizada por otro plan estatal en la órbita de la vivienda y el ordenamiento territorial. La cualidad de este lugar fue sumamente relevante para considerarlo como uno de los casos: el proceso de transformación de las maneras de habitar a partir de intensas modificaciones del entorno y dentro de un contexto donde preexistían otros procesos similares tuvo una de las duraciones más largas.

La Cachimba fue una de las siguientes opciones a considerar «desde abajo», gracias a los contactos generados en el primer caso. Los datos más abstractos y de tipo oficial no existían, pero un par de cuestiones nos hicieron ir hacia allí. Luego nos informaríamos de que se trataba de la histórica Cachimba del Piojo, para muchos de los integrantes del MLN-Tupamaros, uno de los sitios donde comenzaron su camino de formación integral, como

10 Ver capítulo «Etnografía prospectiva: el trabajo en la fragilidad, lo incierto e incipiente».

en el caso de importantes dirigentes y autoridades del propio Plan Juntos. Es un entorno totalmente diferente al de Amanecer, con la creación de un nuevo territorio en sí, al lado y sobre lo que quedaría si desapareciera alguna vez definitivamente el pequeño asentamiento de gran precariedad donde vive su población, a lo largo de la continuación de una de las últimas calles del damero de La Teja, contra el arroyo Pantanoso. En muchos sentidos, es un pequeño lugar al margen, cerca pero lejísimo, inaccesible para los de fuera, con altos niveles de contaminación y presencia de desperdicios, tras un antiguo aljibe y contra los humedales del arroyo. El pozo de agua, conocido como la cachimba, es monumento histórico nacional según la ley de patrimonio y un eco de la historia nacional de los primeros poblados y de la conformación del oeste montevideano; paradójicamente, una de las primeras fuentes de agua potable.

Bahía adentro, el puente y la curva

Sobre diario de campo

23 de marzo de 2013

A partir de los primeros diálogos generados en Amanecer con el por entonces capataz de obra, y gracias anteriormente a colegas de un centro universitario de mucha importancia y tradición en la zona (el Programa Apex-Cerro de la Udelar), quienes aceptaron colaborar conmigo para presentarnos en el lugar desde la universidad por vez primera, me lancé hacia el lugar un día sábado en la mañana. Me habían informado que era el momento del trabajo de obra más importante, por la presencia de voluntarios, vecinos y participantes del plan que podían concentrarse dada la disponibilidad de tiempo en el fin de semana. Así lo había visto impreso en un papelito pegado en la puerta del edificio que había sido construido por la intervención urbana anterior y que, por entonces, oficiaba de obrador; luego, retornó a las actividades de enseñanza y recreación de niños y adolescentes para lo que había sido planificado.

En aquellos días de marzo, el clima aún permitía disfrutar de las mañanas y el sol tardaba en esconderse lo bastante como para completar una jornada de trabajo de unas ocho horas. Me trasladé, como de costumbre, a través del transporte urbano colectivo. Esto permite disponer de ciertos tipos de observaciones relativas a la movilidad en la ciudad y a la zona de estudio en relación con otras zonas, algo propicio para la puesta en conexión de lo local a explorar con dinámicas y dimensiones a esta escala y a otras. Es así que el viaje, ingreso y desplazamiento dentro del oeste de Montevideo se convirtieron en una experiencia significativa desde el punto de vista etnográfico.

El cruce del arroyo Pantanoso y el ingreso a la Villa del Cerro constituyen un paso lleno de marcas en el territorio, entre avenidas urbanas y rutas nacionales que serpentean, tras la gran refinería de petróleo estatal y ante el cerro que se yergue por delante.

Sobre diario de campo

25 de julio de 2013

Para poder capturar algo del paisaje geográfico de este contexto de quiebre y articulación que constituye la desembocadura de los arroyos Pantanoso y Miguelete en la bahía de Montevideo, en uno de los «mojones» (Lynch, 1998) de la zona oeste, consideré interesante realizar una serie de fotografías en una suerte de trévelin, aprovechando el movimiento y la altura del ómnibus del transporte urbano colectivo. Se trata de un ejercicio visual que intenta alejarse lo más posible de la imagen turística generada sobre el lugar y hacer visibles componentes del paisaje significativos para una cartografía de los procesos de subjetivación, al estilo de algunas exploraciones ensayadas en el cruce de arte y geografía (Caquard, Vaughan y Cartwright, 2011). No es cualquier visión, y, en su caracterización, se encuentra la clave de comprensión de su inmersión, dado el tipo de naturalización existente en los miles de viajeros diarios. Es llamativa la cercanía de las miradas en medio del tráfico por este puente tan transitado cotidianamente en esta zona de la ciudad. Viviendas bajo el nivel del puente, habitantes que lo cruzan a pie con niños, galpones y almacenes de contenedores que se suceden y superponen a diferentes distancias.









CERFO

No TE
CALLES
SKA PUNK

Las cinco fotografías anteriores fueron tomadas consecutivamente, en el lapso de menos de un minuto mientras se cruzaba el «paralelo 38», como se comenzó a conocer el puente a partir de 1951, retomando la imagen de la frontera entre las Coreas, uno de los focos calientes de la Guerra Fría (Romero Gorski, 1995: 91; Esmoris, 2002: 3). El puente es, sin dudas, una pieza de comunicación urbana en Montevideo por demás polifónica y compleja. Como planteábamos más arriba, es tanto separador como articulador, lo que caracteriza el diseño de cualquier *medium* (Flusser, 1994). Es un «mojón» (Lynch, 1998) de transversalidad al ser un puente, tener una existencia de tránsitos, pero permanente a escala de toda la ciudad y en sus imaginarios. No se puede estar en él mucho más que desplazándose, pero eso no se opone a su sentido de lugar (Tuan, 2007; Augé, 1994). Ciertamente, dicha condición tan radical de un espacio que evidencia la tensión dinámica entre estar y pasar, que da «lugar a que exista espacio» (Heidegger, 1994), está, en general, asociada a cualidades propicias para convertirlo en valioso políticamente en las relaciones de poder.

Es así que, como muchos otros puentes en diversas latitudes, este fue campo de batalla, por ejemplo, durante largas huelgas en la década del cincuenta del siglo pasado o en el contexto de las violentas represiones agudizadas a partir de las «medidas prontas de seguridad» adoptadas por el Gobierno uruguayo en 1968 y por el golpe cívico-militar de 1973 (Rico, 2004). Luego volvería a ser sustancial como *punto de concentración*, como *estandarte* y como *pantalla*, pues allí se dio visibilidad a las fuerzas sociales que seguían resistiendo en la década del noventa ante las políticas neoliberales de privatización, cierre de industrias y desarticulación de importantes fuentes de construcción de la subjetividad obrera. Todo ello nos remite a formas de habitar un territorio con intensas marcas identitarias en él, expresiones que emergen como forma de composición de la existencia y no tan solo de representación (Deleuze, 1996b), en el enmarañamiento de entidades de variada índole (Ingold, 2012), incluso aquellas que pueden ser consideradas nocivas, perjudiciales o negativas para las propias formas de subjetividad involucradas en el proceso.

Dos elementos significativos para nuestra investigación se encuentran inmediatamente en la margen occidental del puente, en la conocida como Curva de Tavárez, la puerta al Cerro. El primero es una reciente plaza en homenaje al movimiento





obrero uruguayo (más específicamente, como su nombre lo indica, a los mártires de la industria frigorífica); el segundo y principal son las ruinas de la fábrica Colagel (dedicada a la producción de colas y gelatinas de origen animal con destino industrial). Esta presenta varios fragmentos de hormigón armado identificados en el paisaje, fundamentalmente dos: lo que queda de la fachada, donde se encuentra consignado, justamente, el nombre de la empresa, y un pedazo de muro especialmente visible por su ubicación, conocido como «el muro de la Colagel».



Pintada en «el muro de la Colagel», que denunciaba los altos sueldos de los parlamentarios en plena discusión sobre la rendición de cuentas de 2013 y tras la iniciativa del gremio de trabajadores estatales, la Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado (COFE), de plebiscitarlos, en consonancia con el clima de protestas mundial, en especial, el experimentado en Brasil.

El muro es un elemento comunicacional por demás importante en la zona y en todo Montevideo. Podemos toparnos con rastros de memorias de colectivos de resistencia social de varios tipos, para los cuales este muro ha sido y es una pantalla para hacer visibles conflictos y reclamos. Uno de los últimos casos de importancia lo encontramos en la gran movilización que significó la campaña por la derogación de la ley de Caducidad, aplicada a los militares que participaron en los actos de terrorismo de Estado en la última dictadura cívico-militar en Uruguay (1973-1984). Allí se pintó un «gran mural por verdad y justicia» a cargo de un artista plástico, obra que fue «descubierta» en un acto que contó con la participación de Eduardo Galeano en calidad de presidente de la organización impulsora («Mural por verdad y justicia», 2009). En nuestra fotografía, nos encontramos con un contundente «manifiesto mural» (Silva, 2007) de tipo ideológico, donde con cifras de salarios de parlamentarios se denuncia la permanencia de grandes desigualdades sociales en el país. En el muro, y en otras superficies pantalla del paisaje urbano de la zona, pueden

identificarse elementos ideológicos de todo el espectro de las izquierdas, claramente ligados a las tradiciones sindicales y de movimientos sociales diversos, como los estudiantiles de educación media. El anarquismo puede tener una visibilidad mucho mayor que en las representaciones del sistema político establecido hegemónicamente, que se retroalimenta, principalmente, del imaginario televisivo y de otros medios masivos.

También pueden divisarse los restos de un tanque de agua y fragmentos de paredes a medio caer, entre escombros y pastizales. Detrás, persiste un pequeño grupo de construcciones de lo que fue un asentamiento de importancia. Como luego veremos más en detalle, un grupo de habitantes del cercano Amanecer vivía antes allí. Fue por las condiciones de vida en estos restos fabriles ocupados, por un acontecimiento terrible sucedido en tales circunstancias (el fallecimiento de un joven por derrumbe), que el plan se echó a andar en 2010, comenzando con este sitio y con el asentamiento 1.º de mayo en la zona de Casavalle (Rojas, 2012). La idea, entonces, era relocalizar a la población de este asentamiento; la mayoría se movilizó, pero persisten algunos pequeños grupos más hacia el interior. Fueron pocos, a su vez, los que quedaron finalmente inscritos al plan con una vivienda en el llamado Amanecer; el resto se dispersó por otros territorios.

Ya en 1995, apareció una resolución en la que el Gobierno municipal de entonces «[manifestaba] su preocupación por la situación que [atravesaba]» la empresa Colagel y esperaba una pronta resolución (Intendencia de Montevideo, 1995). En 2004, el entonces candidato político en la campaña del primer Gobierno nacional de izquierdas Raúl Sendic narraba, para un medio radial, su última visita al lugar:

[...] Con los trabajadores de la Colagel, que están haciendo un esfuerzo impresionante para salir adelante con la fábrica de bloques, están criando chanchos, están armando una procesadora para residuos sólidos, con proyectos, tratando de salir adelante [...]. Es impresionante ver cómo esa estructura está abandonada y los trabajadores sostienen como pueden un marco de trabajo para sobrevivir y aguantar la situación («Entrevista al diputado Raúl Sendic del Movimiento 26 de Marzo», 2004).

También estos trabajadores surgieron como colectivo en los recuerdos de Jorge Zabalza (figura política que integró el MLN-Tupamaros y, luego, sectores críticos con la izquierda en el Gobierno), a propósito de los hechos tras los enfrentamientos policiales durante el episodio conocido como El Filtro en 1994: «agrupaciones ampliadas sindicales que dieron los duros conflictos del Bão, Colagel y Juan Benzo en la industria química, de Coca-Cola y Norteña en la bebida [...]» (Zabalza, 2012). Esto nos informa sobre un movimiento de trabajadores organizado, inmerso en las dinámicas de resistencia ante el neoliberalismo y su desmantelamiento industrial y precarización de las condiciones de vida generales de la población más desfavorecida. Algo ocurrió después para que el emprendimiento no haya prosperado, como sí pasó con otros de autogestión obrera surgidos por entonces e, incluso, en la misma zona oeste del departamento capitalino (Álvarez Pedrosian, 2002). Por tanto, quienes habitaron en las ruinas, ¿eran otros o había algunos integrantes de aquel grupo de trabajadores que se mantuvo en las instalaciones una vez que cerraron oficialmente? No lo sabemos. Aquellos a quienes conocimos en la intervención del Plan Juntos habían llegado a vivir al asentamiento desde otros sitios de la zona oeste por lo general. En 2011 y 2012, la municipalidad se planteó calificar de «finca ruinosa» lo que quedaba de la fábrica, dentro de dos predios que seguían estando a nombre de Usinas Colagel s. A., e intentó dar con los propietarios legales para buscar una solución (Intendencia de Montevideo, 2012).

Laberintos de vida entre ruinas industriales

Interesante metáfora, pues, la de este enclave de un laberíntico asentamiento entre los restos de una industria moderna, a propósito de las relaciones complejas entre subjetividades de matrices culturales obreras y aquellas que vienen de medios rurales pobres y que pasaron a constituir, en las últimas décadas, uno de los contingentes poblacionales más excluidos de toda estructura social, más allá de las locales y de las redes de consumo del mercado. Como hemos estudiado para el caso paradigmático de la periferia central de Montevideo, la zona de Casavalle, este asentamiento y los demás territorios existentes en la zona (más asentamientos, complejos habitacionales de bajos costos y trama de ciudad tradicional) hacen que, históricamente, estos entornos de vida se definan mejor como «depósitos espaciales» en vez de «antiguetsos» o «hiperguetsos», los cuales se corresponden, respectivamente, con los llamados «cinturones rojos» europeos y los «negros» norteamericanos (Wacquant, 2007), lo que no quita, para nada, la existencia de una «tendencia a la guetización» (Álvarez Pedrosian, 2013a). De todos modos, la ubicación en la Curva de Tavárez de este asentamiento de la ex-Colagel le da una configuración particular: se ubica tras una suerte de fachada de ruinas y escombros, a metros de un eje de centralidad intenso en su concentración de flujos de todo tipo, con el acceso a bienes y servicios que esto representa.



Puede verse, por detrás de los agujeros que quedaron donde iban las aberturas del edificio, un paisaje de escombros y pastos altos. Hasta pasado lo más duro de la última crisis centrada en 2002, estas ruinas se mantenían fuertemente habitadas, con los típicos problemas que esto conlleva para todo grupo humano en tales circunstancias: precarización integral de la existencia a partir del hábitat, traducida en cuestiones como la contaminación corporal, la insalubridad general, el peligro constante de derrumbe y los acontecimientos trágicos de muertes por esta causa. Sobre la superficie de los restos de fachada, en su parte baja, se generó una suerte de muro al estilo del otro principal antes descrito, donde dominan los manifiestos de tipo ideológico, directamente asociados a sindicatos fuertemente organizados a lo largo de la historia de la sociedad uruguaya y en esta zona oeste de Montevideo por excelencia.



Una vecina nos ofreció una interesante pista de cómo se experimenta este tipo de espacialidades y es concebido por quienes lo habitaron y ahora pasaron a un nuevo entorno construido en el contexto del Plan Juntos, gracias a la puesta en práctica de la técnica conocida como cartografía social y del dibujo más en general (Álvarez Pedrosian y Robayna, 2014). Ante nuestra consigna de que expresara, durante una entrevista, cómo era ese lugar para ella, resultó lo siguiente. La impronta de lo que queda de la fachada de la antigua industria es contundente, de su integración en una suerte de imaginario del oeste montevideano incluso, en calidad de «ícono» en la semiótica urbana (Lynch, 1998; Lotman, 2000; García Canelini, 1997); una configuración sobre el habitar que se despliega en territorios históricamente de la resistencia, de sectores de bajos ingresos y gran capital político. Asimismo, el carácter laberíntico del asentamiento, donde líneas de trayectos se dan paso tras áreas imposibles de delimitar, en un «espacio liso» dispuesto tras el fuerte «estriaje» de la fachada industrial y lo que queda de aquella estructura (Deleuze y Guattari, 1997a: 483-509). La frase que indica el lugar donde murió su hijo por aplastamiento quedó muy cerca del centro de la hoja tomada como superficie de inscripción. El caminar por ruinas industriales es una experiencia lúdica de proliferación de imágenes cargada de aventuras, que también encierra grandes peligros, más si es morada y territorio de recolección de objetos al mismo tiempo (Edensor, 2008: 128). En la parte de arriba del dibujo, a la izquierda, se aprecia el puente sobre el arroyo Pantanoso y un pequeño sendero como una suerte de escalera por un costado, que sirve de conexión entre la gran avenida urbana y lo que está detrás, este universo laberíntico entre muros en ruina.

23 de marzo de 2013

En el paisaje, tiene una fuerte presencia la pintada o mural ideológico, ligado a grandes sindicatos, como el del rubro de la construcción y oficios afines: el SUNCA. Este había pintado los muros bajos del propio puente. Dicha organización está integrada por obreros que pueblan, en gran medida, esta zona y otras similares del anillo montevideano y la periferia contigua, y es también significativa para la experiencia específica del Plan Juntos, al ser de los pocos agentes sociales que han volcado recursos genuinos, en materiales y en horas de trabajo experto, de forma solidaria. Y esto ha sido en consonancia con otras iniciativas orientadas a tender puentes con los otros sectores populares con los que se da la convivencia problemática en estas zonas, especialmente incorporando jóvenes y adolescentes a sus filas de trabajadores.

Varios son los signos de un aumento, en estos últimos años, del dinamismo en la arteria principal de la zona oeste toda, la avenida Carlos María Ramírez, vía que atraviesa el puente entre el Cerro y La Teja: supermercados, bares y restaurantes, carnicerías, todo tipo de comercios para abastecer la vida cotidiana de los hogares del lugar, junto a otros servicios más especializados, se concentran a su largo.

El ingreso a uno de estos supermercados fue ilustrativo del tipo de dinámicas económicas características de la zona. Las tarjetas con dinero electrónico otorgadas por las asignaciones familiares y otras prestaciones en el marco de las políticas sociales emprendidas por los últimos gobiernos eran la casi totalidad de lo utilizado para pagar. Los objetos y bienes de consumo cubrían todas las actividades asociadas al habitar cotidiano, especialmente la alimentación y la limpieza del hogar. Una sola caja, habilitada temporalmente y anunciada por una de las empleadas, aceptaba dinero en efectivo. Las colas eran importantes.

En estas cuadras de gran actividad económica y social, se encuentra la policlínica de la zona. Además, tras ella y ubicada hacia el norte de la avenida principal, se erige una terminal de transporte colectivo urbano y suburbano de gran impacto, la cual ocupa varias manzanas tradicionales, se vuelca hacia uno de los territorios históricamente considerados como de los más peligrosos, pauperizados y demás, y es un espacio bullicioso de actividades que ha logrado activar la vida urbana en la zona. De alguna forma, se enfatiza su existencia dentro del departamento capitalino, distinguiéndola del resto, al diferenciarse un circuito de transporte local, de varias líneas con su propia nomenclatura y precio del boleto, y por el paso o el destino de otras líneas que atraviesan toda la ciudad.

Amanecer: al costado del camino

Sobre diario de campo

23 de marzo de 2013

De cualquier manera, todo cambia cuando salimos de la avenida Carlos María Ramírez y nos adentramos hacia el norte. El conocido como Cerro Norte es una zona compuesta por diferentes territorios yuxtapuestos, en el típico *patchwork* de la periferia montevideana contemporánea, fruto de la expulsión de población de la ciudad consolidada, con sus complejos habitacionales y asentamientos, por lo que es inexistente aquí la trama tradicional que sí podemos hallar en otras zonas. En este caso, el damero histórico se encuentra hacia el otro lado de la avenida, en la Villa del Cerro. Este fuerte contraste se generó y consolidó por el alzamiento de los complejos habitacionales 19 de Abril y 19 de Junio. Estos son conocidos como Los Palomares, más en la zona que fuera de ella, aunque sean dos conjuntos contiguos, similares al emblemático de Casavalle (Álvarez Pedrosian, 2013a). Se trata de obras inscritas en un mismo plan, según la política habitacional del contexto inmediatamente previo al golpe de Estado cívico-militar de 1973 y afín a este. A ellas se asocia, en general, la designación Cerro Norte, aunque hay muchos más territorios resultado de otras intervenciones estatales y municipales, así como de la población desplazada que construyó allí sus viviendas.

Sobre la orilla del arroyo Pantanoso y cercano a ella, existe un conjunto de elementos de mediana escala que responden a diversos emprendimientos dinamizadores de la zona: el Programa Apex-Cerro de la Udelar (donde encontramos el apoyo para llegar al lugar, junto a policlínicas y un centro de educación media en construcción), el reciente Polo Industrial del Cerro (conglomerado de fábricas básicamente autogestionadas por los trabajadores, abierto durante la nueva etapa de políticas progresistas en toda la región sudamericana) y el estadio de fútbol del Club Atlético Cerro (llamado Luis Trócoli, un clásico de la ciudad y de las primeras construcciones en la zona).

Para alcanzar el sitio donde más se concentra la intervención del Plan Juntos en los alrededores, hay que seguir por otra avenida, llamada Doctor Santín Carlos Rossi, que bordea las macromananzas y otras formaciones territoriales sin límites viales sobre el arroyo Pantanoso, antes descritas. En dirección perpendicular, tomamos hacia el norte por cerca de 1 kilómetro y nos abrimos hacia el oeste hasta llegar al territorio en cuestión, llamado por los primeros vecinos que lo habitaron como Amanecer.

Se trata de un entorno lineal, donde se disponen diferentes segmentos a lo largo de la senda de doble vía, también nombrada oficialmente como avenida. En medio, una cañada que ha sido canalizada en el marco de los obras de la anterior intervención urbanística, en el contexto del PIAI, actual PMB.¹¹ A ello, se suman más obras recientes en los alrededores, especialmente sobre la vía paralela inmediata hacia el norte,

11 Ver capítulo «El arte de construir ciudad allí donde es más urgente».

conocida como camino La Paloma. De hecho, se considera que allí comenzaría una microzona denominada de igual forma, con aires suburbanos, a lo que alude la utilización del término «camino» para designar la vía.

Esperando hallar voluntarios, vecinos y obreros contratados trabajando, tal como me había informado el capataz de las obras del lugar en una reunión anterior, me encontré con un paisaje totalmente diferente. Al principio, parecía completamente desolador, pero, luego, con los minutos, comencé a percibir los ritmos y la densidad de las prácticas que se estaban dando allí: un par de niños, que rondaban los 10 años de edad, jugaban con ramas de un árbol cercano y una bicicleta, próximos al pabellón de palos o escultura vernácula en la punta de la cañada, y más allá, sobre la cara sur, había un carro de recolección de basura, tirado por un caballo, estacionado próximo a la entrada de una de las viviendas del Plan Juntos. Perros ubicados cerca estaban atentos a mi presencia y me obligaron a ir por el otro lado de la cañada. Llegué hasta el final de la senda y volví lentamente; ahí vi a un joven subido al carro de caballo.

Un poco confundido pero animado a entrar en contacto con los vecinos, y debido al temor a los perros, me acerqué a él. Cuando lo saludé y me presté a comenzar a hablar, se asomó de la vivienda a decirle algo una de las habitantes que luego identificaré como de las más significativas para nuestra investigación. Analía se acercó a mí y le expliqué que había llegado esperando encontrarme con gente trabajando en la construcción de las viviendas, que iba a colaborar como voluntario y que, a partir de ello, realizaría una investigación sobre los aspectos sociales y culturales de la experiencia de transformación del lugar y su población. Me presenté como profesor e investigador de la universidad; ella me recibió con mucho interés. Rápidamente, me dijo que «la gente que mejor habla» eran sus amigos y vecinos, casa por medio, y nos dirigimos hacia allí. Se trataba de la vivienda de Marcos, su hermana y la madre de ambos, todos antiguos vecinos del asentamiento ubicado en las ruinas industriales de la ex-Colagel, lo que los convierte en miembros de los primeros grupos inscritos en el Plan Juntos.



Amanecer en tres sucesivas escalas





Puede distinguirse la cañada corregida en el centro, las dos vías paralelas y las viviendas de los diferentes planes urbanísticos. En la primera escala, se identifican predios fabriles y parte del estadio de fútbol hacia el este, paralelamente al arroyo Pantanoso.

Fuente: Google Earth, 2013.

3 de julio de 2013

Esta vez tuve una percepción completamente diferente de la vez anterior. El clima era, supuestamente, más hostil, por el frío y el viento, pero el dinamismo social era, por demás, significativo. Desde el comienzo, con lo que me encontré fue con la presencia de obreros de la construcción, uniformados y portando todo tipo de herramientas, claramente concentrados en trabajar en las viviendas en construcción en el lado norte del territorio, donde el capataz me había informado que iban a hacerlo. Además de lo que se pudo percibir visualmente, estaba lo auditivo: el sonido de bordeadoras intentando tener el pasto a raya, así como del funcionamiento del motor de un pequeño tractor que removía escombros y de golpes de picos, martillazos y demás. Efectivamente, allí se estaba construyendo un nuevo espacio.

Todo ello contrastaba con la casi inexistencia de sujetos residentes, algo que con el paso de las horas iba a ir cambiando, pero solo para dar lugar a muchos niños y mujeres acompañándolos: madres, hermanas, abuelas... Quizás alguna vecina junto a hijos de ella y de otra vecina o pariente. Recién cuando llego a la casa de [a] quien iba a entrevistar, me percaté de que, efectivamente, estábamos en la semana de vacaciones de invierno y, por tanto, todos los pequeños se encontraban allí, más que interesante para ver contrastes y «percibir diversidad» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 216).

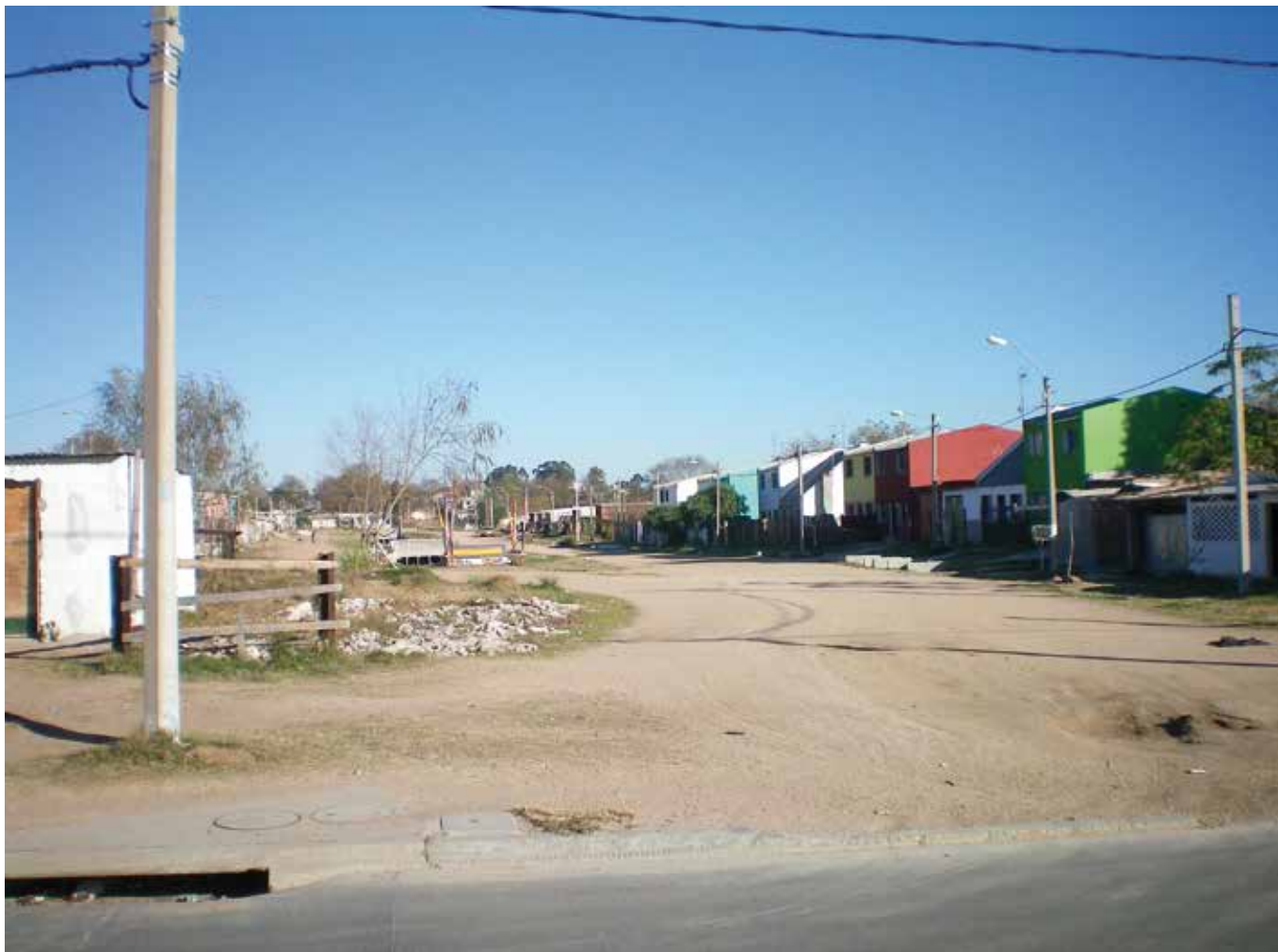
Combinar el trabajo con la observación participante y la producción fotográfica, y su posterior análisis, permite identificar entidades humanas y no humanas allí presentes (Latour, 2008), en un «paisaje» que puede pensarse como intersticial «entre el espacio y el lugar» (Hirsch, 1995; Low y Lawrence-Zúñiga, 2003). Más aún, se trata de captar los «perceptos y afectos» (Deleuze y Guattari, 1997b: 166) que, como en el arte, se presentan en el paisaje en cuestión en tanto «bloques de sensaciones», fruto del devenir de las actividades y sus agentes, a veces, de forma más explícita y, otras, de una manera totalmente desinteresada y, por tanto, generada como resultante «irreflexiva».

En tal sentido, podemos plantear la siguiente composición: pedregullo en el suelo, el curso de agua más o menos contaminado por residuos plásticos y algunos orgánicos allí volcados, el hormigón gris con sus formas rectangulares a su alrededor, conteniéndolo, mamelucos obreros llevados por quienes levantaban viviendas también grises, las cuales contrastaban fuertemente con las coloridas de algunos de los segmentos del lugar (las construidas hace años en el marco del PIAI y tres de las del primer grupo del Plan Juntos). Niños solos, en pequeños grupos, jugaban, mientras caballos al fondo de la senda pastaban y esperaban a sus amos y muchos perros, encerrados por vallas y cercados en los predios, ladraban o descansaban en silencio, siempre atentos. En ningún caso, se trató de objetos y procesos artísticos, pero algunos de ellos podían estar «dotados de agencia», al decir de Alfred Gell (1998), eso sí, más allá de la intencionalidad, como hemos planteado. La cuestión central, para nosotros, en este lugar del análisis, pasa por la dimensión social de la experiencia estética en relación con el entorno y el paisaje, y por las cuestiones relativas a la llamada «cultura material» (Martínez Luna, 2012: 173). Los paisajes son «atmósferas» y «encarnaciones», para nada

reducidas al horizonte visual, como bien señaló en su momento Maurice Merleau-Ponty (Jóhannesdóttir, 2010), y son singulares y singularizantes, poseen un «aura» (Benjamin, 1973; Álvarez Pedrosian, 2008b) que los cualifica. Nada de esto es pasivo, más bien todo lo contrario, pues una pragmática está en permanente funcionamiento, gracias a la recreación de los elementos y la composición del paisaje en general. No se trata, por tanto, de un conjunto de elementos inertes, de una suerte de «cuadro representacional» o «escena» frente al que se ubica el etnógrafo, así como el residente del lugar, sino de un entorno vivo de trayectorias interconectadas en diálogos (Hirsch, 1995; Olwin, 2001; Waage, 2010). Paisaje y territorio se remiten mutuamente, en la tensión entre estar fuera y dentro, extremos de una experiencia del habitar que se desplaza como el horizonte para la mirada.



La avenida Doctor Santín Carlos Rossi tiene un estilo asociado a carreteras secundarias, conectores entre las rutas y el entramado urbano. Efectivamente, hace de nexo entre el eje central del Cerro (Villa del Cerro, Curva Tavárez, Cerro Norte e, incluso, por contigüidad, La Paloma) y un trébol donde se anudan dos de las principales rutas nacionales. Sigue más allá, inclinándose levemente hacia el arroyo Pantanoso al este y conectándose con el camino De Las Tropas, paso sobre el curso de agua a través del cual nos encontramos con territorios del oeste montevideano, como el barrio industrial Nuevo París al sureste y Paso de la Arena,



de chacras, hacia noroeste. Las altas columnas de alumbrado y la falta de aceras en grandes extensiones reafirman esta condición. Lo mejor para el peatón es transitar por el cantero del medio de la avenida-ruta, algo que realiza la casi totalidad de los habitantes. Igualmente, se trata de algo arriesgado, más con los coches de niño que cargan a pequeñas criaturas, dado que es una senda por demás angosta, el tránsito es bastante intenso y, a veces, los rodados son de gran porte; tampoco falta la presencia de los carros tirados por caballos de los recolectores de residuos urbanos. Llegados justamente a la entrada de la cañada, a la avenida Mones Quintela, a nuestro Amanecer, esta senda central desaparece.

Desde allí, parece abrirse un entorno particular, por las tipologías de las viviendas, la morfología lineal que se impone y el desnivel del suelo, que deja de ser de pavimento para pasar al pedregullo con sus importantes rugosidades. Tampoco esta unión está del todo resuelta desde el punto de vista infraestructural: el entrar y salir de vehículos se hace cambiando de nivel, con un pequeño lomo incluido. La diferencia entre uno y otro lado de la cañada a esta altura también es de relevancia: mientras hacia el norte se disponen las viviendas coloridas de la primera intervención en el marco del PIAI, sobre la cara sur, una formación más de tipo rural, con tranquera incluida, pone en juego otras espacialidades y entornos de vida.

El ingreso al nuevo territorio en gestación da pistas de lo inacabado de su condición. Como veremos más adelante en profundidad, todo territorio está compuesto de fuerzas que tienden a su desintegración, lo que, de alguna manera, asegura su carácter vital, su constante devenir (Deleuze y Guattari, 1997a; Ingold, 2000). Pero, ciertamente, existen temporalidades muy variadas y ciertos umbrales a partir de los cuales se puede o no constituir una territorialidad. Este problema de consistencia implica que haya una diferencia de naturaleza entre aquellos espacios que conforman un territorio y aquellos que no. Lo inacabado y aún en gestación de este entorno construido puede aprehenderse, primariamente, a partir de ciertos indicios. Esto puede ser tanto por ausencia como por presencia.

En el primer sentido, nos encontramos con la discontinuidad de un corte brusco del suelo. Antropológicamente, el sustrato inferior de un espacio posee, por lo general, un alto grado de naturalización: creemos, efectivamente, que el suelo no se mueve, que podemos existir sobre él siempre, por lo que no lo tomamos en cuenta más que en los momentos de su construcción, reparación





o desmontaje si fuera el caso; sin embargo, esto es diferente en aquellos contextos donde terremotos, inundaciones y demás catástrofes son corrientes, o donde se vive sobre palafitos o en embarcaciones por ejemplo (Rapoport, 1969). Aquí no solo hay un pedregullo de millones de pequeños fragmentos de piedras amontonadas, en lo que sería suelo urbano, sino que la cañada se desborda y lo inunda de vez en cuando. Como pudimos problematizar con los propios vecinos que habitan el lugar y observar durante las jornadas de campo, la vegetación en forma de pastizales se desarrolla con ímpetu cuando la temperatura y humedad son propicias, obligando, de alguna manera, a mantener a raya la naturaleza, tal como hemos planteado que ocurre en los asentamientos y otros territorios donde los humanos se las tienen que ver permanentemente con la puesta en orden o composición del entorno (Álvarez Pedrosian, 2013a: 69).

En el segundo sentido, las presencias también obedecen a esta situación incipiente o de gestación: escombros esparcidos hacia un lado, equipamientos urbanos en algún sector solamente y demás. La fuerte linealidad acentúa esta imagen de tajo o corte de una trama que no termina de instalarse, junto a un interior que se visualiza perdiéndose en la indiferencia de un fondo que es próximo, pero no tanto como para apreciarse su resolución.¹²

La cañada regularizada muestra problemas de mantenimiento recurrentemente, como la obstrucción en el fluir del agua y, por esta causa, los desbordes cuando llueve, por lo que llega al interior de los predios de las viviendas. Si bien sobre el horizonte se perciben copas de árboles, aquí la vegetación es carente. Según lo narrado por algunos de los habitantes en entrevistas, por la municipalidad y otros actores sociales que participaron en lo que fue una «jornada de embellecimiento» (en la que se dispuso de una suerte de monumento artesanal de madera, otros postes en la parte del cantero sur de la cañada, un cartel con el nombre de la traza y una pintada sobre el muro bajo que mira hacia el este), se plantó una serie de elementos verdes, pero rápidamente desaparecieron, fruto de quienes también roban con frecuencia en los fondos de las viviendas cualquier tipo de objeto y luego lo venden a precios mínimos, por lo general, para comprar alguna dosis de pasta base de cocaína.

Las mejoras constantes en el marco del Plan Juntos sobrepasaron las viviendas particulares, según las prácticas promovidas a partir de este y por los nuevos habitantes, con la esperanza de que las autoridades municipales tomen, en un futuro próximo, la tarea de seguir dándole forma a ese territorio en gestación desde la cualificación del equipamiento urbano. Por el momento, en lo relativo a los servicios, se cuenta con el centro educativo inicial y el club para jóvenes, construido durante la intervención urbana del PIAI, comenzada oficialmente a fines de 2006. Estas obras se sumaron a las emprendidas desde 2004 por el Plan de Saneamiento Urbano III de la Intendencia, conjugando la regulación de la cañada, el saneamiento y las instalaciones de agua potable y luz eléctrica.¹³

12 Ver capítulo «Espacios y públicos».

13 La intervención del PIAI tiene su complejidad, como es de esperar: «Cerro Norte [...] está integrado por los barrios Nuestra Casa, San Rafael, Treinta y Tres Orientales y Amanecer, asentados en terrenos municipales del Zonal 17, limitado por las calles Santín Carlos Rossi al este, La Paloma al norte, camino De Las Tropas y avenida Federico Capurro al oeste, y la avenida Carlos María Ramírez al sur. El territorio presentaba una estructura física fragmentada con la cañada atravesando y, en cierta forma, “quebrando” los barrios de este a oeste, escasos espacios verdes e importante concentración de viviendas y construcciones precarias y mínimos equipamientos sociales. El proyecto barrial y la infraestructura urbana trascendi[eron] los límites de los cuatro barrios considerados e integr[aron] el entorno constituido por los barrios Municipal 31, Las Cabañas, los complejos habitacionales 19 de Junio y 19 de Abril, y el barrio Artigas» (Programa de Mejoramiento de Barrios, 2010).





Las manzanas sur son de transición con el fragmento espacial contiguo, el llamado Barrio Artigas, de varias décadas de existencia y desde el cual proceden algunos de los habitantes de las viviendas construidas en el marco del PIAI. Las viviendas de este pequeño barrio poseen una tipología de cabaña bien definida, lo que le da una fuerte homogeneidad frente al resto. Existen aún algunos predios vacíos, intersticios que no han sido ocupados por ninguna formación territorial. Hay también algunas autoconstrucciones que no pertenecen al entorno vecino, tampoco a este nuevo, pero van quedando dispuestas como partes de estos. Así, al sumarse a los dos tipos de intervenciones urbanas reguladas por organismos públicos, de las cuales la del Plan Juntos es la última y la que conlleva, por lo menos, dos tipologías edilicias, dotan al nuevo territorio de una heterogeneidad mayor. Este es el caso del pasaje 11 Metros, calle de asfalto que, junto con otras tres, fue abierta en la primera intervención. En su cruce con la cañada genera una esquina donde pueden encontrarse estos vacíos y tipos de ocupación que denotan otras formas de habitar. Escombros, objetos varios y animales silvestres acentúan este carácter agreste y prístino, en contraste con las viviendas en dos alturas del conocido como grupo 1 del Plan Juntos sobre la misma cara sur. Comparativamente, desde el punto de vista de los habitantes llegados del asentamiento de la exfábrica Colagel, el nuevo paisaje es, por demás, geométrico, como puede desprenderse del otro dibujo de Analía que se muestra en la página siguiente, que contrasta con el realizado en relación con el asentamiento donde antes vivía, reproducido más arriba. La fachada fue especialmente tema de preocupación, controversia y lucha de los propios habitantes, quienes exigieron que se respetara para las tres viviendas contiguas, por lo que aportaron materiales para ello una vez que quedara en tela de juicio su realización por problemas de costos.



Centro CAIF del lugar, construido en el contexto de la intervención urbana del PIAI en 2008.



La Cachimba del Piojo: al borde del agua

Sobre diario de campo

2 de setiembre de 2013

El ómnibus del transporte urbano que me tomé para trasladarme hasta allí volvió a ser una fuente de inspiración. Aunque no siempre pasaba y, potencialmente, el extrañamiento era constante, las intensidades fueron relativas. En este caso, fueron tres elementos los que despertaron esa extrañeza: un joven que subió a pedir dinero, el paso, esta vez, por otros territorios de la ciudad (Paso Molino, Belvedere y La Teja desde allí) y la emisora de radio que escuchaba el conductor y, por ende, escuchábamos todos los demás obligadamente.



La Cachimba del Piojo en dos sucesivas escalas.
En la primera escala, se identifica, al oeste, el acceso a Amanecer y, en medio, el arroyo Pantanoso.
Fuente: Google Earth, 2013.

El muchacho que subió a pedir dinero lo hizo con una estrategia muy interesante. Repartió un rectángulo de papel con una inscripción a mano, hecha con bolígrafo, con la siguiente información: «Trabajos en general», su nombre personal, «albañilería, jardinería, limpieza» y un número de teléfono móvil. Narró que estaba buscando trabajo y que los interesados podríamos confirmar la veracidad de todo lo que nos estaba diciendo y mostrando, ya que el número telefónico era el suyo. También dijo que lo único, hasta ese momento, que podía ofrecer era una canción de un grupo musical uruguayo llamado No Te Va Gustar (NTVG). La canción, explicó, trata sobre el «amor de una madre, lo más importante», y más para él, quien ya la había perdido. Cantó algunas estrofas referidas al sacrificio que debe hacer una madre para alimentar a sus hijos. Por el aspecto, estaba entre adolescente y joven adulto. Su estrategia comunicacional apeló a imágenes con relación a ambas etapas de la vida, en una interesante combinación, y pareció eficaz, por lo menos, por los aplausos recibidos y las monedas recogidas, que fueron bastantes. Los oficios manuales a los que apelaba refieren a un perfil de población acorde a lo que se espera de un joven de clases populares, especialmente característico, además, de la zona de la ciudad que nos encontrábamos atravesando y hacia donde nos dirigíamos. Al mismo tiempo, despertó la ternura y tristeza de la orfandad en cuanto a los afectos maternos y su condición, algo más ligado a la niñez y la adolescencia, lo que conmovió, sin lugar a dudas, a los pasajeros.

Ya pasado el arroyo Miguelete a la altura del Paso Molino, nos encontramos con esta zona comercial del oeste montevideano a todo funcionamiento, con negocios de variada índole. Luego, tomamos la avenida Carlos María Ramírez desde su extremo y atravesamos toda La Teja en dirección al Cerro. La vía había sido objeto de una intervención urbana poderosa, con dibujos al estilo de pintadas políticas, en este caso, hechos por algún colectivo autodefinido como anarquista. Sobre los muros del cementerio de La Teja, se podía leer: «Ni derecha ni izquierda, toda la misma mierda». Cuando me bajé en la emblemática plaza Lafone, corazón tejano y «mojón» (Lynch, 1998) de, por lo menos, todo el oeste montevideano, noté que habían pintado el pequeño atrio que sirve de corazón, con una inscripción por demás significativa, que apelaba al «oeste» y a un enemigo en común en la historia occidental, desde lo que fue la experiencia de los totalitarismos del siglo XX, que sirve para designar, despectivamente, a todo aquel que sojuzgue y someta, por la



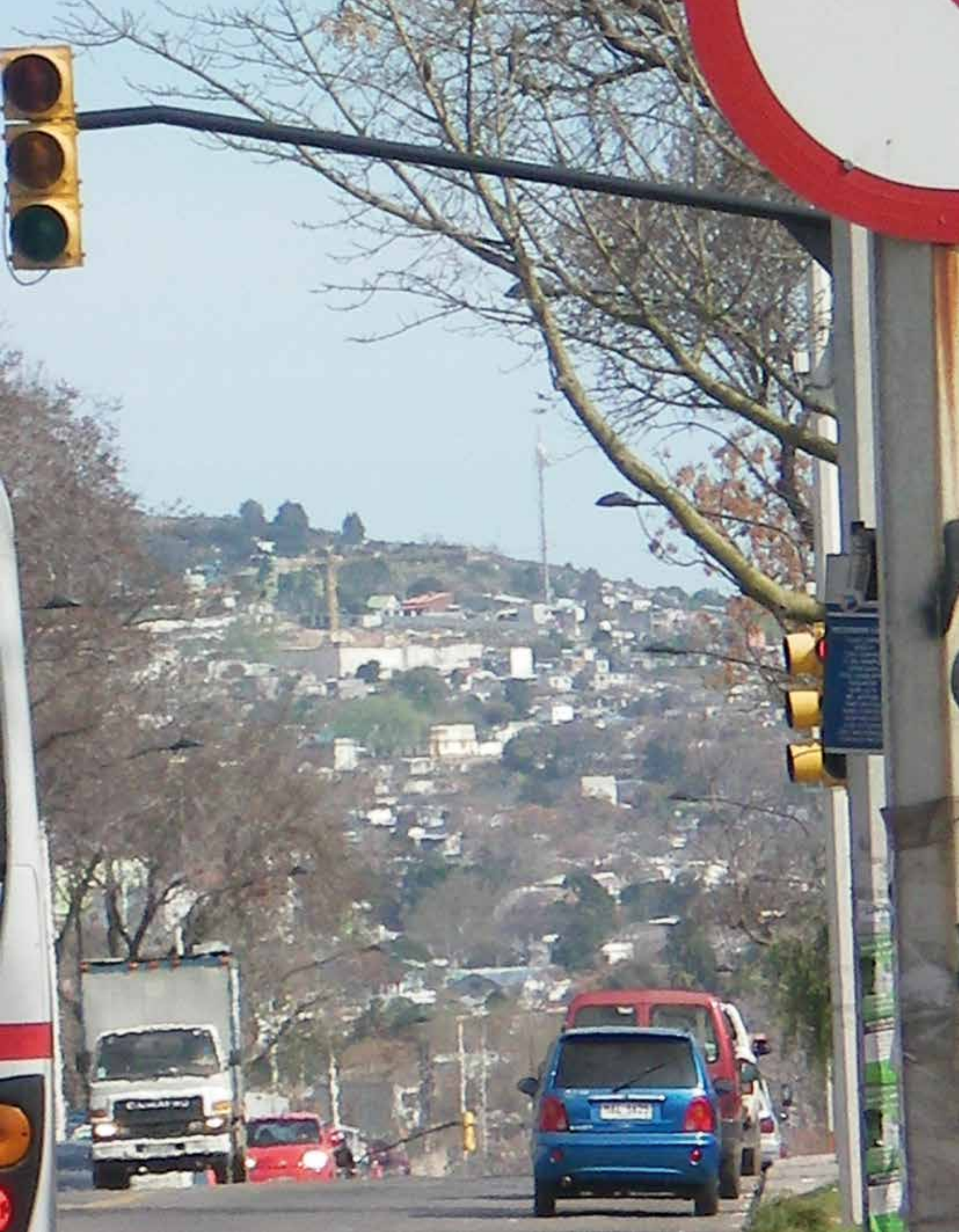


fuerza directa o por el sistema de explotación socioeconómica, las poblaciones más indefensas y vulnerables: el fascismo. Parecía un faro desde el que se emitía *el* mensaje: «OESTE ANTI FACHO», con el símbolo anarquista entre los dos bloques principales de la proposición.

Desde la principal avenida de la zona y la plaza central del antiguo Pueblo de la Victoria, que hoy lleva el nombre de su antiguo propietario (Lafone), no se presume nada, tan solo se advierten las calles en bajada hacia el arroyo. Sabía, por haber estudiado las fotografías satelitales, que La Cachimba se encontraba a pocas calles de allí, a medio kilómetro aproximadamente. También sabía que lo experimentaría como algo muy lejano al mismo tiempo, al tener que descender en dirección al borde de los humedales del arroyo Pantanoso, hacia un meandro y su rincón. Así fue.

Para llegar allí, se debe bajar, literalmente, por la calle Heredia. Lo primero que me llamó la atención, al ver a los demás y al reflexionar sobre mi propia reacción al respecto, fue que pasé a caminar sobre el asfalto y a abandonar el espacio correspondiente a la acera, teniendo mucho cuidado en no ser atropellado por algún automóvil o por las motocicletas de uso masivo. Es que acontecieron dos cosas: las aceras estaban tomadas por el pasto en grandes secciones, rotas en otras, lo que hacía muy difícil y hasta imposible transitarlas, y, principalmente, aumentaba la presencia de perros a cada metro en que me alejo de la avenida bajando en dirección al arroyo.

En las primeras calles, las más cercanas al eje central de la zona, los perros se encontraban muy cerca de las puertas de las viviendas; la gran mayoría, incluso, estaba en los pequeños jardines frontales de lo que son casas evidentemente autoconstruidas por sus ocupantes o por allegados próximos, con edades que van del medio siglo para atrás. Después, mientras seguía bajando, los perros iban en aumento y soltura, hasta llegar a aparecer verdaderas jaurías de ellos. De todas formas, parecían muy acostumbrados a la presencia humana. Era como si coexistiéramos en dimensiones diferentes en el mismo entorno; si no nos intercedíamos, todo iba bien. Esto me dio confianza para seguir adelante.



En esta ocasión, pude fotografiar el camino hacia La Cachimba. La primera imagen fue tomada a medio camino entre la avenida y el fin del damero. En ella, se puede ver la conexión con la urbe en un sentido genérico, integral, y, hacia el frente, la bajada al arroyo Pantanoso, el borde, la zona inundable, excluida. La segunda fotografía intenta expresar el punto crítico del límite del damero tradicional de La Teja y la extensión de la calle Heredia hacia el fondo. Se observa el quiebre de la traza en su continuación al cruzarse con la calle Gregorio Mas. Hacia la izquierda, se ubica la histórica cachimba, monumento histórico nacional bastante deteriorado dadas las circunstancias, con un conjunto de restos de refrigeradores y otras chatarras. Ese fragmento es la entrada y salida a La Cachimba. Hacia un lado, se encuentran galpones precarios de un vecino dedicado al acopio y venta de residuos, y, hacia el otro, un conjunto familiar en el que el Plan Juntos ha intervenido también y que luego conocí en profundidad. Al fondo, se divisan algunas de las viviendas del asentamiento contra los humedales del arroyo.

En el camino, cuando el entorno se torna visible y, en general, perceptiblemente mucho más precario, al borde del amanzanamiento originario de La Teja, se halla la cachimba propiamente dicha, o sea, el aljibe de agua que constituye un objeto patrimonial de gran valor, heredado de los primeros tiempos de la ocupación colonial de la zona del oeste montevideano. Una placa conmemorativa, erigida al finalizar el primer Gobierno municipal de izquierdas (1990-1995, cuando Tabaré Vázquez, oriundo de La Teja, a pocos metros de allí, fue electo), marca el lugar.

El pozo de agua fue sellado. Antes de ir al campo, había estudiado información oficial al respecto (Municipio A, 2011). La fotografía oficial dista mucho de lo que allí acontece. Similar a lo que pasa con otros monumentos y vestigios ubicados en la periferia montevideana, se encuentra absorbido por la precariedad de los territorios fragmentarios y deprimidos que la caracterizan. Se trata, en su mayoría, de vestigios originarios de la época de la colonia, de la llamada patria vieja, e, incluso, de los tiempos de la guerra civil de alcance regional, conocida como Guerra Grande (1843-1851), puesto que esta zona era los alrededores de la entonces ciudad sitiada por el ejército del presidente Oribe. Según lo indica la placa, el pozo estuvo operativo nueve años después del fin de las hostilidades, en 1860. Recordemos que, como hemos visto, la Villa de la Victoria (actual La Teja) tiene por fecha de fundación el año 1842.

Atravesada por cuerdas con ropa tendida, con algunas estructuras constructivas livianas cercanas, la cachimba está ocupada como parte de un hogar donde algunos habitantes moran y tienen su negocio de chatarras. De todas formas, está allí, no se la puede obviar, más con la placa conmemorativa. Llama, entonces, poderosamente la atención que la cachimba no haya sido destruida o alterada hasta perder su identidad, sea por grafitis en sus superficies o por golpes en el hormigón del antiguo pozo cilíndrico, o que no haya sido tapada o eliminada la placa que oficia de recordatorio, amputada en algún sentido. Allí está, en medio de ropas colgadas, pedazos de refrigeradores, perros acostados, basura y vegetación casi silvestre. Allí comprendí que estaba, por fin, en La Cachimba del Piojo.



Imágenes oficiales del monumento Cachimba del Piojo



Fuente: Municipio A, 2011.

Brinda agua permanente desde 1860. De forma tubular, protegido de ladrillo, se encuentra en Heredia entre Inclusa y Molina, a cuatro cuadras de la plaza Lafone. La Cachimba vio a las lavanderas que llegaban allí, luego de recorrer a pie quince o treinta cuadras desde la zona de la Cuchilla o desde los saladeros del Cerro. También los destacamentos de la Fortaleza enviaban a sus aguateros dos veces por día hasta la Cachimba (Municipio A, 2011).

2 de setiembre de 2013

Hacia delante, se ve terminar la calle Heredia. Por esta, se encuentra el club barrial llamado Vencedor, con sus instalaciones deportivas, así como un comité de base del MLN-Tupamaros, donde se desarrollan actividades políticas y educativas directamente relacionadas con las del Plan Juntos. Un importante desnivel en el terreno a la altura de dicho espacio cultural, así como de un conjunto de viviendas, evidencia la bajada que significa acercarse al arroyo y sus áreas inundables.

Al final de las manzanas estructuradas del damero tradicional, hacia la izquierda, se aprecian viviendas aleatoriamente dispuestas en una suerte de gran manzana informal que ocupa la superficie de cuatro de las convencionales. En una de estas construcciones, de paredes blancas, volumen que corta el paso de una senda que penetra en diagonal hacia el interior, otro mensaje escrito, esta vez, una especie de inscripción de alerta que prohíbe el pasaje de peatones ajenos al lugar.

En un diálogo con el educador popular referente del Plan Juntos en La Cachimba, este me había indicado que siguiera por la calle Heredia «hasta el fondo», que allí me toparía con un pequeño muro donde habría otra «pintada» más, esta sobre el plan. En ese punto, debía tomar hacia la izquierda hasta el final para encontrarme con el «salón comunal», sede local de operaciones del plan. Pero cuando me hallé en la esquina de Heredia y la calle Juan Molina, luego de haber dejado atrás, por algunos metros, la histórica cachimba, tuve la sensación de haberme internado en otro universo totalmente desconocido.

Efectivamente, aunque parezca por demás exagerado, si bien antes ya se había dado una suerte de deterioro generalizado del paisaje y el entorno en general, las viviendas estaban construidas con hormigón, mantenían sus paredes erguidas y la calle era de asfalto, la cual guardaba las proporciones ordinarias de los dameros urbanos americanos, así como el arbolado público, todo lo cual remite a la noción tradicional de una «calle» y el carácter «público» del territorio así definido (Holston, 2008). A partir de este punto, nada de esto estaba presente, por lo que se trataba, claramente, de un asentamiento irregularmente construido a lo largo de los años, oculto a la visibilidad, incluso, desde el microterritorio contiguo. Un sendero angosto, de tierra y arena, por momentos ocupado por un barro entonces seco, transita entre cercos de maderas caídas, casuchas o chabolas de madera y chapas. Hacía mucho tiempo que no me encontraba dentro de un cantegril clásico, como los más característicos de décadas pasadas.

Esto, a su vez, contrasta con lo que inmediatamente puede encontrarse al pasar unos 100 metros o un poco menos: un hábitat en plena transformación, fruto de la presencia del Plan Juntos.

Después de pasar como por un tubo, según la expresión, estaba del otro lado. Rápidamente, me llamaron la atención tres cosas: hacia el frente, el muro que me habían dicho que me encontraría cuando llegara, una vivienda ubicada hacia la derecha, con una suerte de jardín-quinta especialmente voluptuoso, con estructuras sencillas de malla sombra y cañas de sostén —que rápidamente asocié con



tradiciones culturales del tipo de la horticultura rural—, y, hacia el otro lado, un gran descampado, terraplén donde se estaba trabajando con camiones y maquinaria pesada, relleno de escombros y tierra el sitio, todo lo cual levantaba una polvareda impresionante. Allí mismo era donde se estaban construyendo las nuevas viviendas del plan, donde se quitaron toneladas de residuos industriales tóxicos, donde emergía el nuevo territorio.

Existen diferentes versiones acerca de la conformación del antiguo basural removido gracias a las acciones del Plan Juntos. Por lo general, se planteó que estaba hecho de escombros, o sea, material de construcción, de origen industrial. Pero, otra versión, aparecida en un medio de prensa hace años, cuando aún existía y a poco tiempo de la crisis socioeconómica centrada en 2002, exponía una situación más dramática. Según un vecino entrevistado entonces:



[...] Hay una empresa que saca basura del puerto, pasan los camiones aquí constantemente. [...] La cuestión es doble o triple, porque una es que sacan la basura del puerto, que puede ser pescado podrido de una cámara, puede ser pollo podrido, puede ser un solvente, puede ser un producto químico que no sabemos si se le rompió la lata en el barco y cuando llegan a puerto lo tiran a la volqueta, vienen y lo tiran acá. Lo que pasa es que con el calor y los fondos de botellas [se] prende fuego; como hay mucho nylon, es inflamable, entonces, ha habido varios incendios. Hace cuestión de diez días, hubo uno, entonces, como es muy difícil de apagar una cantera incendiada, los bomberos vienen y le tiran tierra encima y debajo queda una combustión lenta, porque son derivados de hidrocarburos, desechos de sentinas de barcos, redes de plástico y, entonces, queda como un cigarrillo prendido días, días y días, y son emanaciones y emanaciones. Lo interesante es que este barrio no se hizo alrededor de la cantera, este barrio existía; donde está ahora la descarga de basura era una cancha de fútbol, la cancha del Vencedor, que es un cuadrado de fútbol [...] (La Juventud, 2004).





Estudiando las fotografías satelitales y contrastándolas con las observaciones en el terreno, se pudo desprender que esta Cachimba contemporánea surgió como nuevo asentamiento en los años de la crisis humanitaria desencadenada por las políticas neoliberales en la región. Hasta el año 2000, no se encontraban estructuras construidas, pero, a partir de entonces, crecieron exponencialmente, siempre de forma lineal, como una sucesión continua sobre la extensión de la calle Gregorio Mas, al borde del agua. Se trata, por tanto, de un entorno extremadamente delicado desde el punto de vista ambiental y urbanístico, ocupado históricamente por asentamientos precarios en diferentes fases cada vez más al borde posible, donde la contaminación por plomo debido a los desechos industriales ha sido una característica, como en otras zonas a ambas orillas del arroyo Pantanoso (Renfrew, 2007).

Sobre diario de campo

2 de setiembre de 2013

Percibí un gran dinamismo, fruto de la maquinaria de remoción del inmenso basural generado por décadas, el vertido de escombros de construcción para el relleno, las decenas de niños jugando por la senda que continúa la calle, junto a jóvenes y adolescentes yendo y viniendo, y la gran cantidad de perros, más de una decena de ellos. Al preguntarle a una vecina por el salón comunal del plan, me indicó que se ubicaba al final del sendero, tal como me habían dicho. Pasé por al lado del camión con volqueta, donde la excavadora descargaba los materiales no deseables, y mi mano izquierda sintió pequeñas lascas de escombros y tierra que me mancharon y





dejaron un leve dolor en ella. Mientras tanto, me percaté de un conjunto de prácticas que realizaban los habitantes con relación a ello.

Inevitable no sentirse orientado por la linealidad imperante, con lo que ello implica cognoscentemente (Careri, 2002), un paisaje que nos disponía a transitar de ciertas maneras (Ingold y Vergunst, 2008), cual procesión, teniendo, hacia un lado, las viviendas y algunos ámbitos de trabajo (como el de acopio y clasificación de residuos urbanos), y, hacia el otro, el gran terraplén donde se construía el nuevo proyecto habitacional del plan. Delante, en un primer plano, los habitantes en sus quehaceres cotidianos; tras ellos, en el horizonte, la contundencia del puente de la ruta nacional con su intenso tránsito sobre el arroyo Pantanoso e, inmediatamente después, la otra orilla con las instalaciones fabriles del nuevo Polo Industrial del Cerro, con sus grandes volúmenes pintados de fuertes colores pastel, y, por supuesto, el cerro propiamente dicho, elevándose tras todo ello en dirección suroeste, orientado con la traza que es continuación de la calle.

El fuerte contraste entre las construcciones precarias, en general de bloques grises de hormigón y chapas metálicas en diferentes grados de oxidación, y la tierra removida y mezclada con escombros con la que se estaba suplantando el gran volumen

de basura que ocupaba la mayor extensión del terreno, no era tan solo una metáfora espacial y plástica de lo que acontecía, sino que era parte constituyente de los procesos de subjetivación allí imperantes. Expresan, porque movilizan y conforman, no representan sin más (Deleuze, 1996b). Lo hacen componiendo un ambiente de elementos dotados de agencia, «actantes» humanos y no humanos en combinaciones específicas (Latour, 2008), y, en esta oportunidad, con esta característica que marca con contundencia uno y otro espacio, uno y otro tiempo: un habitar precario y miserable y otro potencialmente liberador, en pleno proceso de creación.

Pequeños montículos de pedregullo y de escombros con pedazos de piedras irregulares, algunos en los que puede identificarse alguna cara lisa, se disponían de manera que definían un gran rectángulo de base en alisamiento. La irregularidad de las formas de autoconstrucción de las viviendas precarias del asentamiento, la vegetación que crecía por todos los intersticios sobre los terrenos húmedos contra el arroyo y sus hilos de agua parecían de otro tiempo y naturaleza, frente a la operación técnica en marcha que iba dando como resultado esta plataforma lisa, a ser colonizada o estriada (Deleuze y Guattari, 1997a: 483-509) por las nuevas formas de habitar, en una suerte de borrón y cuenta nueva, *tabula rasa* o nuevo comienzo cargado de esperanzas y sueños. Al finalizar el trabajo de campo, ya estaban terminadas las primeras viviendas nuevas para el grupo 1, conformado por aquellos grupos domésticos cotidianos más afectados por las crecidas del arroyo.

También se pudo interpretar en el paisaje los indicios y huellas de lo que fue el borde existente entre la cara sur de la suerte de manzana sin delinear (equivalente a unas cuatro del damero tejano), la ocupación más antigua, sobre el lado de la cachimba propiamente dicha, y el inmenso basural de antaño, en deconstrucción en ese momento. Debe de haber sido más que importante esta transformación generada en tan poco tiempo, tan solo unos cuantos meses antes de nuestra llegada, a partir del comienzo de las obras del plan en noviembre de 2012. Antes de eso, los dos microterritorios contiguos estaban pautados por esta otra división a escala «molar» (Deleuze y Guattari, 1997a: 217-218) y tenían en medio un gran basural más o menos rectangular, de toneladas de volumen, largo y profundo.

Según el educador popular, las máquinas del Ejército que colaboraron con el Plan Juntos aquí tuvieron que quitar más de 2 metros de altura de basura en aproximadamente 200 metros cuadrados de superficie. En algunos sitios, la profundidad era aún mayor, y las dificultades propias de esta ingeniería y los recursos disponibles no permitieron el retiro total o, por lo menos, de una mayor cantidad, como era deseado. Eso era lo que ocurría justo a la altura de la ubicación del salón comunal, sede del plan. Por eso, la arquitecta del equipo planteó como proyecto que allí se construyera una cancha de deportes, pues viviendas u otras obras del mismo tipo se verían en dificultades con un suelo muy endeble.

El asentamiento está constituido por el amontonamiento de entre tres y cuatro decenas de viviendas precarias sobre la cara norte de la continuación de la calle Gregorio Mas, encerrado entre el hasta entonces basural, luego terraplén donde se comenzó a construir el complejo de viviendas y servicios del plan, y los hilos de agua desprendidos del arroyo. También era significativo el cambio de nivel de un par de metros de altura entre el suelo del sendero y las viviendas, y la superficie del

terraplén con las nuevas construcciones. Esto generaba una especie de pequeño muro inclinado, interrumpido por una entrada a mitad de camino.

Aún hoy muchos jóvenes y otros habitantes siguen hurgando entre los antiguos restos y los actuales escombros para obtener algo de metal que vender como chatarra en los diferentes puntos de acopio de material de la zona. Solitarios o en pequeños grupos, detrás de los suaves surcos hechos por los permanentes pasos, se desplazan arrastrando algún trozo de desperdicio metálico de construcción hacia la continuación de la calle, en dirección a las viviendas. También algunos niños juegan allí, ante la mirada e indicaciones de sus madres, para no caer en la zanja.

De los procesos constitutivos de la espacialidad en tanto subjetivación del espacio, a saber, la composición de partes extrapartes, los pliegues singularizantes que totalizan los elementos y la semiotización de materiales convertidos así en expresivos, el primero parecía ser el más presente, que daba cuenta de algo así como de un nivel elemental o físico de estructuración (Álvarez Pedrosian, 2011b). Por supuesto que las tres dinámicas están allí, deviniendo una en la otra, pues se trata, efectivamente, de un lugar en el sentido antropológico (Tuan, 2007; Augé, 1994), y la profundización en la interpretación permite avanzar en la dilucidación de las dimensiones tradicionalmente consideradas como biológica y cultural o comunicacional, relativas a los otros dos componentes más arriba referidos desde nuestra perspectiva. Pero la precariedad experimentada por los propios habitantes también es un hecho, y se expresa y está determinada por esta «situación de objetos» o «cosas» (Latour, 2004) diseminadas o, a lo sumo, yuxtapuestas unas al lado de otras, unas sobre otras, solapándose de formas endebles.

En tal sentido, se presenta una suerte de combinatoria aleatoria de elementos fragmentarios, compuesta, predominantemente, por los trazos de chapas de metal de los ranchos, intercalados, en menor medida, por alguna estructura de hormigón, fruto también de la autoconstrucción. Un depósito a cielo abierto de residuos sólidos, particularmente, envases de plástico, con sus grandes bolsas apiladas y un viejo camión cargado, resalta en tal paisaje, cerca del centro del segmento longitudinal de la senda, como signo del comercio y valor de mercancía de esos objetos en tanto bienes privados. Las chapas oxidadas sirven también para hacer especies de muros bajos de delimitación, cercos que definen espacios delanteros que, en otros contextos, podríamos denominar patios (en especial, en una vivienda blanca, lo que aumenta, junto con su color y materiales, su singularidad en el entorno). También es destacable el uso de lonas para techar y aislar verticalmente, las cuales operan asimismo como tamices generadores de límites ante un afuera generalizado (que no debe confundirse rápidamente con un espacio público, como veremos en un capítulo específico).¹⁴ Una línea de columnas de hormigón, de reciente hechura, sobresale con su cableado negro. Hay de dos tipos, y, por lo que pudimos dialogar con los habitantes y técnicos del plan, tienen que ver con el proceso de regularización de los servicios de energía eléctrica del lugar. Una vez construidas las nuevas viviendas, esto quedaría como paseo peatonal sobre el bañado que da al arroyo.

14 Ver capítulo «Espacios y públicos».

Otros objetos prefabricados y utilizados para la autoconstrucción son los palés de madera. Los podemos ver oficiando de portones en las entradas de las casas y también, como luego pudimos notar durante la realización de entrevistas en profundidad en el interior de las viviendas, de mobiliario doméstico, en especial, cumpliendo la función de parrillas donde se colocan los colchones de las camas. Algún mediotanque característico de la cultura de asar carne en la región pampeana aparece por allí, testigo de rasgos y pautas en las formas de habitar que vienen caracterizando Montevideo transversalmente desde los sectores medios a partir de las últimas décadas como parte de un imaginario y su ritualística (Barceló, 1997: 249). Estos objetos de forma cilíndrica se fusionan en el paisaje con las chapas oxidadas, como constituyendo un mismo universo metálico en descomposición, por su degradación expresada en amputaciones de partes, torsiones y otras marcas de tipo curvo, formas cóncavas y convexas. Analizando nuevamente las fotografías satelitales correspondientes al sitio de una década de diferencia, llama la atención que, en tan poco tiempo, se hayan generado vestigios abandonados, secciones de muros reutilizados para limitar nuevas construcciones, espacios cercados y abiertos en algún extremo, a cielo abierto, alguna vez techados, dando lugar a cierto tipo de interioridad particular difícil de comprender desde otros parámetros de la proxémica (Hall, 1994).

Las terminaciones parecen ser el tipo de prácticas más problemática: la dificultad de ensamblar, de articular eficazmente elementos heterogéneos. Los bloques de una pared, grises y al descubierto, nos muestran la mezcla de arena y portland en diferentes densidades, chorreando entre ellos. Pero las fronteras con los materiales que sirven de techumbre son, podríamos decir, «salvajes». Esto último en el sentido en que Claude Lévi-Strauss (1970) estableció la existencia de un pensamiento genérico y su accionar de tipo prístino, para lo cual recurrió a la figura del bricolaje como lógica de una racionalidad práctica de composición. Podríamos considerar todas las actividades de autoconstrucción como de este tipo, pero, de hecho, como lo plantea Jacques Derrida (2005: 179-180) en su crítica al respecto, ciertamente, no es muy factible aislar esta modalidad antropológica de la otra opuesta y complementaria, según el planteo de base, caracterizada por el conocimiento científico-tecnológico de las sociedades occidentales. Como él expresa, el artesano del bricolaje y el ingeniero (la figura correspondiente al segundo tipo de saber y sus prácticas asociadas) conviven y se mezclan. Más bien podríamos verlo como dos tendencias presentes, dos vertientes que se combinan de formas diferenciadas según las circunstancias, modos y estilos de lo que se trate específicamente, junto con una multiplicidad mayor y abierta de posibilidades.

Como veremos más en detalle en el siguiente capítulo, el hecho de que muchos de los habitantes de los territorios donde actúa el Plan Juntos y otros similares se dediquen a los oficios de la construcción, justamente, es un dato para nada menor. Obreros especializados y otros jóvenes recién comenzando a capacitarse poseen diferentes tipos y niveles de conocimientos y habilidades en lo relativo a las artes y oficios de la construcción, algunos más ligados al conocimiento científico-tecnológico, otros menos.

Pero es allí, en los encuentros/desencuentros conflictivos entre las principales entidades de nuestros entornos construidos (paredes, techos, pisos, aberturas, etcétera), donde se encuentran las principales claves para comprender estas cuestiones, pues es, en general, para

la propia actividad constructiva, donde las mayores dificultades son, a su vez, más visibles. Tal como lo propone Lévi-Strauss (1970) para el caso de «la ciencia de lo concreto», como él llama este pensamiento mítico, de lo cercano, perceptible y sensible, no es que no exista un orden o, en sus términos, una «estructura». Lo que ocurre es que está compuesta con materiales preexistentes, reciclados, o si no lo son, por tratarse, por ejemplo, de bloques nuevos, la forma de trabajarlos responde a la misma lógica de composición, para la cual, dentro de dichos límites, el azar y la contingencia reinan en gran medida; una necesidad liberada de la planificación y el diseño *a priori* en pos de una entrega al acontecimiento, pero dentro de estrechos márgenes de juego.

Entre las uniones no bien resueltas de techos y paredes, entre los bloques de concreto y las chapas de metal, se filtra el agua y se fuga el calor, entre otras cosas. En algunos casos, pueden observarse claramente las capas o estratos en lo que es una arqueología del presente arquitectónico, una topología de la materia-forma energética y sus afectos (Simondon en Deleuze y Guattari, 1997a: 409-410; Ingold, 2013), junto con los salpicones grises sobre las paredes de otros tonos más claros y demás huellas de estas prácticas constructivas. Las chapas metálicas se complementan con centenares de pedazos de piedras de escombros de otras antiguas construcciones, dentro de la misma lógica del bricolaje. Su función es intentar fijar las primeras, para que no salgan, literalmente, volando con los fuertes vientos presentes en la región. Las aberturas vienen a constituir el segundo tipo de elementos críticos. Puertas que no cierran del todo, otras que se bloquean y cierran como parte de muros, ventanas que se abren como agujeros indefinidos en una pared, otras que son clausuradas con bloques u otros materiales, o puertas a medio cerrar y convertidas en ventanas son, por demás, problemáticas, sumadas, nuevamente, a la situación más delicada presente en los bordes de todo ello, en el encuentro/desencuentro entre superficies heterogéneas de materiales diversos.





Las cosas, en su calidad de objetos, por momentos, mercancías, por otros, no (aunque sea principalmente o tan solo en forma potencial), con sus auras de fetiches, las huellas de sus usos, hacen que la diferencia con la llamada ciudad consolidada sea muy patente. Una mediación en y de la vida cotidiana, que pone en jaque cualquier esencialización en torno a nociones comunes como las de lo público y lo privado, como veremos más adelante, a propósito de una manera diferente de generar el ambiente en este tipo de habitares, se expresa con y en estas entidades, para nada neutras, que varían en decenas de tipos diferentes, disposiciones y usos, desperdigándose en varias direcciones a partir de un foco, ramificándose o configurando ciertas concentraciones relativas, incluso, solapándose hasta quedar cubiertas por tiempos considerables. Desde balones de fútbol y juguetes infantiles de la gran cantidad de niños que residen en el lugar hasta ropa lavada y colgada secándose al sol, pasando por carretillas y carros empleados para la recolección de residuos sólidos y orgánicos por la ciudad, sillas de plástico, metal o madera, bancos provisorios contruidos sobre bloques y pedazos de escombros, materiales de construcción utilizados a medias, a ser utilizados aún, reutilizados o en proceso de serlo, y en estados de materia muy difíciles de discernir, sean tubos de plástico para la sanitaria, chapas nuevas o viejas y cosas extremadamente complejas de identificar, como pedazos de conos naranjas usados en las calles para bloquear el tránsito ante una obra de reparación, «y... y... y...», al decir rizomático (Deleuze y Guattari, 1997a: 29).

Los desplazamientos de los habitantes y visitantes —casi exclusivamente técnicos del Plan Juntos y de otras instituciones vinculadas a políticas públicas, entre los que me incluyo como etnógrafo— en este tipo de espacialidad lineal es otra de las cuestiones a tener en cuenta. No parece haber muchas posibilidades de trasladarse por detrás, es decir, contra la cañada y los bañados del arroyo Pantanoso a pocos metros de distancia. Al ir hacia allí y conocer algunas de las viviendas y a sus habitantes, como veremos, pudimos acceder a estos espacios considerablemente más íntimos y donde el carácter laberíntico de los asentamientos en general también está aquí presente (Álvarez Pedrosian, 2013a: 99-107), a pesar de estas condiciones morfológicas tan estrictas que parecen no dejar lugar para ello. Gracias al caso particular de Natalia y su familia, quienes tienen ubicado su precario rancho justo a la altura donde termina de morir la continuación de la calle Heredia que sirve de conexión de La Cachimba con el resto de la ciudad, se pudo conocer en detalle esta trastienda que constituye lo más vedado de un territorio ya de por sí de muy difícil acceso. Desde el frente, parece que no es posible la existencia de diferentes filas de viviendas en tan poco espacio, y las fotografías satelitales tampoco permiten extraer indicios al respecto, pero no es así. Entre su casa y el curso de agua, hay una suerte de cerco, hecho nuevamente con chapas y pedazos de escombros. A partir de este, se ingresa en otro lugar, espacio abierto y poco manipulado, y a otra vivienda: «eso de ahí ya es del vecino», manifestó.

De todas maneras, no se puede transitar y estar casi más que por la senda de continuación de la calle hacia el frente. Allí se observan diversas aglomeraciones, pequeños grupos de vecinos que se arman y desarman, por ejemplo, frente al portal de alguna de las viviendas. El entorno principal para ello es el que se encuentra en la intersección de las dos sendas de continuación de las calles del damero de La Teja, las cuales se proyectan, desde allí, en una suerte de esquina, donde, además, se halla el pequeño muro con la pintada que



oficia de cartel que comunica la presencia del Plan Juntos en el sitio. Pequeños grupos de jóvenes con motocicletas se reúnen allí, disfrutando de una visibilidad excepcional hacia las cuatro direcciones. Hemos podido conocer algunos de sus miembros y entrevistarlos junto con sus madres y otros habitantes de su misma generación, quienes integran este tipo de configuración gregaria característica de los espacios urbanos y analizada desde los albores de la etnografía moderna (White, 2005; Marcial, 1996). Como hemos planteado en otra oportunidad, el uso de las motocicletas ya es consustancial con esta modalidad o agenciamiento propio de las periferias contemporáneas, por lo menos, en el caso de Montevideo y su disgregación territorial (Álvarez Pedrosian, 2013a).

La gran mayoría de los habitantes observados y contactados a lo largo de las jornadas de campo fueron jóvenes y adolescentes, y como también lo relataba el educador popular que oficia de técnico del plan en el lugar, tanto en ellos como en los adultos, hay un número significativamente mayor de varones que en otros contextos similares. Esto despertó la necesidad de idear algún tipo de solución habitacional alternativa frente a las formas tradicionales, las cuales se encuentran asociadas a grupos familiares encabezados por mujeres solas o acompañadas aleatoriamente. De cualquier forma, ese sigue siendo el perfil por excelencia de los habitantes, como en Amanecer, al otro lado del arroyo Pantanoso, y, según las autoridades del plan, en la totalidad de las intervenciones.

Sobre diario de campo

18 de setiembre de 2013

Ya concientizado del hecho de tener que enfrentarme a las posibles jaurías de perros, y con esperanzas de avanzar en la investigación después de la última conversación telefónica con el educador popular del plan en el lugar, bajé desde la plaza Lafone una vez más y me encaminé por la calle Heredia hacia el arroyo. Después de los tres o cuatro días seguidos de lluvia y viento del temporal de cambio de estación, el sol de la tarde se mostraba radiante. El aire se iba secando, podía percibirse la bajada de la humedad ambiente, a la vez que los rayos de sol violentaban los ojos, al no contar con árboles importantes que protejan al transeúnte, lo que me obligó a usar una de las manos como visera. Casi no había perros en el paisaje de la tarde y vecinos tampoco, aunque los pequeños comercios barriales estaban funcionando. El club Vencedor tenía a algunos jóvenes en sus alrededores, y yo no era el único en hacer el camino en la misma dirección o a la inversa.

Quizás por tratarse de la mitad de una tarde casi primaveral, después de un temporal, me percaté de las carencias en el equipamiento urbano, como decía, al sentir la necesidad de contar con la sombra de algunos elementos verdes inexistentes. Esto, por supuesto, se hizo insoportable una vez llegado al ingreso de La Cachimba. Como era de esperarse, luego de días de lluvia ininterrumpida, una vez entrado en la continuación de la calle Gregorio Camino, grandes charcos de agua estancada hacían muy difícil seguir el camino, además del barro y la remoción de basura. Arriba y abajo, sol y agua de forma excesiva y en un contraste agresivo, lo que reflexivamente me evidenciaba la razón de ser del equipamiento urbano, así como me hacía pensar sobre la propia noción de intemperie.

Cuando llegué al cruce principal de las continuaciones de las calles Heredia y Gregorio Camino, me encontré con un par de vecinos adultos sentados, sin duda, gozando de una muy buena vista de todo lo que se mueve hacia dentro y fuera. Nos saludamos, di la vuelta y entré por el sendero principal. Entonces, me topé con dos cachorros de perro tranquilos, un par de niños jugando a hacer saltar las piedras en un gran charco que ocupaba casi la totalidad del camino, mucho barro y bolsas de basura más expresivas que la vez pasada, quizás, por el brillo generado por el agua secándose sobre el plástico, la remoción de la tierra y otros elementos igual de mojados. Pasé por al lado de los niños y seguí hacia el salón comunal, sede del plan. En eso, vi a un par de vecinos sentados en una suerte de frente de una casa. Enseguida, uno de ellos me saludó levantando el vaso con algo transparente en su interior: «¡eh, la gente estudiante!, pasá para el fondo que allá hay gente»; «hola, gracias», les contesté con una sonrisa... Quedé pensando quiénes serían. Lo claro es que ya era reconocido en el lugar, asociado a la educación, ubicado, más o menos, en algún rol y posición social.

Después de unas horas de intensa conversación y mateada con vecinos del plan en el salón comunal, me dirigí, junto con el educador popular, a acompañarlos a las clases de apoyo educativo para la culminación de los estudios escolares que estaban tomando como parte de las actividades socioeducativas enmarcadas en el proceso de intervención. Salimos rumbo al pequeño comité de base del MLN-Tupamaros, ubicado unos metros hacia arriba en dirección a la plaza Lafone, muy próximo al club barrial Vencedor. Como desfilando lentamente, unos jóvenes se retiraban con una carretilla que habían pedido prestada para trasladar unos electrodomésticos que habían conseguido, mientras nosotros nos encontrábamos con otros vecinos.

En aquella vivienda donde me habían saludado al llegar en esa jornada, el efecto de la bebida alcohólica ya era ostensible después del tiempo transcurrido, por risas a viva voz y ademanes. Nos saludaron. A quien se había dirigido hacia mí en particular no le salían ni las palabras, aunque algo relativo a la llegada de la compañía estatal de electricidad intentó decir. Uno de los integrantes de nuestro grupo, de los más involucrados en las distintas actividades del plan en el lugar,





bromeó en voz baja con nosotros: «si ves a la UTE venir, pagá», dijo, y todos sonreímos. Sin dudas, esto tiene que ver con la actitud, la movilización general provocada por el plan, una nueva disposición y forma de habitar por la que algunos vecinos se plantean seriamente la posibilidad de pagar impuestos, servicios de energía y agua como en la ciudad consolidada, y van exigiendo, a su manera, que los demás se plieguen al proceso, hasta entonces impensable para ellos también.

Dimos la vuelta y salimos de La Cachimba. Al pasar por la continuación de la calle Heredia, le pregunté al educador popular sobre aquel vecino que se proclamaba dueño de tanto terreno en la macromanzana indefinida que media entre esta y el damero de La Teja. Se trataba de aquellos «galpones» (varios ranchos de hojalata contiguos), como me dijeron, sobre ese lado del pasaje de entrada y salida del lugar. La mafia de la basura, que ya lo había amenazado, posee una gran presencia. Justamente, enfrente, se estaba dando todo lo contrario, y el contraste era, por demás, significativo, pues un grupo de familias emparentadas estaban construyendo en el marco de las intervenciones del plan; es donde se comenzó en este sitio. Es indudable que este vecino, que se resistió a participar en el plan, dejando esos terrenos a disposición de las obras, se verá, literalmente, rodeado o, a lo sumo, acorralado desde la mitad de su perímetro, cada vez más presionado por los grandes cambios que se avecinan.

Ya en donde comienza la calle Heredia, parados en diagonal a la cachimba propiamente dicha, me sentí observado por los habitantes que entraban y salían desde todas direcciones: desde las viviendas del pequeño complejo familiar y, principalmente, desde el monumento a la cachimba, la continuación de la calle y los pasajes que se abren desde allí al interior de la macromanzana indefinida. También había carros tirados por caballos y muchos perros, como siempre. Seguimos subiendo hasta llegar a la puerta del comité político. Este es un pequeño volumen pintado de rojo, con un cartel con la clásica estrella tupamara y el nombre. Ya se encontraban algunos vecinos sentados en la acera a la espera de que se abriera, con los que nos saludamos con entusiasmo. La maestra, que honorariamente apoyaba el proceso, también nos saludó. Estando afuera, ella le comentó a uno de los hombres algo así como: «¿qué querés aprender a escribir hoy?, ¿el nombre de tu hijo?», lo que me pareció conmovedor. El local es pequeño, con ventanas hacia el otro lado, un amplio ambiente con algunas bibliotecas sobre las paredes, algunos roperos, estantes, un pequeño baño y no mucho más. Sobre un ángulo, alrededor de una pequeña mesa, se dispusieron la maestra y los estudiantes: la primera, del lado contra la pared, y el resto, frente a ella y sobre la cara interior. «Bueno, los dejo con la maestra», dijo el educador popular; saludamos y nos retiramos con gestos de respeto y cuidado por el momento de aprendizaje allí instaurado.

Manos a la obra¹⁵

Experiencias nuevas entre vínculos cercanos

Las investigaciones antropológicas en términos de vida cotidiana y el estudio de la vivienda en diferentes culturas y de las morfologías de las ciudades se reencuentran con los análisis del parentesco. Ciertamente, desde el punto de vista de la economía política, la cuestión de la existencia de un modo de producción familiar tuvo un gran desarrollo y abonó las investigaciones relativas al estudio del entorno o medioambiente y las sociedades, en un camino que fue enfatizando, cada vez más, el diálogo, las relaciones por demás complejas y heterogéneas, no lineales ni unidimensionales, entre la sociedad y la naturaleza (Descola y Pálsson, 2001). Como hemos visto en el capítulo anterior, las diversas perspectivas que se focalizan en estudiar estos fenómenos desde el habitar comparten esta inquietud (Ingold, 2000).

Resulta por demás significativo que el Plan Juntos tenga como población objetivo más característica a familias monoparentales de mujeres y sus hijos. Esto se da, además, en redes de parentesco muy diversas y variables en su intensidad, en las que hay hijos de diferentes alianzas y en las que esos varones involucrados pueden estar más o menos cerca o haber desaparecido. Lo cierto es que, especialmente en el caso de La Cachimba, las redes de parentesco son muy amplias y atraviesan a una gran parte de los residentes. Al mismo tiempo, la llamada familia nuclear es, efectivamente, la unidad de expresión y autogestión de los vínculos sociales en este tipo de experiencias. Incluso frente a los casos de desmembramiento, alejamiento y enfrentamiento, es una dimensión estructurante de la realidad omnipresente y muy poderosa en sus efectos. Y es así también que el plan trabaja, por lo general, para familias, o sea, partiendo de la premisa de su existencia. Lo familiar como vínculo afectivo primario es fomentado como solidaridad entre familias, fundamentalmente en el caso de aquellos mínimos núcleos que, además, no tienen mano de obra para aportar sus horas en la obra general, por lo que, para ello, se cuenta con el trabajo de brigadas solidarias que construyen la vivienda. Esta cuestión también obliga, de alguna forma, a definir fronteras, a graduar la intensidad de ciertos vínculos, a sopesar historias, memorias, afectos y sentimientos, que dan lugar a determinar cuál es la familia que en concreto será la que resida en tal o cual vivienda que está planteada dentro del plan en una de sus intervenciones territoriales específicamente. Y, por esto mismo, las soluciones diferentes son escasas, arriesgadas e innovadoras, como se planteó en cierto momento para el caso de La Cachimba, al considerar la posibilidad de crear viviendas de un solo ambiente para varones solos. En muchos casos, estos pueden llegar a estar relacionados con algunas mujeres por alianzas anteriores, madres de alguno de sus hijos. Actualmente, pueden ser recíprocamente seres muy cercanos el uno y el otro, lo que permite y es fruto de la presencia no agresiva para ninguna de las partes, según distancias favorables para un vínculo de este tipo, en una suerte de red suprafamiliar a partir de diferentes momentos de conformación de hogares.

15 Una primera versión reducida y de algunas secciones de este capítulo fue presentada en el simposio «Etnografía de la materialidad y las prácticas sociales: hallazgos, desafíos y perspectivas desde contextos latinoamericanos», dentro de la XI Reunión de Antropología del Mercosur (RAM), en Montevideo, del 30 de noviembre al 4 de diciembre de 2015.

Aunque quizás la presencia de varias exparejas puede dar como resultado un escenario peligroso, esto no ha sido una cuestión emergente en nuestro trabajo de campo. No conocimos desbordes de violencia en dichos contextos. Tan solo cabe señalar uno muy próximo, pero por fuera de la intervención del plan. Nos enteramos, a través de los relatos de algunos habitantes que fueron testigos, de un suceso de sangre provocado por el hombre mayor de su grupo sobre sí mismo y ante los ojos de todos los presentes, según nos lo narraron, a causa de la definida como vergüenza moral generada por la conducta de una de las jóvenes de su hogar. También es cierto que, en estas mismas configuraciones, las mujeres se ven expuestas a una circunstancia de gran vulnerabilidad, por ejemplo, al estar solas y con grupos de niños bajo su responsabilidad y en situación de precariedad existencial. Quizás se deba a las acciones del Plan Juntos y a las que llevamos a cabo esta investigación, pero el hecho es que no nos encontramos con ningún indicio de maltratos, más bien todo lo contrario.

Cuánto y cómo pesan estas relaciones de parentesco más o menos permanentes es un tema por demás importante. En algunos casos, se trata de verdaderas familias ampliadas (a medio camino entre las nucleares y las extensas), en las que, a su vez, podemos encontrarnos con varias generaciones ligadas por fuertes personalidades femeninas que ofician de columna vertebral. En otras situaciones, nos encontramos con madres junto con sus hijos menores y nada más. Como señala Marina Pintos (2008) en el marco de una investigación centrada en la articulación entre la familia, los vínculos intergeneracionales y la autoconstrucción de vivienda urbana informal en predios compartidos en otras zonas de Montevideo, son varios los factores que antropológica y sociológicamente han definido los estudios centrados en las familias en relación con la vivienda y el territorio: los que podríamos llamar relaciones de fuerza de una micropolítica particular que se asocia a los flujos de capital y las cuestiones que pueden conseguirse con ello (quiénes aportan o producen en el diagrama más clásico del modo de producción doméstico), a las formas de la propiedad y a la composición interna de los hogares (en este caso, entendidos como las unidades mínimas de convivencia básica, desde la alimentación y el sustento).

Como hemos planteado, los propios esquemas de familias, como los denominados nuclear y extenso, son puestos en duda por la investigación antropológica, ante la evidencia de una multiplicidad de formaciones antes, durante y después de que ambos modelos, histórica y geográficamente ubicables, tuvieran existencia. Nos encontramos con grupos domésticos que no necesariamente se corresponden con la coresidencia (Netting, Wilk y Arnould, 1984: xxvi-xxviii), así como hay lo que llamaremos *grupo o red doméstica cotidiana*, que puede estar conformada por relaciones de parentesco de variados niveles, amistades, vecinazgo y todo un abanico de formas de intercambio y reciprocidad en las que las relaciones sociales y económicas combinan parentesco, trabajo y otras esferas. Manifiestan una identidad intersubjetiva entre sus miembros y los otros que los reconocen con relación a ello a partir de la coresidencia, lo que puede darse en diferentes momentos y períodos, más o menos regulares. Más que en la homogeneidad de rasgos, debemos buscar la identidad de estos grupos o redes en «series de acciones» y «campos de actividades» específicos (Mayer, 1987: 128-133). Una «ilusión» impregna al pequeño colectivo (Bourdieu en Pintos, 2008: 77), en definitiva, una red de flujos afectivos y de simpatía que por su intensidad e insistencia ritual cobra existencia (Malinowski en Pintos, 2008: 77). Pero una cosa es ciertamente contundente por su regularidad: algún vínculo de maternidad siempre está presente en

nuestros casos, además de la diferencia generacional que esto implica en tanto que consanguinidad. Todo ello nos da una figura característica de esta red: mujeres madres de una serie de niños y adolescentes, algunos de diferentes relaciones de alianza, que, a su vez, pueden estar con su propia pareja y algún pequeño hijo conviviendo, y la presencia de una posible tercera generación de mujeres. Cuando los recursos y medios lo permiten, pueden aparecer nuevas viviendas en un mismo predio o, a lo sumo, la ampliación de una a través de nuevos ambientes adosados a las construcciones existentes. Por supuesto, hay otros casos diversos, e intentaremos dar cuenta de esa riqueza.

Como también veremos más adelante en torno a las configuraciones de los diferentes tipos de espacios públicos y universos de intimidad, podemos ampliar la noción de «hogar» sin dejar de encontrar en el «fogón» un elemento central, en el que la sobrevivencia no solo conlleva producir o consumir conjuntamente lo necesario para existir (Segalen, 1996: 39), sino hacerlo, a lo sumo, buscando la paz, según Heidegger (1994: 130), en relación con lo que marca el sentido del «cuidado», del «proteger». Ello implica tanto sostener lo que existe como generar lo que aún no está, con atención y dedicación. No se trata de un entorno aislado y controlado de todo exterior, sino más bien es la consistencia de un ambiente que es atravesado por los flujos que lo conectan a otros: estancia y pasaje al mismo tiempo, en el que es valorado y donde florece y se cultiva la vida. Desde la geografía de estas últimas décadas, Yi-Fu Tuan (2007) (Adams, Hoelscher y Till, 2001) se esforzó por poner estas consideraciones de procedencia fenomenológica en juego, y llamó «topofilia» y «toponegligencia» las dos actitudes y disposiciones con respecto al espacio de un lugar. Esto es planteado en los términos de «los vínculos afectivos del ser humano con el entorno material[, los cuales] difieren mucho en intensidad, sutileza y modo de expresión» (Tuan, 2007: 130), o sea, comunicación.

Todo ello se puede observar con bastante elocuencia cuando de construir se trata, es decir, en las actividades principales del plan, y, por supuesto, esto se irá cocinando en los años venideros de una convivencia por ser creada en la gran mayoría de los casos. Como refugiados económicos, muchos de los habitantes de las intervenciones del plan han sido desplazados de otros sitios de residencia, a veces de fuera de los territorios y hasta de las zonas intermedias de procedencia, lo que también incluye situaciones de quienes se encuentran en un nomadismo alto y momentáneamente llegan desde el otro extremo de la ciudad y del departamento. Allí es donde tenemos que buscar en nuestra investigación, por estar centrada en las mediaciones que operan en el diseño y construcción de nuevos habitares a partir de una transformación del entorno, como en este caso. Los diferentes grupos de trabajo que se van organizando según los horarios y tiempos de cada participante en coordinación con el colectivo de técnicos y demás vecinos se conforman en relación con los lazos de parentesco, con los vínculos familiares, quizás no de forma tan explícita, sino más objetivante o estructural: la decantación de estos grupos tiene mucho de reunión familiar ampliada a vecinos cercanos y alguno no tanto. La confianza, sin dudas, es el elemento central, pero también los horarios combinados, el flujo de información y comunicación entre los habitantes, lo dado en el sentido de lo preexistente a la implementación del plan.

Desde un punto de vista más profundo, en lo referente al constructivismo de una dimensión ontológica de generación de formas humanas de existencia, la cuestión es fundamental: el habitar, como habría planteado Heidegger tempranamente al espacializar la existencia (en Sloterdijk, 2011), es propenso a la «cercanía». Es así que habitar, en este

sentido, es «hacer familiar» lo que comparte y constituye nuestra existencia. En diferentes configuraciones culturales, sociales y políticas, la construcción y habitabilidad de las viviendas responde, de diferentes maneras, a esta tendencia de producción de lo real, en la cual el proceso de construcción, diseño, ocupación, tenencia y tomas de decisiones sobre los posibles destinos de las viviendas en cuanto objetos, bienes, mercancías, es más cercano o más distante (Pezeu-Massabuau, 1988: 19-27).

Es evidente que las sociedades modernas capitalistas se han caracterizado por la producción en masa de viviendas, a partir de la especialización de profesiones y de todo un sistema de responsables en tal actividad, en diferentes esferas que operan de ciertas formas según destinatarios, a partir de lógicas, incluso, discontinuas (la inclusión por exclusión). Por esto mismo, intervenciones como las promovidas por el Plan Juntos se inscriben en un tipo mayor que se ha ido instituyendo, a partir de experiencias en contextos mundiales muy variados, como forma alternativa o subalterna desde el punto de vista político, relativa a las leyes del mercado. El ejercicio proyectual y, en algunos casos, puesta en marcha de obras concretas, desde la concepción de las llamadas «vivienda de interés social» y «vivienda popular», se ha ido encaminando fuertemente hacia la incorporación de metodologías cada vez más participativas en diferentes contextos locales y regionales, para hacer viable el proceso en su integralidad (Birch, 2005; Pelli, 2007). Se busca generar esto comenzando con la apropiación de parte de los habitantes a través del diseño y la construcción y no solamente en ciertos momentos de la gestión más genérica, algo, incluso, contraproducente. Para nuestra investigación, las importantes tradiciones del movimiento cooperativo de viviendas uruguayo y del *regime de mutirão com autogestão*¹⁶ paulistano en Brasil fueron los referentes básicos en lo relativo al trabajo desde una práctica arquitectónica comprometida con las dimensiones política y subjetivante de la producción de espacio (Nahoum, 1999; Arantes, 2002; Amore de Carvalho, 2004). Estas consideraciones deben articularse con las derivadas de teorías como la del actor-red (Latour y Yaneva, 2008), pues las tomas de partido y las controversias son las que van configurando la materia y haciéndola habitable.¹⁷

Lo que aquí denominamos *red o grupo doméstico cotidiano*, considerando las relaciones entre familias, hogares, residentes, integrantes de una unidad de producción o consumo, conforman, efectivamente, un tipo de tejido societario como el expresado más arriba, caracterizado por la fuerza, tanto de dentro como de fuera, en pos de ganar en consistencia, por mantenerse en su forma estable y encaminarse en el proceso de transformación del hábitat, nunca exento de controversias. En nuestra investigación, nos interesa aproximarnos, aunque sea, a esta transversalidad de componentes que lo definen en tanto «atmósfera» (Ingold, 2010: 247), síntesis parciales que se

16 En este caso puede traducirse como «sistema de trabajo colectivo y solidario autogestionado».

17 «Controversy displays the design and the social in a very dynamic way; design precedents and communities, political protests and design concern. The actors never appear alone but in a network. The social and the cultural are to be found as architectural practice unfold, as design happens; they are not *outside*, far away or *beyond* architectural objects and processes. Following the controversy as it unfolds allows the unraveling of the normally hidden social and political dimensions of architecture» (Yaneva, 2012: 60).

«La controversia exhibe el diseño y lo social de una manera muy dinámica; precedentes del diseño y comunidades, protestas políticas y preocupaciones de diseño. Los actores nunca aparecen solos sino en una red. Lo social y lo cultural se encuentran en el despliegue de la práctica arquitectónica, como los sucesos del diseño; no están fuera, lejos o más allá de objetos y procesos arquitectónicos. Seguir la controversia a medida que se desarrolla permite desentrañar las dimensiones sociales y políticas normalmente ocultas de la arquitectura» (traducción del autor).

generan en plena dinámica, en la que se producen subjetividades; transversalidad de mediaciones comunicacionales de diferentes expresiones y contenidos, en la que la arquitectónica —en tanto materialidad construida— es la principal o más aglutinante entre las demás. No se trata de conjuntos homogéneos de individuos en un entorno fijo, sino de redes de flujos que aparecen como bases para el trabajo del plan, retazos de tramas vinculares fundamentales a los que apelar, y que, al mismo tiempo, son generadas con sus prácticas, consolidando las ya existentes, así como disponiendo de otras nuevas signadas por la experiencia de transformación más amplia.



Un primer caso en particular nos permite profundizar en una serie de cuestiones al respecto, a partir de una caracterización de los fenómenos abordados. En una microzona fronteriza, en diagonal al viejo aljibe histórico, que, como hemos visto, da nombre a La Cachimba del Piojo, y de espaldas, de hecho, a La Cachimba actual, donde se concentra la principal intervención del plan, existe un grupo familiar de dos núcleos para los que se lleva a cabo una alternativa particular, lo que en la propia jerga se denomina una «solución específica».

Sobre diario de campo

18 de setiembre de 2013

Luego de estar reunidos en el espacio comunal y de recorrer la zona, el educador popular me invitó a conocer a unas vecinas que estaban en pleno proceso constructivo. Habíamos visto desde la calle las obras, un conjunto de pequeñas estructuras en un predio, con ámbitos a medio construir, otros a medio derrumbar... De pronto, en medio del intenso flujo de nuestros diálogos, andando por el lugar, me di cuenta de que ya estaba dentro de un espacio doméstico familiar.

Las cuestiones relativas a cómo plantearse las fronteras entre lo público y lo íntimo se perciben con fuerza: nos encontramos en un espacio al aire libre repleto de maquinaria, materiales de construcción, obras en marcha (una losa de hormigón y unas columnas en pie de lo que sería una nueva vivienda, otra antigua solo con los cimientos y los muros, sin techos, otras construcciones precarias, una cabaña elemental de las levantadas por la organización Techo...).

Inmediatamente, se asomó una joven y nos presentamos; tuvimos toda libertad de estar ahí y circular sin problemas. La misma sensación de integración nos la brindó un joven que resultó ser un obrero del voluntariado del sindicato de la construcción, quien parecía tener una fuerte presencia en esta obra particularmente. Así, nos saludamos con alegría con ambos.

Antes de ingresar a la vivienda, me percaté de una fuerte carga afectiva en el entorno, como irradiando desde los objetos y sus disposiciones (Navaro-Yashin, 2012) en diferentes fases de procesos de transformación de la materia. Inmerso en ello, me pareció un buen momento para tomar fotografías, así que le consulté al educador popular sobre la posibilidad de hacerlo. A continuación, produje una secuencia de imágenes en relación

con los objetos y la materia en diferentes fases de metamorfosis en este microuniverso, mientras dialogamos sobre todos los aspectos relativos a la situación.

Entre los montículos de arena, los conjuntos apilados de bloques, las vallas de metal, las mezcladoras de hormigón, dos obreros solidarios dedicados a pleno en sus respectivas tareas, la felicidad de la joven de casa y el entusiasmo del educador popular del plan, el contraste con lo que sucede a primera vista en algunos de los lotes cercanos es muy tangible, particularmente ante la presencia de la basura en torno a las actividades en unos pequeños galpones y otras estructuras de acopio para su comercialización, y, más en extenso, con el suelo salpicado de bolsas plásticas de la actual Cachimba, a pocos metros del lugar.

Se trata de un grupo o red doméstica cotidiana que habita en un mismo lote. Está conformado por dos hogares, uno de una pareja de ancianos residentes allí hace muchos años y otro de una hermana del anciano, quien vive junto a sus dos hijas y el hijo pequeño de una de ellas, más un adolescente emparentado. La pareja de ancianos no estaba presente, puesto que su vivienda se encontraba, hasta ese entonces, en proceso de mejora, es decir, había sido desmantelada en gran parte y sería reconstruida para asegurar todo lo necesario, mientras que la casa de la hermana del anciano esta siendo erigida entre las construcciones precarias, existencias que dejarían de serlo.

También había sido levantado el nivel del suelo general, para evitar inundaciones del arroyo y sus humedales. Me resultó extraño el paisaje de esta vivienda a medio reconstruir, pues no estamos acostumbrados a este tipo de estado de la materia arquitectónica. Por un lado, la descomposición de paredes, suelo y techos, alterados diferencialmente, y, por otro, la existencia de objetos cotidianos, de usos domésticos de los más variados, portadores de identidad y productores de subjetividad a partir de aficiones, como el escudo de uno de los principales clubes de fútbol y una mesa con un tablero de juego de ajedrez.

No hay mudanza más que temporal. Se trataba de las propias huellas de un pasado que así quedaba tajantemente diferenciado de un presente y futuro. Desde el punto de vista de los afectos asociados al espacio (Navaro-Yashin, 2012), las cosas estaban removidas más que en ruinas, a la espera de sus destinos futuros una vez que se techara y cerrara el perímetro, a medio camino entre un depósito inerte y el dinamismo propio de una reforma.

Pregunté preocupado por Billy, como le llamaban al perro de la familia, al parecer bastante cuidador. Su nombre hacía honor al famoso asaltante del lejano oeste retratado en el cine hollywoodense. Sin dudas, este canino ocupaba un rol fundamental en la vida y el habitar de estos vecinos, ancianos y mujeres con un pequeño niño. Asustado en el momento, luego pude considerar con ello las variadas formas en que los perros se inscriben en La Cachimba, cuestión que, desde la llegada al lugar, se me presentó como de suma importancia.

Ingresamos por fin a la vivienda, tras correr una cortina dispuesta en la abertura principal. Quedé solo con ellas tres y el perro, que me enteraría luego que se encontraba, entonces, entre las piernas de su ama. Estábamos en el interior de una de las cabañas que construye la organización Techo, de tablonés de madera. El



monoambiente se distribuía de la siguiente manera: un conjunto de camas hacia un lado, y el mobiliario del comedor y del estar al centro y del otro lado (con una mesa, sillas y un televisor sobre un travesaño al fondo). Además, se había adosado un baño recientemente, como operación constructiva de mejoras inmediatas en el marco del Plan Juntos.

Marta y sus hijas me recibieron de forma encantadora; difícil no sentirse a gusto con estas mujeres que resultaron tan entrañables por su lucha y alegría. El baño era la gran novedad, a pleno disfrute: había transformado radicalmente el habitar. A los minutos de haberme sentado, salía una de las muchachas de la ducha, secándose el largo pelo mojado, y los aromas de jabones, perfumes y el vapor del agua restante aromatizaron el ambiente. El mate también estaba allí para propiciar los encuentros.



Este caso nos permite poner en consideración una serie de dimensiones y procesos que son transversales a otros, pero siempre teniendo como cuestión principal las formas de habitar a partir de un contexto crítico de precariedad que está siendo transformado y del que se busca salir.

En primer término, hay que considerar las diferentes escalas y sus relaciones dentro de un mismo grupo o red doméstica cotidiana, tal cual lo hemos planteado. En este caso, se trata de dos familias elementales: una de ellas cercana al modelo nuclear —el del matrimonio de ancianos oriundos de allí mismo— y otra caracterizada por un racimo de mujeres adultas, jóvenes y niños. Justamente, estos dos tipos son de los más significativos en las zonas periféricas del Montevideo contemporáneo (Álvarez Pedrosian, 2013a), y más aún en los casos involucrados en el Plan Juntos, en aquellas situaciones de quienes se encuentran experimentando las mayores urgencias o tienen altas probabilidades por su vulnerabilidad.

En segundo término, en otra dimensión o escala, mediana en relación con las esferas arquitectónica y urbanística, conforman un conjunto, algo más que una suma de partes: un entorno. Las sucesivas construcciones en el marco de diferentes experiencias, intervenciones de agentes sociales de diferente clase, dan una forma marcada por yuxtaposiciones, especialmente las más recientes, por el contraste ante décadas de abandono estatal (Wacquant, 2007). Los ambientes se encuentran en procesos de composición diferentes, incluidas las entidades que son parte de uno u otro. A todo ello, hay que sumarle la importante intervención de nuestro plan, que alteró esta composición del hábitat con y desde cambios en el habitar. El caso del nuevo baño, como hemos planteado, es más que significativo, y también lo es, en plena obra, el conjunto de





herramientas de trabajo y materiales de construcción presentes en el predio. Por haber pasado por la experiencia de varios robos, se optó por conformar un sistema de serenos entre los habitantes para estar alertas, además de considerables focos de luz que se mantenían encendidos durante toda la noche. Se trata, por tanto, de un conjunto en el que sus elementos estaban en diversas fases de materialización, lo que brindó la posibilidad de que se dieran diferentes síntesis parciales, según una planificación más o menos compartida por habitantes y profesionales en su consecución (obreros de la construcción, técnicos del plan), pero no teleológicamente clausurada, es decir, cerrada desde antes de irse concretando paso a paso. Nos encontramos, por lo tanto, en una instancia que se sucedía a otra de un proceso, en cuanto cadenas de prácticas de múltiples tipos y agentes (Latour y Yaneva, 2008).

Quizás desde antes, quizás a partir de después, lo cierto es que, para estas habitantes ubicadas a metros en diagonal a la antigua cachimba, el pozo de agua propiamente dicho convertido en monumento histórico nacional, lo que sucede más hacia el arroyo Pantanoso, detrás de los viejos e inmensos basurales, no es muy cercano. A esta tercera dimensión, ya urbana, la fragmentación y repliegue sobre sí de las piezas que componen algunas periferias urbanas contemporáneas como en Montevideo se manifiesta de forma coherente con la dinámica que hemos estudiado en la zona de Casavalle, paradigmática al respecto (Álvarez Pedrosian, 2013a): de forma potencialmente infinitesimal, puesto que se producen microterritorios dentro de otros por oposición y aislamiento. Pero, en este caso, nos encontramos al borde del agua, literalmente, no había más espacio para la expansión, y, por tanto, como sucede con la dinámica general de los asentamientos, el territorio tiende a implosionar. Justamente, la intervención del Plan Juntos surgió para intentar modificar ese destino fatal, pues la implosión viene junto con el hacinamiento (cuando se pasa un umbral de tolerancia o se está, al menos, siempre asediado por la violencia de no tener espacio) (Hall, 1994) y el progresivo aumento del nivel de contaminación (sea por residuos, sea por la flora y fauna que se genera con ellos), fruto, nuevamente, del abandono y del efecto de depósito, puesto que es donde va a parar lo «echado a perder» (Lynch y Southworth, 2005) de muchos otros sitios.

Otras situaciones que pongan en consideración nuevas variables, así como expresen otros estados de los ya planteados, pueden encontrarse ahora dentro del asentamiento La Cachimba, lo que en la actualidad sigue siendo designado con tal nombre. Como hemos visto, la linealidad de las construcciones frente a un inmenso basural hacia un lado y el arroyo de espaldas marcó, sin lugar a dudas, la espacialidad de los habitantes, sus formas de comunicación a través de las mediaciones arquitectónicas y urbanas. Nuestro trabajo de campo se inscribe en los momentos en los que el Plan Juntos inició las obras edilicias allí, casi a punto de terminar de despejar el gran predio donde se comenzaron a construir las nuevas viviendas, el nuevo complejo habitacional y entorno urbano, tal como estaba proyectado por la arquitecta que allí participaba. Como hemos visto, la entonces Cachimba sería derribada, casa por casa, convirtiendo dicho espacio en una senda peatonal que bordeara las aguas del arroyo y sus orillas pantanosas.

El segundo caso que consideraremos en esta oportunidad, también tiene como protagonistas a mujeres fuertes, que ligadas por relaciones de consanguinidad, en varios hogares, conformaban otra familia ampliada, esta vez en el corazón de la entonces Cachimba. La madre de una serie de hijas era una de las principales participantes de las actividades del plan

en la organización vecinal y la promoción de políticas de autonomía en los diversos ámbitos de acción. Una de sus hijas era vecina, en un conjunto de construcciones muy precarias que conformaban sus dos hogares, y uno de ellos tenía instalado un negocio compartido. El resto del asentamiento se expandía hacia ambos lados en forma delgadamente lineal.



Sobre diario de campo

2 de setiembre de 2013

Sin darme cuenta, me encontré ya caminando por unos pasadizos que nunca hubiera creído existentes en La Cachimba de ese entonces. Si bien era un asentamiento y, por tanto, laberíntico por lo general, su morfología pronunciadamente lineal y angosta no parecía dar lugar para esto. Pues no. De todas formas, ni bien nos acercamos a la vivienda de estas vecinas, los pequeños entornos se hacían cada vez más íntimos, lo que me generó preocupación ante posibles excesos de mi parte.

De pronto, en uno de los recodos del pequeño laberinto, nos encontramos con una fachada de puerta y ventana acondicionada como mostrador de un quiosco-almacén, junto a carteles de promoción de las empresas de bebidas, golosinas y otros alimentos. Era allí. Ingresamos por la puerta lateral a la ventana, la cual oficiaba de mostrador. Allí era la casa de María, la madre de un grupo de otras madres, algunas viviendo en el mismo territorio; otras, en otros. En ese momento, se encontraba Natalia, hija suya y vecina inmediata.

Rápidamente, me dieron una cálida bienvenida. Pasamos hacia el fondo de la vivienda, donde tenían dispuesto una suerte de estar, conformado por sofás de largo uso y una mesa baja. El educador popular se excusó de tener que volver a las tareas que lo tenían ocupado y se retiró. Comenzamos una entrevista en profundidad con ambas, instancia que más hacia el final tuvo la participación de otros miembros de la familia, hasta llegar a una situación final con la presencia de casi una decena de estos, entre hijas, yernos y niños pequeños. Allí estábamos, instalados, en mi caso, en uno de estos sofás, uno de cuero y de dos cuerpos, color bordó, desvencijado, con las posaderas abiertas, ante las dos vecinas que arduamente prendieron sendos cigarrillos y se dispusieron a recibir las primeras interrogantes.

La vivienda principal de la familia extensa donde estábamos instalados fue la primera a la que llegaron todos a vivir cuando emigraron a Montevideo desde una localidad del norte del Uruguay, presumiblemente antes de que proliferaran las uniones y nacieran los actuales niños que conocí y otros. Dividida por tabiques de una madera muy delgada, hecha de rectángulos ensamblados y pintados de color celeste, con techos de chapa, la vivienda estaba llena de «agujeros», como dijo María, así como de desprendimientos.



Dicha construcción llegó a albergar, en un momento, a 13 habitantes (de hecho, tan solo un ambiente, el delantero, donde luego se instaló un quiosco-almacén), todos integrantes de la familia definida por ella, su marido, sus hijos y algunos de los integrantes de la nueva generación de familias constituidas a partir de ellos. Un entorno determinado de esta forma particularmente «desterritorializada», o más precisamente, un territorio con este tipo de líneas de fuga (Deleuze y Guattari, 1997a: 317-358), al estilo de la «pared blanca-agujero negro», que es característico de los asentamientos de la periferia urbana de las ciudades del hemisferio sur y de otras más incluidas en las lógicas del capitalismo contemporáneo también. Se trata de una cuestión que atañe al diseño de la existencia de los habitantes, según cierto tipo de materialidades, como lo hemos trabajado en el capítulo precedente a propósito de La Cachimba. Dentro de esta, se hallaba dicha vivienda y otras construcciones precarias que constituían una unidad microterritorial: de parentesco, de economía, de vecinazgo y un largo etcétera.

La fuerza de lo territorial aquí es efectiva, y la comprendemos como exclusión social por segregación residencial (Harvey, 2008; Wacquant, 2007). Todos los demás factores y dimensiones de los procesos de subjetivación presentes en los habitantes son succionados, articulados y potenciados por su condición territorial. Esto se presenta por el propio territorio existente, en tanto trama de intensidades de relaciones de todo tipo y entre entidades de múltiples procedencias (Deleuze y Guattari, 1997a: 317-358; Latour y Yaneva, 2008), condicionado, principalmente, por el mecanismo de exclusión al sistema. En una perversa paradoja, las sociedades capitalistas de las regiones no tradicionalmente centrales en sus etapas previas encuentran, en la ausencia de derechos, en la degradación de la vida y en el abandono social, una forma de inscribir aquellas subjetividades, o sea, de incluir por exclusión (Sawaia, 2009). Como una suerte de colador, sin ser casi atravesado por los flujos, pero fruto de la misma lógica y que comparte esa forma asociada al puro intercambio, es un desprendimiento para habitar las regiones más allá de los límites de lo definido como la norma. Bien sabido es, gracias a los planteos de Foucault en su heterotopología (Foucault, 1999; 2008; Álvarez Pedrosian y Blanco Latierro, 2013), que esos territorios de lo desviado, lo anormal, objetivado como patología desde diferentes saberes, tienen también sus propias lógicas de funcionamiento.

Durante las últimas décadas, se ha hecho cada vez más hincapié en las creaciones emergentes en tales circunstancias como formas de resistencia e, incluso, construcción de contrahegemonías (Das y Pool, 2008), tal como ha avanzado una práctica arquitectónica y urbanística en dicha dirección (Fernández Castro, 2010). Estas síntesis parciales, microterritorios y sus territorialidades asociadas son la consistencia relativa en que se disponen nuestras existencias. En el contexto de esta investigación, esta dinámica adquiere un carácter radical en relación con las condiciones —y, entre ellas, las determinaciones— que imperan. La resultante, en este caso, fue la conformación de un área integrada por varias construcciones techadas, entre las que se generaba una suerte de patio abierto por uno de los lados a la red de pequeños trillos del asentamiento. Las funciones y actividades llevadas a cabo allí eran tanto residenciales como laborales, al contar con un puesto de abastecimiento de productos de uso cotidiano para los habitantes de La Cachimba.

2 de setiembre de 2013

El quiosco-almacén me llamó muchísimo la atención. La microeconomía local posee su complejidad, define «circuitos» en un «pedazo» tan pequeño y según una «trayectoria» fuertemente marcada (Magnani, 2002). No sé si existían otros puestos de venta, y más en particular de productos alimenticios, de limpieza para el hogar, golosinas y cigarrillos. Desde la continuación de la calle al final de la trama urbana no se veía absolutamente nada.

El pequeño negocio se combinaba con el trabajo de limpieza que realizaba María en determinados hogares, como tantas mujeres de estos territorios de la periferia montevideana. Ella parecía ser quien lo llevaba adelante, pues se encontraba en su vivienda y era quien manejaba las cuentas, pero su hija también estaba involucrada en él. Mientras estuvimos de entrevista, llegaron vecinos a comprarle, solos y de a grupos, asomándose por la ventana. Natalia fue a atenderlos para que su madre pudiera hablar con el etnógrafo, todo lo cual fue significativo en relación con nuestra presencia e implicancia en lo que investigamos.

Recuerdo en especial un pedido de jabón en polvo realizado por uno de estos vecinos compradores. Entonces pensé sobre lo difícil que resulta el abastecimiento y la selección de productos para la compra y la venta, en un espacio tan reducido y con tantos clientes potenciales. Volviendo una y otra vez desde la centralidad de la plaza Lafone hacia y desde La Cachimba, no se observaron otros locales similares o de mayor magnitud. La avenida Carlos María Ramírez sí concentra todo tipo de comercios, incluyendo, a esa altura, un supermercado importante. Habría que estudiar los flujos en tal sentido, para comprender cómo se da esta inclusión por exclusión (Sawaia, 2009), estos saltos y discontinuidades entre la ciudad y un pequeño territorio a su margen, conformado, a su vez, por microterritorios.

Otra cuestión por demás interesante para nuestra investigación es el tipo de solución arquitectónica y de diseño vernáculo para tales prácticas. Este ámbito doméstico cotidiano se hallaba a un lado de uno de los quiebres más importantes de senderos dentro del reducido y lineal asentamiento recostado a un lado del arroyo y sus terrenos húmedos. Interesante la diferencia de perspectiva que significa estar dentro y fuera de la vivienda-negocio, teniendo como principal mediación una típica ventana de un tamaño considerable. Por fuera, se veía una fachada con carteles y afiches de productos alimenticios de los que se encuentran en los almacenes barriales en la mayoría de las zonas de la ciudad, que ofrecen helados, bebidas refrescantes y demás. Desde dentro, algunas góndolas con mercadería a los costados de la ventana y lo demás dispuesto para las actividades corrientes del residir.

La construcción original, adquirida con «llave en mano», según expresaron, y la firma de un papel *ad hoc* con un par de testigos, se amplió incorporando dos habitaciones, una hacia uno y otro lado, así como un baño. También se adaptó el frente como cocina y quiosco-almacén como hemos visto, con la puerta principal en medio. El aumento de superficie fue

de casi el doble a lo largo de los últimos siete u ocho años. De todas formas, cuando aparecieron los voluntarios de la organización llamada por entonces Un Techo para mi País (hoy solo Techo), solicitaron ser considerados y se alzaron dos cabañas contiguas, características de este emprendimiento, con compensados de madera, con lo cual se configuró el microterritorio a escala intermedia, antes ya descrito.

Sobre diario de campo

2 de setiembre de 2013

Me intrigaba todo ello, así que, cuando terminamos la entrevista con ambas, le pedí a Natalia si me llevaba con ella a recorrer los demás lugares mencionados y vistos muy rápidamente al llegar. Para entonces, ya habían pasado a vernos dos de sus hermanas, una de ellas presidenta de la Comisión de Vecinos generada en el marco del plan, el marido de una de ellas y dos hermanos menores, junto a cuatro o cinco de los nietos más pequeños de la dueña de casa, quienes se habían despertado de la siesta.

Uno de los hermanos de Natalia e hijo de María residía en el Paso de la Arena, pero pasaba mucho tiempo en La Cachimba junto a la mayoría de su familia de procedencia, participando de actividades ya del colectivo en obra como de las clases de candombe que ofrece la asociación Mundo Afro allí, cuestión muy valorada por todos los presentes.

Salimos, finalmente, con Natalia a conocer las otras construcciones, las dos cabañas de madera compensada levantadas junto con Techo, una de las cuales funcionaba como anexo de la casa principal del conjunto, la de su madre, y otra, como vivienda para ella y su familia nuclear. Primero, nos dirigimos a la que teníamos frente a frente, gracias a lo que generaba esa suerte de patio doméstico abierto y conectado al resto del asentamiento hacia un lado. La cabaña rectangular de madera había sido subdividida en dos, con un tabique también de madera. Natalia corrió una cortina que tamizaba el paso de uno a otro ambiente y nos encontramos con dos de los adolescentes de la familia sentados en una cama, comiendo, desde una olla, lo que habían preparado en la cocina de enfrente mientras habíamos estado dialogando con anterioridad. Decenas de prendas de ropa se disponían en diferentes agrupamientos, y también objetos de variada índole de uso cotidiano.

Después, salimos y tomamos el corredor del asentamiento para girar y ubicarnos en la entrada de su cabaña, colindante con la anterior espalda a espalda. Esta otra construcción, semejante a la anterior, había sido diseñada interiormente de forma totalmente distinta, buscando producir los ambientes característicos de una vivienda familiar en el contexto de los patrones y modelos socialmente sancionados al respecto. Había una suerte de recibidor techado ni bien se ingresaba por la puerta, la cual se encontraba abierta, tamizada también por una cortina. Un perro nos vino a saludar, pero ella lo espantó rápido. De pronto, desde una habitación, salió una pequeña llorisqueando, de unos 2 años de edad: era una de sus hijas. La alzó y seguimos recorriendo el interior de la vivienda.

Dentro de la cabaña original, un primer ambiente oficiaba de estar y comedor, del que se derivaba otro contiguo como cocina, con los implementos para procesar alimentos y hacer fuego. Luego, una habitación que era el dormitorio matrimonial hacia un lado del estar y otro contiguo para los niños, del que había salido medio dormida la pequeña. Recuerdo la presencia de varias pantallas planas y un televisor encendido (que sintonizaba un programa de chismes de la farándula, el mismo que en la casa de su madre). También la ropa en bolsas, dispuesta en estantes abiertos en calidad de roperos. De los tres interiores, este me pareció el más oscuro, y más allá de encontrarnos con las luces apagadas, la cuestión era el mayor aislamiento con el exterior gracias a las subdivisiones en todos esos ambientes y las pocas ventanas en general, todas filtradas por telas.

Finalmente, nos dirigimos desde la continuación de la calle hacia la cañada, como llaman al pequeño curso de agua desprendido a pocos metros del arroyo Pantanoso. Allí nos topamos con una especie de alambrado y tranquera, al estilo rural, pero precarizado. Quise ir hasta el borde del agua, pero me encontré con que, desde allí hacia adelante, había «otra casa», como me informó Natalia, un terreno apropiado por otro grupo de habitantes.

Ya en el cruce principal de acceso y salida del asentamiento, a metros de allí, un grupo de jóvenes montados en sus motocicletas se mantenían atentos a nuestros movimientos. Reconocí a varios de los hijos de otra vecina ya contactada, algunos con quienes también había estado dialogando en otras jornadas de campo. Hablamos con Natalia de lo difícil que es mantener limpios a los niños pequeños en tales circunstancias, pues estábamos rodeados de barro y polvo. Me despedí muy agradecido, el grupo de jóvenes se disolvió y retomé el camino hacia el obrador y sede del plan hacia el fondo, con la intención de reencontrarme y despedirme de los demás.

En tercer y último término, tenemos vínculos de vecinazgo preexistentes en alguno de los territorios de procedencia de pobladores recientes en zonas de intervención del Plan, como en el caso de Amanecer, en Cerro Norte. Se trata de otro momento del proceso de intervención en un mismo sitio. Allí, en un segmento, pudimos encontrar una pequeña concentración que fortalecía, por resignificación, los vínculos previos de sus habitantes, con una cotidianidad diferente a la que tenían anteriormente a desplazarse a vivir allí, principalmente por el hecho de ser parte del desarrollo del Plan Juntos. Constituían una suma de fuerzas considerable al ser de los primeros pobladores llegados en su marco, quienes terminaron siendo denominados localmente «grupo 1». Una historia propia de relacionamiento con el plan en general los distinguía del resto, a veces, con fuertes críticas, pero siempre desde una devoción y entrega a las oportunidades y logros de este. Como hemos visto en el capítulo anterior, se trataba de pobladores procedentes del asentamiento ubicado en las ruinas de la antigua fábrica Colagel, a la orilla del arroyo Pantanoso, que da la bienvenida al Cerro y más allá hacia parajes y pequeñas localidades al oeste y noroeste del departamento de Montevideo.

Aquí la tipología arquitectónica resultante era más que una metáfora de lo que terminó sucediendo subjetivamente: era parte del propio proceso de conformación de sus nuevas identidades, prácticas y sentidos que existencialmente le dan forma a sus vidas. Entre tres viviendas colindantes, de una misma tipología —de la que resaltaba, a primera vista, la característica de contar con dos plantas—, se tejía otra red o grupo, más o menos doméstico, sin dudas, cotidiano. En un extremo, habitaba Analía con su marido y parte de sus hijos y respectivos hijos. En la del medio, una de las hijas de Analía con su familia nuclear, y en el extremo que hacía esquina, se encontraba Miriam con sus dos hijos, todos vecinos en el asentamiento del que fueron desplazados hacia allí. Cuando nos contactamos con Analía, lo primero que hizo fue llevarnos a lo de su amiga.



Sobre diario de campo

23 de marzo de 2013

Se trataba de la vivienda que, junto con la de ella y su hija, conformaba el trío de construcciones en dos niveles que marcaba fuertemente el paisaje, sobre el lado sur del eje central definido por la cañada y los caminos laterales que conforman la avenida. Antes de pasar, me había percatado de la presencia de un joven trabajando en una pequeña máquina mezcladora de hormigón, por detrás de un muro en obra y unas chapas que anticipaban un futuro portón hacia un lado.

La primera desilusión inicial por no haberme encontrado esa mañana con grupos de voluntarios y otros miembros del plan, como era de esperar, quedó a un lado gracias a estos vecinos, uno de ellos, manos a la obra. Marcos se mostró interesado desde un primer momento. Nos presentamos; parecía que nos íbamos a quedar allí fuera de la vivienda, en el patio perimetral delantero que bordeaba la esquina, pero, ni bien hizo el gesto de ir a buscar dentro unas sillas para traerlas, le indicamos con Analía que lo mejor era pasar, a lo que asintió con gusto. Alejando a uno de los perros de la casa, nos dispusimos a sentarnos en torno a la mesa principal, en el área de separación entre la cocina integrada y el estar. Nos pidió disculpas por el «desorden», pues «no esperaba visitas», dijo. Reímos y nos sentamos a tomar mate y conversar.

Hacia la izquierda de la puerta principal, se encontraba esta pequeña cocina-comedor, donde estaba instalada la mesa familiar, tras de la cual se abría un ventanal hacia el fondo. Luego de entrevistarlos a ambos por largo tiempo, Marcos me permitió recorrer la vivienda por dentro. Luego fuimos hacia el exterior y pudimos dialogar más sobre el entorno.

Tanto su familia como la de Analía se consideraban los primeros en habitar por el plan y mantuvieron lo más fielmente posible el proyecto de vivienda que, según ellos, fue el acordado. El contraste con la vida en el asentamiento era por demás significativo. En el paisaje, las tres viviendas conformaban un conjunto de volúmenes semejantes en el que también resaltaba el diseño compartido de las fachadas. Según su narración, tuvieron que luchar por mantenerlo, ya que, a causa de diferencias y controversias con diversas figuras técnicas del plan, se les planteó la necesidad de alterarlo. Se negaron a ello, pues el proyecto era algo muy valorado como comienzo de algo verdaderamente nuevo y mejor de lo que tenían.

Antes de acabar formalmente con la entrevista y de que se retirara Analía, aparecieron la hermana de Marcos con su novio y luego la madre, Miriam. Tuvimos un intenso intercambio con ella y, posteriormente, salimos con su hijo. Se manifestó muy ligada a su vecina, quien le había «enseñado a leer planos», según nos contó, en una situación por demás compleja dada su baja visión, lo que la tuvo participando en las obras de construcción mediante tácticas corporales y sensoriales más en general necesarias para moverse entre andamios y materiales diversos, a veces, sin poder distinguirlos visualmente.

Allí afuera nos encontramos con el muro en construcción. Como pudo apreciarse desde el paisaje exterior y como fue planteado en varias entrevistas con técnicos del plan en el lugar, este y los contiguos de las otras dos viviendas resultaron ser también conflictivos. Según lo argumentaba Marcos, la necesidad de seguridad era apremiante y justificaba erigirlo.

El muro trasero del predio de la vivienda limitaba con vecinos que no estaban inscritos en ningún grupo del plan ni tampoco lo estuvieron en el anterior. Marcos me mostró unas chapas acostadas allí y me contó que se las había prestado a ese vecino, más allá de que eran materiales de obra del plan. Era una «cuestión de vecindad», me dijo. Sin dudas, las relaciones con los otros por fuera de esta unidad tan fuerte

en diferentes dimensiones era de relevancia. Quizás podía ser más sencillo con aquellos que no pertenecían a otros grupos dentro del plan, pobladores llegados en las siguientes oleadas. Retomó su trabajo con la hormigonera, volcando arena, pedregullo y cemento, mientras seguíamos dialogando. La idea era terminar el muro lo antes posible. Sin querer molestar más, al comienzo de la tarde del sábado me retiré, al son de la música tropical que sonaba de fondo, proveniente de alguna de las nuevas viviendas.

Sobre diario de campo

23 de julio de 2013

Luis, el capataz, me volvió a recibir fuera del obrador nuevamente con una sonrisa. Me preguntó si me había dado cuenta de que habían pintado las fachadas de las tres viviendas de la esquina, pertenecientes a las familias de Analía, de su hija y de Miriam. Incluso, había andamios y cuerdas instaladas. Me comentó que habían pensado «entregarlas» el sábado más próximo, pero que no sería posible acabar a tiempo. Estábamos frente a ellas, hacia un lado, y la diferencia era notoria.

Pero ahí ya vivían estos grupos familiares, así que le pregunté qué quería decir *entregar*. Apeló a mi comprensión indicándome que se trataba de alcanzar una cota de

acabado en la materialidad, la considerada por la resultante de fuerzas en juego como la más o menos justa. Las obras de construcción no se terminan nunca, pero existe un nivel a partir del cual puede considerarse acabado cierto trabajo, lo que depende de las subjetividades involucradas en ello, tanto la de los habitantes como la de los diversos técnicos y agentes más en general. Esto coincide, como luego Analía me lo informó, con la firma de un concordato entre ellos y el plan en relación con la propiedad, lo que cerraría una etapa en el camino de adquisición de la casa propia. Ciertamente, cuando las discrepancias por lo que es considerado suficiente difieren notoriamente y no se llega a una mutua asunción de los límites de lo realizable, el conflicto queda abierto.



También se habían realizado algunos trabajos en el espacio urbano, como la instalación de la electricidad gracias a postes de madera suplantados de a poco por otros de hormigón y al cableado, lo que implicaba el pasaje a la legalidad de muchos que se encontraban en situación de «colgados». Lo mismo se iría a hacer con el agua potable. «También tuvimos mucho laburo limpiando todo esto», me dijo refiriéndose a un pequeño brazo de la cañada que se extiende por la manzana norte del territorio en cuestión, donde se acumulaba mucha basura, lo mismo que en el curso de agua principal que había sido canalizado, pues presentaba, por lo general, gran cantidad de bolsas de plástico y otros residuos aprisionados entre los pequeños pilares por debajo de los cruces peatonales.

Como hemos planteado, a partir de diferentes contextos que se traducen en situaciones existenciales heterogéneas en las que los ambientes y las formas de habitar se definen más o menos sin dejar de estar en devenir, podemos pensar en variables y variaciones que nos sirvan para comprender y afrontar las problemáticas allí implicadas: el procesualismo de la obra (comienzos, transcurso, finales); el grado de transformación en el que se encuentran los elementos (de parcial a completa); el sitio en el que se realiza (el mismo en el que se habitaba u otro distinto), y las condiciones psicosociales previas y posteriores de la red de habitantes en cuestión.

En el primer caso seleccionado, nos encontramos con una obra a medio camino, con transformaciones parciales en algunos sectores y completas en otros, en el mismo predio donde se habitaba anteriormente, lo que fortalecía los vínculos existentes. En el segundo, la obra aún no había comenzado por entonces y se residía en el asentamiento que sería derribado una vez que se construyera el nuevo complejo de viviendas a un lado de este, que incluiría sus terrenos como parte del verde proyectado y en donde los vínculos previos se verían modificados por la conformación de otras unidades habitacionales y sus posibles hogares asociados. Y, por último, el tercer caso nos puso ante una realidad en la que, de acuerdo a las viviendas y la unidad creada por tres de ellas, se puede decir, se puede decir que la obra había sido concluida, pero ante las demás viviendas en construcción y ante



un entorno más amplio en gestación estaba en plena marcha. El grado de transformación era completo y la solución había sido también radical por tratarse de un realojo. Y, por último, las redes preexistentes saldrían, quizás, más fortalecidas que antes, al ser antiguos vecinos del asentamiento dejado atrás, pero que se acercaron más al definir una unidad ante el resto, lo que, a su vez, conllevaría cierto aislamiento y repliegue de sí ante los demás vecinos. En los tres casos y en muchos otros que también podríamos considerar, nos encontramos con la existencia de redes o grupos domésticos cotidianos que son sostén para llevar adelante las transformaciones en el hábitat y las formas de habitar. Como planteábamos, era una tendencia que vimos presente en los habitantes como promovida de diferentes formas por el plan. Algunos experimentaron con grandes obras en el mismo sitio donde vivían hasta el momento; otros pasaron a habitar de una manera totalmente nueva en otro, lo que se tradujo en prácticas y materializaciones que apuntaban a aspiraciones y modelos, así como se embarcaron en procesos constructivos y según concreciones diferentes.

Maestros, aprendices y algo más

Sobre diario de campo

16 de octubre de 2013

Llegué nuevamente a La Cachimba. Pasé por el único sendero de entrada y salida, la continuación de la calle Heredia, otra vez entre perros, varios de ellos sarnosos, algún charco de agua estancada y ciertas entidades orgánicas en descomposición. Luego, cuando alcancé el predio que antes había sido un inmenso basural y ahora era la zona de obras, se abrió ante mí la escena: un colectivo claramente distinguible de unos 10 miembros en plenas tareas constructivas, sobre el borde del terraplén más cercano al asentamiento, tras losas de cimentación ya terminadas, estructuras de madera para el relleno y algunos esqueletos de pilares alzados.

Cuando me acerqué, percibí un cambio de escala en esa escena y terminé inmerso en un ambiente muy local e íntimo: la mayoría estaba trabajando en la construcción de una platea de hormigón donde sustentar un par de futuras viviendas, mientras algunas mujeres observaban desde el borde más interior, tomando mate y cuidando niños, entre ellas, varias vecinas ya entrevistadas en instancias de campo anteriores. Saludé uno a uno a quienes fui reconociendo, siempre con la intención de no frenar de ninguna manera lo que estaba allí en marcha: María se encontraba en el equipo de obra, con el mate y la libreta de anotaciones; Natalia, su hija, junto a varios de sus pequeños. Después me acerqué a María, en el límite imaginario del espacio ocupado por el grupo. Me senté entre los escombros con los que se relleno el terreno, por lo que moví algunos para emparejarlos y no pincharme. El sol era abrasador, desde lo alto, sin ninguna sombra.

Desde el comienzo de la jornada, me llamó la atención una de las vecinas, afrodescendiente, que hacía muchas bromas, especialmente a quienes eran pareja en la vida cotidiana y ahora integraban el grupo de trabajo. El humor pasó por jugar al doble sentido, haciendo e insinuando asociaciones entre lo que allí se decía y hacía en la

labor (relativo al cuidado de los materiales, la forma de tratarlos y manipularlos) con temas y aspectos de la sexualidad, los vínculos amorosos y cuestiones de la personalidad de cada cual. «Pincha» a los compañeros, como manifestaron, en especial a Natalia y su pareja, Octavio, quien parecía ocupar un rol de coordinación más que de líder de la «cuadrilla», como se le denomina a los grupos de operarios de la construcción. Risas, bromas, juegos con los bordes del sujeto, los límites entre lo que es colectivo y lo que es más íntimo o reducido a una relación entre dos, a partir de una de las mujeres, las cuales son amplia mayoría.

Todo ello disponía un tipo de agenciamiento particular, como emergente de un acontecimiento novedoso que involucraba a participantes en formas diferentes a las habituales, tanto en modo como en sentido. Camaradería y familiaridad bastante intensa para alguien de fuera, como es mi caso y el de cualquier etnógrafo que no sea, a la vez, habitante del asentamiento. No sabía bien si manifestar a todas luces la gracia provocada por las bromas sobre los presentes o si hacerlo de forma tenue, casi imperceptible, como mi actitud en general. Busqué ganar presencia de a poco, como quien aumenta el volumen en la ejecución de un instrumento musical. No es fácil mantenerse al margen; de hecho, fue imposible.

Esta dialógica singular, con su propio estilo de comunicación operando en las actividades de construcción colectiva (Bajtín, 1982), además del humor cómplice al que hicimos referencia, compone una suerte de tanteo más o menos explícito en torno a las jerarquías, o mejor aún, a las relaciones de fuerza y los roles implícitamente constituidos. Además de Octavio, el otro que comandaba el trabajo grupal era uno de sus cuñados. La misma vecina y algunas otras en diferentes momentos replicaban también con humor a los comentarios punzantes que Octavio realizaba, exigiéndoles más dedicación y concentración en la tarea, volviéndose, a su vez, hacia su pareja. Entre quejas y risas, medio en serio, medio en broma, en un clima generalizado de tolerancia, se mantuvo un ritmo de avance de las obras constructivas considerable, que implicó un importante esfuerzo físico por parte de todos, que, para la gran mayoría, era algo totalmente nuevo.

En un análisis micropolítico del deseo, es decir, de las relaciones de fuerza en un campo de tensiones y pliegues subjetivantes (Guattari y Rolnik, 2006), podemos encontrar en esto una suerte de «dispositivo grupal» (Del Cueto y Fernández, 2000) para llevar a cabo las tareas proyectadas, entre encomendadas y emergidas desde allí. Como es sabido, el uso del humor, y más en concreto del tipo de la complicidad, estimula a que se desdibujen las fronteras y se ponga prioridad en los flujos transversales entre los involucrados.

En primer término, en un plano más amplio o con relación al tipo de «líneas duras o segmentarias» de configuración del dispositivo (Deleuze, 1990), la cuestión de género está puesta en consideración. Como hemos planteado a lo largo de esta investigación, las mujeres madres y jefas de hogar son las figuras más sobresalientes de la población en la que actúa el Plan Juntos. Estereotipos, incluso estigmatizaciones (Goffman, 2006), relativos a la figura de la mujer y las tareas características de los oficios de la construcción requieren ser explicitados y relativizados ante la evidencia de las necesidades y urgencias del habitar.



En segundo término, ya dentro de los rasgos singulares de las redes o grupos domésticos cotidianos, también es necesaria una distensión de los límites entre los que convergen en una misma práctica colectiva, como en este caso, apostando por una experiencia que trascienda la fragmentación y el aislamiento característico de estos universos sociales y otros más en general. Pero esto no se da de cualquier manera: en este caso, el cambio de roles entre quienes son cotidianamente vecinos y ahora integrantes de un mismo grupo de trabajo necesita de mecanismos de acomodo y rediseño de las relaciones. Algo similar a lo que ya Alfred Reginal Radcliffe-Brown (1986) identifica en lo relativo a las relaciones de humor o burla (*joking*) entre figuras parentales en ciertas estructuras sociales. Podemos relacionar estas formas discursivas y sus cargas afectivas a lo que Pierre Clastres (1978) analiza como dinámicas de poder entre lo instituido y lo instituyente: parece que la cuestión principal pasa por el establecimiento y consistencia existencial de las jerarquías, el reparto de las cargas de deberes y responsabilidades, la asignación por otros de tareas y roles y la asunción por parte de uno mismo de todo ello.

Ahora bien, como plantean Ana María del Cueto y Ana María Fernández (2000) desde una inquietud psicosocial, la tarea en sí misma tampoco alcanza para definir un grupo. En nuestro caso, los grupos «operativos», como los llamaría Enrique Pichon-Rivière (1985), se caracterizan por poner de forma explícita en dicho elemento, la tarea, el acento principal. En un plan estatal de autoconstrucción con la población carenciada como este, similar a muchos que se han desarrollado en el contexto de las llamadas políticas en vivienda social, las acciones promovidas constantemente por la organización se dirigen a fomentar este tipo de grupalidades, teniendo las tareas, en tanto finalidades y medios, como las cuestiones más relevantes, la forma de ordenar todo lo demás. Estos eran grupos aleatorios, producidos por las regularidades conjugadas de la vida de cada uno de los vecinos que anotaban el momento en que podían llevar a cabo las horas de trabajo, las cuales eran exigidas por el plan para sostener la participación de cada uno.

Frente a esto, se iban generando grupos de trabajo más o menos recurrentes, principalmente por lo que hemos visto en el apartado anterior: por la existencia de conjuntos o redes de carácter doméstico cotidiano, que se buscaban vincular más allá de sí mismos a partir de «series de acciones» y de lo que resultaba ser la composición de un «campo de actividades» (Mayer, 1987: 128-133) y sus consecuentes experiencias, propio del plan. Y a esto hay que sumarle la aparición de ciertos tipos de liderazgos en general entre los habitantes involucrados en la intervención. Algunos de aquellos que eran obreros de la construcción, en la casi totalidad hombres, eran quienes iban quedando asignados a un rol de coordinación, liderazgo, de cierta hegemonía. Pero, como hemos visto, esto no era para nada estático, más bien todo lo contrario. Este tipo de dispositivo grupal, por tanto, genera una suerte de imaginario en el cual operan fuerzas conjuntamente: unas destacando entre todos los roles posibles el de quienes puedan ser motores de la tarea constructiva y otras insistiendo en la conformación de un plano de inmanencia de acuerdo a la igualdad entre habitantes. La participación, a su vez, de obreros «contratados» del plan, como se les denomina por parte de los involucrados, así como de voluntarios, complejiza aún más este dispositivo. De todas formas, por las cualidades de los procesos de subjetivación existentes en los territorios de las periferias urbanas del Uruguay contemporáneo (Álvarez Pedrosian, 2013a), aquellos

habitantes que, en gran mayoría, se dedican a trabajos manuales y, más en concreto, a oficios que hacen parte del mundo de la construcción edilicia encuentran en esa especie de doble condición (de habitante y de trabajador de la construcción) una posición decisiva en el campo de relaciones (Bourdieu, 1999) generado por la intervención.

Sobre diario de campo

16 de octubre de 2013

El diálogo con Sandra, sentados uno junto al otro al borde de la losa de hormigón en construcción, no fue fácil al principio. Me la encontré con el rostro cansado, quizás hasta con una mueca de preocupación. Le comenté la alegría que provocaba el encontrar las obras comenzadas: ya había dos plateas terminadas y se estaba haciendo la tercera de cuatro de una primera fase, la que la arquitecta en su proyecto denominó M1. «Sí, pero esto es terrible laburo», me contestó, dándome a entender que ella y otros estaban en un proceso de aterrizaje importante, experimentando, en concreto, lo que implica el trabajo de construcción, de transformación del hábitat con sus propias manos, como venían esperando comenzar a hacerlo desde que llegara el Plan Juntos allí. No era frustración en general, sino preocupación, ansiedad ante la constatación de lo duro y lento que resultaba ser el añorado proyecto de la casa nueva, hecha con las propias manos.

El grupo de trabajo era liderado por estos dos vecinos que eran obreros de la construcción, fácilmente identificables. «Te das cuenta por la ropa nomás», me dijo Sandra ante mi pregunta sobre ambos. Octavio, no tanto, pero su cuñado estaba con pantalones largos de color naranja fluorescente, y ambos sí con las herramientas, no solo manipulándolas, sino organizando su disposición y uso por parte de todos.

Pero, más que nada, creo que era la actitud corporal la que expresaba una subjetividad específicamente asociada a las prácticas que se estaban llevando a cabo, unas «técnicas del cuerpo» (Mauss, 1979b) y un lenguaje desde el punto de vista de la kinésica (Birdwhistell, 1994) que denotan destreza por sabiduría gracias a una experiencia acumulada. Son los principales «actantes» (Latour, 2008) en la instauración de un «agenciamiento», mezcla «maquínico» y «colectivo de enunciación» (Deleuze y Guattari, 1997a: 13) que involucra a los sujetos, los objetos (herramientas, materiales) y elementos del paisaje. Alrededor de los dos, había tres o cuatro de los vecinos que oficiaban de trabajadores, en su mayoría mujeres, junto a un par de adolescentes que entraban y salían de la escena, uno de ellos, hijo de Sandra, un poco más serio y acompañando el proceso desde el borde fronterizo (tanto físico como social), pero involucrándose también de lleno de vez en cuando, según era requerido por los oficiales de obra más o menos instituidos en el colectivo. Sin dudas, para estos jóvenes se trataba de una experiencia iniciática que podía marcar más a fondo su destino, al asociarse a destrezas y habilidades de un posible oficio en el contexto de las condiciones sociales que les son propias.

«¿Qué tal, con mucho laburo?» fue la pregunta que el hijo de Sandra me formuló, quien ya me identificaba como profesor universitario, sinónimo para él de clases e investigación, tal como hablamos en jornadas de campo anteriores. «¿Clases de qué das?», y le contesté que daba de antropología, de ciencias de la comunicación... La reacción fue interesante: me preguntó a continuación si podía conseguir para él dos cosas en particular: una bolsa de boxeo y una trompeta. La primera, para practicar uno de los tipos de deportes más extendidos entre los jóvenes de la zona. Recuerdo el gimnasio casero montado en una vivienda, utilizado también por un joven.¹⁸ Y lo segundo se vinculaba a los grupos de estilos musicales también más extendidos entre las nuevas generaciones latinoamericanas, identificados como «tropicales» (Margulis *et al.*, 1998). Estimulado por esto último, imité con complicidad el sonido de unas pailas al tocar plena, el ritmo tropical más masivo en Uruguay. También le comenté que, al llegar, bajando de la plaza Lafone hacia La Cachimba, había escuchado a algún vecino tocarlas, a lo que él agregó que conocía a muchos que lo hacían.

Como tenían clases de música en el salón comunal del plan, me comentó que el profesor le había dicho que, si hubiera sabido antes, le conseguía un instrumento, por lo que ahora, frente a otro profesor, estaba haciendo el intento. Sobre lo primero, tuve que preguntarle varias veces, pues no entendía de qué se trataba. Me comentó que estaba practicando kickboxing en un club de la zona, lo que ya había hecho su madre anteriormente en otra jornada de campo, por lo que pude asociar esto con su imagen tirando una patada mientras jugaba con sus amigos en tales circunstancias y que entonces me había llamado la atención. Este tipo de consumo cultural tiene ramificaciones muy amplias y se muestra característico en las grandes periferias contemporáneas (Wacquant, 2007), el cual incluye este sincretismo entre las formas semejantes al boxeo y las llamadas artes marciales asiáticas. Le expliqué que no estaba en contacto con esos bienes, pero que, si sabía de algo, lo tendría presente. Mientras tanto, la obra seguía en marcha. De a poco, iba ganando confianza y aceptación como para involucrarme en ella.

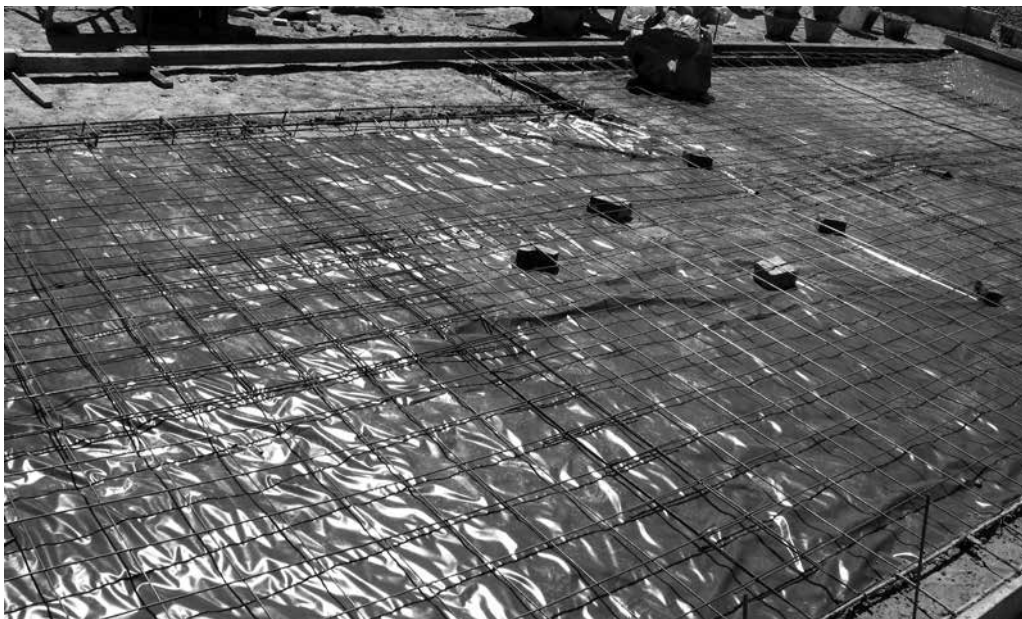
Si hacemos el esfuerzo por avanzar en la identificación de los componentes del campo de inmanencia de producción de subjetividad en este tipo de instancias y su agenciamiento, nos encontramos con dos direcciones o series principales: las que tienden a la potenciación de las actividades concretas llevadas a cabo, como las promovidas generalmente por quienes lideran el colectivo de trabajo siendo ejemplo con su dedicación, y aquellas que, de alguna manera, ponen en duda o, a lo sumo, desaceleran la dinámica constructiva por múltiples motivos, más o menos conscientes. Por una parte, Octavio principalmente marcaba el ritmo, en especial, al varón adolescente, Sergio, del que esperaba mucho para apoyarse en él al estilo de un maestro de obra frente a su aprendiz o discípulo. Avanzaba sin cesar, incluso regañando a alguna de sus pequeñas hijas que aparecía esporádicamente sola y se asomaba a la obra peligrosamente, entre pedazos irregulares de escombros y los materiales en uso, por lo que tenía que estar, por tanto, concentrado en la construcción y, al mismo tiempo, en el cuidado de sus hijos. Por otra parte, Sandra ejemplificaba, en ese momento, el tipo

18 Ver capítulo «Vislumbrando intimidades: narrativas espaciales en tránsito».

de disposición subjetiva que pone en evidencia las ansiedades compartidas. Se encontraba preocupada por lo duro y cuesta arriba de la tarea al verla traducida en prácticas concretas, que requerían tanto esfuerzo, dedicación y tiempo. Sentada a un lado, estaba pensando en la organización en general desde otro plano de realidad con sus temas más abstractos, como los horarios a cumplir por los participantes y demás. «Y hay que hacer todo eso, dejá... Si fuera para uno solo, ni ahí hacés todo esto; levantás las paredes y ya está», dijo mientras se armaban los niveles de la platea que serviría de cimentación para luego sí alzar las paredes. «¿Pero sabés cómo te queda? Después te hechás a disfrutar», replicaba Octavio en otra ocasión más adelante en la jornada, intentando motivar y calmar las ansiedades, con vistas a los resultados a obtener a más largo plazo, no en una jornada, sino en muchas que deben de sucederse para alcanzar la preciada vivienda.

En particular, era momento de colocar nailon para aislar el futuro suelo de la vivienda de la humedad proveniente de abajo, algo que entonces le parecía a ella muy extraño y, en algún punto, innecesario. Frente a este respecto, cabe reflexionar: ¿cuánto jugaría el conocimiento práctico, el oficio específico, el haber pasado por la construcción de obras y saber cómo iba a terminar el proceso? ¿Cómo operaría la necesidad actual, apremiante, de tener que dejar de vivir en las condiciones tan duras de un presente que parecía no terminarse más? ¿Cómo se combinaban ambas cuestiones: la necesidad de hoy y la promesa del mañana, la certeza en el camino a recorrer y la incógnita siempre abierta ante el futuro? «Es para aislar, para aislar de la humedad», le decíamos a Sandra varios de nosotros, intentando motivarla al ver ante nuestros ojos cómo al paso de las horas el nailon se iba llenando de pequeñas gotas de agua en sus bordes, provenientes del sustrato de rellenos en ese sitio tan próximo al arroyo, la bahía y los humedales.

Losa de hormigón armado, similar a la construida en la ocasión



Fuente: <<http://canell-construcciones.blogspot.com/2010/06/platea-de-fundacion-hasta-losa.html>>.

16 de octubre de 2013

Sergio, alias *Popeye*, fue, este día, el aprendiz por excelencia: feliz, con muy buena disposición, ganas de aprender y de dejar todas sus energías en ello. Cuando tuvimos la oportunidad de entrar en diálogo, me relató que su vivienda actual estaba justo frente a la cañada trasera, donde muere la continuación de la calle Heredia, frente al lateral de la casa de Natalia, la hija de María, o sea, donde había estado buscando el límite del asentamiento con el agua, allí donde ya no hay más posibilidad de avanzar (ya que, en esta ciudad, no se construye en palafitos ni nada semejante). Vivía con su pareja y el hijo que tenían en común, junto con tres más de ella. Se encontraba muy entusiasmado por lo que, según él, era la posibilidad de poderles dar un futuro mejor a todos ellos, pues él ya era «grande», es decir, estaba conformado subjetivamente y su devenir existencial no era, en sí mismo, importante. No sé si alcanzaba los 30 años de edad, pero no mucho más. Iba y venía con la carretilla, trayendo estacas. «Vamos, Popeye, vamos», le decía Octavio una y otra vez, con un tono alegre y firme, junto a chanzas sobre su disposición corporal y otras cuestiones que hacían a su presencia en la obra.

A lo largo del transcurso de la tarde, bajó la concurrencia, y aquel grupo, en principio identificable desde lejos por su situación espacial en el paisaje, sobre el terraplén de escombros, se desgranaba. María volvió a tener clases de apoyo para la culminación de los estudios primarios y secundarios con un grupo de vecinos en el local histórico del MLN-Tupamaros, ubicado a pocos metros de La Cachimba. La vecina afrodescendiente de la que no sabía su nombre se retiró también, para luego aparecer después de un rato, desde la continuación de la calle Gregorio Mas, bañada y peinada, lo que despertó las bromas de Octavio principalmente, como devolviendo tantas de ella a lo largo de la jornada de trabajo, junto con comentarios de algunas de las jóvenes que coronaron la situación: «Viste, hasta anda con pantalones apretados y todo», entre risas...

Unos momentos previos, ya me había animado a entrar en obra, colaborando desde lo más elemental, pero, a estas alturas, era importante mi fuerza de trabajo para mantener un ritmo mínimo del colectivo, acercándonos de a poco hacia el final del turno definido en la organización general; de lo contrario, el trabajo hubiera bajado abruptamente en intensidad.

Al finalizar la jornada, cuando se decidió, por la hora, que era momento de cerrar, aproveché para entrevistar, de manera informal, al cuñado de Octavio, el hermano de Natalia e hijo de María, que portaba la indumentaria naranja fluorescente de operador, el otro de los participantes investido del rol de coordinador, líder o dirigente del grupo. De hecho, ellos me dieron el pie para hacerlo. Yo estaba junto a Popeye y una de las vecinas retirando, uno por uno, los trozos de la malla metálica sobrante utilizada para la construcción de la platea de hormigón armado, y, de pronto, vi que los integrantes del grupo familiar en ronda me miraban cuando la madre se dirigió hacia mí para preguntarme: «¿Qué era lo que sos vos?».

Nuevamente, me presenté, poniendo en juego la investigación que estaba realizando, su doble contexto internacional y demás aspectos relativos a la escritura de un libro sobre el Plan Juntos. Como miembro del sindicato de trabajadores de la construcción (SUNCA), el cuñado de Octavio participaba activamente en la llamada Brigada Solidaria que apoyaba el Plan en varios de sus emprendimientos. Esto le daba no una doble inserción en el fenómeno en cuestión, sino una triple: como habitante o parte del grupo o red doméstica, aunque no cotidiana en caso de no vivir allí, como obrero de la construcción, en tanto tarea y actividad primordial de los acontecimientos en cuestión, y como participante en otras obras del mismo plan en otras locaciones desde dicho rol.

Entre las cuestiones planteadas, apareció nuevamente lo relativo al sostén del proceso constructivo, sus velocidades y ritmos, las experiencias circunscritas entre el deseo y la necesidad. El vecino de mayor edad presente, también afrodescendiente, muy callado a lo largo de la jornada, mientras clavaba estacas y cavaba las pequeñas fosas que servían de perímetro de la losa de cimentación construida, se manifestó diciendo: «A mí me dijeron que tenía que hacer bloques, no que tenía que levantar paredes. Yo hago lo que sé hacer. ¡Mirá si se le cae una pared a alguien encima, a alguna familia!».

La relación con los llamados por todos los presentes como «contratados» es otro aspecto por demás relevante. Varias veces, durante la jornada de trabajo, apareció una especie de crítica hacia ellos por parte de los presentes. Estos trabajadores de la construcción estaban allí desde su calidad de empleados, se les pagaba para hacerlo, fuera desde el plan en sí o desde otro organismo estatal que brindara su colaboración con él; no eran ni voluntarios ni participantes directos en calidad de habitantes y, por tanto, eran «beneficiarios». En esta ocasión, solo había uno, que aparecía de vez en cuando. Su actitud me hizo recordar a la de un inspector, pues se encontraba a distancia, observando desde fuera, sin poner sus manos al servicio de la tarea.

Con sus lentes negros, pasaba bastante tiempo entre llamadas y mensajes de textos con su teléfono móvil. En un momento, también me llegó a preguntar quién era y qué hacía yo. «Mirá como corta varillas», ironizó Octavio con enojo al ver que no hacía lo que le había solicitado, cansado y necesitado de más material preparado para avanzar. Lo mismo Sandra desde su particular ansiedad: «Mirá cómo labura», le dijo al resto en referencia a él. Cuando pasé por el costado del obrador, donde se encontraban instalados, para buscar unos rollos de mallas de metal junto con Popeye, Octavio y algunos de los jóvenes, escuché la radio prendida, que sintonizaba uno de los programas que reinan en la tarde uruguaya en ámbitos de trabajo de cierto tedio, de gran banalidad, como queriendo matar el tiempo entre bromas pesadas y confidencias del público que se anima a llamar y exponer sus intimidades. Después de eso, les comenté a los presentes que volvía a viajar a São Paulo para trabajar sobre la investigación en cuestión con mi grupo de estudios posdoctorales y que, a mi regreso, nos volveríamos a encontrar, entre apretones de manos, besos y saludos con los brazos en alto. Me lavé las manos en la única canilla existente, una de plástico al término del único caño que fue tendido hasta el comienzo del terraplén,

al ras del suelo, hundida en un pequeño pozo rectangular. Chequé que tuviera todo dentro de la mochila que había dejado a un lado depositada al comienzo de la jornada, al lado de Sandra en su puesto de observación al borde de la obra, y salí, finalmente, hacia la plaza Lafone, la avenida y la ciudad propiamente dicha.

Lo humano y no humano en la práctica de formalización

El haber ingresado a un grupo de obra fue fundamental para poder acceder a esta nueva dimensión de los fenómenos aquí estudiados: las relaciones entre las subjetividades y los materiales y entidades que son manipuladas para generar nuevas formas espaciales. Mi participación no podía ser otra que desde lo más bajo y elemental, desde lo que vendría a ser un peón que recién comienza a trabajar, sin experiencia, o un habitante «beneficiario» del plan en la misma condición. Si mis conocimientos previos hubieran sido otros, mi inserción también lo habría sido, como corresponde en lo relativo a la práctica etnográfica, la forma de establecer un proceso de extrañamiento entre la inmersión y el distanciamiento (Hammersley y Atkinson, 1994: 116; Lins Ribeiro, 1998; Álvarez Pedrosian, 2011: 33-93). En esta coyuntura singular, todos los elementos y las prácticas asociadas me resultaron novedosos, así como fue positivo el tipo de lugar marginal ocupado entre los protagonistas, evitando con ello cualquier posible interrupción o conflicto más en general en el devenir de los acontecimientos. Esperé la oportunidad con mucha cautela, al percibir un gran cuidado en las posiciones del microcampo de relaciones sociales, los roles más o menos asignados, los deseos y las ansiedades puestas en juego.

El saber ocupaba un sitio muy relevante en estas experiencias, además de los vínculos preexistentes en cuanto a la cercanía y familiaridad, como hemos desarrollado más arriba. Las cualidades relacionadas con el mundo del trabajo se entrecruzaban con las del parentesco en un sentido genérico. En este panorama, tan denso e íntimo, esperé la oportunidad. Esta llegó una vez que el que comandaba el grupo en la jornada de trabajo en cuestión dio a entender que había que ir a buscar unos materiales de peso y tamaño considerable hasta el depósito al fondo del obrador. Algunas palabras y gestos que connotan que los hombres presentes se pusieran en marcha, por lo que me sumé a ellos, y otros gestos de aprobación, con movimientos de cabeza, y el hecho de que pasaran por donde estaba parado bastaron para estar de pronto dentro, encaminado hacia allí junto con los demás.

Sobre diario de campo

16 de octubre de 2013

Pasamos hasta el fondo, y tuve, por vez primera, la imagen de la cañada delante de mí, tupida de vegetación, con el agua completamente oscura, y se podía escuchar las aves que la habitan, que «cantan cuando ponen huevos», como aclaró uno de los jóvenes presentes. El líder del grupo ironizó sobre lo poco que, a su parecer, trabajaban los «contratados» que se encontraban allí. De pronto, estábamos ante un gran cilindro de metal.

Se trataba de una malla: una retícula de acero, ya en proceso de oxidación superficial, lo que le daba un color rojizo y aspereza al tacto, enrollada varias veces y con algunas de las varas que la componían saliendo en punta de manera amenazante.

El primer problema era cómo sacarla de allí. Octavio, nuestro maestro, insistió en que podíamos hacerla rodar y pasar por sobre los montículos de arena, pedregullos y conjuntos de varillas de metal dispuestas como haces en forma desperdigada, tablones de madera y otros elementos. Por un momento, me pareció imposible, pero estaba equivocado. Empezamos a rodar el cilindro empujándolo entre varios, con las manos y pateándolo de vez en cuando, turnándonos y con cierto ritmo, y este comenzó a girar. Arremetimos y pasamos con impulso por encima de los entonces obstáculos nuestros.

De esta forma, ya nos encontramos sobre la continuación de la calle, la senda principal del asentamiento, a un costado del salón comunal que oficiaba de sede del plan y centro de organización del colectivo generado desde él. Nos dispusimos a emprender el camino en forma recta, haciendo rodar el cilindro de malla metálica. Llegamos al extremo en forma de codo, que era la entrada y salida principal, y el terraplén de escombros, donde se construían las nuevas viviendas, presentaba una rampa. Subimos por allí y llegamos al sitio donde estaba la platea de hormigón en construcción. Fuimos aplanando basura, no mucha, pero algo que había desparpillado por ahí, y, principalmente, excrementos de caballos, de aquellos que eran propiedad de algunos vecinos que sobrevivían del oficio de recolectores y clasificadores de basura.

Fuerza, ritmo, movimiento, sentidos coordinados en un encuentro con el material, en su seguimiento.¹⁹ Lo que parecía inerte al principio respondía a fuerzas y dinámicas físicas y químicas que lo tenían en dinamismo, para no decir vivo. Todo ello era experimentado de forma más inconsciente que deliberada, aunque los consejos y apreciaciones constantes de quienes se mostraban y eran vistos como los que sabían no dejaban de ponerlo en evidencia. Las cualidades de los diferentes materiales, siempre en relación con lo que nuestras subjetividades percibían, sentían y pensaban al respecto, componían todo un universo de variedades, de entidades con sus propiedades específicas diferenciadas. El comportamiento de cada uno, lo que potencialmente podían dar o hacernos, en muchos sentidos, de forma peligrosa, era considerado, en la práctica constructiva, como parte de un diálogo amplio que discurría entre las microacciones en serie, entre mover, colocar y alterar los cuerpos y propiedades, incluso, hasta transformarlos en nuevos elementos al combinarlos o descomponerlos.

Materia y forma se relacionaban de manera inextricable; podemos disociarlas analíticamente, pero una remitía a la otra y viceversa, y de manera implícita, al punto de que la forma era una propiedad de la materia, así como la materialidad se hacía presente según cierto tipo de formas (Flusser, 2002: 29-36). Existen, por lo menos, dos tipos de tradiciones de

19 «En resumen, lo que Simondon reprocha al modelo hilomórfico es que considere la forma y la materia como dos términos definidos cada uno por su lado, como las extremidades de dos semicadenas en las que ya no se ve cómo se conectan, como una simple relación de moldeado bajo la que ya no se puede captar la modulación continua eternamente variable [...]. [Se trata de] “la existencia, entre forma y materia, de una zona de dimensión media e intermedia”, energética, molecular [...]» (Deleuze y Guattari, 1997a: 410; retomado por Ingold, 2013).

pensamiento al respecto: una derivada de la teoría de la arquitectura y el diseño, y otra de la filosofía, más ligada a la reflexión sobre el fundamento de las ciencias naturales según diferentes áreas y corrientes, a veces, contrapuestas y, otras, complementarias. Ciertamente, la fenomenología, en términos generales, parece darnos las mayores claves para comprender lo que nos interesa, al insistir en la construcción subjetiva de la materialidad y viceversa, según intencionalidades más o menos evidentes que actúan preformando las cosas, a lo que más adelante se le suman nuevas fuerzas tomadas en cuenta. Nuevamente, Heidegger (1994) recaló en esta cuestión más recientemente y sus análisis han servido de inspiración para la antropología en el llamado «nuevo giro de la materialidad» (Miller, 2005), que, a diferencia de las posiciones más clásicas de corte positivista, intenta encontrar las prácticas que hacen posible la construcción de las entidades aparentemente inertes. Como lo plantea Daniel Miller y hemos retomado en variadas ocasiones, las preocupaciones de Latour y Gell convergen en tal sentido, poniendo la cuestión de la «agencia» en el centro del debate: el primero, evidenciando lo no humano tras el nivel de la agencia humana, y el segundo, mirando a través de los objetos la inserción de la agencia humana (Miller, 2005: 13). De todas formas, convergen y se mezclan perspectivas más o menos heterogéneas, incluyendo la tradición fenomenológico-hermenéutica antes referida, con planteos procedentes de la teoría marxista del fetichismo de la mercancía y de la psicología cognitiva, sin olvidar los antecedentes en formulaciones como las de Marcel Mauss en lo relativo a poner en discusión la misma distinción entre objeto y sujeto (Henare, Holbraad y Wastell, 2007), y como las de las derivas conocidas generalmente bajo el amplio rótulo de posestructuralismo.

Las cosas, por tanto, están dotadas de agencia y son producto y generadoras de nuevos procesos rizomáticos: síntesis parciales de dinámicas que no cesan de estar en movimiento a pesar de nuestra percepción más corriente que las naturaliza y, con ello, parece fijarlas en una forma de una vez para siempre (Latour, 2004). Todo ello, quizás, puede irse pensando con mayor intensidad conjuntamente a las transformaciones científico-tecnológicas que operan en nuestra vida cotidiana, con la invención de nuevos materiales de laboratorio, con propiedades y cualidades que no se encuentran dadas previamente en lo natural. La construcción de nuevos «entornos de vida» (Ingold, 2012), con los llamados materiales prefabricados, y el rol del diseño ya a escala molecular impactan en tal sentido, haciendo que la antropología y las ciencias humanas y sociales en general involucren un tipo de mirada semejante para el abordaje de estos fenómenos. No se trata, por tanto, de una fenomenología clásica, en la que lo natural parece estar también predeterminado de una vez para siempre como en las visiones opuestas con su «materialidad autoevidente» (Lindón, 2007: 75), sino de un constructivismo en el que tras la distinción entre lo subjetivo y lo objetivo se despliega todo un laboratorio de exploraciones, mutaciones y devenires.

Sobre diario de campo

16 de octubre de 2013

La coordinación de nuestros cuerpos —en este subgrupo de aprendices en el que estuve inserto— para llevar rodando el cilindro de malla metálica por el terreno tuvo un momento específico, dado el carácter longitudinal del trayecto y su

distancia. Antes de salir al camino, se hizo necesario atar el extremo exterior de la malla, en tanto cara más próxima a nosotros, y, con eso, cerrar el cilindro lo más posible. Octavio, nuestro maestro, nos pidió para ello que encontráramos, como dijo, unos «pedazos de alambre» en el suelo, entre todos los materiales dispersos. Lo hicimos y los usamos efectivamente en tres sectores puntuales de la malla. Por el camino, se iba abriendo eventualmente, lo que requirió que lo volviéramos a enrollar y atar, ante las varas que se mostraban especialmente peligrosas, como en una especie de danza dura, de movimientos rígidos, potencialmente amenazante ante la posibilidad de que se salieran algunas varas disparadas, cual latigazos secos y cortantes.

Una vez que llegamos a destino, ante la platea en construcción, dejamos el cilindro hacia un costado. Me encontré con que tenía ambas manos completamente anaranjadas, fruto del óxido superficial del metal, y sentí cómo el sol nos daba alguna tregua gracias a esporádicas nubes que se movían lentamente en el cielo. A esto, se le sumaba el polvo que cada tanto volvía a volar debido a la llegada de un camión con más escombros para rellenar el terreno, el cual depositaba su carga, en varias ocasiones, hacia el fondo de donde estábamos trabajando, pasando muy cerca. En una de estas pasadas, al retirarse, quedó la puerta trasera de la caja abierta y el camionero insistió varias veces, moviendo todo el vehículo hacia delante y atrás para hacerla caer, provocando un ruido estruendoso. Nuevamente, se trataba de movimientos entre los elementos, ritmos y pesos relativos que se articulan para generar tal o cual efecto.

A los escombros de antiguas construcciones de hormigón armado, a las nubes de polvo que se desprendían de ellos en un paisaje lunar y a la malla de varas de metal antes descrita, se iban sumando otras entidades no humanas con las que iba entrando en contacto en situación de obra, en tanto proceso constructivo/destructivo de manipulación y alteración gracias a prácticas orientadas en series. Aunque, en esta ocasión, no me metí en ello, pude *dialogar* también con el nailon, utilizado para aislar la superficie de grava inferior a causa de la humedad del suelo. Otro material, otra sensación, otro vínculo con la subjetividad.

Los peligros no dejaban de acechar, por lo que había que estar muy alerta: era una cuestión de responsabilidad con los demás y con uno mismo, al punto de que las prácticas iban generando dicho agenciamiento de operario de la construcción. Popeye casi fue víctima de mi ignorancia una vez que comenzamos a desplegar los trozos de malla metálica cortada a un lado de la losa en construcción, a la espera de incluirlos en ella. Había que sujetar el extremo desplegado con ambos pies para que el peso del cuerpo retuviera el movimiento de repliegue al que tiende el material por su forma y esperar a que otro compañero fuera también pisando con fuerza las diferentes articulaciones donde podía percibirse una curvatura, fruto del mismo proceso. De esta forma, el trozo de malla quedaba más o menos aplanado. Queriendo experimentar qué sucedía si no se lo retenía desde el extremo, y sin tener conocimientos previos al respecto, dejé escapar el trozo de malla, el cual salió disparado a una velocidad que no imaginaba. Popeye lo vio venir y también le avisé

con un llamado de alerta en voz alta y fuerte. Logró pararlo con ambas manos. Una sensación de haber aprendido algo nos embargó a ambos y ganamos más confianza sobre la manipulación de los elementos y sobre las acciones que podíamos inducir y provocar gracias a nuestras prácticas.



«Construir ya es habitar»

El hecho de encontrarse experimentando el trabajo de autoconstrucción en el mismo entorno en el que se habita hasta el momento, según las figuras psicosociales y los procesos antropológicos que analizamos anteriormente, es otro de los aspectos a considerar. Esta situación no era compartida por todos los participantes del plan, ya que muchos cambiaban de lugar de residencia, en particular entre quienes participaron como destinatarios de una nueva vivienda. En el otro extremo, nos encontramos con las intervenciones menores que buscaban mejorar las condiciones de habitabilidad en una misma vivienda donde se seguía residiendo durante las obras y una vez que se terminaran. En medio, tenemos casos como los mayoritarios de La Cachimba del Piojo, donde a un lado del viejo asentamiento, contra la cañada del arroyo Pantanoso, se construía el complejo de viviendas nuevo, y una vez este

fuera erigido, significaría la demolición del antiguo lugar y su rediseño como espacio verde según el proyecto urbano existente. En tales condiciones, podemos apreciar las dinámicas propias de un habitar en plena transformación, al punto de encontrarnos con la situación que nos pone ante la evidencia de lo que Heidegger planteó conceptualmente como un vínculo de implicancia entre el construir y el habitar, al punto de que «construir ya es habitar» (Heidegger, 1994).

Se trataba de un paisaje en devenir, de un ambiente en obra que tenía a los habitantes conscientemente involucrados en dicho proceso. Esta condición hacía explícito el paso del tiempo, la temporalidad misma que está inexorablemente ligada a cierta espacialidad. Las ansiedades de las esperas, tan ligadas a estas experiencias llevadas a cabo por poblaciones en general segregadas territorialmente y en tensiones con diferentes políticas sociales al respecto (Auyero y Swistun, 2008; Das y Pool, 2008), hallaban tanto sustento como argumentos contrarios en las huellas y señales que en el propio paisaje cotidiano se iban sucediendo paso a paso según si la obra avanzaba o se detenía, en diferentes grados y dimensiones. Lo que acontecía se relacionaba directamente con esta condición de habitar donde se estaba transformando el hábitat, al mismo tiempo que ponía las subjetividades involucradas en una clave existencial peculiar, intensa, como hemos visto en sus alegrías y sus tristezas, en tanto polos de una variación continua en el sentido que lo planteaba tempranamente Spinoza (Deleuze, 1996b).

Para profundizar más en todo ello, vamos a volver al otro caso emblemático de nuestra etnografía: el de Amanecer en Cerro Norte. Ya entradas las obras del plan en sus fases avanzadas, nos encontramos con nuevos vecinos llegados de otros lugares, colaborando en las obras en viviendas semejantes aún en construcción, y con antiguos habitantes que observaban más distantes lo que sucedía. A diferencia de La Cachimba del Piojo donde todos estaban inmersos en la transformación completa del entorno, aunque en diferentes fases y turnos de ingreso a las obras y concreción de sus viviendas, en algunas situaciones de este otro caso, se habitaba desde la construcción en distintas formas, según las posiciones relativas en el proceso general de intervención del plan. Algunos, ya mudados a su nueva vivienda, colaboraban terminando la de un futuro vecino, mientras iban haciéndose conocer ante los que ya habitaban allí a partir de las modificaciones y detalles que realizaban en sus flamantes viviendas y seguían en obra en tal o cual construcción del conjunto. Como veremos en capítulos siguientes, se trata de un territorio en proceso de constitución, una convivencia que se iba tejiendo, donde se iban componiendo diferentes espacios con sus filtros y tamices entre diversos públicos e intimidades.

Sobre diario de campo

27 de setiembre de 2014

Esta es una jornada especial: me reencontré con algunos participantes del plan siguiendo el proceso a lo largo del último año y medio, en el contexto del cierre de las actividades oficialmente. Durante la mañana y hasta el mediodía, se llevó a cabo el trabajo en una «obra solidaria», llamada así por estar destinada a una familia que no podía brindar horas de trabajo por su condición (una madre sola con una hija que padecía leucemia). Durante la tarde, todos estaban invitados a viajar a una exposición de fotografías sobre las experiencias del Plan Juntos en un parque céntrico

de la ciudad, como ritual de encuentro que apuntaba al cierre de una gran etapa de casi cuatro años.

La microzona no parecía mostrar ninguna alteración significativa, incluso costaba encontrar el grupo de obra. Nuevamente, no estaban los voluntarios que se esperaba que llegasen (esta vez, por las vacaciones escolares que afectaban los colegios religiosos convocados para colaborar), así que los cinco presentes serían quienes emprendieran la tarea: pintar casi por completo las paredes interiores y exteriores de la vivienda en cuestión, incluyendo el techo. Se trataba del predio vecino al de la nueva casa de la familia de María y Pérez, y ellos fueron parte de este grupo junto con varios participantes del plan.

El grupo de obra ya estaba animado a mi llegada. Un par de jóvenes, menores de 20 años de edad, pintaban una pared exterior, con grandes brochas, riendo y haciendo bromas junto con el educador social del plan. También había una mujer joven, pero de mayor edad. Se divertían haciendo alusiones a los diferentes equipos de fútbol de cada cual. Interesante que fuera la muchacha la perteneciente al equipo local, aunque, como señaló el educador, él también lo era, sin necesidad de residir allí, lo que puso en cuestión el alcance de las identidades sociales y los tipos de adscripción, relativizando la segregación y fragmentación.

Mientras tanto, los flamantes vecinos, ya conocidos desde hace año y medio desde que fui a entrevistarlos en su antigua casa, participaban activamente limpiando yuyos del corredor en la medianera que limitaba con su vivienda. Luego me invitaron a pasar a conocer cómo estaba siendo ambientado el nuevo hogar. Comenzamos con el fondo trasero. Con gran felicidad, me indicaron el parrillero a punto de quedar concluido, sobre el muro que limitaba con predios aledaños a los intervenidos por el plan.

Hablamos de varias cosas, mientras las veíamos y tocábamos en algunos casos, en especial, de las plantas y árboles recién colocados allí como parte de una adaptación en marcha que intentaba, al mismo tiempo, traer elementos familiares provenientes del antiguo lugar de residencia e ir componiendo, fundamentalmente hacia la medianera —armando una pérgola con listones de madera y plantando calabazas de mate para que subieran en tanto enredaderas en un futuro cercano— y hacia el frente, una serie de áreas ajardinadas que oficiaran de tamiz entre el interior y el exterior de lo que eran considerados como espacios compartidos e íntimos respectivamente. Muchos de estos seres eran obsequios del educador social del plan, quien promovía el proceso con estas y otras acciones. Y, como el terreno estaba, en su mayoría, compuesto de rellenos de escombros y pedregullo, todo ello estaba acompañado de la incorporación de tierra fértil y de un compost ya instalado al fondo, con la finalidad de ir produciendo los nutrientes en casa.

Mientras los demás integrantes del grupo de obra de esa mañana se mantenían en marcha (nuevos vecinos ya instalados hacia un lado y enfrente, y otros que aún se encontraban en la etapa intermedia del proceso, con las paredes de bloques de sus futuras viviendas alzadas y aún residiendo en otro sitio), nosotros seguimos recorriendo el terreno de la construcción recientemente inaugurada.

El muro del fondo, de cuyo lado interior se estaba construyendo el preciado parrillero, orgullo del pequeño niño de la casa, su padre y madre, estaba más alto que la última vez que lo había visitado. Según sus relatos, tuvieron que alzarlo más alto a causa de que habían querido saltarlo para robar materiales y lo que pudieran hallar

en el patio trasero. Además de subirlo unos cuantos bloques más, incrustaron vidrio picado sobre él para dificultar lo más posible el paso.

Ingresamos rápidamente al interior de la vivienda, ya que el trabajo colectivo seguía su curso y era necesario acabar con la pintura de todas las superficies, tanto por fuera como por dentro.

El habitar se desdobra en dos tipos de prácticas que han dejado huella en su etimología: erigir y conservar, levantar y mantener (Heidegger, 1994). En este tipo de situaciones, se suceden acontecimientos cargados de novedad al respecto, por lo cual se potencia el proceso integral de generación del entorno y la conformación de espaciotemporalidades que expresan y son expresión de formas de habitar emergentes. La cuestión de dar el ejemplo con las prácticas no es un precepto moral, sino una práctica ético-estética productora de subjetividad. No es lo mismo estar construyendo en un ámbito vacío que va adoptando formas, sea porque se trata de un terreno apartado de toda construcción existente (la intemperie que se va domesticando) o porque se está cerca o en medio de entornos preexistentes, pero en una etapa incipiente: aquí se está habitando cotidianamente, en diferentes ritmos y velocidades, según prácticas que apuntan, algunas más, otras menos, a la edificación de nuevos elementos, así como a la adaptación de otros ya estructurados, lo que podríamos conceptualizar como diferentes dimensiones que atañen al diseño y la decoración, a la construcción arquitectónica y al ordenamiento urbano y territorial. Las prácticas cotidianas exigen una carga de energía en tiempo y esfuerzo de trabajo que marcan una situación de obra como parte de un habitar más o menos colectivo que se ha echado a andar. Esta se encuentra en proceso de institucionalizarse y de, tarde o temprano, pasar un umbral hacia la condición de estabilidad o menor índice de transformación, fruto del acomodo de las materias y las formas, tanto de las entidades humanas como de las no humanas dispuestas en un paisaje apropiado por las subjetividades, así definidas en su habitar.

Esta situación es experimentada de formas distintas según los puntos de vista involucrados, las posiciones diferenciales en una suerte de microcampo de relaciones en lo que respecta a los participantes del plan en tanto antiguos, recientes o próximos residentes. Pero existe una condición común, y es una de las propiedades de la materialidad: su acumulación. Ciertamente, no es un proceso desprovisto de subjetivación, pero sí se reconoce un índice de objetivación tendiente al absoluto: se trata de la serie de las «partes extrapartes», de lo cuantitativo (Deleuze, 1996a: 37-38; Álvarez Pedrosian, 2011a: 36-37; 2011b). Esta capacidad de acumulación de las huellas del devenir, índice de procesos que se condensan, es interpretada de diversas formas, pero nunca sin negar esa condición acumulativa, incluso para cuando no están las claves de decodificación presentes.

Esto es lo que podemos asociar comúnmente al efecto de contagio, siempre relativo y contingente como todo lo concerniente a la creación de formas de hacer(se) sujeto, pero no por ello menos eficaz en su objetivación. Ese contagio, a veces muy difícil de explicitar por su alto índice afectivo e inconsciente, puede ser tanto positivo como negativo, referir a aspectos que aumentan la potencia o la disminuyen, de acuerdo a la ontología spinozista y su geometría de las pasiones. Como hemos planteado en otra ocasión, esta dinámica se conjuga con la de plegado sobre sí de los elementos y con su condición y uso como «materiales



de expresión» (Guattari, 1996), lo que da como resultado la espacialidad en tanto dimensión de los procesos de subjetivación, siempre en relación con la temporalidad (Álvarez Pedrosian, 2011b). En tal sentido, «construir ya es habitar» porque es posible este efecto acumulativo, constitutivo de lo que experimentamos como materia, en tanto es formalizado de cierta manera. Si se trata de un espacio habitable, ello es inseparable de una holística que cualifica las partes como integrantes de totalidades singulares, entornos o ambientes vitales, y es humano cuando, además, se desarrolla la capacidad de expresión con semióticas de las más elaboradas, no de manera excluyente de otras formas de vida.

Pero esta acumulación no es para nada lineal, más bien se trata de pliegues y repliegues permanentes, en un *continuum* que es más «laberíntico» y «cavernoso» que isomorfo, tal como lo manifiesta la sensibilidad barroca (Deleuze, 1989). En tal sentido, las espacialidades se encuentran en constante construcción/deconstrucción, y los acontecimientos vienen a poner todo ello en evidencia. Y no se trata de aquellos grandes eventos, sino de los sutiles y circunstanciales, que, por tratarse de la manipulación de las formas que diseñan la existencia, más o menos consistentes o materializadas, pueden llegar a tener grandes efectos, aunque sean momentáneos. El salto inductivo aquí no es un tema epistemológico, que pueda ser puesto en duda por incongruente, sino una cuestión existencial, ontológica. Estos hechos se repiten, alternan, suman, multiplican, en fin, se acumulan de tal forma que se establece el desborde cualitativo, cuestión que ya David Hume ponía en evidencia desde su empirismo escéptico (Deleuze, 2002): creación y creencia en lo creado que operan como mecanismo de producción de subjetividad (Álvarez Pedrosian, 2011a: 65-79). En un proceso de transformación tan intenso como este, desde lo más minúsculo a lo más sobresaliente, la «ensoñación poética», al decir de Gaston Bachelard (2000), puede generarse como efecto de retroalimentación positiva, al resolver problemas y salir adelante con un deseo renovado gracias a habitar desde la construcción.

Sobre diario de campo

27 de setiembre de 2014

Un alegre color lila vestía las paredes del hogar, con equipamientos de cocina artesanales, contruidos con madera compensada, revestimientos, más plantas, todo lo cual daba una calidez y sensación de vida sin igual. La madre de María se encontraba visiblemente emocionada, muy aplicada en las tareas de limpieza y ordenamiento de la cocina, en una actitud más lúdica y de disfrute que de estar constreñida por tareas monótonas de mantenimiento, a lo que se sumaba la compañía en el cuidado de su pequeño nieto que entraba y salía sin parar de jugar con su teléfono móvil, la computadora portátil de la escuela pública uruguaya —del proyecto One Laptop Per Child (OLPC) o Una Portátil por Niño, el llamado Plan Ceibal en nuestro país— y su bicicleta. Mientras tanto, Pérez, su marido, no cesaba de trabajar en la obra contigua y el límite compartido.

En medio del comedor, María me narraba cómo al principio le había costado adaptarse, pues se levantaba a llorar en las noches ante el cambio de vida. «Y él me decía que acá estábamos mejor, que esto es nuestro y todo eso, y yo igual estaba mal. La casa me tiene motivada, quiero hacerle cosas sin parar.»

En eso, irrumpió Pérez, con celeridad, pidió alguna herramienta y comentó, como al pasar, que en el afán de limpiar de yuyos el camino lateral del terreno vecino como parte de su trabajo picó de más y rompió el caño de agua, por lo que obligó a que la cortaran, incluida la vivienda de ellos. Volvió a salir veloz a resolver el inconveniente junto con un par de «obreros contratados» del plan con los que se apoyaba en sus tareas. Las obras estaban en pleno dinamismo, con aciertos y errores de los que aprender.

Al volver a la obra en la vivienda contigua, foco de atención de la jornada por parte de los involucrados en el plan, fui rodeado por los niños presentes, algo bastante corriente en muchas de las etnografías clásicas y contemporáneas, debido a la posición y disposición del investigador y los sujetos involucrados, incluidos los más curiosos de todos; por ello, a los que más se asemeja el etnógrafo es a los pequeños (Lins Ribeiro, 1998: 235).

En medio de esta situación, entramos en diálogo con Julia, otra de las nuevas habitantes que participaba en esta «jornada solidaria». Hacía alrededor de un año que estaba viviendo en una de las construcciones del conjunto, frente a nosotros, en lo que durante el comienzo de las obras fue el primer obrador, es decir, donde se guardaban las herramientas, los materiales y demás objetos de trabajo. Me señaló su casa; era una de las pintadas exteriormente de color terracota, el cual había aparecido en el lugar con bastante regularidad recientemente. Le faltaban pocas horas para cumplir con su parte dentro del plan.

Compartiendo cigarros, tabaco de liar, risas y conversaciones con sus compañeros de obra, no me preguntó qué hacía yo ahí, pero dada mi relación con los niños y los adultos ya conocidos descontó que daba para establecer un diálogo franco y ameno. Le pregunté por dónde era que vivía anteriormente. Según me explicó, había estado en «situación de calle», viviendo en general por la zona (más que nada en el cercano Casabó) y, un tiempito inmediatamente previo, hacia la otra dirección del departamento, ya en Canelones, en la zona del arroyo Carrasco (la localidad de San José de Carrasco), a donde había llegado por contactos personales. Su compañero por casi veinte años, padre de sus dos hijos, se había enfermado en poco tiempo y había muerto en el proceso de que les fuera adjudicada la vivienda; no ahondamos en su padecimiento, pues no era la situación adecuada para ello. Comenzó la obra y fue terminada, por lo que ahora eran tres habitando allí. Pasó muy mal durante mucho tiempo, tomando antidepresivos, los cuales estaba intentando dejar, por lo que el hecho de participar en la experiencia del plan era fundamental.

«No sabés lo importante que fue estar enganchada en el plan, trabajando con la gente, si no, la cabeza te enloquece», me dijo mientras le brillaban sus ojos celestes. «Ahora estoy empezando una nueva relación, de a poco, vamos viendo», siguió mientras una gran sonrisa se adueñaba de su rostro, brocha en mano. «Ahora estoy un poco más gordita y todo», signo, le comenté, de su evidente mejora. Pensé que la pequeña niña era una de sus hijas, y no, era de la otra chica, años menor de edad que ella. «¿Viste que la confunden con hija mía? Podría ser, ¿viste?», le comentó mientras esta asentaba sin dejar de pintar.

Volvemos a varias de las cuestiones ya planteadas en este capítulo, pero considerando otros componentes, los cuales se presentan por demás conectados. En este caso, nos encontramos con la experiencia de una nueva vecina, para quien su entorno psicosocial más cercano se vio drásticamente alterado durante el proceso de construcción en el marco del Plan Juntos. Por ello, fue esencial el haber encontrado en la red colectiva que fue tejiéndose durante el mismo tiempo el apoyo necesario para encaminarse hacia la búsqueda de la salud (Sluzki, 1995), y así sostener un hogar propio, que incluye a sus pequeños hijos. Esto demuestra que aquellas experiencias nuevas entre vínculos cercanos (como denominamos la primera sección de este capítulo) no se limitan a grupos domésticos cotidianos preexistentes, sino que se conforman otros nuevos, justamente como parte del proceso del plan. Ciertamente, puede ser que estos no sean los más, no lo sabemos, pero podemos conjeturarlo. Lo que sí se mantiene es la estructura social y cultural, a partir de formas de comunicación que demandan un tipo de cercanía semejante, al mismo tiempo que se hace frente a un tipo de situaciones que son, como en el sí mayoritario caso de las mujeres jefas de hogar, completamente nuevas en lo que respecta al diseño y construcción de nuevos habitares.



Frente a nuevas dimensiones de la materia y la técnica

Planilla de horarios y turnos de trabajo colectivo, salón comunal de La Cachimba del Piojo

Como puede pensarse gracias a la fotografía anterior, se abre toda una nueva dimensión abstracta directamente en relación con las acciones promovidas por el plan en marcha: necesidad de organizar, de alcanzar los mayores niveles de gestión en los entornos espaciales y redes sociales que conforman un locus de intervención. Para ello, hay que conocer, manejar tablas de información, asumir rutinas de trabajo con materiales y herramientas de construcción, deliberar y gestionar colectivamente recursos y tiempos que atañen al propio futuro próximo.

Hagamos un repaso: como planteamos en la primera sección de este capítulo, esta etnografía es realizada dentro de una red de procesos que son un salto cualitativo, una ruptura epistemológica con la realidad para emprender un proyecto de una nueva vida, de un nuevo entorno con sus paisajes y entidades que lo pueblan, un ambiente y hábitat y sus maneras de habitarlo. En el caso de este plan, y esto es una cuestión generalizada en las diferentes políticas de vivienda social, las unidades identificables como participantes dialogan con redes domésticas cotidianas, muchas veces sostenidas en cuestiones de parentesco, en las que se tiene, por lo general, a mujeres madres de varios hijos como eje de estructuración principal. Un entorno de vínculos cercanos se complementa antagónicamente con el encuentro de experiencias radicalmente nuevas, tanto relativas a la construcción edilicia y su propiedad de condensar las materializaciones como a la organización y gestión de los recursos para ello, más la construcción política de colectivos factibles de sembrar redes en los territorios generados.

Todo esto puede comprenderse, desde el punto de vista de los saberes y la producción de subjetividad envueltos en ellos, con elementos que vienen de la antropología de la ciencia y la tecnología, sostenida también en etnografías exploratorias en escenarios hasta entonces no alcanzados (Latour y Woolgar, 1995; Latour, 2001). Como vimos a continuación, para la obra propiamente dicha, se configuraron otras grupalidades, que tenían vínculos diversos con las familiares, en ambos sentidos del término: por filiación, alianza y por convivencia más amplia. Allí se conformó un dispositivo (Deleuze, 1990) caracterizado, principalmente, por ser grupal (Del Cueto y Fernández, 2000), en el que se identificaban ciertas figuras,

no exactamente iguales para cualquier tipo de grupo. En este caso, la posición social de un perfil importante de los varones jóvenes y adultos los coloca en el camino de los oficios de la construcción, por lo que tales acontecimientos colectivos de ponerse manos a la obra los situó, a su vez, en otras posiciones especiales en relación con los otros, según tipos de liderazgos, al mismo tiempo que se consolidaron las relaciones horizontales entre los integrantes gracias a prácticas según mediaciones específicas (Clastres, 1978). Ello se da, a su vez, en el juego de fuerzas con el Estado y sus formas cercanas en ámbitos donde tradicionalmente ha estado ausente (Das y Pool, 2008). Estos habitantes ya tienen un trayecto recorrido en cuanto a experiencias y procesos que los han ido configurando desde el trabajo y su universo de cuestiones a tener en cuenta. Sus relaciones con las herramientas, las máquinas y la técnica en general se convierten en el indicador que permite expresar y colocar en valor lo que de forma inmanente va estableciéndose como el sustrato o base de fondo para plantear qué es lo real y por dónde hay que avanzar.

En una primera escala del proceso, esto se traduce en los vínculos y sentidos que pueden existir entre los habitantes y lo que se va generando desde la implementación del Plan Juntos, como hemos visto, inspirado en la búsqueda de la autogestión y el empoderamiento de los sujetos involucrados. El proyecto arquitectónico-urbanístico y los imaginarios, fantasías y deseos, así como los conocimientos de los participantes, dialogan en múltiples formas, con sus dilemas y conflictos (Rizek y Barros, 2006), a partir de tipos de comunicación diferenciales, con sus lógicas mediacionales que las hacen singulares y singularizantes en lo que acontece. A veces, no existe un proyecto elaborado en los términos genéricos de la arquitectura, sino una serie de elementos a tomar en cuenta, como tipologías edilicias y ciertas pautas del ordenamiento territorial que van cambiando a lo largo del tiempo. Hay que considerar la institución en cuestión, pero desde la efectiva puesta en marcha de sus acciones, día tras día, por parte de los distintos actores involucrados, desde los roles asignados y la emergencia de otros, de formas más o menos participativas según la perspectiva adoptada y las resoluciones específicas que cobran vida en la inmanencia de las prácticas. En uno de nuestros casos, la emblemática Cachimba del Piojo, se planteó un proyecto que estuvo directamente involucrado en instancias internacionales de evaluación según el sistema de concursos. No pudimos ahondar como hubiéramos deseado en este aspecto, pues no fue posible por las condiciones del trabajo de campo y nuestra inserción resultante en el contexto. Pero una serie de entrevistas en profundidad, en especial, una amplia y densa conversación colectiva en el salón comunal del plan en el lugar, nos brindó pistas muy sobresalientes para acceder a la interpretación de las significaciones y sentidos puestos en juego en esta experiencia.

Sobre diario de campo

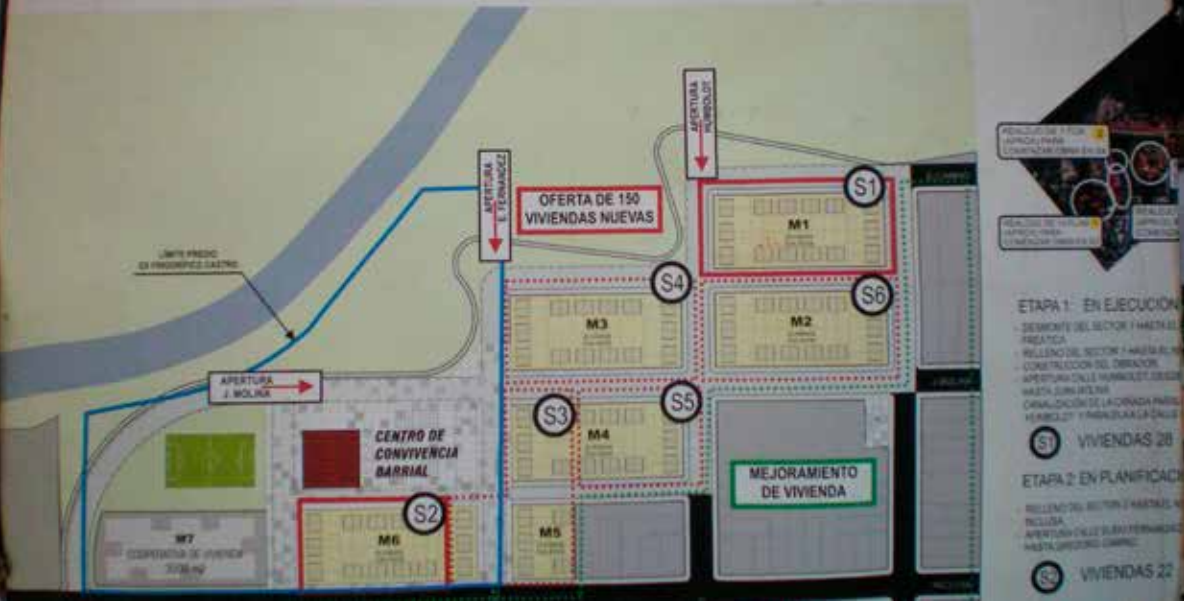
18 de setiembre de 2013

Le había comentado al educador popular que sería bueno conocer el proyecto arquitectónico-urbanístico y lo interesante que sería ponerlo en consideración junto con los vecinos participantes del plan. Se había manifestado con interés de traer y volver a colocar unos cartones con perspectivas, plantas y cortes realizados por la arquitecta responsable de las obras. Esta vez, al llegar al salón comunal, me los encontré expuestos. Me pareció que resultaban más legibles las perspectivas. Me aclaró que desde el comienzo se había pensado que el proyecto sería modificado, que esto representaba una dirección general del plan, y prosiguió diciendo que este se encontraba alterado debido al vecino más externo con sus «galpones» para el acopio de residuos y su comercialización, quien se había resistido hasta ese momento a colaborar.



PROGRAMA DE REVITALIZACIÓN SOCIO-URBANA DEL BARRIO LA CACHIMBA

PLANIFICACIÓN DE LAS ETAPAS DE INTERVENCIÓN



Del proyecto, expuesto ante los participantes en diferentes momentos y situaciones, ahora exhibido todos los días en los cartones colgados en el salón comunal, podemos extraer una serie de consideraciones de mucha importancia. Vemos que se planteaba la creación de un nuevo territorio urbano dotado de 150 viviendas, donde se integrarían las obras del Plan Juntos en una suerte de complejo habitacional junto a una cooperativa de viviendas de ayuda mutua. Estas últimas son, quizás, de lo más representativo de los movimientos sociales uruguayos, con un especial desarrollo en lo relativo a la lucha por la vivienda (Nahoum, 1999). Afortunadamente, a lo largo de los últimos años de este primer período de existencia del plan, la federación de cooperativas de este tipo se fue involucrando cada vez más, aportando al punto de comenzar a darse proyectos de intervención conjuntos. Si esto último no pudiera darse, podría ser importante contar con una coexistencia planteada *a priori* entre el resultado de los dos tipos de intervenciones urbanas, pero ello no asegura un camino futuro sin la necesidad de proseguir el trabajo de inclusión social, más que nada en aquellos habitantes provenientes del Plan Juntos, los más afectados por décadas de estructuras sociales de exclusión. Esta cooperativa, junto con un denominado Centro de Convivencia Barrial, se inscriben dentro de las fronteras del ex-Frigorífico Castro, una gran estructura heredera de los modelos clásicos en la zona, como el que incluye a la Colagel del otro lado del arroyo, ya en el Cerro, y en el que nos hemos detenido en un capítulo particular con relación a los paisajes desde nuestros campos de exploración.²⁰ Estos terrenos habrían sido puestos a disposición del plan recientemente, y parte del trabajo con él es lo que vamos a encontrar a continuación como uno de los asuntos que enfrentan a algunos de los habitantes a nuevas dimensiones de la materia y la técnica.

Son de destacar los términos empleados en el diseño allí expuesto. Programa de Revitalización Socio-Urbana del Barrio La Cachimba es el título general. Los habitantes que logramos conocer y con los cuales profundizar en diálogos e instancias compartidas no parecían sentirse, hasta entonces, en un barrio. Esta categorización, como unidad territorial, ha sido por demás problematizada en los estudios urbanos contemporáneos, en especial en los aportes provenientes de la antropología latinoamericana, poniéndose en consideración sus cualidades singulares y las relaciones con otros elementos definitorios de la espacialidad, como «manchas», «circuitos» y «pedazos» particulares (Magnani, 2002; Gravano, 2003). Lo veremos más adelante en los capítulos focalizados en el estudio de los llamados espacios públicos, con el mismo espíritu problematizador e intentando plantear la cuestión en los términos de la producción de subjetividad y la comunicación, para lo cual la espacialidad y la temporalidad serán los temas centrales, gracias al estudio de la composición de territorios. Más allá de si existe o no una entidad de este tipo previamente, que no es el caso, el plan se propuso un proyecto al respecto también: generar una comunidad. Lo que sí encontramos de forma patente en la realidad existente al respecto es una diferenciación con La Teja, lo que conforma la trama urbana tradicional en la zona hacia el otro lado del borde del agua donde está aprisionado el asentamiento.

20 Ver capítulo «Territorios metropolitanos del Plan Juntos: paisajes de la resistencia».

Otros puntos pequeños similares, anteriores a la implementación del plan, pueden encontrarse a lo largo de la orilla cercana del arroyo Pantanoso, como Tres Ombúes, así como también canteras pequeñas de extracción de material son identificadas por los habitantes, incluso por el hecho de haber residido allí anteriormente, entre medio kilómetro y un kilómetro y medio de distancia, siguiendo el borde de agua. Sin lugar a dudas, se plantea una problemática muy compleja en la manera de conformar este nuevo territorio, que es espacial pero existencial en un sentido holístico, no tan solo físico. Como hemos expuesto en los primeros capítulos de esta investigación, la creación de ciudad en los ambientes más duros de la informalidad y la exclusión conlleva una difícil tarea de crear textura urbana, comunicando con los otros paisajes y, al mismo tiempo, dotando de cualidades emergentes el entorno generado.²¹ No queda muy claro en qué sentido puede pensarse aquí en una «revitalización». Esto daría por implícita la existencia de algo previo que tenía vitalidad y que, de alguna manera, la perdió o fue disminuida. Quizás, la perspectiva presente en las intervenciones urbanas en estos contextos críticos y que viene adoptándose en el planeta, en particular en América Latina, va por este sentido de aceptar la existencia y de buscar los valores emergentes en las configuraciones que no por ello se hallan en situaciones críticas (Álvarez Rivadulla, 2015). Por último, también se encuentra al respecto la denominación *sociohabitacional*, tomada directamente de la institucionalidad del plan. Las obras están proyectadas temporalmente como un proceso en etapas. Tuvimos nuestra experiencia de campo entre los momentos en que estaban en construcción las bases de los pares de viviendas de la primera manzana (S1) y en alzamiento los segundos pisos de estas y las bases de las viviendas de la siguiente.



21 Ver capítulo «El arte de construir ciudad allí donde es más urgente».

18 de setiembre de 2013

Me encontré sentado en una de las sillas de la mesa del salón comunal, quizás en el espacio más significativo con relación a las transformaciones producidas en el marco del Plan Juntos en el sitio. Estaba acompañando a María en sus tareas de coordinación y de una suerte de secretaría, imprescindible para recibir desde dentro y fuera demandas y, al mismo tiempo, para proponer y administrar los caminos a seguir. El Porteño se instaló al otro lado, frente a mí, que estaba contra la pared, entre la mesa del escritorio y la puerta. Apareció dialogando con María sobre las clases, lo que se correspondía con el cuaderno de estudios que tenía en una de sus manos. Nos presentamos con un abrazo. Me comentó después que su apodo tenía que ver con su procedencia argentina. Había nacido allí, pero vive en Uruguay desde los 14 años de edad. Lomas de Zamora, La Boca y otras localidades principalmente del Gran Buenos Aires eran sus referencias ante mis preguntas al respecto.

El tema había salido a colación porque, muy pronto él ingresó, también lo hizo El Chucky, con quien dialogaba sobre la necesidad de contar con documentación de identidad para ingresar a las instalaciones del ex-Frigorífico Castro, de donde llegaba con otros más, incluido el educador popular del plan. Incluso se refirió al documento como un «DNI» (Documento Nacional de Identificación), que es argentino, no uruguayo. Enseguida, María me miró y me aclaró la situación, a la cual asentí, sobre lo caro y, por tanto, difícil que resulta hacer frente al proceso de legalización entre países supuestamente más que ligados, incluso en el ámbito estatal. Necesitaba estos documentos para actividades tan diferentes y complementarias como ingresar a espacios relativos a las tareas en el marco del plan urbanístico que lo tenía de participante, poder acceder a puestos de trabajo y ser miembro de un equipo de fútbol en la liga local amateur.

Estos vecinos y participantes del plan venían de evaluar la situación para acometer las obras en las viejas instalaciones fabriles en desuso del ex-Frigorífico Castro, emblemático en la zona. El polvo blanco en el calzado, las ropas igual de afectadas, enmarcadas en los relatos que a continuación realizarían, y el paisaje que contemplamos eran índices de un espacio enorme y abandonado, lleno de cosas grandes, pesadas y metálicas. La tarea consistió básicamente en desmontar y demoler grandes partes de la estructura arquitectónica del exfrigorífico, para avanzar en la obra de construcción del nuevo territorio urbano por un lado y para utilizar el material factible de ser vendido por los elementos que lo constituían por otro, para ir sumando algunos recursos financieros al plan que no contaba casi con ellos.

El Chucky estaba visiblemente cansado, preparándose para ir a las clases de adultos junto con El Porteño. Me explicaron ambos que se trataba de clases de apoyo para rendir el examen que acreditaba la educación primaria completa. Esto se llevaba a cabo en el pequeño local del MLN-Tuparamos a un par de calles de La Cachimba y se contaba con la colaboración de una maestra para ello. Me mostró muy orgulloso su cuaderno. Vi frases escritas en letra cursiva, de muy buena caligrafía, y apuntes de economía y contabilidad, principalmente cálculos de porcentajes y reglas de proporcionalidad, realizados utilizando boletas de compra obtenidas por ellos mismos. «¡Mirá lo que es el IVA!», me dijo refiriéndose al impuesto por el valor agregado, mientras miramos una boleta de compra de muebles.

Se consultaron entre sí sobre el horario de esa clase, mientras María rearmaba un mate, usando una jarra térmica para calentar agua y cambiando la yerba. El Chucky se sentó a su lado. Insistí en dialogar sobre el tema del ex-Frigorífico Castro, gracias a los comentarios que él estaba realizando, focalizado en lo duro que parecía ser. Comentó que el Ejército —el cual estaba colaborando con el plan— les había planteado la posibilidad de tener que cobrarles por hacer uso de la serie de maquinaria y los caminos a abrir para llevarse todo el material considerador de valor entre las ruinas industriales. En eso, llegó el educador popular, que vino del mismo evento. De esa manera, pasamos a conformar un grupo de cuatro en torno al escritorio del salón comunal, frente a la ventana delantera. La mayor parte del tiempo también estuvo presente un joven del lugar, que estaba desde antes y al que se aludió en varias ocasiones en relación con la cooperativa de trabajo en conformación entre los clasificadores de residuos.

Para dar sentido a la reconstrucción del diálogo generado y extraer consideraciones para triangular con otras y poder plantear dimensiones, procesos y cualidades de los fenómenos aquí investigados, seguiré secuencias temáticas abordadas, hilos narrativos que se entrecruzan en varias oportunidades, se interrumpen y vuelven a comenzar después de un rato. Podemos distinguir los que fueron dominantes: *la problemática del manejo de las instalaciones del ex-Frigorífico Castro*; *la conformación de la cooperativa de trabajo*, como la denominan, de varones y mujeres (especialmente la primera); *las cuestiones organizativas y de coyuntura del colectivo* en formación ante las situaciones a las que se enfrentaba, y *reflexiones y meditaciones más en general*, producidas en momentos en los que se alcanzó mayor confianza, intensidad y compromiso en la comunicación, como para poder manifestar explícitamente lo que se pensaba sobre la vida, el presente y el futuro.

Foucault avanzó con gran contundencia cuando en sus últimos trabajos nos plantea la necesidad de pensar la investigación como «el estudio de los modos de problematización» (Foucault, 2002). Estaba pensando en una «ontología del presente», en la que la producción de subjetividad es aprehendida en lo que puedan constituir los acontecimientos y las prácticas de mayor intensidad en lo relativo a la creación y recreación de sus formas (Álvarez Pedrosian, 2011a: 163-173). Es de esta manera como analizaremos los contenidos y las expresiones que se derivan de este diálogo, totalmente emanado de lo que significa estar manos a la obra, es decir, en medio de las experiencias de transformación del hábitat y las maneras de habitarlo, esta vez, focalizados en lo que concierne a los nuevos desafíos a otras escalas y que encuentran en la técnica y las tecnologías para enfrentarlos el interés principal. Se trata de cuestiones de índole humana y no humana, de aspectos que hacen tanto a las obras constructivas como a la forma de gestionar los recursos para ello y la vida cotidiana en el lugar.

En primer término, las viejas estructuras se asoman e integran el paisaje como testimonios de otros tiempos, no como una industria desaparecida —como pudo haber ocurrido durante los años de hegemonía política del neoliberalismo—, sino como oportunidad para nuevos espacios y especialidades. La existencia del Polo Industrial del Cerro, tras el exfrigorífico, al cruzar el arroyo Pantanoso, y una serie de obras en marcha a este lado del curso

de agua no permiten considerarlo como un ente aislado y decadente, olvidado y ajeno a lo que acontece, más bien lo contrario. Es una mole de gran envergadura y su manipulación es todo un problema. Su dominio resultó conflictivo, pues ingresaban diversos pequeños grupos intentando hacerse de algún elemento de metal para ser vendido informalmente. Especies de recolectores de desechos industriales se filtraban en ciertos puntos por donde era viable hacerlo. Por ello, había agentes de la Guardia Republicana, cuerpo armado muy particular, tradicionalmente alejado de las tareas de este tipo.

Según se consideraba en el momento, las instalaciones del exfrigorífico tejano eran un extraño tesoro, una fuente de posibilidades que, al mismo tiempo, requerían mucho esfuerzo que se sumaba al ya presente en lo concerniente a las obras de relleno del amplio terreno, construcción de las viviendas allí y la proyectada demolición del antiguo asentamiento finalmente despoblado, terreno sobre el cual se alzaría un parque lineal de dimensiones locales al borde del arroyo y su bañado. El énfasis en la demolición y el desmantelamiento, en fin, en la deconstrucción, era una inquietud que, creemos, estaba directamente asociada a un salto o umbral en los vínculos, mediaciones, procesos transversales entre las subjetividades involucradas y las materialidades presentes y generadas. Los habitantes-participantes estaban construyendo, y a partir de esta nueva experiencia integraron activamente el otro sentido, o mejor dicho, la otra dirección del mismo sentido: la construcción/deconstrucción en tanto dinámica, flujo de materializaciones y formalizaciones que adoptan ciertas cristalizaciones que no dejan de estar en devenir, ser múltiples en sus componentes y demás (Latour y Yaneva, 2008). Al erigir de todo habitar, según Heidegger (1994), hay que sumarle el preservar. Esto debe incluir también el desmantelamiento, la destrucción y lo «echado a perder» (Lynch y Southworth, 2005), lo que puede dar lugar, a su vez, al reciclaje.

Los espacios a ser generados en ese gran predio eran los asociados a las actividades colectivas, las que las políticas públicas conciben como culturales, deportivas y de gestión. Esto tenía que darse lo antes posible, según los planes del colectivo organizado: las oficinas del plan, el nuevo salón comunal, espacios para la realización de los talleres ya en marcha (como el de música de candombe, ofrecido por Mundo Afro), lo necesario para el funcionamiento de las cooperativas de trabajo de los habitantes, todo tenía que trasladarse para allí. El lugar en el que estábamos adoptaría lo que parece haber ido ganando ocupación y que reclamaba mucha atención, el cual tenía, quizás, a las mujeres como principales defensoras con su insistencia: un merendero. Según muchas vecinas, podía llegar a dar entre 50 y 100 raciones diarias, entre niños, adultos y trabajadores de diferente tipo que eran parte del plan. «Ya vas a ver cómo se pone esto», dijo María, viendo un posible aumento de su funcionamiento gracias a nuevos recursos relacionados con la cuestión de la deconstrucción de la antigua fábrica. Hay «dos cosas fundamentales para lo que se necesita plata», prosiguió: «carne y aceite».

La seguridad era un aspecto reservado al cuidado no solo de la propiedad de lo que había allí dentro, sino de su manipulación. Los trabajos de demolición y desmantelamiento edilicio parecían preocupar y llamar a la cautela. Una materialidad descomunal, fenomenicamente inabarcable, requería ser aprehendida, y los peligros eran importantes. Saberes y tecnologías hacían falta para ello, que afectaban directamente el trabajo edilicio, pero no se limitaban a ello. El Chucky se reía y decía que si se moría por algún accidente en el lugar, era por los fines del Plan Juntos. Medio en broma, medio en serio, se vislumbran

los temores y cuidados que se despertaban ante nuevas dimensiones de la materialidad y la técnica. Los demás asentimos y sonreímos. María ironizó con la posibilidad de que, en un futuro cercano, siguiendo el humor negro, se pusiera una placa de recordación en algún espacio público bautizado por él con su apodo. De los dispositivos técnicos de esa arquitectura fabril, lo que condensaba esos sentimientos eran los afectos producidos por el gran ascensor. El educador popular me dijo que imaginara el tamaño de esos elementos, propios de un frigorífico, suspendidos en el aire. También hizo alusión a cómo El Chucky y otro de los participantes pasaban por debajo sin mayor miramiento, lo que reforzaba la necesidad de precaución y su insistencia en poner el acento en ello.

El Ejército podía colaborar con cierta maquinaria y camiones para transportar las cosas, pero no lo harían sin tener que costearlo. Ahora, tomando mate, reflexionamos sobre todo lo que había que hacer. Era, efectivamente, un proyecto en sí mismo que podía llevar años y concentrar muchos esfuerzos. Estaba ya planteado dentro del anteproyecto urbano desde el comienzo. Esto podía observarse en las perspectivas impresas y colgadas en el actual salón comunal: la estructura de galpones en forma de dientes se mantendría, mientras que todo lo demás se demolería. También se manejó la posibilidad de que un vecino cercano, conocido por todos y solidario con el Plan Juntos en la zona, prestara y adquiriera martillos hidráulicos y otro tipo de herramientas para el trabajo.

La participación del cuerpo policial de la Guardia Republicana era otra problemática considerada. Como hemos investigado en otras oportunidades en relación con los fenómenos de producción de subjetividad en la periferia urbana del Montevideo contemporáneo (Álvarez Pedrosian, 2013a), y en conexión con lo que acontece en múltiples territorios similares y distintos en las urbes latinoamericanas principalmente, la Policía y el Ejército tienen una doble presencia. Por un lado, allí residen la gran mayoría de la masa de subalternos; por el otro, no deja de simbolizar y efectivizar el control de la fuerza en general (Suárez de Garay, 2005). «La otra noche no sabés cómo se escuchaba, parecían fuegos artificiales: pum, pum; disparos...», dijo una de las vecinas. El temor por la cercanía de armas de fuego en uso, por el sonido de disparos, aparecía como signo de una condición del nuevo habitar: la necesidad de cuidar unos recursos colectivos, en tanto propiedad que corría peligro a causa de saqueadores de ruinas fabriles, lugares presentes en ambos lados del arroyo Pantanoso.

Sensiblemente, había una diferencia urbanística entre las ruinas y el sitio donde se ubicaba el asentamiento La Cachimba y estaban las obras en marcha: la accesibilidad. El espacio del exfrigorífico cuenta con una conexión a la trama urbana privilegiada, como corresponde a un emprendimiento completamente inscrito en las redes sociales y económicas en sus mejores años. Estos restos ni siquiera son accesibles para los habitantes de La Cachimba actualmente: deben salir, ingresar a los tramos de calles finales contra el borde del damero tradicional y, luego, llegar al portón principal del establecimiento. Allí, en las antiguas instalaciones que quedan por delante hacia un costado, se está en la ciudad.

El segundo y tercer eje narrativo del diálogo que seguimos de base para mapear lo referente a estos fenómenos pueden plantearse conjuntamente. Se trata, por un lado, de lo relativo a la creación de cooperativas de trabajo. El propósito era nuclear a vecinos en torno a un emprendimiento que, a su vez, los librara de menesteres nocivos y reproductores de la pobreza y la exclusión, como, por ejemplo, la recolección y clasificación de residuos

en carros de caballos o a tracción humana. Y, por el otro, de los problemas y desafíos de la autoorganización en las condiciones concretas del colectivo directamente generado por el plan de acuerdo a redes previas, mayormente de parentesco y vecinazgo.

Al respecto, El Chucky puso en juego el destino de los potenciales dineros, fruto de la futura venta de materiales reciclados en las ruinas industriales del exfrigorífico. Los recursos eran muy limitados y había varios frentes, entre ellos, el merendero antes descrito. Al parecer, las mujeres nucleadas en su gestión y propia subsistencia habían planteado sus necesidades en diferentes ámbitos deliberativos y resolutivos, así como en conversaciones cotidianas entre vecinos. Los varones que estaban intentando organizarse para hacer trabajos manuales vinculados a la limpieza y mantenimiento necesitaban herramientas para prepararse y salir a brindar el servicio. Esto era un ejemplo de toda una condición económica, en el sentido genérico, tanto libidinal como material. Era comprensible el nivel de ansiedad y la necesidad de evaluar muy detenidamente los recursos ante tantas carencias. Lo que parecía estar siendo problematizado, en fin, era la textura de la temporalidad: las prácticas para hacerse de tiempo, las diversas duraciones, frecuencias, secuencias, ritmos, distribución o reparto (Flaherty, 2011). Así, aparecieron los diferentes plazos y sus cualidades en tanto escalas, cada una con sus propias lógicas: el comer todos los días, las obras edilicias de meses y años, el aprender un oficio junto con los vecinos dentro de tales procesos y el ir fogueándose en los ambientes laborales por fuera de las redes y circuitos hasta ahora más frecuentados. Por entonces, ya se habían creado tres o cuatro órganos institucionales de acción y el organigrama en sí mismo estaba en construcción explícitamente. «Siempre se arregla hablándolo», reiteraba el educador popular ante signos de preocupación por conflictos inevitables en tales circunstancias, los cuales buscaba que se convirtieran en fuentes de aprendizaje para todos los involucrados.

El educador popular que actuó por el plan en La Cachimba se mostró, desde el comienzo, muy interesado en generar cooperativas de trabajo en torno a tareas como la limpieza y el mantenimiento de espacios, y apoyó el proceso de transformación de las formas de habitar, tanto para resolver el problema de la basura (el vivir de y entre ella) como para instalar un conjunto de prácticas laborales que fueran directo al cuidado del ambiente. Para ello, buscó articulaciones con las instituciones municipales en los diferentes niveles de gobierno, así como a través de lo que el Plan Juntos podía posibilitar por sus redes. Esta cuestión fue tan central que, en algunos casos, se encontraron especies de confrontaciones de fuerzas que, supuestamente, debían ir hacia una misma dirección, pero que, de hecho, se anulaban. Fueron situaciones experimentadas por algunos habitantes y participantes del plan que, por ingresar al proceso, adquirieron un nuevo estatus que los eliminó de otra serie de prestaciones relativas a la canasta básica alimenticia y demás. En un momento, tuvieron que ponerse de acuerdo diferentes oficinas estatales para que esto no ocurriera más («MIDES quita tarjeta Uruguay Social a quienes acceden a vivienda del Plan Juntos», 2013; «MIDES: Por acceder a Plan Juntos no se retira tarjeta Uruguay Social», 2013). Situaciones que respondieron a esta misma condición pudieron encontrarse cuando algunos vecinos dijeron no poder cumplir con las horas de trabajo exigidas por la organización a causa de tener que trabajar para conseguir la forma de solventar a su familia. En tal sentido, el plan fue, efectivamente, mucho más que construir viviendas: fue generar nuevos habitares.

Un ejemplo de ello, por demás relevador, fue la propuesta de poder construir espacios con un tipo de espacialidad acorde a aquellos hombres jóvenes y adultos que eran parte de las redes sociales existentes y que tenían formas de vincularse con las mujeres y madres de muchos de sus hijos de formas variadas (exparejas, parejas intermitentes, posibles futuras parejas y sus combinaciones en el tiempo). En el colectivo, se planteó la idea —que ya venía siendo considerada— de contar con monoambientes, algo muy novedoso y que podía ser una solución arquitectónica y social interesante. La problemática de género no es exclusiva de los contextos de intervención del plan, pero la exclusión generalizada y la precariedad hacen que todo tipo de derechos se encuentren ante la delgada y fina línea desde la cual se los vulnera. De hecho, esa es la condición imperante con la cual las diversas formas de violencia se muestran más evidentes, emergen sin mayores mediaciones. Mucho de ello puede ser abordado por el diseño existencial a partir de nuevas espaciotemporalidades arquitectónicas y urbanísticas, que den lugar a espacialidades y combinaciones entre ellas con formas flexibles y plásticas que propicien procesos de expresión más creativos y, con ello, de producción de subjetividad.

Como venimos planteando, en cuarto y último lugar, podemos considerar las reflexiones y otras formas de razonamiento que emergieron en el diálogo, propias de una enunciación en términos de valores, presentes como fondo en general de los discursos, pero, por momentos, explicitadas. Esto siempre nos ha interesado en especial, pues es la instancia en la cual es posible el trabajo con los conceptos, el arte de filosofar (Deleuze y Guattari, 1997*b*), lo más específico de los aportes colaborativos de una investigación de corte etnográfico desde el punto de vista cognoscente (Álvarez Pedrosian, 2013*a*). Pero claro, la actitud, el cómo, la disposición son fundamentales, y lo más difícil siempre parece ser el salirse de las formas autoritarias, cerradas, propias del sentido común, de la ideología, la religión y otras formas de tradiciones, incluso, de la propia filosofía.

En este caso, El Chucky abrió también el juego ante los comentarios de María sobre los problemas de infraestructura y sobre cómo, en concreto, «como si fuera un virus», se fueron quemando heladeras y frízeres en todo el asentamiento. «A mí me enseñaron así, desde chiquito», dijo El Chucky frente a los relatos sobre los gastos, pérdidas y demás asuntos asociados a la quema del frízer de María. Ella comenzó a narrar cómo él la había acompañado a comprar una serie de electrodomésticos en un momento determinado. Ella había tenido precauciones y él habría sido libre de manos, pidiendo los aparatos más caros, pues «la vida es ahora». Y, desgraciadamente, se quemaron otra vez debido a lo informal y precario del cableado eléctrico del asentamiento. María se lamentaba por la pérdida de comida almacenada y echada a perder. «Y más cuando tenés hijos chicos: tenés que pensar en tener siempre para comer», dijo poniendo en evidencia su experiencia con 10 de estos. Él insistió con que no valía la pena preocuparse por el futuro: «Vos no sabés si al otro día estás muerto. Lo único que existe es esto, ahora». Y, de pronto, nos habíamos transportado a los mares de la metafísica...

En esa situación, otra vez, callé y escuché con muchísima atención primero, para poder intervenir en pos de promover la creación conceptual y, con ella, un tipo de producción de subjetividad bastante particular, creemos nosotros, potenciada por el sobrevuelo y la virtualidad que habilita el pensar. Igualmente, la intervención debe hacerse de manera tal

de no inhibir, bajo ninguna forma, el pensamiento del otro, que es radicalmente diferente. Recordemos aquí los análisis sobre el denominado «pensamiento popular» llevados a cabo por Rodolfo Kusch (2013): según su planteo, existiría una suerte de «trampa lógica» que hace que este se presente como negado a sí mismo, como pura emotividad, dinámica que, en definitiva, está presente en todos en forma de resentimiento, tal como Nietzsche lo expresara en su contexto.

Otra vez, la infraestructura para sostener la vida cotidiana, en términos de acceso a los servicios, en este caso, la red eléctrica, puso al descubierto una cosmovisión ligada a la emergencia permanente y la «inmediatez» (Rostagnol, 2003: 43). Se trata de una cuestión para nada reservada a los sectores más desfavorecidos de las sociedades modernas y sus derivas contemporáneas, pues estos universos de existencia son la contracara perfecta del capitalismo más avanzado de estos tiempos en su versión neoliberal de consumo, instantaneidad y falta de proyección, en síntesis, productor de crisis (Hardt y Negri, 2005: 33).

El educador popular jugó sus cartas desde su rol, con plena aceptación de que lo importante no era imponerle al otro nada. Puso, entonces, en consideración el hecho de que El Chucky, sus padres y sus conocidos tuvieron que adaptarse a vivir el ahora por haber sido expulsados de la ciudad, por tener que estar al margen, preocupados por lo básico, de alguna forma, objetivando la precariedad. Después de eso, me animé a decir algo:

Quizás, lo interesante sería poder hacer las dos cosas, lo que dice María y lo que dice El Chucky, vivir el momento y planificar un futuro a la vez, disfrutando lo que hay y pudiendo construir otras cosas más grandes: todo esto que están haciendo...

Y señalé los cartones con las perspectivas y plantas del plan que colgaban de la pared.

Sobre diario de campo

18 de setiembre de 2013

Mientras habíamos estado compartiendo la última media hora, aparecieron un par de jóvenes a plantearles a los presentes que «un vecino», con nombre, había donado un televisor. Pidieron prestada una carretilla de la obra y, cuando estábamos en esos últimos momentos con el grupo dialogando, a punto de salir, llegaron con dicho aparato en carretilla. Felices, nos sorprendieron a todos. El televisor me pareció gigantesco (no puedo dar cuenta del número de pulgadas de la pantalla, pero debía ser de los mayores). Sacaron el viejo aparato de su lugar dentro del salón. Estaba sintonizado en un programa de chimentos de la tarde, de factura argentina, emitido por el canal más antiguo del país. Se discutió durante unos segundos sobre la necesidad de antena y rápidamente se puso la del otro aparato. Ocupaba, para mis parámetros, tanto espacio que atiné a decir algo como «ahora, cesión de cine».

Tanto El Chucky como El Porteño, sin lazos de pareja en esos momentos, bromearon diciendo que, en breve, se vendrían a instalar al salón comunal. Ambos eran de quienes estaban involucrados de lleno en el proceso, relacionados con mujeres y niños del lugar, y en las posibles alternativas de vida más allá de la basura y en el camino cooperativo.

Ya lo venía observando desde jornadas pasadas, gracias, además, a relatos de vecinos: el predio del salón comunal era un espacio de múltiples usos, donde incluso se desdibujan las fronteras entre los ámbitos públicos y los de intimidad. El baño, en particular, resultaba ser quizás el único así de equipado al que tenían acceso los habitantes de La Cachimba. La cocina era igual de cualificada en relación con todo lo que existía en su entorno. Si le sumamos el suministro de agua y electricidad en forma correcta, este sitio era un espacio radicalmente diferente en medio del resto. De hecho, era una materialización de lo que se esperaba en un futuro cercano, hacia donde iban las cosas día a día movidas en tal dirección. Era una promesa y una constatación de que sí era posible. Era la evidencia de otro habitar.







Espacios y públicos²²

¿Qué es un territorio?

A continuación, avanzamos en la forma de explorar etnográficamente la cuestión del diseño y construcción de nuevos habitares. La cuestión central, desde nuestro punto de vista, puede ser enunciada de la siguiente manera: ¿de qué modo se lleva a cabo el proceso de creación de nuevos habitares? En esta situación en la que nos sumergimos, se está realizando la transformación de la materialidad, según diseños que están siendo generados como parte del proceso, con relación a dinámicas políticas y epistemológicas en las que se ponen en juego diferentes saberes y campos en conexión. Y, en el fondo, implica que aquello mismo que consideramos como habitar se ponga en discusión y se abra como problemática más que cerrarse como supuesto incuestionable, marco teórico, como aún se sigue denominando.

La teoría previa al ejercicio de investigación es necesariamente puesta en duda, al mismo tiempo que sirve de lanzadera o pista de despegue para la exploración. Pero ni siquiera ella es algo acabado, concluido, y el hecho de que al establecer un comienzo de investigación lo anterior aparezca como algo cerrado es un gran error. Tomamos, por tanto, un conjunto de herramientas conceptuales para usarlas, y ellas mismas están, en diferentes sentidos e intensidades, más o menos cristalizadas. Los problemas en torno a los procesos de subjetivación, en tanto el estudio de las formas de ser a partir de haceres y prácticas singulares y singularizantes, pueden enfocarse en las espaciotemporalidades y las maneras de estar en el mundo, de habitarlo. Las formas de habitar, como los procesos de subjetivación en general, van más allá e incluyen los procesos de diferenciación entre un adentro y un afuera, al estilo de espacio público y privado, de construcciones como individuo, sujeto y sociedad (Álvarez Pedrosian, 2011a).

En este caso, nos interesa traer cuestiones que hacen al *espacio público*, nuevamente bajo una profunda discusión que atañe cuestiones por demás relevantes en la contemporaneidad. Consideramos como problemática abierta su conceptualización. Lo primero que haremos será descomponer la asociación, para desustancializar el espacio y lo público al mismo tiempo, procurando no disolver la relación, sino más bien explorar su naturaleza lo más posible, inclusive teniendo en cuenta su inexistencia. Volveremos a ello en cada momento del análisis y en la síntesis final. Lo que ahora parece imponerse es la necesidad de delimitar la dimensión de estudio, aunque implique hacerlo de forma rizomática.

Un tipo de orden de intensidades, un *territorio*, es lo que aparece como realidad abor-dada. Sus fronteras son tanto materiales como inmateriales y en relaciones no unívocas. Lo que pasa dentro de un hogar es tan social como todo lo demás. Pero hay umbrales,

22 De acuerdo a una primera versión reducida, presentada y publicada en 2014 con el título «La gestación de un territorio o de cómo se teje la convivencia» en *Actas electrónicas del XII Congreso de la ALAIC*. (ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. 2014. «La gestación de un territorio o de cómo se teje la convivencia». EN LÍNEA. EN *Actas electrónicas del XII Congreso de la ALAIC*. Lima: ALAIC-PUCP. Disponible en: <<http://congreso.pucp.edu.pe/alaic2014/wp-content/uploads/2013/09/Ponencia-%C3%81lvarez-Pedrosian-XII-ALAIC-Lima-2014.pdf>>.)

niveles, dimensiones diferenciadas, en las que los factores presentes cambian de escala y de naturaleza al mismo tiempo, llegando a ser considerados de una forma que no es la misma siempre. Con todos estos recaudos, podemos plantearnos los territorios a ser analizados que hacen a las espaciotemporalidades que ningún habitante considera como exclusivamente propias y en las que algunos se interesan más que otros, aunque su impacto en todos es incuestionable.

Esto es particularmente relevante en estos casos de un plan en marcha que acepta la existencia de una crisis sociohabitacional en las poblaciones en las que pretende actuar. Es comprensible el porqué, pues, más allá de la crítica sobre la idea de una naturaleza de lo público, se encuentran lo colectivo, la inter- y transubjetividad, desde los cuales se comprende que cualquier configuración subjetiva es resultado de estas dinámicas transversales y más o menos holísticas. Un territorio es una configuración espaciotemporal que adquiere el carácter de hábitat para cierto tipo de entidades que lo pueblan. Esto se da a partir de la constitución de ordenamientos gracias a líneas de segmentaridad (como la dualidad público/privado justamente), microdevenires de desterritorialización relativa en los que son posibles las transformaciones dentro de lo existente, y a líneas de fuga, ya de desterritorialización absoluta (Deleuze y Guattari, 1997a: 319).

Las relaciones entre estos tipos de líneas, fuerzas o dinámicas de construcción y deconstrucción (del caos, terrestres y cósmicas respectivamente) son, por demás, múltiples. Otra forma de concebirlas es como las del umbral del caos al territorio, como la organización de este último en infraagenciamientos y como la salida hacia otros territorios, los interagenciamientos. Pero las preguntas son: ¿puede suceder que se generen territorios sin una de ellas?; ¿se trataría de un territorio o de otro tipo de entidad espaciotemporal, por tanto, generadora de cierto tipo de procesos de subjetivación de otra índole? Para ello, vamos a sumergirnos nuevamente en el análisis de Amanecer, uno de nuestros dos casos de estudio. Mucho de lo que acontece en este entorno en gestación tiene que ver con tal composición y diseño de lo territorial. Amanecer es experimentado, a veces, desde ciertos sentidos, según algunas subjetividades, como una zona que está conformándose, incluso, como un nuevo *barrio* —con todas las connotaciones que esta configuración en particular posee (Gravano, 2003)—, pero en permanente asedio por fuerzas contrarias a su conformación.

«Hay territorio desde el momento en que hay expresividad de ritmo» (Deleuze y Guattari, 1997a: 321). La comunicación, entendida como expresividad, en la senda del planteo de Spinoza más que en la representación cartesiana (Sfez, 1995), aparece como condición primordial en tal sentido. Medios y ritmos son tomados como «materiales de expresión» (Guattari, 1996). Como sucede con el color de los peces y pájaros, los colores de las viviendas pasan de ser meros resultados de funciones directas a expresar, como una marca, una firma, no de un sujeto, sino de una morada. Siguiendo el análisis de Deleuze y Guattari, las cualidades expresivas son anteriores a la propiedad o posesión; ellas generan la apropiación y no a la inversa, pues «constituyen un haber más profundo que el ser» (Deleuze y Guattari, 1997a: 322). Luego, la firma deviene en «estilo» cuando ya supera las funciones o impulsos inmediatos. Toda una micropolítica se lleva a cabo en esta dimensión de intensidades y fuerzas más o menos en tensión, en «distancia crítica», no medida, sino rítmica, del fluir de los elementos: de los habitantes, objetos y demás. Cuando esto no es posible,

no hay juego de diferencias en conexión y el territorio puede reducirse al propio cuerpo individual, o, como hemos constatado en diversos contextos de investigación, la diferencia entre lo urbano y lo arquitectónico, entre las escalas de la ciudad y la vivienda se difuminan, por lo que la habitación dentro de una vivienda se vuelve todo lo que puede ser habitado de forma plena.

Ciertamente, es preciso que se dé una suerte de descodificación en relación con los otros territorios para que de allí aparezca uno con sus propias singularidades, se produzca la génesis de un nuevo espacio-tiempo cíclicamente enlazado a una tierra determinada. Un territorio es algo tanto cerrado como abierto; es un problema de «consistencia», de heteróclitos, coexistencia y sucesión, en los tres niveles, escalas o dimensiones (Deleuze y Guattari, 1997a: 334).

De al lado, de abajo y de más allá

A partir de nuestros casos, correspondientes a distintas fases de la historia de cada zona, quizás podamos comprender las distintas formas de habitar que se encuentran convocadas una vez que se genera, gracias a la implementación del plan, una nueva realidad con habitantes procedentes de otros territorios. Si bien pueden existir otras trayectorias, consideramos que dichos son muy significativos para elaborar una tipología fuerte que ponga en contraste la heterogénesis existente, la cual no necesariamente denota una fragmentación social, cultural y espacial, y, por tanto, un espacio de lo público inexistente o tan solo enunciado como un deber ser inalcanzable, aunque es innegable la condición general de un «interiorismo posmoderno» para el cual el exterior es sinónimo de peligro (Méndez Rubio, 2009: 81). Esta situación, que efectivamente se termina dando en sitios como Amanecer, depende de otros factores además de estos que nos informan sobre las procedencias y emergencias de los habitantes involucrados en las configuraciones antropológicas de los residentes hasta el momento. Pero, sin duda, es una forma de esbozar la cartografía de estos fenómenos difícil de evadir, ya que constituye una de las fuentes principales de elementos a tener en cuenta.

Un primer grupo de habitantes aparece identificado por ellos mismos y por el resto como los correspondientes a otro plan anterior, el de regularización de asentamientos (PIAI), que se puso en obra hace algo así como diez años. Antes de eso, la cañada lo era todo. De allí viene su control, la definición de la senda doble a ambos lados de su canalización, los primeros trazos del ordenamiento territorial en general. Las viviendas que pertenecen a tal fase conforman una serie continua, ubicadas hacia el lado de la avenida (que más bien es un afluente de una ruta nacional), en la entrada de la zona en tal sentido, una sobre la acera norte, mientras que los primeros servicios educativos, sanitarios y comunitarios en general fueron construidos enfrente. Estos equipamientos pasaron a ser para todos, y no es de extrañar que estos se consideren «los primeros habitantes del barrio», como expresaron. Una de las vecinas nos narró el proceso de conformación de la zona a partir de su historia de vida, así como describió y evaluó la forma de habitar de su familia y de los vecinos próximos. Provenía de barrios consolidados de la zona oeste de Montevideo, de gran tradición obrera y de sectores populares. Sus padres fueron trasladándose hasta llegar a la zona inmediatamente vecina, un pequeño complejo de cabañas de tipo cooperativo.

Desde allí, viviendo con su compañero en una pequeña casilla al fondo del predio de sus padres, era partícipe, junto con futuros habitantes y vecinos, técnicos y autoridades municipales y estatales, de la generación del nuevo entorno que modificaba la cañada existente. Durante un duro temporal, pudo apreciar cómo volaban los techos y otros elementos, guardando una sensación de que ese nuevo paradero, contiguo, el de su futura vivienda, era aún un páramo. Trayendo los patrones de vida urbana, en especial, el referido al de casas independientes yuxtapuestas más o menos en una retícula de calles, aspira, hasta la actualidad, a encontrar una vía para que el nuevo territorio se aproxime a tal configuración. Fuerte es la distinción entre el espacio que considera propio, portón adentro, y el resto, que no es definido como público por no haber alcanzado las cualidades necesarias para ello. El agua de la cañada la amenaza cuando hay fuertes lluvias; el sonido de música y la cercanía de grandes perros la invaden por uno de los costados, pero no cesa en los intentos por organizar a los vecinos. Una explosión de color expresa fuertemente esta condición de viviendas y habitares que, según nos fue narrado, comenzó en esa casa, gesto que pasó a ser rápidamente imitado.

Un segundo grupo está constituido por algunos de los primeros beneficiarios del Plan Juntos, no de forma exclusiva, pero sí en mayor medida. Esta zona es, para nosotros, por demás importante, porque fue en ella, y quizás en otra más, donde comenzó a operar. Varios



de los habitantes que pertenecen a este grupo (identificado como «grupo 1» en la jerga local y en la administrativa) llegan tras ser realojados del asentamiento irregular, ubicado en los escombros de las instalaciones industriales de la ex-Colagel, a un par de kilómetros de allí, en la desembocadura del arroyo Pantanoso en la bahía de Montevideo, al ingresar al Cerro. Una de estas vecinas, como hemos visto, nos narra que el plan en su totalidad comienza a andar a partir de la trágica muerte de uno de sus hijos, aplastado por parte de las ruinas industriales en las que vivían y de las cuales sus habitantes y otros que llegaban hasta allí iban extrayendo materiales entre los escombros, factibles de ser vendidos como chatarra y residuos reciclables. Esta práctica la hemos observado también en La Cachimba, en plena remoción del histórico gran basural y la llegada de toneladas de escombros de obra para rellenar el terreno.

La vida en aquel asentamiento en la antigua fábrica Colagel (aún en pie, en sus derivaciones más distantes del acceso a la trama urbana) era completamente diferente a la que venían construyendo en la nueva zona, nuestro territorio en obra. Una suerte de adopción del estilo antes señalado pareció marcar la llegada e incorporación al lugar. Las viviendas, con otra tipología, se plegaron a la explosión de colores intensos pasteles, dialogando en un mismo estilo con las anteriores. Es en este sentido que, como hemos planteado previamente, se esboza un territorio, o mejor dicho, una territorialización. Cuando aplicamos la técnica gráfica de la cartografía con esta vecina para que nos representara ambos lugares, a escala de vivienda y a la media de la zona, optó por ir más allá, dibujando lo que consideraba como idóneo para expresar lo que nosotros solicitábamos.

En tal sentido, una suerte de planta de un laberinto monocromático de líneas y algunas figuras poco definidas correspondían a su experiencia del asentamiento, que incluía el ícono del portal de la industria de origen, aún en pie, y en el que se señalaba el sitio aproximado donde su hijo había fallecido. Por el contrario, no una planta sino la fachada era la imagen de la nueva vivienda, con sus ritmos de aberturas, celosamente defendida frente a posibles modificaciones en la marcha del plan, según nos narró, y compartida con otro par de viviendas contiguas: con una perteneciente a la familia de una de sus hijas y con otra de la familia de una vecina y amiga de dicho asentamiento, con la que emprendieron la aventura del plan. Frente a la insistencia de parte del etnógrafo acerca de la escala media de la zona, apareció la planta, y esta era de una regularidad (líneas paralelas y cruces perpendiculares) por demás contrastante al indefinido y caótico asentamiento de procedencia.²³

Un tercer tipo de habitares es identificado a partir de la experiencia de una familia que integra el denominado «grupo 2» de los beneficiarios del Plan Juntos allí. Existe un «grupo 3» de participantes que comparte características muy similares con este y que, a la vez, se distingue del anterior, pero no hemos llegado a ahondar en él. De todos modos, en los términos de este análisis, lo relevante es que existen otros habitantes que comparten las características de procedencia principalmente con los del primer grupo, pues han habitado en asentamientos irregulares hasta el momento, en zonas de la periferia urbana similares, aunque no necesariamente entre restos industriales. Pues bien, el caso de esta familia es el de aquellas que provienen de un medio más que nada rural, en la misma gran zona del departamento montevideano, inclusive más allá de los límites suburbanos instituidos en la normativa urbanística vigente.

23 Ver capítulo «Territorios metropolitanos del Plan Juntos: paisajes de la resistencia».





No es momento aquí de profundizar en las características de la ciudad, del departamento y del área metropolitana de Montevideo; tan solo anotaremos la importancia de habernos encontrado con otro universo en relación con lo que se caracteriza como la mancha urbana. De todas formas, la vivienda de procedencia de esta familia se encontraba un poco retirada de un camino, el cual presenta una nueva escala para el contexto local: una mezcla de lo rural y lo urbano como estilos de vida, una configuración espaciotemporal específicamente. A lo largo del camino y ya fuera de las tramas existentes, se disponen puntualmente servicios y viviendas, en su mayoría, pequeñas casas de campo de más de un siglo, en este caso, para el capataz o quien cuidara de las hectáreas de tierra. Dentro de una suerte de desproporción, fuera de foco o escala experiencial, sintieron la necesidad de limitar su territorio familiar dentro de las dos hectáreas de campo. Una traza leve en el pasto verde rodeaba la vivienda y era la huella de la solución encontrada en su momento. La superficie correspondiente fue objeto de diálogos con los propietarios, para intentar comprarla, algo que no fue posible frente a dificultades económicas y la aparición de interesados por todo el predio.

No era de extrañar que la vivienda se encontrara en una situación muy delicada, habitada por una familia que era más que nuclear, que se extendía a otras generaciones y otros lazos y relaciones sociales. Varias fueron las intervenciones que tuvieron que llevar a cabo, como reubicar con sus manos una puerta para integrar el baño al resto del interior de la casa (y el mismo temporal antes mencionado es especialmente recordado en tal sentido). Su entrada en el Plan Juntos es vivida con una alegría enorme, por lo que participan activamente de las tareas de construcción y organización colectiva y de otras tareas relativas al componente social de inclusión del plan. Su vivienda está en construcción dentro del conjunto de las que están en marcha para esta segunda ola organizada de nuevos habitantes. Pues bien, uno de los aspectos más significativos para la pareja era la cuestión de lo que implicaría volver a vivir con vecinos al lado y sin los horizontes relativamente vastos, tal como estaban acostumbrados. De todas formas, la zona está siendo transformada por emprendimientos industriales de mediana escala, como sucede hacia otro de los bordes de la mancha urbana en otra dirección, con lo cual aquellos horizontes ya no son los mismos.



Espacio(s) y público(s)

Planteábamos anteriormente que decidi-mos focalizarnos en la territorialidad presen-te, y más aún en concreto, en aquella suerte de «territorio de lo público» (Álvarez Pedrosian, Del Castillo y Lamoglie, 2014) que podemos delinear. Diferente, creemos, hubiera sido partir de la idea de la existencia de un espacio público en Amanecer como si fuera ya algo dado de antemano. Las dos sendas que corren paralelas a ambos lados de la cañada canaliza-da por algo así como 200 metros, perpendi-cularmente a la avenida, que es más un camino hacia una ruta, disponen, con sus esquinas, el espacio que es considerado propiedad de la comuna y contienen objetos que son de enti-dades estatales, como los postes del cableado eléctrico. Este espacio, por demás habitado (niños jugando en algunas horas, recicladores

de basura con sus carros y, ahora, obreros y técnicos del plan), es el que se plantea, desde diferentes perspectivas, como aquel territorio de lo público antes referido.

Para eso, necesitamos, como decíamos, descomponer la articulación invisible entre es-pacios y públicos, lo que enseguida nos habilita la proliferación en ambos términos, puesto que existen espacios y públicos múltiples. Es una forma de dar esto vuelta como una media, en el sentido de invertir completamente la pregunta. Esto es necesario, para nosotros, si queremos conocer, entonces, las vicisitudes que se experimentan en la misma generación de «ambientes para la vida» (Ingold, 2012), de comunicación en el sentido de procesos de transversalización que dinamizan medios y ritmos en la composición de territorios.

La dinámica de territorialización necesita de los tres elementos, niveles copresentes o tipos de procesos de composición que Deleuze y Guattari (1997a: 317-358) caracteriza-ban como de segmentaridad, microevenires y fuga. Cada elemento de los tres depende de los otros dos, por supuesto, pero no dejan de ser diferentes. Parece que estamos ante una situación en la que el territorio no ha terminado de cuajar, de alcanzar una consistencia re-lativa como para poder plantear que existe, por lo menos, en los términos en que cada uno de los tres tipos de habitar descritos en la sección anterior lo consideran. Plantearemos una serie de cuestiones específicas, que son indicios de lo que puede estar sucediendo.

Un primer fenómeno es la explosión de color, que se localiza claramente en la sección donde se ubican las viviendas de la intervención del PIAI, las más antiguas, que actualmente llegan a una década de construidas. Al poco tiempo de la habilitación del Amanecer, como bautizaron los involucrados el pequeño emprendimiento colonizador, se prendió una chis-pa y muchos terminaron pintando las superficies exteriores de las viviendas. Colores que van del verde al bordó, incluyendo blancos, emergieron rápidamente. Se trata de un primer

componente territorial, la emisión, en términos comunicacionales, hacia un entorno indefinido, sin fronteras entre dentro y fuera, pero ya con cierta abstracción que permite divisar un estilo, el segundo de los tipos de dinámicas de la creación de territorios.

Este gesto llegó rápidamente a las viviendas del primer grupo del Plan Juntos ubicadas más cercanas a las de los habitantes beneficiarios que llevan allí más tiempo, el cual, junto con otros factores sociales y políticos, hizo de este pequeño segmento continuo en la otra acera una extensión, en cierta manera, de aquel *barrio* originario. Otras viviendas posteriores, que ya se han construido, fueron pintadas con colores cercanos, aunque no del mismo tono, además de que la tipología (de una sola planta y no de dos, como las anteriores) hace la diferencia. Una gran parte del lugar que aún se encuentra en obra está en etapa de levantado de paredes, terminaciones de aberturas y demás. La estampa de ese paisaje de colores se concentra en una sección vecina a la conexión de la faja de sendas y cañada canalizada con la avenida que se comporta más como una carretera secundaria, a pocos cientos de metros de una encrucijada de rutas nacionales.





Una segunda dinámica es la del manejo de las aberturas y cerramientos de las viviendas y predios de carácter privado ya habitados, con respecto a este espacio abierto en construcción. Habíamos planteado, siguiendo a Deleuze y Guattari (1997a) en la síntesis de perspectivas con las que conceptualizan el territorio, que existe una micropolítica en lo que sería una dimensión de intensidades y fuerzas más o menos en tensión, una «distancia crítica» (Deleuze y Guattari, 1997a: 325). Una forma de hallar una salida a la esencialización en la forma de pensar sobre los fenómenos antropológicos, a veces, puede venir por el lado de la articulación entre lo etológico (ecológico) y lo semiótico. Esto mismo lo estudió con bastante detalle Edward Hall (1994) en su proxémica, en una articulación interdisciplinaria conocida como la Escuela de Palo Alto, en conexión con los trabajos de Gregory Bateson (1991), Erving Goffman (2004) y otros, en torno a una concepción múltiple y expresiva de «comunicación» (Winkin, 1994). Y estaba presente ya en la anterior Escuela de Chicago, en los contextos disciplinares de la antropología, la sociología y la psicología social (Wirth, 2005; Valladares, 2005), así como en el pragmatismo filosófico de comienzos del siglo XX.

Las cuestiones relativas al estudio de la comunicación en el llamado espacio público encuentran alternativas interesantes en aquellos espacios donde existen espacialidades regladas a través de formaciones modélicas sobre un magma de lo imaginario donde se va fraguando la subjetividad. En este caso, la dimensión «terrestre» del territorio, en los términos de Deleuze y Guattari (1997a: 319) que venimos siguiendo, está presente en múltiples aspectos. Uno de los más relevantes tiene que ver con la constelación de tamices y filtros (Doberti y Giordano, 2006), de formas de resolver los límites entre lo que termina siendo el ámbito dentro del cual el habitante se considera dueño de su destino cotidiano, lo privado, y el que está más allá, que constituye lo que hay que atravesar cada vez para entrar y salir, y que también es merecedor de atención y preocupación por eso mismo, pero está liberado a fuerzas mucho más vastas: lo público.

Lo privado es lo que no se muestra al exterior, lo que se esconde, lo opaco, lo que no deja de ser la variable cultural de la necesidad de ocultarse que la etología registra en el reino animal (Delgado, 2007: 30-31).

Quizás a esto convenga llamarlo *intimidad* más que *privacidad*, como veremos en el capítulo siguiente, y se puede lograr en diferentes escalas cualitativamente variables: solo, en pareja, en grupo, según masas o multitudes. Ciertamente, siguiendo nuestro estudio etnográfico, todo comienza desde un punto de vista lógico y composicional, en el trazado de ambas sendas paralelas al canalizado, en tanto cada línea de frente de fachadas y suelo de balastro aspira a ser una calle, el «entre dos» que mediaría: «Entre a grande praça anónima e o lar doméstico»²⁴ (Agier, 2011: 188).

La aparición de los diferentes enrejados en la concentración de viviendas construidas en el marco del PIAI, en Amanecer, así como de los considerables muros de bloques y los portones en el pequeño grupo de habitantes del primer contingente del Plan Juntos, da cuenta de un tipo de solución. Y las razones, desde sus puntos de vista, tienen que ver con los de fuera, de otros territorios, aquellos que disparan con armas de fuego y viven del delito. Relatos sobre copamientos efectuados por pequeños grupos armados de una de esas nuevas y tan amadas viviendas, con la presencia de niños pequeños y en épocas festivas, sobresalta el corazón de cualquiera.

Otra ha sido la actitud de María y Pérez, provenientes de un ambiente más rural. Llegados mucho después y ubicados más hacia el interior por la misma acera, se han quedado, por el momento, con la malla de alambrado que el propio plan propone, intentando generar una intermediación entre lo público y la intimidad gracias a un jardín,



24 «Entre la gran plaza anónima y el hogar doméstico.»

recuerdo y proyección de aquel otro habitar dejado atrás. Incluso, la obtención de los ejemplares vegetales fue motivo para fomentar la reciprocidad y el involucramiento del grupo con los técnicos y actuales nuevos vecinos.

Sobre diario de campo

27 de setiembre de 2014

Cuando salimos de la nueva vivienda, hablamos sobre el entorno. El vecindario ya le parecía a María mucho mejor de lo que imaginaba. Existían rumores y un clima presente en el imaginario de los habitantes de tratarse de un lugar peligroso, como ocurre en diversos ámbitos de la ciudad contemporáneos, pero potenciado por el mayor uso de armas. Relatos que hemos recogido, en especial de los sectores en los que se habían alzado los muros de bloques, van en el mismo sentido.

Pasaba gente que los saludaba, y no eran pocos. Le consulté sobre diferentes pobladores que había conocido a lo largo del trabajo de campo, los cuales se consideraban miembros de ciertos grupos y tipos diferenciales según las procedencias y aparición en el sitio, y los reconoció fácilmente, diciendo tener relaciones de vecindad. Con el frente directo, al otro lado de la cañada canalizada, también había comunicación en variadas formas. Desde ahí, el tramo de viviendas de la primera intervención urbana, la del PIAI, parecía muy lejana, y las del Plan Juntos dominaban el primer plano.

No sé si era parte de los trabajos colectivos emprendidos en esa jornada u otras acciones convergentes en tal sentido, pero otros vecinos se dedicaban a cortar el pasto con máquinas, algo que se hizo necesario desde hacía unas buenas semanas cuando comenzó el influjo primaveral y el verde creció con ímpetu. En este diseño resultante actual, este territorio dependía, en gran medida, de sus relaciones con la tierra, con las fuerzas naturales más allá de lo humano. La cañada, sus bordes y curso central seguían siendo las preocupaciones fundamentales.

El niño jugaba andando en bicicleta en este espacio especialmente intervenido durante la jornada por los vecinos que cortaban grandes cantidades de pasto; otros más, junto con sus padres, pintaban completamente la vivienda contigua a la suya y avanzaban en su concreción, y mi presencia se hallaba en medio de todo ello. Por momentos, cambiaba la bicicleta por la tableta digital de su centro escolar, la cual venía a enseñarme; lo mismo con su teléfono móvil, sin número, que funcionaba más como cámara fotográfica y archivo. Conversamos con su madre sobre lo bien que se encontraba en el nuevo hogar, de los vínculos que ya tenía con varios de los niños de la cercanía, frente a cierto aislamiento que sufría en la antigua vivienda ubicada en la zona rural más allá de los bordes urbanos difusos contiguos. Incluso, practicaba fútbol en el equipo de la zona, que junto con la nueva escuela permitieron esos encuentros.

Como hemos visto, los habitares eran diferentes, procedían de trayectos históricos singulares, y ahora se encontraban todos compartiendo territorio, o teniendo que crear un territorio «común», en el sentido de «propio de todos» (Martín-Barbero, 2010: 46). Y aquello en lo que había encuentro era en la heterogeneidad, en la diferenciación. Las acciones del Plan Juntos y del anterior de regularización de asentamientos llevaron aparejada una intensa modificación de la vida de todos los habitantes y se involucraron en

procesos que buscaban la participación y gestión democrática de la experiencia compartida entre habitantes y técnicos. Pasar de «súbditos» a «ciudadanos» (Carrera, 2007), para los latinoamericanos, no es tarea fácil, y esto puede correr para diferentes contextos culturales y sociales, subjetividades que se conciben tan ajenas unas de otras por cuestiones de clase y etnia principalmente.

Como planteamos en el primer aspecto a considerar, es esta dinámica de los micro-devenires, de la consistencia en lo cotidiano de lo vincular, la que aparece como problemática. Pero no es menos cierto que todo esto se encontraba en pleno proceso de transformación radical, es decir, actuando en la materialidad, con obras que aún estaban en marcha, por lo que, necesariamente, se tenía que desplegar un juego de tamices y filtros, un estriaje del espacio (Deleuze y Guattari, 1997a: 483-509), composición que lo singularizara. Es inevitable que estos componentes liminares e intersticiales sean asociados, de alguna forma, a actos considerados como violentos desde alguna perspectiva o posición en el entramado social, incluso para los mismos que los plantean: «[...] Lo público consiste en mantener siempre los espacios vacíos en los cuales el sujeto pueda estarlo recreando [...]» (Sanmiguel, 2005: 23).



En una jornada de embellecimiento que había tenido lugar hacía unos años, se había montado lo que existía en este «territorio de lo público» en ese momento, sin ser las columnas de la empresa de electricidad pública, el armado que entubaba la cañadita central y poco más. Se habían plantado algunas flores y quizás algún otro elemento verde, pero desaparecieron al poco tiempo. Mientras que la estructura de madera pintada, que constituía una suerte de escultura en homenaje a Alfredo Mones Quintela, nombre de la avenida que vendría a ser la estructura lineal de sendas paralelas de balastro y el canalizado en medio, no solo seguía en pie, sino que era uno de los elementos más significativos. Y, quizás, lo es más en relación con los otros territorios, al afuera, a lo que más bien es una vía de circulación, un flujo urbano y suburbano que permite ir y venir. Parecía ser un pórtico, al estilo del que existe en una de las zonas de residencia de la población de mayores ingresos de todo el Uruguay, pero revolucionario, tradicionalmente contrahegemónico.

La obra artesanal homenajea al ingeniero agrónomo que logró introducir el cultivo de caña de azúcar en el país, a través de una suerte de alegres cañas con su nombre, en parte a través de la mimesis y gracias a la asociación de la lucha de los sectores más desfavorecidos con el movimiento de cañeros de Bella Unión, emblemático en la historia de la izquierda uruguaya. No todos los habitantes se encontraban en el mismo espectro político, por lo que tenían otras interpretaciones de lo que eran sus propios vecinos, en algunos casos, a pesar de todo. Pero la escultura colectiva, casera, hecha entre varios tipos de participantes (habitantes, profesionales de la municipalidad, del plan habitacional, otros vecinos y voluntarios) persistía y cobraba nuevas funciones como elemento de un hábitat urbano en gestación.

En una de las jornadas de trabajo de campo, nos encontramos con un cartel, como puede verse en la fotografía siguiente. La práctica de colgar pancartas de este tipo ha venido conformándose como algo habitual en todo Montevideo, y quizás también se da en algunas otras ciudades del Uruguay. Es un tipo de apropiación de lo público muy interesante. Se trataba de una exposición hacia los otros, en la que se informaba sobre algún suceso (por lo general, sobre el paso de la niñez a la adultez de alguna adolescente o la obtención de algún título universitario también por parte de alguna joven), la cual era, a la vez, de principal relevancia para la persona homenajeada y su entorno





8- ALFREDO NUNES QUINTELA
26- ALFREDO NUNES QUINTELA

ENTRE TODOS NE DEBEMOS NUESTRO ENTORNO
A ALFREDO NUNES QUINTELA

de vínculos más cercanos. Esta intervención espacial podía observarse de frente, desde fuera del territorio, la cual hacía uso de la estructura de madera que era soporte de dicho acto creativo colectivo, en algo más que una simple superposición de estratos de significación.

Cuando el grupo doméstico cotidiano de María y Pérez estaba realizando sus adaptaciones espaciales, a meses de haberse mudado para residir en la vivienda construida en el marco del plan, la estructura de maderas de carácter artesanal, enfocada a generar un territorio de lo público, se encontraba muy deteriorada, fruto del no mantenimiento de los materiales y el entorno, y de su uso como soporte para grafitis del tipo firma identitaria (*tag* en inglés). Esto no quiere decir que existía tan solo un retroceso en el avance de la gestación de este territorio, ya que otras prácticas como las planteadas anteriormente propiciaban, aunque no directamente, pero sí de forma inexorable, dicho enriquecimiento. Seguía siendo muy difícil trabajar sobre la comunicación en el espacio público, por el grado y tipo de esencializaciones puestas allí en juego. Una de las más relevantes, nos parece, es la que asocia *espacio público* con *sociedad*, pues se trata de algo muy peligroso. Sabemos que existe una historia que da cuenta de lo contrario, gracias a estudios emblemáticos sobre la ciudad moderna (Benjamin, 2005), análisis que ponen de manifiesto, desde la transición hacia el siglo XX europeo, la ambigüedad de lo ciudadano como lo cercano más ajeno (Simmel, 2005), una forma de vida con gran carga de extrañamiento. La heterogeneidad y multiplicidad se adueñan y potencian las ciudades cosmopolitas un siglo después (Lie, 2009), y este es un asunto que adopta diferentes configuraciones, a partir de todas las formas de diferenciación y diversificación posibles (Low, Taplin y Scheld, 2005).

Es mucha carga para una categoría tener que dar cuenta de lo que pasa con aquellas grandes dimensiones como lo social, que constituye un gran supuesto dado por sentado en disciplinas y campos de saberes de las ciencias humanas y sociales. Además, la cuestión es otra: aquellas ideas que aparecen como potentes nociones intocadas —al estilo del primer Thomas Kuhn (1971) en la teoría de los paradigmas— son problemáticas, en el sentido crítico de asuntos en discusión, en exploración, controversiales y para nada cerrados (Yaneva, 2012).





ENTRE TOD@S MEJORAMOS NUESTRO ENTORNO
ALFREDO MONES QUINTELA

ALFREDO MONES QUINTELA
BARRIO AMANECE

Lo cierto es que las transformaciones promovidas por lo que, en general, ha sido asociado al individualismo, generado y exportado desde las sociedades urbanas occidentales del último siglo, por la precarización existencial y el vaciamiento o deflación ontológica de las culturas y formas de vida que las habitan, encuentran en los territorios considerados como de lo público el emergente por excelencia. El peligro es mayor cuando podemos reconocer que no hay mucha diferencia entre las concepciones que efectivamente operan sobre prácticas de eliminación de estos espacios y las buenas intenciones de pensarlos como una sustancia —lo social como cuerpo lleno de órganos: organizado y estructurado como un todo (Deleuze y Guattari, 1997a: 155-171). Ciertamente, un plano de inmanencia de un tipo de subjetividad ha sido creado desde la polis griega y ha continuado hasta la ciudad moderna y sus diversas mutaciones contemporáneas, el cual está siendo alterado y, por tanto, modifica lo que somos nosotros mismos en tanto habitantes.

Como la individualización o la masificación no cubren ninguna totalidad, es entendible que existan espacialidades emergentes entre las ruinas y despojos de aquellos ámbitos de encuentro, así como otras que siguen sus propias derivas a pesar de eso y de diferentes formas transformadas al pasar por lo masivo y luego de la «pulverización» del espacio público bajo políticas neoliberales (Wollrad, 1999: 17). El problema es la intervención al estilo del «parque temático» (Sorkin, 2004), de maquetación y control a través de un diseño miniaturizado y que pretende ser omnipresente.

Nuestro caso parece mostrar lo diametralmente opuesto, algo bastante característico de la ciudad latinoamericana. Aquí, nos encontramos con el mismo problema, para pensar y actuar en consecuencia y generar esos ámbitos o entornos para que se produzcan y potencien los encuentros. Los sujetos en cuestión producen y son producidos por una instancia espaciotemporal en la que se configura el «otro generalizado», habilitando el juego de lo cotidiano en ese espacio llamado público (Mead cit. en Delgado, 1999: 14). No es una esencia: se trata de algo muy contingente e intempestivo, de acontecimientos productivos que desencadenan o no ciertos tipos de procesos, si se dan y de cierta manera. Interesante es retomar la noción de lo urbano formulada por Daniel Hiernaux (2006): el cruce de lo fortuito, lo aleatorio y lo fugaz, como esta disposición existencial.

Si no se trata de individuos que se relacionan externamente entre sí mismos en una dimensión de puras líneas y cruces, una intersubjetividad estandarizada, ¿qué más hay? La misma producción de subjetividad, que incluye la singularización en sujetos particulares, irrepetibles, que la crean y recrean, es decir, el plano de inmanencia. *Habitar* en alemán, en una de las acepciones góticas que nos trae Heidegger (1994) en su exégesis, está ligado al «estar satisfecho (en paz)», para nada considerado como algo pasivo y desprovisto de conflicto, pero sí «preservado de daño y amenaza [...], [de] cuidado». Un sujeto pasa a ser quien mora en ese allí y de esa manera, según «cómo se experiencia ese permanecer» (Heidegger, 1994: 130). Un hogar es eso y, sin dudas, más allá del criterio estándar de compartir un domicilio (Netting, Wilk y Arnould, 1984: xxvi-xxviii). Es tanto una cuestión que hace a la vivienda como al entorno cercano, a toda la ciudad o la aglomeración urbana, a una región, al planeta y más también.

Vislumbrando intimidades: narrativas espaciales en tránsito²⁵

De lo privado a lo íntimo

Como hemos planteado en el capítulo precedente, para comprender los fenómenos asociados a la creación de nuevas formas de habitar, según procesos de subjetivación y dinámicas comunicacionales específicas, resulta necesario insistir en el intento por pensar y conocer más allá de dualismos como los de público/privado. Igualmente, sigue existiendo una distinción no solo analítica, sino más bien surgida del campo de experiencias, objeto de esta etnografía. También es una problemática propia de los desafíos contemporáneos en torno a la producción de subjetividad y, en especial, es visible en los estudios focalizados en diversas tendencias de investigación en ciudad, comunicación y espacialidades, en el gran estuario de perspectivas llamado *estudios culturales urbanos* (García Vargas y Román Velázquez, 2011; Cháves Martín, 2013).

Hemos intentado plantear la discusión al respecto a partir del esfuerzo por desustanzializar la noción de *espacio público*, considerando, en primer lugar, la descomposición de la asociación entre los términos, tomada como punto de partida cuando, de hecho, se trata de uno de llegada. La conjunción también esconde la pluralidad. Es así que nos proponemos la existencia de espacios y públicos heterogéneos, a veces ligados a «territorios de lo público» específicos (Álvarez Pedrosian, Del Castillo y Lamoglie, 2014), donde podemos, finalmente, encontrar las problemáticas clásicas de la «antropología de las calles», sin caer nuevamente en oposiciones (Delgado, 2007). Esto no menosprecia el poder que tuvo y sigue teniendo el diseño individualista de lo humano desde la planificación y las prácticas de las instituciones modernas y sus derivas contemporáneas, en especial, las enfrascadas en dispositivos de poder al estilo de las «sociedades de control», tematizadas por Deleuze, como paso siguiente de las «disciplinarias», tan estudiadas por Foucault, en las que el individuo deviene en «dividual» y las masas, en «indicadores, datos, mercado o bancos» (Deleuze, 1996c: 281-282).

En el mismo sentido, planteamos ahora la necesidad de pasar de pensar en términos de lo *privado* a los de lo íntimo. De esta forma, nos encontramos con este tipo de paradojas que es necesario enfrentar para comprender estos fenómenos aquí estudiados: el hecho de que cuanto más en la intimidad nos encontremos, más aparecen visibles los componentes sociales, colectivos, inter- y transubjetivos. O sea: cuanto más adentro nos internemos, más en el afuera estaremos (Álvarez Pedrosian, 2011a). Esto no le quita valor a la singularidad, más bien todo lo contrario: de alguna manera, es la vuelta a la máxima ontológica aristotélica de que «el ser se dice de muchas maneras», pero sin dejar de problematizar dicha entidad para nada sustancial, sino siempre circunstancial: «anclada en la finitud del ser ahí», diría Guattari (2000: 18) intentando absorber y superar al propio Heidegger y otras fenomenologías de corte existencial.

25 De acuerdo a una primera versión publicada en 2015: ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (2015). «Vislumbrando intimidades: narrativas espaciales en tránsito» [EN LÍNEA]. *Contratexto*, (23), 197-229. Disponible en: <<http://revistas.ulima.edu.pe/index.php/contratexto/article/view/416>>.

Cuando Clifford Geertz (1996a: 58) establecía que la cultura se caracteriza por particularizar en todo ámbito y escala, apuntaba a lo mismo; de igual manera Cornelius Castoriadis, aunque en otros términos (1997: 136): lo más universal de lo humano es su singularización, propia de toda práctica, que encuentra su trasfondo en la creatividad. Más recientemente, Michael Herzfeld (2004) ha elaborado su teoría antropológica sobre una base semejante: la «intimidad cultural» se presenta como dimensión de la sensibilidad y creatividad más prosaica, en la que se generan «esencializaciones» gracias a las cuales se lleva a cabo la producción de subjetividad, sin necesidad de que las formas institucionales sean experimentadas solamente como ajenas y de manera coercitiva, sino más bien todo lo contrario. Este es, para el autor, el caso emblemático de los nacionalismos, no por casualidad: «La casa, como una forma de esencialización de las relaciones de parentesco en términos de residencia, es un lugar para la transmisión de la substancia de la identidad cultural» (Bestard, 2006: 59). También nos encontramos con esta tendencia en la historia de la sensibilidad, «de la vida privada», como se la denominó, con sus análisis enfocados de la misma forma en los procesos de subjetivación, cuyo caso más extremo de intimidad es el relativo a la sexualidad, por lo que halla en el espacio de la alcoba una excelente oportunidad para el planteo de una arqueología del habitar occidental (Perrot, 2011).

¿Hay algún vestigio de la noción de lo privado que debemos rescatar a pesar del desplazamiento conceptual y perceptible hacia la intimidad? Ciertamente, la cuestión del apartarse de los demás, de los otros, a su potencial visibilidad y captación en un sentido comunicacional, sean las mediaciones que sean, hace a los límites y definiciones de lo íntimo. Manuel Delgado (2007: 30-31) lo asocia a la necesidad etológica de todo animal de resguardarse, que es la base de la conformación de múltiples variaciones antropológicas. Podemos preguntarnos si existe algún umbral al respecto, alguna configuración para la cual no exista esta necesidad. Las espacialidades de quienes habitan en las calles de los centros urbanos, los sin techo, *homeless* en inglés o como se los defina, también presentan alguna forma de retraimiento y cobijo, un «aire de intimidad» ante los flujos de información y comunicación propios de los territorios públicos (Desjarlais, 1997: 80), de la dimensión del «otro generalizado», tal como fue definida por Herbert Mead (Delgado, 1999: 14). Y lo mismo ocurre, en otro sentido, cuando ciertas subjetividades son enfrentadas a un cambio radical del entorno doméstico aparentemente de mejor calidad, pero que aterroriza y horroriza por ser, en principio, imposible su delimitación, su dimensionalidad, según formas y funciones de un habitar puesto en riesgo (Jacobs, 2004).

Se trata, por tanto, de una suerte de distención, de relajamiento de las actitudes, de un «agenciamiento» (Deleuze y Guattari, 1997a) según el cual los sujetos pueden liberarse de la necesidad de sostener una presencia de acuerdo a «máscaras» en situaciones y escenarios de mayor tensión (Goffman, 2004). El «hogar» no es exactamente lo mismo, ya que, como lo ha planteado Heidegger (1994) en su análisis de la noción del habitar en función del cuidado y la preservación, también puede experimentarse en relación con un territorio más vasto que el exclusivo y excluyente, o sea, el íntimo. Sin embargo, es igual de cierto que se hace necesaria una conexión singularizante con este ámbito cargado de afectos y sentimientos por parte del sujeto como para que sea experimentado como tal, para que uno «se sient[a] en casa» (Heller, 1995). De allí la milenaria asociación del hogar con el fogón, y de este con la seguridad de lo familiar (Segalen, 1996), a partir, en definitiva, de la condición según la

cual se puede comer y dormir sin ser aniquilado de imprevisto, o sea, de poder refugiarse (Pezeu-Massabuau, 1988).

Como planteábamos, esto no quita que frente a la soledad del espejo, en el interior de una vivienda, uno no siga cargando con todas las configuraciones inter- y transubjetivas que lo definen como miembro de una sociedad y hasta de una especie, en medio de otras entidades, como animales domésticos y objetos de variada índole. Pero lo cierto es que puede darse este apartamiento de las presiones frente a las miradas de los demás, tanto aquellos más conocidos por una cotidianidad compartida como otros potencialmente desconocidos. Allí radica el núcleo de la intimidad, lo que puede asociarse directamente a los límites del espacio interior de una vivienda, pero que no se reduce solo a ello, ya que este agenciamiento puede estar dispuesto en diferentes escalas y modalidades, tanto en ese interior (por ejemplo, en una sola habitación) como en el exterior (en jardines traseros o en toda una calle o senda). Su definición es una cuestión mediacional que depende del tipo de sentidos puestos en juego y de las semiosferas que allí operan culturalmente, con la peculiaridad de tratarse de una «doble vida semiótica», en la que se modeliza el universo y se es modelizado por este (Lotman, 2000: 103).

Nuestra investigación centrada en las transformaciones de las formas de habitar en quienes son partícipes en una intervención sociohabitacional, como se autodenominó el Plan Juntos, es una excelente oportunidad para comprender estas cuestiones, dados los contextos de procedencia y las prácticas desencadenadas una vez que se hace posible proyectar y dar cabida a otra existencia. ¿Qué ocurre con la dinámica de esencialización, al parecer tan poderosa en el ámbito de la intimidad (Herzfeld, 2004), cuando está en diferentes fases de gestación y consolidación? Puede tratarse tanto de un extremo como del otro, y de todas las combinaciones intermedias, según variables de procedencia en las formas de habitar de los protagonistas de estos cambios, así como de los entornos públicos que también se encuentran en diferentes momentos de formación y según ciertas maneras de darse, a partir de una coexistencia con otros que son, en la mayoría de los casos, desconocidos hasta el momento. El jardín interior, el templo de cada uno y sus seres más cercanos pueden ser el refugio por excelencia, así como el abrirse a otras experiencias más o menos compartidas, más allá de los vínculos primarios del grupo o red doméstica cotidiana tomada de base para la conformación de la vivienda, según fuerzas instituyentes como las de los dispositivos de intervención de este plan.

Estancias y paseos en compañía

Porque la casa es nuestro rincón del mundo. Es —se ha dicho con frecuencia— nuestro primer universo. Es realmente un cosmos. Un cosmos en toda la acepción del término. Vista íntimamente, la vivienda más humilde, ¿no es la más bella? Los escritores de la «habitación humilde» evocan a menudo ese elemento de la poética del espacio. Pero dicha evocación peca de sucinta. Como tienen poco que describir en la humilde vivienda, no permanecen mucho en ella. Caracterizan la habitación humilde en su actualidad, sin vivir realmente su calidad primitiva, calidad que pertenece a todos, ricos o pobres, si aceptan soñar (Bachelard, 2000: 28).

Imposible acceder a esta dimensión de fenómenos espaciotemporales de las mediaciones productoras de subjetividad sin contar, a su vez, con cierta mediación. Esto es un rasgo común a toda investigación en estos campos de estudio, pero, en esta cuestión, se convierte en un tema relevante. La ilusión de que es posible conocer directamente, en forma transparente, sin mediación, lo que ocurre en la intimidad de la vida de los seres humanos vuelve cada cierto período con frecuencia, cuando lo interesante y estimulante es todo lo contrario: explorar formas de crear de manera colaborativa, dialógica y constructiva un conocimiento sobre estas dimensiones constitutivas de lo que somos.

En tal sentido, es posible aplicar diferentes técnicas a partir de una metodología de tipo etnográfica. Su elección depende de las características en las que se realiza la investigación o de la intervención de la que se trate. En nuestro caso, pudimos participar investigando estos fenómenos junto con los habitantes de dos emplazamientos donde actúa el Plan Juntos gracias a la apertura de sus respectivos equipos de base, conformados por arquitectos y técnicos sociales, en especial, por los llamados educadores sociales, populares y trabajadores sociales, en un clima de mucho cuidado ante la presencia de cualquier agente externo, como es el caso de este etnógrafo llegado del campo académico.

La posibilidad de realizar observaciones participantes en los territorios de la intimidad encierra una dificultad siempre presente: si se trata de un entorno explícitamente apartado de la presencia de los otros, vedado y velado con tal fin, no se podrá acceder a él si no es, podríamos decir, bajo tutoría, como invitado al que se le ha hecho, en el mejor de los casos, una concesión gracias a una confianza que hay que ganársela. Cuestión particular que pone en juego un tema general en su radicalidad epistemológica. Como en todo esfuerzo etnográfico, la autenticidad debe buscarse en este tipo de vínculos dialógicos de involucramiento intenso, no en pseudocientificismos que apelen a verdades desnudas con la utilización de presuntas máquinas objetivas, al estilo de los *reality shows* contemporáneos, es decir, de un «simulacro» (Baudrillard, 1993) que no se reconoce como tal: en este caso, queriendo poner cámaras ocultas en los hogares o disparates de ese tipo. Por el contrario, aceptamos el carácter «hiperreal» de la creación de conocimiento sobre los fenómenos humanos de existencia, de «ficciones persuasivas» con las que trabajar etnográficamente «dando vida» a «escenas» e «ideas» (Strathern, 1991: 226), a partir de la experiencia del extrañamiento que opera en la tensión entre el distanciamiento y la inmersión en tanto forma de objetivación reflexiva y crítica consigo misma (Álvarez Pedrosian, 2011c).

A continuación, por tanto, presentamos una serie de consideraciones a partir de dos experiencias de campo seleccionadas, que consistieron en la realización de entrevistas en profundidad en los ambientes íntimos de algunos de los participantes del plan, instancias que terminaron convirtiéndose también en productoras de conocimiento sobre dichos espacios, bajo la doble condición complementaria de ser *entrevistas de recorridas* y *recorridas entrevistadas*. Luego de procesar los materiales de campo reflexivamente, nos percatamos de este hecho, lo que técnica y metodológicamente implica cuestiones teóricas sobre las problemáticas aquí abordadas (Álvarez Pedrosian, 2008c): la espacialidad y las formas de habitarla poseen también una doble condición, la propia del «ser ahí» (*Dasein* en alemán) en tanto estar y transitar (Heidegger, 1994), punto y trayecto, al mismo tiempo, de un «estriaje» y «alisamiento» simultáneos (Deleuze y Guattari, 1997a: 483-509).

Es así que pudimos alcanzar a vislumbrar algo sobre estas intimidades, gracias a la confianza generada, a la participación explícita de los sujetos involucrados en los fenómenos de estudio y a las experiencias compartidas que son *estares en tránsito* (Álvarez Pedrosian, 2011b). De allí, surgen narrativas, devenires que surcan el tiempo y el espacio dentro de un universo existencial imposible de reconstruir por fuera de estas líneas y redes: de contar relatos, tejer, caminar, cantar, dibujar, escribir... (Ingold, 2007). Desde el campo de la arquitectura y el diseño, se apela a este tipo de técnicas para aquellos prestigiosos profesionales que construyen sus propias viviendas y las exhiben de esta forma, en el mejor de los casos, en un esfuerzo por objetivarlas para el conocimiento de sí mismos y de los otros, y en el peor, para la banalidad de las revistas de modas. En la primera de las acepciones, nos encontramos con un gesto similar, pero, en vez de tratarse de arquitectos y diseñadores socialmente sancionados como tales en un campo determinado, se trata de habitantes corrientes, sujetos que nos muestran, por un momento, su vida íntima, sus diseños artesanales, las huellas de sus habitares.

El ensueño poético tras años a la intemperie

María y Pérez se encontraban viviendo hacía años en una pequeña vivienda próxima a los cien años de construida, en estado muy precario, que había sido el típico resguardo para el cuidador de un predio rural y su familia. En una zona semirural del departamento de Montevideo, conocida por algunos como Cerro Oeste, el acceso a los bienes y servicios culturales es bastante limitado. Llegaron al Plan Juntos a partir de la crisis habitacional por el estado de su vivienda, tanto edilicio como judicial, pues el predio donde estaba emplazada era una propiedad en venta, muy apetecible para la nueva oleada de capitales transnacionales interesados en instalaciones fabriles o de acopio de mercaderías, lo que está transformando drásticamente el paisaje circundante.

Vivían allí con su pequeño hijo varón de edad escolar, un adolescente, la madre de María y, por momentos, una hija también adolescente, fruto de una relación pasada, la cual, a su vez, era madre de una pequeña criatura. Como hemos visto en el capítulo precedente, diferentes estrategias de diseño del entorno intentaron generar un límite manejable ante una suerte de inmensidad que los desbordaba ampliamente, en especial, marcando una traza a un lado del perímetro de la pequeña casa con un sendero o camino doméstico, la cual también les sirvió para intentar negociar una posible compra que no tuvo éxito frente a las grandes demandas, aunque aún no se hubieran concretado. Tuve la gran oportunidad de tener una extensa entrevista en profundidad con la pareja en lo que vendría a ser el estar de su antiguo hogar, casi medio año antes de que lo dejaran finalmente para mudarse a la nueva vivienda que fueron construyendo junto con otros en el marco del plan, en Amanecer, a unos 3 o 4 kilómetros hacia el centro de la mancha urbana, sin dejar de estar en la periferia de la zona oeste del departamento capitalino.

Antes y después de instalarnos allí, me invitaron a recorrer juntos el predio, así como algunos de los espacios interiores menos íntimos de todos: la cocina ya era visible por estar integrada al estar, el baño, un cuarto que oficiaba de cambiador de ropa y depósito, y una habitación que había sido erigida como gimnasio de entrenamiento para su hijo adoptivo adolescente, y lo único finalmente vedado para el etnógrafo fueron los dos dormitorios.





La imagen anterior y la siguiente corresponden a dicho entorno inmediato. La primera es la que mira hacia el camino que conecta con la trama territorial y en la que puede observarse el espacio de estar de la vivienda desde el exterior en su fachada oeste. La segunda mira hacia el norte, que corresponde al interior del gran predio donde se insertaba la vivienda y a los límites de este con otros donde ya se habían levantado grandes galpones. Estos «aparecieron de la nada, y en tres meses los tenés ahí», al decir de Pérez. Enseguida, nos entró la duda de cuál era el frente y cuál era el fondo, de cómo se orientaban estos habitantes en este territorio.

Efectivamente, sobre lo que parecía la fachada principal, hacia el camino, se encontraba una pieza que oficiaba, entonces, de dormitorio y que tenía la puerta clausurada debido a su función y la necesidad de espacio por el hacinamiento. La entrada cotidiana a la vivienda se daba, como en tantas casas rurales, por el lado trasero, aquel de espaldas al ámbito de lo público, en este caso, el camino por el que pasaban el transporte suburbano y los peatones del vecindario. Como veremos más adelante, el paisaje enmarcado por la ventana principal de la vivienda, la del estar, es por demás significativo. Esta imagen constituye, para María principalmente, el paradigma de su concepción del entorno y está cargada de fuertes afectos sobre lo que identifica con su forma de habitar. Esto es, en definitiva, lo que más perdería una vez se mudara y dejara esta vivienda precaria: los vastos horizontes rurales, asociados al aire limpio, los pájaros y la vegetación medio silvestre y medio colonizada por ella y los habitantes cercanos.

Las paredes exteriores de la casa originaria expresaban el paso del tiempo, el declinar de los materiales, lo que contrastaba fuertemente con los bloques de hormigón con los que habían levantado las nuevas piezas adosadas. Cual cáscara totalmente horadada, se daba casi por sentado lo que del otro lado, el interior, se podía llegar a encontrar, pues las fronteras se disolvían, en una suerte de membrana porosa, a pesar de que no se llegaba a divisar lo que había más allá.



Jaula para el gallo hecha con materiales reutilizados

Una jaula artesanal encerraba un gallo dentro, y servía de pared un viejo cartel de chapa oxidado, en el que se podía leer claramente la inscripción: «Milanesas prontas para llevar, 2 × 20», en pesos uruguayos. Se trataba de restos de tácticas de sobrevivencia que desarrollaron durante la crisis económico-social centrada en el 2002 en la región, cuando la exclusión y los niveles de pobreza crónica ascendieron como nunca en el Uruguay, acercándolo a las demás realidades de la región y el continente, el más desigual del mundo. Como investigamos en otra ocasión en una de las zonas más emblemáticas de la periferia montevideana (Álvarez Pedrosian, 2013a), la elaboración de comida en el hogar fue aquí también una solución transitoria que permitió al núcleo familiar sobrevivir. Pérez y María lo recordaban hasta con cariño, ante mis preguntas, delante del cartel convertido en parte de la jaula, lo que luego fue retomado en la entrevista extensa que tuvimos sentados en el estar a propósito de las memorias de la resistencia, oriundas de tales circunstancias: cómo se vendía esa carne picada hecha hamburguesa y rebozada en pan rallado y huevo que realizaban allí, o también con filetes de pescado que él conseguía de su trabajo en los frigoríficos cercanos.

Dentro de la vivienda, el espacio de estar era el corazón del hogar. Las tres imágenes siguientes dan cuenta del momento del encuentro y posterior salida de recorrida por el resto de los ámbitos interiores, menos los dormitorios, y del retorno al perímetro exterior. Podemos hacernos una idea de este tipo de paisaje en tanto «atmósfera y encarnación» y no tan solo horizonte visual (Jóhannesdóttir, 2010), que combinaba de forma interesante una ventana hacia el ocaso, con la pantalla de televisión, en esos tiempos ocupada preferentemente con animaciones infantiles.

«Lloré muchísimo», me narraba María ya en su nueva casa, a lo que su pareja asentía con la cabeza y agregaba comentarios acerca de lo difícil que fue comprender que extrañara aquella vivienda tan precaria teniendo ahora la posibilidad de estrenar otra, hecha con sus propias manos. Pero es que, como también ellos mismos afirmaban, la composición particular del entorno exterior y el interior, gracias a este tipo de dispositivos como la ventana del viejo estar, poseía una cualidad difícil de igualar, a pesar de contar con otras ventajas materiales. Recordemos que las principales inquietudes que tuvieron frente a la inminente mudanza fue el hecho de tener que pasar a tener vecinos, es decir, a convivir con otros habitantes en viviendas contiguas, en comparación con los antiguos horizontes amplios, cargados de especies vegetales y pájaros, y, desde hacía poco, de nuevos galpones e instalaciones industriales de forma inquietante, pero no tanto como para desvalorizar todo lo anterior, por lo menos, hasta ese momento.

La pantalla plana del televisor, que captaba la señal digital gracias a la parabólica ubicada en el techo de la vivienda, se combinaba, de manera también por demás significativa, con la imagen ofrecida por la ventana, junto con el equipamiento del mobiliario al estilo de un escritorio para el trabajo con computadoras, especialmente por la forma de esquinero desplegado en tres partes y por la pequeña superficie inferior, característica para el uso de teclados. Las plantas apoyadas sobre este nos daban una señal de las características de su uso y de la importancia otorgada por los habitantes al componente vegetal de su entorno, el cual era resaltado y se proyectaba más intensamente hacia el interior, debido a la conjunción de planos generada de este modo entre un fondo y una figura así definida.



Gracias a ambas superficies imagónicas así dispuestas, se generaba un ambiente distendido, en la combinación del cobijo de un adentro claramente definido y de las aperturas a, por lo menos, dos tipos de exterioridades: un afuera contiguo, factible de ser aprehendido corporalmente al salir cada vez que se deseara, con una comunicación sensorial con las especies vivas y los elementos climáticos, incluso si se sacaba un brazo, por ejemplo, y otro afuera virtual, desterritorializado por componentes más intensos en su abstracción, conectado a imaginarios con narrativas de diferentes estilos y géneros (Rincón, 2006). Niños y adultos podían pasar grandes momentos reunidos en un espacio donde podían tanto proyectar miradas a pequeñas y largas distancias, directas o de reojo, prestando la mayor atención o tan solo contando con el sonido de fondo cual «ritornelo» radial con sus velocidades y ritmos constitutivos de territorialidades (Deleuze y Guattari, 1997a: 318), y acceder a productos culturales masivos de industrias del entretenimiento como respirar y observar la vegetación circundante como parte integrante de rituales domésticos. Esto se daba en escenarios multimediáticos para los cuales las nuevas generaciones adoptaban agenciamientos ricos en combinaciones simultáneas, en una multiplicidad de pantallas y sus usos (Morduchowicz, 2008: 67).



Todo ello quedaba complementado con una suerte de living instalado hacia la otra dirección de la sala, según un juego de tres cuerpos de sillones, dos individuales y uno triple. La estufa terminaba de coronar el espíritu hogareño, aunque no alcanzaba para brindar calor en las noches más duras del frío invierno montevideano en esta zona descampada, según nos lo narraron: había que quedarse extremadamente cerca de ella para recibir las bondades de la combustión de la madera en su seno. Así y todo, la espacialidad generada entre ella y la pared de la ventana, donde se disponía el sofá de tres cuerpos, donde el etnógrafo rápidamente se sintió seducido a instalarse una vez se dispuso el tiempo para el más largo y distendido diálogo posible, era un genuino «rincón». Según Bachelard:

Todo rincón de una casa, todo rincón de un cuarto, todo espacio reducido donde nos gusta acurrucarnos, agazaparnos sobre nosotros mismos, es para la imaginación una soledad, es decir, el germen de un cuarto, el germen de una casa (Bachelard, 2000: 126).

La poética social, en este caso, mostraba su sofisticación, por otra parte tan recurrente, al disponer ese rincón junto a la luminosidad y el paisaje, la pantalla y el ojo, que constituía la ventana más importante de la vivienda.

El rincón no es sinónimo de oscuridad necesariamente, o, por lo menos, cuando se logra una composición con este tipo de diseños, se puede habitar más allá de la dialéctica unidimensional del adentro y el afuera, y saborear, sentir con todos los medios posibles, las sutilezas de fronteras, umbrales y barreras que, al mismo tiempo, nos separan y conectan, como todo *medium* (Flusser, 1994: 185). El rincón aparece como el corazón de toda intimidad, y, ciertamente, el resguardo y agazape son genuinamente constitutivos de la función del habitar, así como el estar se muestra de la forma más desprendida del transitar, en el que los tiempos parecen eternizarse y el movimiento del devenir, ralentizarse, pero esto no quiere decir que cese, pues también siempre se trata de una temporalidad.

En dirección diagonal a este rincón por excelencia, las dos puertas de las habitaciones guardaban, como decíamos, la máxima discreción, y se mantenían como los últimos espacios vedados a todo visitante. Insistir o no en penetrarlos dependió de las circunstancias del encuentro, los fines de la investigación, la calibración técnica del etnógrafo. En este caso, no hubo dudas en dejar las cosas así, máxime por la presencia de alguno de sus moradores detrás de las puertas.

Y, en el último de los cuatro triedros, geoméricamente expresado, otro rincón, en este caso, diseñado como el espacio sagrado del hogar, donde se realizaba el culto a los dioses y espíritus. «Mi señora es de religión», me comentaba Pérez, mientras me permitía fotografiar el altar umbandista. La umbanda se trata de una religión de origen afrobrasileño, o «culto de posesión» en la terminología de Renzo Pi Hugarte, con un grado de institucionalización por demás considerable luego de décadas de paulatina transnacionalización a partir de la segunda mitad del siglo XX en adelante (Oro y Scuro, 2013: 24). La integración de lo espiritual en la vida doméstica, sin necesidad de encontrar un ámbito aislado para ello, requiere, igualmente, de la conformación de un entorno propio, un rincón donde territorializarse. Si bien no se trata de algún «*genius loci*» en el sentido etimológico del término, o sea, de alguna entidad sobrenatural directamente atribuida al cuidado de la espacialidad en cuestión (Norberg-Schulz, 1984: 18), no deja de irradiar e incidir en general sobre su sentido. Como veremos más adelante, gracias al siguiente caso, la cuestión de la espiritualidad e, incluso, de religiosidades instituidas en amplios sectores sociales asoma como una de las más relevantes tras los velos que protegen la intimidad del hogar.

Además del estar, integrado a una cocina contigua, el baño y los dos dormitorios (uno conseguido a partir de la adaptación de lo que habría sido, quizás, el antiguo recibidor de la pequeña casa rural), nos encontramos con dos ámbitos espaciales más. Uno de ellos era una habitación a la que, parece, siempre se accedió desde dentro, pero de la cual era difícil identificar su antigua función. En el momento, era utilizada como el espacio de depósito de los objetos y cosas necesarias para el sostén de la vida cotidiana y que no debían estorbar con su presencia. El nivel de deterioro de las paredes por la humedad general era de los más altos de toda la vivienda, a pesar de contar con una pequeña banderola al estilo de la presente en baños (lo que puede darnos algún indicio de su situación pasada).





Sea como sea, es evidente que este ambiente no podía ser utilizado para prácticas que insumieran mucho tiempo, ni en condiciones de máxima relajación e intimidad, como la alcoba o dormitorio. Además de encontrarlos con objetos como una bordeadora —para mantener a raya el pasto que crecía por todo alrededor— y otros similares asociados al cuidado cotidiano y de mayor frecuencia del hogar y su entorno, lo más relevante era la ropa de toda la familia. Para ello, utilizaron una estantería liviana como ropero, lo que implicaba que las prendas fueran visibles y asemejaba la situación a la de un exhibidor de mercadería comercial. Esto, junto con los conceptos e ideas generales que María y Pérez expresaban en el diálogo paso a paso, reafirmaba la idea de la poca o nula presencia de extraños en la casa comúnmente y, con ello, la confianza en los vínculos que se iban estableciendo conmigo, el etnógrafo, que así vislumbraba algo más de sus habitares íntimos.

El otro ámbito particularmente sensible a la investigación era el baño. Una de las obras constructivas más importantes realizadas por los habitantes fue, justamente, cambiar el lugar de la puerta de este. Con anterioridad, como en las tipologías de gran mayoría de

viviendas rurales, se accedía desde fuera, lo que para la cotidianidad según sus estilos y hábitos de vida resultaba un grave inconveniente. Es así que Pérez, según nos narró ante el marco de la puerta, se atrevió a «meter mano», como dijo, trasladando la hoja de la puerta de un marco a otro, una vez que abrió la pared y cerró el otro agujero resultante con ladrillos. Esto les transformó la vida como pocos de los cambios realizados, así como transformó la misma estructura arquitectónica de la morada en su totalidad. A partir de esta intervención fue que también se animó a seguir adelante con otras modificaciones. Imaginemos los efectos de poder contar con el acceso al baño para el aseo sin tener que salir a cielo abierto, en los momentos más gélidos del invierno, a toda hora, en aquellas circunstancias de mayor intimidad en las que el sujeto se encuentra consigo mismo en soledad, con su propio cuerpo, por ejemplo, o ante las necesidades del cuidado de aquellos miembros de la familia que más lo necesitan por estar aún ganando autonomía (como los niños pequeños) o perdiéndola (como una anciana).





El recorrido nos llevó, finalmente, hacia la puerta principal de la vivienda, por donde había ingresado unas cuantas horas antes, justo detrás del estar principal. Nuevamente, recordaron los duros momentos del último gran temporal sufrido en estas latitudes, en el año 2004, y lo asociaron al acceso al baño antes descrito. La posibilidad, entonces, de transitar, de poner en comunicación en tanto entrar y salir, y de hacer uso de los espacios según las necesidades definidas en el marco de sus formas de habitar era una de las problemáticas centrales en la reflexión y análisis que íbamos tejiendo entre los tres mientras dialogábamos en marcha. Entre ambos, una narración sobre la noche más cruda de este temporal fue esbozándose, acompañada de instantes de reconstrucción actoral a cargo, principalmente, de Pérez, para la cual contó con la puerta como insumo. Esta, recordaba, se resistía a permanecer cerrada, abriéndose violentamente por efecto de los imponentes vientos que azotaron la región, más en estos parajes semirurales próximos a la costa rioplatense.

Esta puerta también había sido modificada por ellos. Según narraron, cuando se constituyeron como pareja y pasaron a vivir allí, lo que había en su lugar era una chapa de metal

que se trancaba con un palo de madera. Esa noche recordada de temporal, tuvieron que sostenerla cada uno mientras el otro salía fuera para ir al baño, por entonces sin el acceso interno construido. El relato, sus poses siguiendo una suerte de memoria corporal muy potente, mis propios recuerdos de esa noche en la que me tocó experimentarla y demás me hicieron imaginar a un par de astronautas enfrentados a lo que Blaise Pascal sentenció con contundencia como el terror frente al «silencio de los espacios siderales». Ciertamente, el exterior de la pequeña vivienda precaria era, entonces, un afuera infinito, hostil y aplastante. El medioambiente se convirtió esa noche, como en toda situación de catástrofe, en una entidad terrorífica, una suerte de caos primordial y final, apocalipsis en el que todo es engullido.

Así de fatal se experimenta un ambiente construido cuando las condiciones generales, las materialidades y los procesos subjetivantes asociados en una misma red de prácticas, acciones y cosas (Latour y Yaneva, 2008) no logran sostener la mínima condición para la vida. Esto resultó ser una de las características generales de aquellos participantes del Plan Juntos, orientado a quienes enfrentan este tipo de situaciones críticas, incluso, por debajo de muchos otros en condiciones de pobreza y exclusión. Algo de heroico, por supuesto,





tiene este relato, junto con lo dramático del contexto, y algo de satisfacción por la superación o por haber podido sobrevivir a tales peligros y riesgos. Pero un deseo y una necesidad de superación motivó a María y a Pérez a buscar siempre una solución habitacional y existencial en general, para sí y sus seres más queridos.

La última estancia visitada fue una habitación que había quedado a medio construir, por efecto de los nuevos proyectos de vida una vez que ingresaron al proceso transformador del plan. Diseñaron una suerte de gimnasio para el hijo adolescente que adoptaron, de hecho, juntos, quien se encontraba por entonces jugando al fútbol en las ligas inferiores de un club local cercano, de segunda división profesional, el Huracán del Paso de la Arena. Cabe destacar los objetos allí presentes: la bolsa de arena para el entrenamiento, el banco de madera similar al encontrado en los vestuarios deportivos y la bandera del Club Atlético Peñarol, toda una institución en diversas disciplinas, incluida el boxeo.

Un poco más de medio año después, nos volvimos a encontrar, primero con Pérez y luego, a los meses, con toda la familia, en la nueva vivienda construida en el marco del Plan Juntos en Amanecer. La antigua casa fue pasada a una amiga de María, para quien a pesar de la condición de precariedad extrema de la construcción le significó una solución habitacional. De esta manera, también mantiene un vínculo con aquella vivienda, su intimidad, sus entornos tan queridos, los afectos asociados por tantos años, mientras habitan un nuevo sueño. Al respecto, la tesis de Bachelard (2000) y su peculiar fenomenología resultan por demás sugestivas: una vivienda es un ámbito de vida que invita a la ensoñación, a soñar despierto, a proyectarse constantemente. Esto tiene que ver con lo



que contemporáneamente consideramos como «diseño de ambientes para la vida» (Ingold, 2012) o «existencial» (Álvarez Pedrosian, 2013b), que explicita esta dimensión de composición y concreción de las formas de habitar. «La casa me tiene muy entusiasmada, no puedo parar», me decía María una vez que nos encontramos en una jornada de la llamada «obra solidaria», donde ella, con su pareja y otros participantes del plan, se ponían, como hemos visto, manos a la obra para terminar de construir la vivienda contigua a la de ellos, destinada a una mujer sola con un hijo con un padecimiento crónico y, por tanto, exonerados de tener que cumplir con horas de trabajo por tales causas.²⁶

La vivienda de la pareja estaba rebosante de vida: la madre, ya anciana, disfrutaba ordenando meticulosamente los utensilios de cocina y lavando todos los trastos; el pequeño niño jugaba andando en bicicleta, con un teléfono móvil sin chip y con su computadora portátil del Plan Ceibal de las escuelas públicas uruguayas, y el joven hijo adolescente anotaba con entusiasmo la dirección de mi blog para acceder a los textos que ya había generado en función del trabajo de campo de esta investigación. Por supuesto que no existen finales felices en la realidad, pero tampoco podemos dejar de aprehender y comprender las dinámicas del deseo, del goce y, como decíamos, de la ensoñación que tan oportunamente identificó Bachelard (2000) para los fenómenos aquí planteados. Problemas y dificultades con la nueva vivienda, tanto hacia el interior como hacia el exterior, son parte de una realidad siempre compleja, ambigua y ambivalente. Pero el salto cualitativo para hacer de esa construcción un nuevo hogar lleno de amor y poesía es tan real como todo lo demás.

El fuego interior y el taller de oportunidades

El segundo caso que pondremos a consideración de esta etnografía es el relativo a otra pareja que también reside actualmente en una de las viviendas construidas en el marco de las obras del Plan Juntos, a un par de calles de distancia de la de María y Pérez. Se trata de Juana y José, cercanos ambos a los 30 años de edad, quienes junto con sus tres hijos se encontraban anteriormente en lo que se denomina situación de calle, es decir, sin un espacio de cobijo mínimamente seguro y permanente. Según lo narraron, los últimos tiempos habían estado durmiendo en uno de los baños públicos ubicados en la playa del Cerro, la más cercana y emblemática de la zona. Su caso es uno de los representativos de los considerados como críticos desde el punto de vista de la organización del plan. Efectivamente, como ellos también lo evaluaron, no fue fácil la inserción en la dinámica colectiva que se les planteó. Ambos eran oriundos de la zona oeste del departamento capitalino, habían vivido en diferentes territorios que la componen (incluido en la que se encuentran ahora) y seguían teniendo familiares cercanos por allí, pero esto no les aseguró un arraigo capaz de solventar soluciones habitacionales más o menos estables. Nómades en su propio espacio de nacimiento, no sin idas y venidas por fuera de este, quedaron en una situación extremadamente precaria, especialmente para sus niños.

Estuvieron a punto de quedar fuera del Plan Juntos e, incluso, fuera, por tanto, de la última de las posibilidades, ya que no existe otra política habitacional que intente llegar a lo más hondo de la pobreza estructural y la indigencia. Se produjeron discusiones con

26 Ver capítulo «Manos a la obra».

capataces de obra, algunos de los cuales, a su vez, se inmiscuyeron en la relación de pareja debido a un supuesto abuso por parte de él hacia ella, e incumplimientos con los horarios y las tareas constructivas en colectivo, todo lo cual llevó a una movilización importante por parte de trabajadoras y educadores sociales, e, incluso, de abogados del plan para encontrar una solución. Evidentemente, cada una de las partes poseía una versión con sus propias explicaciones de los acontecimientos involucrados en estos conflictos. Lo interesante de todo ello es que finalmente se mantuvieron dentro del plan y alcanzaron a hacer realidad el sueño de la casa propia, para felicidad de todos.

Ya había entrado en contacto con Juana en una de las jornadas del trabajo de campo en Amanecer, y en el diálogo informal generado con ella, había salido la cuestión de que estaban construyendo la vivienda adjudicada para ella y su familia nuclear a pocos metros de allí, a la salida del entorno principal, en lo que vendría a ser una de sus espaldas, en el extremo de una hilera de poco menos de una decena de viviendas contiguas. Algunas vecinas de este entorno principal de la intervención en la microzona habían bromeado conmigo sobre lo especial que resultaba, por su carácter y actitudes, por ejemplo, por aparecer en las noches de los fines de semana gritando festivamente con el afán de arreglar al vecindario. En esta oportunidad, mientras estaba participando de una jornada de trabajo colectivo en una de las viviendas con varios de los vecinos ya instalados allí, se hizo presente junto con su hija más pequeña, con muy buen humor y demostrando ganas de participar y generar lazos.



Fui así que volvimos a entrar en diálogo, y luego de que las tareas principales del grupo de obra acabaran, le consulté si era posible ir a conocer su hogar y entrevistarlos, tanto a ella como a su compañero en su propio ámbito doméstico. La idea le resultó fantástica y hacia allí nos dirigimos. Una vez que llegamos, nos encontramos con su pareja, José, tomando mate dulce en un vaso de vidrio, compartiendo lo que restaba de la mañana y el comienzo del mediodía junto a sus otros hijos mayores de edad, en la letanía del sábado de descanso general. La bienvenida fue igual de grata, y mientras las criaturas pequeñas siguieron con sus actividades lúdicas, los adultos nos encomendamos en una larga entrevista en profundidad con momentos de mayor estancia, nuevamente en lo que sería el espacio del estar de la nueva vivienda, y otros momentos más de desplazamiento por sus otros espacios, en una nueva entrevista recorrida o recorrida entrevistada.

Desde la llegada al lugar, me llamaron poderosamente la atención dos cuestiones: en primer término, que esta fuera la única vivienda concluida y habitada plenamente de la hilera, frente a las demás en franca distancia en los respectivos procesos constructivos, y en segundo término, la forma en que sus habitantes habían pintado la fachada, con los colores blanco y celeste fuerte, según segmentos diagonales a los lados de las ventanas.



Sobre el primer aspecto, José fue muy elocuente acerca de la elección del «mejor» predio para la vivienda particular dentro de las posibilidades. Según él, una serie de factores incidieron en ello. La ubicación en el contexto urbano, el estar lo más cerca posible a la avenida —que es más una ruta secundaria—, la cual se conecta, a su vez, con la avenida principal de toda la zona cerrense y, de allí, con toda la ciudad, fue planteado como fundamental. Después, la calidad de la sedimentación, pues, según él, observó cómo rellenaban correctamente ese sector en su momento los camiones con material al servicio del plan y cómo no lo hacían de buena forma en los demás terrenos contiguos.



Recordemos que, a pocos metros, hay una pequeña cañada regularizada, que es el eje central del Amanecer, y un brazo de esta se abre hacia esta dirección, en lo que antiguamente era un típico ambiente de humedal.²⁷ Este era uno de los cuestionamientos a los procedimientos del plan. José señalaba los diferentes materiales utilizados en su vivienda y en la más cercana, que se podía ver tras la puerta secundaria de la cocina, la cual se encontraba abierta, para afirmar cómo tuvo que trabajar, según él, en solitario, pero con grandes resultados al haber logrado una obra de mayor calidad en materiales y terminaciones, tanto en la estructura de muros como en el mencionado suelo y en el techo sobre nuestras cabezas.

²⁷ Ver capítulo «Territorios metropolitanos del Plan Juntos: paisajes de la resistencia».

Con relación a la estética de la fachada, volvería a encontrarme con las diagonales y esos colores dentro, en lo que constituía el corazón espiritual de la casa, del hogar propiamente dicho (Segalen, 1996): la estufa, aunque no se cocinara allí con mayor frecuencia. Esta era, hasta el momento, la gran obra de autoconstrucción en el interior de la vivienda, la que más la singularizaba al distinguirla de las otras y dotarla de un carácter particular, por lo que así se conformaba una espacialidad irrepetible. Orgullo de la casa, la estufa había sido decorada en su chimenea también con diagonales y pintada con el blanco y el celeste fuerte de la fachada, a lo que se sumaban estrellas negras. La parte inferior había sido revestida con tablillas de madera cual lambriz, de uso masivo en la decoración de interiores en estas regiones del continente, por lo menos, desde hace varias décadas atrás. El revestimiento cerámico del suelo también había sido obra de él y objeto de admiración por todos los adultos presentes en el momento. Pero, volviendo al diseño decorativo de la chimenea, no pude dejar de tener reminiscencias de formas y colores que me hacían traer a la memoria afectos claramente asociados a rasgos estéticos propios de ciertas manifestaciones culturales.

Luego, con el paso del tiempo y analizando el material de campo, me percaté de que se trataba, en principio, de la cultura afro-ruguaya, asociada directamente al candombe y a todo su universo de sentidos y valores, sin dejar de lado las posibles mezclas con otras vertientes procedentes del Brasil, ya más ligadas a la amplia y permeable religiosidad popular. La presencia de la tradición afrorioplatense era, obviamente, más directa, pues se podía encontrar en ese diseño, propio de la indumentaria con la que desfilan los tocadores de tambores llevándolos colgados, y, por supuesto, en el motivo de las estrellas, que, junto con la media luna, como se ha señalado, es un elemento de probable procedencia islámica (Olivera Chirimini, 2005). Estos elementos pertenecen a imaginarios amplios y extendidos que pueblan de íconos y otras entidades imagónicas un universo figurativo al que se apela





cuando las condiciones lo permiten. Y este parece haber sido el caso, junto, por supuesto, con otros factores desconocidos por nosotros, como el acceso a ciertas pinturas y no a otras, o la destreza ante el pincel o la brocha para delinear tal o cual forma. De cualquier manera, estamos apelando a la existencia de un pragmatismo existencial, ubicado en un campo de immanencia de puras prácticas, dentro de las cuales todos estos elementos actúan y generan sus propios agenciamientos (Deleuze y Guattari, 1997a), haciendo uso de objetos y formas en una suerte de arte espontáneo o artesanía vernácula.

Que esto haya ocurrido en la decoración del objeto en el cual se crea el fuego puede dar para muchas especulaciones. De todas formas, José enfatizaba lo bien que lo pasaban todos allí, disfrutando de esa espacialidad, tal como en el momento en que nos encontrábamos: «El sol entra por la ventana, ¿y sabés cómo pega con un vinito?», a lo que su compañera lo interrumpió con un poco de pudor por mi presencia y dijo: «Ah... Callate, ¿qué va a pensar?». Yo me sonreí y asentí con la cabeza. No podía más que asociar lo que me estaba queriendo transmitir José con las posibilidades de un habitar según una espaciotemporalidad que así lo permitía, al distenderse en una intimidad en la cual sentirse dueño de su propio cuerpo y espíritu, ese tipo de excesos cotidianos propios de «aventuras a salvo» en el «confinamiento de los sentidos» (King, 2008: 75). Para entonces, no pude aceptar un mate dulce más de los que veníamos ingiriendo sostenidamente, y mientras Juana se disponía a tomar un baño para prepararse a salir con el grupo de vecinos del Plan Juntos, que tenían una actividad de socialización en uno de los principales parques de la ciudad, nosotros nos levantamos y comenzamos a recorrer todo el predio, dentro y fuera de la vivienda.

La nueva cocina, como en todos los casos que conocimos en las variaciones tipológicas habitacionales del plan, se encontraba abierta hacia el espacio más amplio de la vivienda, el que, por lo general, funciona como estar. Sin dudas, es una buena estrategia para la optimización de la superficie y la cualificación de virtuales espacialidades domésticas, donde las actividades de variadas funciones cotidianas puedan combinarse. Si bien ya se observaba a ambos lados de la preciada estufa dos televisores y otros aparatos electrónicos, como una computadora con su monitor, la cocina concentraba la mayor presencia tecnológica. José fue describiéndome cada uno de los electrodomésticos allí presentes, desde la heladera al microondas, haciendo énfasis en la procedencia de cada uno de los objetos y la forma en que él los había reciclado o recuperado, lo que le permitía tener un stock de «comida para los chiquilines».

Gracias a su ingenio y a sus vínculos con los nuevos vecinos, para quienes había ido desarrollando diferentes trabajos puntuales de albañilería, instalaciones de este tipo y hasta de sanitaria, sentía que había logrado proveer a su familia de un nivel de confort al que jamás había llegado ni soñado alcanzar. Había pasado de vivir en las calles a poder contar con un congelador, donde me mostró había carne picada y algunos otros alimentos listos para ser utilizados; de percibir y pensarse como incapaz de proyectar una cotidianidad mínimamente previsible para el sustento de sus niños a esta nueva situación, fruto de la vivienda construida en torno al Plan Juntos y a su propio ingenio y astucia de restaurador.



Él y su compañera no se presentaron como hurgadores de residuos, pero estas pautas tienen mucho de ello, y esto es algo que va más allá de la actividad específica en tanto caracteriza procesos de subjetivación muy presentes en estos territorios de la periferia urbana. Lo mismo ocurre con el trabajo con las manos, que va de la clásica carpintería a la electricidad y, en algunos casos, incluso al software y al hardware (Álvarez Pedrosian, 2013a: 179-184). De todas formas, según la narración de ambos mientras recorríamos el sitio, se había dado una serie de accidentes importantes: la heladera no funcionó correctamente desde el principio y tuvieron que tirar comida echada a perder por falta de frío, así como algún que otro cortocircuito generó fuego puntualmente y quemó algunos electrodomésticos en la marcha. A algunos de estos vecinos a los que hacía referencia como los antiguos propietarios de esos bienes ya los había conocido en el transcurso del trabajo de campo de esta investigación, y fue muy interesante identificar los vínculos transversales que se tejieron en estos nuevos territorios de convivencia. Una suerte de fijación con estos objetos electrodomésticos, que si bien puede entenderse con relación al consumo en los estándares de clase media a los que parecían asomarse, no dejaba de estar impregnada de esa satisfacción por recuperar y poner en funcionamiento lo que parecía estar destinado a perderse. Y es que ambas cuestiones van juntas y necesariamente de forma incompleta (Pezeu-Massabuau, 2012), dentro de un nuevo sentido de confort que se viene ajustando cada día (Miller, 2008).

Además de estas cosas tan significativas, cargadas de relaciones, prácticas, actantes y todo lo relativo a las redes humanas y no humanas de contextura rizomática de lo real (Deleuze y Guattari, 1997a; Latour y Yaneva, 2008), me encontré, como en el caso anterior, con una fuerte presencia de imaginería religiosa. Esta, junto con los diseños de la fachada y la chimenea, dotaban de cuerpo a la estética global del lugar, poniendo nuevamente en consideración el papel de lo religioso en el diseño de los universos de existencia más íntimos, evidenciando cómo «la religiosidad compone tradicionalmente el sistema de sentidos que configura la casa, en una poderosa y englobante dimensión moral» (Duarte y Gomes, 2008: 180).²⁸ De una gran carga afectiva, los símbolos comunican, en primera medida, a los propios habitantes con las entidades correspondientes, con posibles comunidades de fieles, así como a potenciales rivales que intenten alguna conversión en estos territorios populares donde conviven catolicismo, umbanda y pentecostalismo en mayor o menos pluralismo (Duarte y Gomes, 2008: 181-186).

Frente a mi pregunta al respecto, de por qué tenía tales y cuales imágenes de santos y vírgenes, cruces y demás íconos cristianos por toda la casa, José me relató su historia con el consumo problemático de pasta base de cocaína y cómo se había «rescatado», según expresó, gracias a la fe. Había emprendido un viaje de peregrino solo, hacia la ciudad de Rivera, fronteriza con Brasil, donde tenía algunos parientes, con el afán de escapar de situaciones y relaciones nocivas al respecto en estos ambientes capitalinos. Parece que allí operó alguna conversión, cierta revelación o proceso iniciático que le permitió centrar sus energías y focalizarlas en construir, a la postre, un hogar.

28 Traducción del autor.



Después José me invitó a visitar los propios dormitorios, lo que constituyó para mí otro pasaje a un nuevo umbral de intimidad. Como planteamos con el caso anterior, estos resultan ser los ambientes últimos de resguardo y cobijo del habitar, y mi intención epistémica y éticamente siempre fue la de sostener dicha realidad. De todas formas, me negué a mí mismo a realizar fotografías en estas situaciones, para no abusar de su gran amabilidad y compromiso con la propia investigación, con «el libro», como dijo, que estaba escribiendo. Sí me quedó la misma sensación de alegría que él sentía por el hecho de poder ofrecerles a sus

pequeños unos entornos espaciales propios y de poder almacenar sus bienes más íntimos, en especial la ropa, así como brindarles más tecnología doméstica: televisores reciclados. A mí me parecieron cuartos extremadamente pequeños, pero comprendí el salto cualitativo que significaba para él y su compañera el poder contar con tres dormitorios bien definidos y todo lo relativo al resguardo y el cobijo que da la paz del habitar en tales condiciones, tal como lo expresa uno de los sentidos del término (Heidegger, 1994). A la alcoba principal no me llevó: seguía existiendo algo vedado para el visitante extraño, a pesar de todo.

Salimos, finalmente, hacia el patio trasero de la vivienda, común a toda la tira en construcción de esa calle, así como en muchas de las otras ubicadas en la centralidad lineal del Amanecer. En este caso, estábamos de espaldas a algunas de las viviendas construidas, como hemos visto, en la intervención urbana precedente, la del PIAI. Un alto muro permitía contar con una barrera absoluta hacia esa dirección, algo por demás valorado por José y su compañera, la cual, a esas alturas, ya había terminado de tomarse su baño y volvía con nosotros. Este fondo o trasero del predio estaba sensiblemente valorado para la práctica de varias funciones, las cuales, también desde una perspectiva diferente de cómo habitar, pueden verse como contradictorias, hasta opuestas. Nos referimos a lo que implicaba un



lugar para el ocio y el juego de los niños, para el disfrute de lo que se consideraba como naturaleza por parte de todos los miembros de la familia, para el secado de la ropa en el tendedero y para algo así como un depósito-taller, donde José acopiaba los objetos que estimaba como interesantes a lo largo del tiempo y se proponía restaurar, y donde, además, estaban los clásicos insumos para la construcción que había utilizado recientemente en la confección de un muro lateral. Los objetos de la cocina ya habrían pasado por aquí, seguramente, por el taller de posibilidades, donde se saca y se pone, se abre e investiga, corriendo el peligro también de ir acumulándose no sabemos hasta qué cota o nivel que se crea insostenible.

Por el momento, tan solo se encontraba un juego de comedor a restaurar, dentro de un carro de supermercado, y elementos que eran parte del trabajo de autoconstrucción, y una gran manta manchada y rota en varias secciones que oficiaba de alfombra e intentaba disimular, con no mucho éxito, las puntas de los cantos rodados con los que se había rellenado el suelo. Pensar que los pequeños niños juegan allí, y ver a la más pequeña de todas hacerlo me dio un poco de temor. De todas formas, para sus padres, este era el espacio en obra por excelencia, donde proyectaban y soñaban despiertos con construir el tan valorado parrillero para asar carnes, como todo montevideano y uruguayo desde las últimas décadas del siglo pasado (Barceló, 1997: 249); espacio abierto e íntimo al que se lo había intentado delimitar desde el principio, lo mismo que encontramos en el caso anterior. «No sabemos quién puede venir a vivir al lado», comentó José refiriéndose a la vivienda contigua del plan. A la vez, hacia el otro lado, que daba al terreno de un vecino que lo había contratado para trabajos de sanitaria y con el que dijo tener una excelente relación, ya había alzado un muro con sus propias manos.





Creatividad y empoderamiento

José debía ser uno de los pocos casos de adultos jóvenes del departamento capitalino montevideano que era analfabeto. Me lo contó en el momento en que expresaba su orgullo y alegría por haber alcanzado a «tener la casa propia». Esto nos sirve para determinar el perfil de la población a la que llegó el Plan Juntos, promovido directamente por el entonces presidente José *Pepe* Mujica y financiado con la mayoría de su salario. «¿Y de dónde viene este saber que te ha permitido autoconstruir casi solo tu vivienda?», le pregunté a José, considerando sus propias palabras relativas a ello. «De mi padre», me contestó. Y esto fue relevante en ambas dimensiones: en lo concerniente al universo de la intimidad aquí abordado y a la construcción de los vínculos intersubjetivos y sus espacialidades *públicas*, tanto por lo que comunica hacia fuera su vivienda como por las prácticas de vecinazgo y laborales que informalmente desarrollaba en el lugar desde que se instaló.

«Construir ya es habitar», nos plantea Heidegger (1994), y sus implicancias para el conocimiento de los procesos de subjetivación, para las prácticas de composición de nuestros universos existenciales, siempre heterogéneos, es más que considerable: nos obliga a pensar las materialidades en devenir (Latour y Yaneva, 2008), la vida como una obra inconclusa en perpetuo rediseño (Ingold, 2012). Como hemos intentado poner de manifiesto en este trabajo, las «maneras de hacer» en lo cotidiano (De Certeau, Giard y Mayol, 1999), como conjunto de «tecnologías del sí mismo» (Foucault, 1995), encuentran en la intimidad un universo privilegiado de exploración de todo ello, el cual es también el de más difícil acceso y aprehensión. Estos universos vedados a los otros, en sus diferentes grados y estados, son el entorno donde se despliega toda la «poética» de la vida social (Herzfeld, 2004) en su máxima potencia, donde todas las formas de mediación posibles se convierten en materia de expresión para comunicarnos a nosotros mismos quiénes somos y quiénes queremos ser, en la ensoñación de ir plasmando una nueva realidad a nuestro alrededor.

El aura de alegría y plenitud cargada de esperanzas y deseos fue una constante en el trabajo de campo más amplio en el que se inscribieron estos casos analizados aquí. Se trata de un habitar en movimiento, una intervención habitacional que llegó para sacudir los rincones más olvidados de los excluidos en la sociedad uruguaya, con todo lo conflictivo y complejo que esto conlleva, sin lugar a dudas. Lo cierto es que en las intimidades de sus habitantes pudimos encontrar esta activación de la subjetividad, este ponerse en marcha y proyectarse, en contrapuntos diversos con los territorios de lo público, también en construcción y en alcances de mayor abstracción. El tan mentado *empoderamiento* de estas poblaciones encuentra en su dimensión más subjetivante, la de los afectos y la sensibilidad, en la intimidad, su muestra más elocuente.

Etnografía prospectiva: el trabajo en la fragilidad, lo incierto e incipiente²⁹

La experiencia de los alcances y las limitaciones

Una suerte de repliegue sobre sí de los agentes del Plan Juntos, que implicó un importante cuidado sobre la presencia de quien fuera en aquellos territorios donde se llevaron a cabo las intervenciones, tanto por la población y sus necesidades como por los técnicos y el tipo de presiones que se desprenden de lo que inmediatamente más arriba planteábamos, hizo, en algunos casos, muy cuidadoso el proceso de inmersión por nuestra parte. Esto conllevó el esfuerzo de llevar a cabo un gran aprendizaje metodológico de cómo participar en estos contextos tan delicados. Ajustar expectativas, reformular los objetivos de la pesquisa, crear y seguir las pistas técnicas y metodológicas que permitieran llevar adelante una experimentación fluida en vínculos intensos, con el mayor involucramiento posible desde los fines y objetivos propios en relación con los existentes. Se trató, pues, de una negociación permanente en el acceso al campo que no terminó en las primeras instancias de este, de diálogos epistemológicos y éticos con educadores sociales y educadores populares (con sus diferencias en formación y trayectorias laborales específicas: los primeros, más ligados a instituciones estatales; los segundos, a movimientos sociales combativos, cercanos, por ejemplo, a la teología de la liberación), en los que el debate sobre el uso del conocimiento fue una constante. La relación entre la academia y la sociedad, entre la universidad y la vida en general, consistió en algo así como un hilo conductor de estas narrativas que, en próximas secciones, presentaremos en calidad de esbozo cartográfico.

Como etnógrafo, las presiones fueron por demás importantes, al mismo tiempo que fue posible desarrollar experiencias de una riqueza incalculable con decenas de integrantes del plan. Un diálogo interdisciplinario, el cual, creemos, fue por demás interesante, abierto como otro hilo narrativo, fue el construido en el encuentro con los arquitectos que trabajaron junto con los técnicos de lo social, en los términos propios en que se organizó el dispositivo estatal de intervención. Esperábamos que esto fuera así, y, por fortuna, se terminó generando un gran interés que permitió sostener procesos interesantes y fructíferos para todos los involucrados.

La cuestión del hábitat apareció en las formas discursivas de la campaña electoral de 2014 —al cierre del gobierno de Mujica—, generalmente en términos del cuidado o no del llamado medioambiente, debido a las potenciales intervenciones de megaminería realizadas por empresas transnacionales y, de forma menos difundida, a la serie de obras de infraestructura sí concretadas, que se llevaron a cabo en el entorno periférico de la ciudad de Montevideo y sus aguas cercanas, y que hacen también a la infraestructura energética general, lo que afectó a diversos colectivos de vecinos organizados. Se trata de la misma dinámica territorial generada por los flujos del capitalismo contemporáneo (Pryke, 2005), fundamentales para una

29 Una primera versión fue publicada en 2015: ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (2015). «Etnografía prospectiva: el trabajo en la fragilidad, lo incierto e incipiente» [EN LÍNEA]. *Iluminuras*, 16 (39), 33-57. Disponible en: <<http://seer.ufrgs.br/index.php/iluminuras/article/view/58209>>.





perspectiva etnográfica «estratégicamente situada» de alcance planetario (Marcus, 2001a). Los problemas de habitabilidad incluyen mucho más que eso si consideramos la vivienda y las otras configuraciones espaciotemporales propias de las actividades conectadas a cada forma de residencia y al estar en tránsito, desde estudiar a trabajar, pasando por múltiples prácticas, a veces difíciles de clasificar en tal o cual esfera de actividades definidas en los términos de las sociedades modernas y sus derivas contemporáneas. Con relación a esto, la cuestión de la vivienda y la construcción de ciudad se presentaron mediáticamente en dicho contexto como un problema de seguridad ciudadana. En este caso, uno de los asuntos esgrimidos era, principalmente, la peligrosidad de los jóvenes que habitualmente residen en estas zonas de vacío y precariedad, lo que provocaba que se recayera en la estigmatización de las periferias urbanas y otros enclaves territoriales (Wacquant, 2007; Da Cunha y Feltran, 2013). Por esta razón, abordar el análisis de estos procesos necesitó poner en consideración categorías que se manejaban de forma irresponsable en muchos casos, con el espíritu de contribuir a un debate socialmente asumido en términos de convivencia, de comunicación en el espacio, de definición e intervención en el llamado espacio público, etcétera.

Al mismo tiempo, la municipalidad capitalina, junto con un grupo de ministerios enfocados en estas problemáticas, impulsó otro plan, llamado Siete Zonas, fuertemente centrado en la noción de *plaza* como espacio de socialización primordial, lo que amplió las intervenciones de forma cada vez más cercana al tipo de las llevadas a cabo en otras ciudades latinoamericanas en la última década (Álvarez Rivadulla, 2015). También el propio Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente (MVOTMA) siguió adelante con el PMB, heredero del de regularización de asentamientos (PIAI), manteniendo y acelerando obras en diferentes ciudades del Uruguay, con todo lo cual la cuestión del habitar se hizo, al final, más visible.

¿Cómo se inserta un trabajo etnográfico en este contexto de diversas instituciones que actúan de formas solapadas, articuladas en mayor o menor medida, según lógicas institucionales propias, en medio de las necesidades urgentes de la población y las tensiones políticas que finalmente desembocan en una campaña electoral? Ya de por sí intentar conocer e intervenir con dicho conocimiento en los procesos de transformación del hábitat y del habitar conlleva dificultades por demás importantes,

más aún en este contexto de fuertes tensiones por demandas y estrategias de poder de los diversos actores involucrados, incluidos movimientos sociales de variada índole que se ven dinamizados en estos últimos años por efecto de este mismo tipo de políticas de fomento de la ciudadanía, algo similar a lo que ocurre en distintos entornos, particularmente sudamericanos (Holston, 2009).

Lo primero que podemos dejar planteado es que el ejercicio de la etnografía, en el ámbito de las prácticas de producción de conocimiento entre las ciencias humanas y sociales, así como en diferentes oficios técnicos que buscan su auxilio, es especialmente sensible a las condiciones contextuales en las que se inserta. Más aún: emerge como producto de entre los acontecimientos y procesos de un mismo campo de inmanencia de prácticas, horizonte de determinaciones y posibles franqueamientos de este (Álvarez Pedrosian, 2011c; 2014b). Es así que la etnografía es por excelencia un conocimiento situado y, al mismo tiempo, en traslación, que se construye en la experiencia misma de la asunción de los alcances y las limitaciones imperantes en un presente dado; puede proyectarse hacia futuros posibles desde presentes virtualmente múltiples, gracias a lo intempestivo y emergente en su condición de acontecimiento asumido en toda su potencialidad. La «manipulación del tiempo» resulta, en tal sentido, fundamental (Rabinow *et al.*, 2008: 74).

Para ir dilucidando las implicancias de todo ello, seguidamente, consideraremos, en primer lugar, un par de trabajos por demás relevantes en dicho debate, con el afán de encaminar nuestra problematización. En uno de estos (Ingold, 2008), se pone el acento en la cuestión del rol de la etnografía en el proceso de producción de conocimiento antropológico. Nosotros intentaremos hacerlo en el concierto de las llamadas ciencias humanas y sociales, junto con la filosofía, y no tan solo de la antropología, dado el carácter cada vez más extendido de la presencia de la etnografía, así como de la constatación histórico-filosófica de los fuertes y profundos vínculos epistemológicos de los diversos saberes antes referidos (Álvarez Pedrosian, 2011b). El segundo de los textos pone el énfasis en los fines contemporáneos de la etnografía y cuestiona las estrategias de creación de conocimiento más interesantes llevadas a cabo en tal sentido (Marcus, 2008). Problematizaremos también las consideraciones realizadas allí a partir de nuestras experiencias de investigación en particular, discutiendo presuntas carencias en la etnografía contemporánea, para luego cuestionar la noción de *colaboración* que se ha venido poniendo en boga. Intentaremos ampliarla, al mismo tiempo que resituarla, según sus implicancias epistemológicas a la luz también de otros aportes de investigadores que han sabido sobrellevar experiencias difíciles de campo, para nada placenteras o políticamente correctas, para usar una expresión más coloquial.

Antiantietnografía

En «Anthropology is *not* ethnography», Tim Ingold (2008) homenajea la figura de Alfred Radcliffe-Brown en el contexto de las *Lectures* ofrecidas en su nombre, intentando recuperar elementos sustanciales de la tradición británica, retomando discusiones de mediados del siglo XX llevadas a cabo por Alfred Kroeber, Edward Evan Evans-Pritchard y Edmund Leach, y teniendo presente la influencia de Lévi-Strauss. En lo que respecta a la forma de concebir la etnografía y la antropología, podemos ver rasgos que también

están presentes en la tradición estructural francesa, bajo la dicotomía etnografía/etnología. Ciertamente, el uso y abuso de tales conceptos puede dar lugar a grandes malos entendidos innecesariamente, como plantea el autor. ¿Pero por qué aún nos aferramos a tales categorías si no nos satisfacen más? Ingold opta por volver a la concepción de la etnografía como una tarea de descripción, etimológicamente, de los modos de ser (*etnos* ‘gentes’). Nos muestra cómo en importantes vertientes contemporáneas —en especial, en la norteamericana y en aquellas en diálogos intensos con esta, como lo evidencia su crítica a la idea de «tangencialidad», esbozada por Paul Rabinow (Ingold cit. en Angosto Ferrández, 2013: 301)— la antropología en tanto empresa explicativa se vio reducida a dicha presunta tarea.

Hay un argumento de Ingold a lo largo de su conferencia que es por demás convincente: la antropología no puede contentarse solo con describir el estado de cosas existente, sino que debe ser una exploración hacia el futuro, una prospección, en tanto se cuestiona sobre los destinos de la humanidad. Es evidente que no se trata de ir un paso hacia atrás, hacia una descripción pura, algo que ya el interpretativismo de Geertz basado en la hermenéutica había puesto sobre la mesa: no existe descripción sin interpretación y viceversa. La cuestión es otra: es «la necesidad de separar el objeto de estudio del estudio del objeto» (Geertz, 1996a: 28). De todas maneras: ¿cuál es el problema con la etnografía? La cuestión crucial sería esta: el trabajo sobre lo dado, lo existente, por un lado, está asociado a la etnografía, y el trabajo sobre lo que está en devenir, sobre lo que virtualmente puede darse como un camino de transformaciones, sería labor de la antropología.

¿Pero podemos quedarnos con una concepción de la etnografía como simple representación de lo existente? Ciertamente, la etnografía, creemos, en una de sus vertientes, la experimental, ha sido la que ha dado las pistas para poder abrirle camino no solo a la antropología, sino a todo el espacio de las ciencias humanas y sociales más allá de lo dado, en tanto trabaja a partir de la experiencia de forma creativa e imaginativa, para poder poner en relevancia problematizaciones que hacen a los fundamentos mismos de lo que se considera objeto de estudio. Ciertamente, el oficio de la observación participante (que, para Ingold, tampoco parece ser parte de la etnografía) y las técnicas usuales de la etnografía parecen estar ancladas en lo dado, pero la experiencia es mucho más que eso. La cuestión, por tanto, creemos que pasa por reconsiderar la relación más profunda entre las ciencias, la filosofía y las artes. El propio Ingold pone como ejemplo el oficio de la arquitectura en relación con lo que intenta argumentar, así como hace un llamado sobre la necesidad de elaborar una filosofía sostenida en el tipo de cognición signada por los involucramientos («*engagements*») en el mundo que se estudia; tal como hemos afirmado, puede desprenderse, por el contrario a los términos que él utiliza, desde la etnografía contemporánea, aquella sostenida en la experiencia del extrañamiento en tanto distanciamiento e inmersión simultáneos en los fenómenos (Álvarez Pedrosian, 2011b).

Un horizonte epistemológico común a todas las ciencias humanas y sociales, que puede o no tener de forma explícita a la «ciencia del hombre» como la más importante o, a lo sumo, como la integradora general, se orienta en tal sentido. Lo *experiencial*, podríamos decir, para no utilizar términos asociados a diversas formas de positivismo y posturas afines, pone énfasis en el mismo sentido en que Ingold pretende reafirmar una tarea creativa y rica para la antropología, sin necesidad de oponerla a la etnografía, más bien todo lo contrario.

Ciertamente, existen formas de hacer etnografía en estas últimas décadas que han caído en las simplificaciones a las que se hace referencia: una suerte de nuevo coleccionismo de elementos discretos, casi imposibles de conectar, de poner en relación, en una fragmentación de postales de la diversidad cultural y no más que eso. Pero la etnografía toda no puede reducirse a ello. No es una cuestión de palabras, es una cuestión conceptual, de cómo concebimos lo que hemos denominado la experiencia del extrañamiento como sustancial en esta deriva contemporánea en la que, consideramos, el propio Ingold viene aportando de manera significativa.

[...] No estoy seguro de que nuestra tarea sea predecir. Quisiera distinguir entre predicción y anticipación, o entre predicción y visión. La predicción es lo que hacen los economistas cuando se les requiere crear escenarios posibles. [...] Esto no es lo que se supone que la antropología hace. No es cuestión de pintar escenarios alternativos sobre cómo podría ser el mundo en 20, 50 o 100 años. Pero creo que sí puede mirar hacia el futuro, pensar cómo van las cosas y hacer seguimientos. Y, en este sentido, diría que lo que hacen los antropólogos es similar a lo que hacen los artistas y los arquitectos. Es una cuestión de visión y no de predicción —de pensar sobre el futuro sin tratar de predecirlo o controlarlo. De manera que la nuestra es una disciplina que mira hacia adelante, y no retrospectivamente para trazar una línea en el presente y decir: «Vale, ahora vamos a mirar todo desde aquí» (Ingold cit. en Angosto Ferrández, 2013: 290).

Es, por tanto, un tipo de «visión hacia adelante» que no es predictiva, un «seguimiento» que se aventura a lo desconocido y que encuentra en la «improvisación» las claves del «diseño de ambientes para la vida» (Ingold, 2012). En la experiencia del extrañamiento, rectora de una etnografía experimental y exploratoria, el conocimiento no se reduce a algo así como *lo que pasó, lo que fue, lo dado*, pues cada acontecimiento es mucho más de lo que el observador participante pudo entonces registrar, sentir, hasta pensar. Es en el trabajo retrospectivo, en tal sentido, mirando hacia atrás o, mejor aún, mirando hacia otras direcciones, que se puede ver hacia adelante, pues más que opuestas son cuestiones complementarias, en una suerte de oxímoron, propia de la problematización sobre lo que somos, como actividad intelectual de abrir las cosas más allá de los límites de lo real y lo posible hacia la virtualidad del devenir y sus transformaciones, buscando alcanzar «el afuera en el adentro» (Álvarez Pedrosian, 2011a). Esto es algo que la tradición fenomenológico-hermenéutica ha planteado en el campo filosófico de formas más o menos exitosas según las vertientes históricas específicas. Esta encuentra en la modalidad existencial de Heidegger su mayor sofisticación, justamente en quien es una referencia fundamental para comprender los modos de habitar, las grandes críticas a la objetivación de la ciencia moderna por sus esencializaciones y cosificaciones, en especial, las relativas al «ser humano» de las ciencias fundacionales e inmediatamente posteriores (Álvarez Pedrosian, 2011b).

Consideramos, por tanto, fundamental la crítica efectuada por Ingold a cierto tipo de práctica etnográfica, pero no podemos considerarla como una cuestión general, sino más bien aplicable a las tendencias simplificadoras, por seguir aferradas a una suerte de empirismo ingenuo de tipo positivista o a una práctica puramente retórica al estilo posmoderno; el cual, como lúcidamente estableció Marilyn Strathern (1991), falló en no aplicar la misma crítica que lanzaba hacia los demás sobre sí mismo. Si en vez de pensar la relación entre

etnografía y antropología (o, más en general, con las ciencias humanas y sociales) como una dicotomía entre pasado y futuro, y entre lo singular y lo general, lo hiciéramos como una cuestión de énfasis sobre una misma actividad que implica siempre una búsqueda de apertura más allá de lo dado a partir de la profundización en ello, podríamos ver en la etnografía eso que en las últimas décadas mueve a tantos investigadores de dentro y fuera de la antropología con tanto entusiasmo más allá de una moda de coleccionismo de variedades o del retorno al solo esquema deductivista/inductivista, en el que lo particular es expresión de lo general y nada más que eso.

En tal sentido, podemos pensar en una «etnografía prospectiva», tal como la que aquí proponemos. Quizás, en el futuro, habrá que cambiar la terminología; quizás el sufijo *-grafía* sigue jugándonos malas pasadas. Pero lo mismo sucede con el prefijo *anthropos*; por lo tanto, habría que hacer el mismo tipo de cuestionamiento que se realiza sobre la etnografía (Rabinow, 2003): ¿puede haber una ciencia de lo que somos más allá del horizonte conceptual de *lo humano*? Lo que está en juego, entonces, es la desustancialización de lo humano, y la mejor forma de hacerlo es a partir de la experimentación de un sujeto cognoscente que se sabe relativo y finito y que problematiza lo que acontece desde su participación en el mundo, su involucramiento («*engagement*»). En tal sentido, Deleuze (1986) califica a Nietzsche, nada más ni nada menos, que de empirista debido, en parte, al rol que juegan el azar y lo intempestivo, y, en el mismo sentido, encontrará en James la inspiración de su «empirismo radical» (Lapoujade, 2002). ¿Qué encontramos cuando opera, de esta manera, el extrañamiento, articulando el conocimiento y el pensamiento?: el plano de inmanencia de puras prácticas, la virtualidad más allá de lo evidente, la máquina misma de simulación por detrás de las distinciones entre esencias y apariencias, que pueden aún darles sentido a distinciones como las de formas y procesos, tematizadas en esta dirección. Hacia allí parece encaminarse, en una de las vertientes posibles, el esfuerzo de la antropología, de las llamadas ciencias humanas y sociales, y de la filosofía de este tipo, en sintonía con las artes contemporáneas.

En tal sentido, la arquitectura, tan importante en nuestra investigación, no es solo una tarea artística, pues también integra elementos que tradicionalmente derivan de las ciencias y la filosofía en lo que constituye la tarea del «pensamiento proyectual» (Berio y Del Castillo, 2010); de allí la afinidad con la etnografía y la antropología contemporánea. Como veremos un poco más adelante, nada mejor que trabajar sobre las formas de transformar los modos de habitar para estar a tono o en sintonía con lo procesual, tal como el propio Ingold también lo viene haciendo. Si bien su desarrollo teórico lo fue llevando de modelos y esquemas más estáticos a otros más dinámicos, y a poner el acento en estos aspectos planteados desde el comienzo, acercándose decididamente a trabajos filosóficos como los de Deleuze y Guattari (Ingold, 2000), no parece estar del todo presente el alcance de este hallazgo. Creemos que esto implica una reformulación de la noción misma de experiencia en la antropología y las llamadas ciencias humanas y sociales, y con ello, de la etnografía en tanto estrategia integral de investigación, sostenida en el extrañamiento como acto cognoscente, que, además, necesita de la conjunción del «discernimiento científico», el «sobrevuelo filosófico» y la «aprehensión artística» (Álvarez Pedrosian, 2011b: 231-270).

Por último, parece que el esfuerzo de Ingold (2008) allí es combatir la tendencia que, en la segunda mitad de la década pasada, encontró eco en el campo antropológico y en otros influenciados por él: la de elaborar estudios particularistas, nuevamente fascinados por la excentricidad y el afán de coleccionar rarezas (el clásico exotismo de anticuario, que no deja siempre de estar acechando como una sombra o marca de nacimiento). La doble negación a la que apelamos para titular esta sección hace referencia al famoso artículo de Geertz (1996b) sobre el relativismo, ciertamente, pero no emula completamente su giro epistemológico y retórica argumental. En parte, compartimos la necesidad de tener que rechazar un rechazo (el anti-anti-), pero no dejamos de comprometernos con aquello que estaba, en un principio, lógicamente planteado, como sí parece ser su caso (Geertz, 1996b: 96). A pesar de ello, este gesto comparte también la necesaria problematicidad que debe tener la cuestión, en este caso, la etnografía; es decir, la necesaria apertura a la permanente discusión y proliferación de una materia controversial que no se cierra ni debe cerrarse con una definición taxativa de una vez y para siempre. La práctica etnográfica es múltiple y heterogénea, pero una cosa es cierta para nosotros: no es un mero reflejo de percepciones y sensaciones que son inscritas para luego ser analizadas, sino que constituye un tipo de estrategia cognoscente en sí misma.

Involucramientos

En tal dirección, ahora, pasamos a considerar otros argumentos sobre la etnografía contemporánea, pues también en ella se cargan las baterías sobre aspectos que son generalizables de una forma no muy feliz. En el mismo momento en que Ingold trata de atacar la convulsionada proliferación de etnografías detallistas y poéticas de mediados de la primera década del siglo XXI, George Marcus (2008) intenta algo similar, pero en otros sentidos, denunciando lo que él denomina «barroquismo experimental». Parece que los inspira un mismo temor, una misma preocupación, aunque desde perspectivas completamente diferentes. Después de haber sido parte fundamental en «la generación *Writing Culture*» (Clifford y Marcus, 1991; James, Hockey y Dawson, 1997) y de haber pasado por la necesaria renovación de la conceptualización sobre qué se entiende por *campo*, con su idea de la etnografía «multilocal» o «multisituada» (Marcus, 2001a) en defensa de las redes y conexiones, similares al rizoma que Deleuze y Guattari (1997a: 9-32) plantearon décadas antes y en otros contextos, parecería que fuera tiempo de pensar en la formas en que se agencia la producción de conocimiento.

Dentro de un ataque generalizado a la antropología como empresa colonialista y con una importante presencia de los llamados estudios culturales y poscoloniales, la etnografía contemporánea es acusada, ahora, de mantener algo así como un poder de control por parte del investigador en relación con los sujetos involucrados en los fenómenos investigados. Como hemos planteado en profundidad en otro trabajo (Álvarez Pedrosian, 2011b: 282-290), Marcus (2008) intenta descalificar cierto tipo de etnografías por no poner el acento en dicha situación, en la que la autoría etnográfica, décadas atrás tematizada e historizada por él y los colegas cercanos (Clifford, 1995), deje definitivamente de ser cuestión de un sujeto académico particular. Incluso, se enfatiza la necesidad de llevar la «colaboración» a la instancia de la escritura, a la formulación de proyectos y demás (Rappaport, 2008).

Nuevamente, como lo vimos con Ingold, la cuestión del involucramiento parece definitoria a la hora de determinar el tipo de conocimiento antropológico que se desea construir. A diferencia del primero, la etnografía no es tratada como una simple instancia de descripción representacional de la vida de quienes se estudia, sino que se la concibe en relación con la experiencia de participación de los involucrados y como base para la producción teórica o antropológica, tal como nosotros también la planteamos. Ahora, el asunto parece ser cómo realizar tal operación cognoscente. Según Marcus (2008), algunos trabajos se han convertido en «etnografías ejemplares», tal como operaban, según Kuhn (1971), las dinámicas paradigmáticas en el campo científico, siguiendo ciertos casos que se convierten en canónicos. Estos trabajos circulan como «estándares» que son tomados como referencia para generar y evaluar nuevos estudios. Mantendrían una especie de «desorden», pero no propio de la «experimentación», sino de una suerte de incapacidad por hacerse cargo de aquellos fenómenos, situaciones y procesos desencadenados por dicha experimentación. Por eso, Marcus (2008) se refiere a ese desorden como «barroco», en tanto amalgama de estilos disímiles y hasta contrarios. Según su crítica, estas etnografías se elaboran a partir de ciertos componentes.

Más allá de si son bien o mal considerados por parte de los antropólogos en cuestión, lo relevante es tomar nota de cuáles son esos elementos y reflexionar acerca de su naturaleza, rol y potencial para la elaboración de lo que aquí denominamos una etnografía prospectiva, de forma de precisar y profundizar en su caracterización en el contexto contemporáneo de investigación. Esto es posible porque consideramos que estos elementos son por demás relevantes, necesarios, pero planteados a partir de otras valoraciones.

Un primer aspecto a tomar en cuenta es el relato del trabajo de campo. Este ha sido tematizado ampliamente por la historiografía y la reflexión metodológica en antropología y áreas cercanas en las últimas décadas, a partir, principalmente, de esta tradición norteamericana, por lo menos o de forma más sostenida, a partir de los años ochenta del siglo pasado (Stocking, 1983; Geertz, 1989; Clifford y Marcus, 1991). La cuestión central aquí parece ser que dicho relato no siga siendo, en los términos de Marcus (2008), tan solo la «*mise-en-scène* de la etnografía», o sea, el telón de fondo del argumento en un sentido pasivo. Ciertamente, el carácter de contextualización, en cuanto «fondo» para una «figura» en términos gnoseológicos, sigue siendo una función importante. Lo que no puede es reducirse a un simple cuadro neutro de hechos y acontecimientos sin relevancia en sí mismos, pues se trata de lo contrario: es en y desde el propio relato que debe entramarse la serie de conceptualizaciones y demás consideraciones teóricas, emergiendo, de esta manera, de la misma trama de descripciones, que siempre ya son interpretaciones, como recordamos más arriba que planteaba el interpretativismo en su momento (Geertz, 1996a).

Un segundo aspecto a considerar es lo que Marcus (2008: 30) denomina «economía conceptual del tema», la cual es, de hecho, la dimensión filosófica de la etnografía y de la antropología que se genera a partir de ellas. Ciertamente, puede ser hecha muy a la ligera, tan solo superficialmente, esto es, sin explotar las consecuencias últimas que puede llegar a tener, sin trabajar, en definitiva, los conceptos para elaborarlos lo mejor posible. ¿Qué implica esto? Se trata de llevar la problematización lo máximo posible hasta sus últimas consecuencias, por supuesto, siempre relativas, limitadas por las características del

trabajo cognoscente específico de las subjetividades involucradas, pero no por ello absolutas en ese sentido, en el de la apertura radical de las certezas frente a lo dado. Esto es necesario dado el movimiento paradójico del extrañamiento, en tanto inmersión y distanciamiento simultáneos operados por el investigador dentro de las realidades abordadas: es lo que permite «percibir diversidad» (Velasco y Díaz de Rada, 1997: 216), optimizando una suerte de esquizofrenia habilitadora de la ruptura con lo real, para nada confortable (Hammersley y Atkinson, 1994: 118). En un plano epistemológico, esto se traduce como el necesario vínculo entre elementos científicos y filosóficos de la práctica etnográfica, para hacer efectiva la desustancialización de lo humano implicado en los fenómenos de estudio, con el fin de hacer visible el complejo de procesos de creación y recreación de lo existente. No es, por tanto, una cuestión menor, ni mucho menos; más bien todo lo contrario. Y el hecho de que en la etnografía contemporánea se esté dando cada vez más relevancia a esto es un indicador de uno de los horizontes hacia el cual tiende su desarrollo (Álvarez Pedrosian, 2011b).

El tercer aspecto refiere a la apelación a una temática de importancia social actual. Aquí Marcus (2008) se manifiesta de la forma más irónica. Aparentemente, las etnografías que sirven de ejemplo para la actual generación en su contexto y en otros fuertemente influenciados por él resuelven el problema de ponerse a la altura de la situación, de colocarse como una aportación a ciertos debates actuales, de posicionarse en lo contemporáneo solamente «apelando», es decir, haciendo referencia de forma liviana o superficial a tal condición. Nuevamente, consideramos que esta es una dimensión fundamental de la producción de conocimiento en ciencias humanas y sociales en general, así como de pensamiento filosófico, por lo que debe ser llevada a sus más altas consecuencias. Esta temática ya la hemos tratado también en otro trabajo (Álvarez Pedrosian, 2011a), y creemos que está íntimamente emparentada con lo que Foucault (2002) denominó, en sus últimas reflexiones, «ontología del presente o de nosotros mismos». Por supuesto que puede hacerse de mejor o peor manera, y es cierto que hay que cuidarse de no quedar limitado a una simple alusión a temas de actualidad mediática o de agenda pública, pero eso no quiere decir que sea innecesario dar cuenta de lo que vendría a ser el presente a partir de una investigación concreta. Por el contrario, es una condición necesaria también posicionar el trabajo etnográfico en un tiempo y espacio problemático, en un horizonte de contemporaneidad donde se proyectan posibles futuros a partir de la puesta en crisis de las situaciones, factores, determinaciones y circunstancias en las que se sitúa una investigación.

La misma definición de lo humano y lo no humano (Latour, 2008) y los procesos de esencialización (Herzfeld, 2004) requieren esta «actitud» o «*ethos* filosófico» de la crítica de las propias condiciones de determinación de lo real en un presente dado, para poder alcanzar a franquear sus límites, en una inversión del kantismo que Foucault (2002) perseguía con el fin de superar una visión acotada a lo existente, a lo dado. En nuestras experiencias etnográficas que sirven de materia de reflexión en este trabajo, los dilemas relativos a la aceptación o no de la gran crisis habitacional y de las condiciones generales del habitar por aquellos sectores de la sociedad uruguaya a las que el Plan Juntos se acercó no son una mera apelación para dar sentido a la etnografía sobre todo ello. Muy por el contrario, se trata de la definición de lo contemporáneo, del presente en el que se inscriben. Y ello no se da en

forma lineal y homogénea: lo que buscamos, de hecho, es generar o fomentar la generación de esa inquietud de la manera más extendida posible en el campo de lo social, pues es negada, olvidada o ni siquiera visibilizada por fuertes mecanismos y dispositivos de poder. No exageramos cuando planteamos que la misma definición de *lo humano* y las condiciones para su existencia están en juego; basta con conocer las situaciones en que deben habitar muchos para darle sentido a tales afirmaciones. No se trata tan solo de una clásica actitud de denuncia, pues la operación conceptual requiere un gesto más radical, en el sentido de la movilización de un proceso de investigación abierto a explorar las posibilidades y virtualidades más allá de estándares establecidos en los temas y problemas en los que se trabaje. El presente, de hecho, es múltiple y está constantemente asediado por la contingencia (Taussig, 1995), de forma que el etnógrafo no puede resguardarse en una imagen congelada de lo que este vendría a ser, sino que debe entregarse al conflicto y a las vicisitudes de las luchas para su conocimiento y posible transformación. Allí radica el núcleo central de la idea de una etnografía prospectiva, por lo que tiene ya de futuro el presente, además de los pasados para nada superados o inertes.

Un cuarto aspecto señalado por Marcus (2008) en este trabajo, en el que insta a cuestionar las que califica de etnografías barrocas contemporáneas, hace referencia a lo que sería una vocación por recurrir a la «historia cultural» como forma de donar de sentido sus contenidos. Nuevamente, se trata de la cuestión de entramar las experiencias de campo y cognoscentes en general en un contexto mayor. Y este recurso, según su planteo, es más poderoso que el anterior, de hecho, más «efímero» en aquellas etnografías a las que considera ejemplares. Otra vez, nos resulta interesante proyectar esta crítica realizada en su medio a cuestiones epistemológicas y gnoseológicas más amplias. La temática de la relación entre antropología e historia es ya un clásico del debate antropológico; la misma conferencia de Ingold (2008) antes trabajada se inserta también en este, bajo los nombres de Radcliffe-Brown y Kroeber en particular.

No hace falta mantener dicotomías de ningún tipo, menos la que podría derivar de los planteos del primero de estos autores clásicos, en los términos de ciencias «ideográficas» y «nomológicas». En vez de eso, pensemos en la articulación de perspectivas y de abordajes, que es, en efecto, lo que acontece más en general, con el afán de dar cuenta de los fenómenos que se estudian desde dentro y fuera, intentando desustancializar los factores que los componen, para lo cual la historización de estos es fundamental. La cuestión central, por tanto, es la de convertir todo elemento que compone una realidad antropológica a ser etnografiada en un proceso, en devenir, tal como Ingold valora el esfuerzo del pensamiento estructural-funcionalista de Radcliffe-Brown al hacer alusión a «lo vital». Luego, en su acercamiento a la obra de Deleuze y Guattari, Ingold se encontrará con el devenir como dimensión efectiva de las dinámicas constitutivas de lo real, más allá de las direcciones y estructuras acabadas que las formas pueden permitirnos aprehender (Ingold, 2000).

Los siguientes dos elementos dan cuenta de cuestiones ya planteadas más arriba: una preeminencia de la dimensión de la vida cotidiana en acontecimientos a partir de los cuales se ponen en juego cuestiones estructurales, abstractas y generales, y una crítica general, de tono «moral» según él (que podemos pensar mejor como una cuestión ético-política). Aunque no lo parezca, y como hemos adelantado al principio de este apartado, la inquietud

que moviliza la crítica de Marcus (2008) a una presunta pérdida de experimentación en las etnografías contemporáneas es similar a la de Ingold en su conferencia en un contexto radicalmente diferente, deudor de viejas tradiciones británicas. Se trata, pues, de superar cualquier forma de simplificación, sea por carencia o sea por exceso, sea por mantener prácticas y concepciones previas a lo que podríamos sintetizar como la crítica a la representación, o por mantenerse en un primer efecto de aturdimiento y desorientación —léase, posmoderno—, en vez de avanzar hacia una elaboración compleja, rizomática y transversal con resultados concretos. En términos del propio Marcus:

[...] La etnografía podría convertirse en algo más que una mera descripción para un archivo o un reporte para una audiencia académica, transformándose en una performance de mediaciones, de perspectivas encontradas en un espacio multisituado entre sujetos reflexivos, capaces de desarrollar sus propias funciones paraetnográficas. Este es, desde mi punto de vista, el cambio de mayor alcance que se opera, después de 1990 [...]. La necesidad de incorporar la recepción de los proyectos etnográficos en los emplazamientos de la etnografía estimula los límites de los géneros etnográficos [...]. [Esta] se presentaría en sí misma como mediacional, situada en múltiples lugares, y desarrollaría posiciones coherentes de crítica cultural desde estos contextos. [...] El sujeto reflexivo comprometido no puede ser un mero informante o un sujeto de investigación, sino que debe estar, en cierto modo, involucrado en su trabajo y perspectiva intelectual (Marcus, 2008: 33-34).

En medio de la transformación del hábitat y el habitar

En tal sentido, esta experiencia etnográfica apunta a dislocar las posibles narrativas del encuentro que aún puedan mantener algo del exotismo y romanticismo al estilo malinowskiano, paradigmático de la versión moderna y, en muchos sentidos, presente hasta nuestros días en la formación etnográfica. Tampoco se trata del reverso, de aquellas situaciones fácilmente atribuibles a rechazos y demás. Al decir de Marcus (2008), los encuentros y desencuentros principalmente con los funcionarios técnicos del Plan Juntos se movieron en espacios «paraetnográficos», donde se mezclaron y proyectaron posibles caminos híbridos y polifónicos de desarrollo de un conocimiento construido en tal situación de precariedad, incertidumbre y contingencias. Quizás esto no ocurrió de forma tan patente con los habitantes de las zonas donde llevamos a cabo los estudios de caso sobre las nuevas formas de habitar promovidas o generadas a partir de las intervenciones, principalmente, arquitectónico-urbanísticas, del plan. De todas formas, los vínculos múltiples con una gran heterogeneidad de subjetividades involucradas dieron lugar a tipos de encuentros y desencuentros que desbordan los límites de la clásica autoridad etnográfica, lo que no quita que seamos nosotros quienes tuvimos la obligación de reconducir todas estas experiencias en una sistemática inteligible, pero no por ello reductora de la complejidad. Allí quizás se encuentra la clave del asunto, lo más difícil de conseguir en este contexto contemporáneo: trabajar en la apertura y de forma colaborativa, sin dejar de reconocer el sitio y el tipo de prácticas específicas que el investigador debe llevar adelante, como parte de su compromiso profesional, ético y político.

La colaboración es cualquier cosa menos una situación armoniosa, color de rosa, lo que implicaría retomar una visión romántica del trabajo de campo, una suerte de vuelta a la mitología fundacional ya cuestionada hace casi medio siglo. En la experiencia de campo y producción de conocimiento en general (elaboración de proyectos de investigación, escritura, presentación y discusión de los resultados preliminares), nos encontramos con relaciones de todo tipo, por lo que esperamos que la presente etnografía y estas reflexiones inclusive estén produciéndose en dicha clave, siendo coherentes y genuinas con esta condición intersticial, mediacional. Es importante comprender que la comunicación se da de maneras transversales, en vínculos más o menos verticales y horizontales, en relaciones de fuerza y en relaciones dialógicas a la vez, pues son dos formas de expresar una misma cuestión, exenta de buenas intenciones ajenas a la realidad de la experiencia.

Consideramos que tanto el estudio de fenómenos como de las formas de habitar dan pie a reflexiones como las antes planteadas, lo que es lo mismo que decir que necesitan de estas para poder dar cabida a la producción de conocimiento etnográfico. Esto se debe al lugar que ocupa la cuestión del habitar en los fenómenos humanos de existencia. Se trata, efectivamente, de descender a la dimensión constitutiva de todas las demás, en el sentido de poner en consideración la trama espaciotemporal de toda configuración antropológica. No es aquí lugar para avanzar en consideraciones sobre la perspectiva ontológica involucrada en ello y sobre sus implicancias para la epistemología e historia de todas las ciencias, en especial, de las llamadas ciencias humanas y sociales, particularmente cuestionadas desde la misma perspectiva fenomenológico-hermenéutica de corte existencial desde la cual se planteó tempranamente la cuestión del habitar como problema fundamental (Heidegger, 1993; 1994).

Lo relevante aquí es tomar nota de esta relación: de cómo, en el esfuerzo por alcanzar la mayor desustancialización de lo humano, lo que emerge es la cuestión de la misma conformación de lo espaciotemporal y la forma de existir en ello, es decir, los modos de habitar. Si queremos pasar del ser al hacer, de pensar soportando esencializaciones a hacerlo llevando el extrañamiento lo más lejos posible, nos encontramos con esta dimensión ético-estética de generación de nuevos universos existenciales (Guattari, 1996) en lo relativo al análisis de los procesos de subjetivación abordados etnográficamente (Biehl, Good y Kleinman, 2007). Apelamos a ampliar esta perspectiva, teniendo en cuenta estos fenómenos estudiados en contextos de precariedad existencial extrema, donde se aborda, a su vez, una transformación lo más integralmente posible, tocando, con ello, de lleno las mismas formas de subjetivación que conforman a los sujetos que habitan nuevos territorios y territorialidades en gestación. Un trabajo de este tipo requiere considerar los problemas metodológicos y teóricos antes planteados. Pero esto no es por una cuestión ajena al problema, más bien todo lo contrario: estudiar el habitar etnográficamente nos obliga a pensar el trabajo etnográfico también como una forma de habitar; allí radica la cuestión. En tal sentido, los tiempos de las transformaciones requeridos para poder dar cuenta de los procesos son extensos, así como se manifiestan más que nada en su dimensión «molecular» —mejor que microscópica (Deleuze y Guattari, 1997a: 217-218), aunque Geertz (1996a) apuntara hacia la misma dirección—: es necesario mucho tiempo, principalmente para estar entre los más sutiles detalles.

Esto hace, por tanto, que la etnografía se muestre profundamente limitada por su misma circunstancialidad, precaria por su propia dimensionalidad en tanto proceso existencial ubicado en un conjunto articulado de espaciotemporalidades concretas. Por ello se debe el carácter prospectivo que emerge de estas consideraciones, el hecho de poder plantear líneas de devenir posibles desde un presente incierto y frágil hacia futuros diversos. En nuestro caso, en un año y medio de trabajo de campo con diferentes intensidades, dentro de un proceso general promovido por este plan sociohabitacional de poco más del doble de duración tan solo, pudimos llegar a vislumbrar posibles proyecciones de los procesos y tendencias constitutivas de un horizonte contemporáneo múltiple de por sí y que habilita futuros de profundos efectos para todos los involucrados.

Podemos decir, ciertamente, que esto ocurre con cualquier objeto de estudio, en cualquier investigación sobre aspectos antropológicos a considerar. Pero poner el acento en la misma base estructural y estructurante del espacio-tiempo en su dinámica de generación de formas de ser en ello, es decir, de modos de habitar la existencia y, por tanto, de definirla, intenta ponernos lo más posible en un plano de explicitaciones de estas cuestiones. Nos referimos a procesos en los que los sujetos están envueltos en una transformación integral de sus vidas a partir de intervenciones que se materializan en nuevos entornos. Lo que son está inmerso en una intensa dinámica, que implica cambios y permanencias, pero que, por lo menos, conlleva un gran estrés generalizado. Y la experiencia de los técnicos que operan allí no es menor, incluso es mayor por los roles asumidos. Aunque no residen en estos lugares, el nivel de compromiso e involucramiento en general es completo.

En nuestra experiencia etnográfica, nos encontramos con diversas actitudes y posicionamientos en lo concerniente a nuestra presencia en los dos casos específicos en los que realizamos el trabajo de campo. Puntualmente, con dos perfiles de técnicos llamados sociales que, más allá de sus personalidades, dieron cuenta, creemos, de posiciones y perspectivas existentes en este campo de relaciones de fuerza, saberes involucrados y deseos en devenir (Deleuze, 1990). Nos resultó muy esperanzador el hecho de que los técnicos de la otra mitad del dispositivo de intervención, los arquitectos en concreto, tuvieran una gran receptividad frente a la investigación. Creemos que esto hace eco de los intentos por pensar y conocer estas realidades a partir del diálogo constructivo entre disciplinas y saberes como los del ámbito arquitectónico y urbanístico, y los de las ciencias humanas y sociales en sentido genérico (Latour y Yaneva, 2008). El problema de la relación de estas últimas con los amplios espacios de prácticas, saberes y relaciones que caen bajo el rótulo de educación es toda otra cuestión, más particularmente con la llamada informal: teología de la liberación y pedagogía del oprimido, psicología conductista, sociología funcionalista de las instituciones estatales, recreación con niños y adolescentes, militancia político-partidaria y muchas más perspectivas entre todas las prácticas (aunque menos religiosas que en cualquier otra experiencia latinoamericana por lo menos, por tratarse del Uruguay), las cuales conviven de forma para nada sencilla. ¿Cómo sostener una práctica que se afirma en la experiencia del extrañamiento en medio de un contexto de este tipo? ¿Cómo se inserta un etnógrafo entre estos entramados, cómo los habita?

Llegados al final del trabajo de campo, que implicó mucho más que las incursiones en los dos casos en que profundizamos, y luego de compartir una serie de reuniones oficiales

con las autoridades del Plan Juntos en sus oficinas, llevé a cabo el ejercicio de dibujar lo más precisamente posible el perfil de cada una de estas perspectivas presentes en el campo de experiencias que envuelve esta investigación, en calidad de mínimo esbozo cartográfico. Cada posición a continuación planteada puede corresponder o no a un sujeto específico, ya que se puede variar y alternar entre ellas, por supuesto, a veces, de forma ambigua y ambivalente, todo lo cual es parte del proceso de objetivación que nos libera de toda esencialización personalista e intenta incluir al propio etnógrafo reflexivamente (Bourdieu y Wacquant, 2005).

Versión A

Los llamados científicos sociales abusan de los sujetos consiguiendo de ellos cosas según sus propios intereses individuales. El etnógrafo apareció por intermedio de otro educador de otro lugar, y en el proyecto, se puede ver con claridad cómo se quiere inmiscuir entre los que sí hacen cosas importantes para cambiar la vida de los más necesitados. Los antropólogos, más que nada, mantienen su impronta colonialista. Que se remita a los jefes de más alto rango si se pretende hacer algo más, y lo mejor es cerrar el acceso a cualquiera de este tipo.

Versión B

La investigación planteada persigue colaborar en el proceso promovido por el plan, en otros tiempos y plazos, por las características que tiene el conocimiento y el pensamiento, y eso es valioso incluso para muchos más en otros lugares y momentos. Se intenta participar sin estorbar, dado que se comprende lo complejo y delicado del momento histórico que se está atravesando.

Versión C

Estas iniciativas desde el campo académico pueden ser útiles en la intervención y pueden ser una oportunidad para pensar las prácticas. Lamentablemente, por las urgencias y necesidades de sostener el proceso del plan día a día, no se puede hacer una conexión que incluya espacios colectivos de trabajo, pero sí son posibles observaciones participantes en el lugar, entrevistas en profundidad con los diferentes habitantes y todo lo que vaya en la misma dirección.

Versión D

No se comprende bien qué es, pero parece que la investigación se preocupa por buscar relaciones entre la arquitectura y los aspectos humanos, lo que siempre es importante. Parece acercarse a cuestiones de la arquitectura y el urbanismo, y que puede comprender los problemas y las urgencias concretas de la puesta en práctica del plan, pero eso no es del todo seguro. Que los del área social vean qué hacer.

El siguiente ejercicio llevado a cabo en el diario de campo fue intentar responder a cada una de las posibles interpelaciones que pueden desprenderse de estas posiciones ideales —en el sentido de los tipos weberianos—, con algunos de los argumentos a los que tuve que apelar en muchas de las conversaciones, tanto presenciales como telefónicas, con los diferentes técnicos involucrados. Pero más allá de estas dualidades de argumentos y contraargumentos, hay un plano conceptual y político bien conocido para la antropología y otras ciencias humanas y sociales, así como para perspectivas filosóficas afines.

Desde el comienzo hasta el final del trabajo de campo, los diálogos con los técnicos del área social y alguno de la arquitectónica de jerarquía estuvieron explícita e implícitamente rondando en un cuestionamiento de las prácticas académicas en contextos similares a los de aplicación del Plan Juntos. Como se habrá tomado nota, estos cuestionamientos tienen como protagonistas a los técnicos que trabajaron dentro del plan. Este no es un hecho para nada menor, pues nos pone ante la cuestión del trabajo etnográfico en las arenas de las políticas de Estado, algo que también, en las últimas décadas, ha ido ganando en reflexiones, análisis y problematización (Das y Pool, 2008).

Quizás en donde mejor funcione la teoría de los campos elaborada por Bourdieu (1999) sea en la ciencia. Compartiendo elementos centrales con otras teorías epistemológicas y discrepando en otras cuestiones, un elemento central planteado es la característica de que, en este campo, «la definición de lo que está en juego está en juego», lo que se denomina «antinomias de la legitimidad» (Bourdieu, 1999), las cuales encuentran en las llamadas ciencias humanas y sociales un área especialmente delicada al respecto. Estas experiencias etnográficas nos han enfrentado ante una puesta en duda, a veces radical, del sentido de estos saberes, lo que, como hemos visto, nos exige tener una visión compleja ante las formas de concebir la colaboración en tales situaciones, siempre cuidadosos, además, de no interferir negativamente entre la población y los agentes estatales y cercanos a estos. Frente a ello, se pueden considerar diferentes caminos, pero, en general, podemos diferenciar dos tipos: aquel que pretende justificar la necesidad de un ámbito clausurado en algún punto, un núcleo duro, un lenguaje exclusivo y principios ontológicos incuestionables para las ciencias y su mundo académico, y aquel que da lugar a la pluralidad también desde el exterior, problematizando de diversas formas los desafíos de la generación de conocimiento, conjuntamente a quienes participan como principales protagonistas de los fenómenos investigados.

El hecho de que el mismo presidente, Mujica en aquel entonces, reconocido mundialmente por su impronta meditativa justamente, haya cuestionado el valor y sentido de las llamadas humanidades, puestas bajo sospecha como productoras de una retórica vacía o, a lo sumo, de entretenimiento para sectores sociales en buena posición, generó movimientos críticos a su gestión desde un sector de la propia academia local. La Udelar había comenzado a colaborar directamente con el Plan Juntos en sus inicios por 2011, pero, para cuando nosotros nos planteamos el proyecto y la investigación se echó a andar según sus propios tiempos en 2013, las dos instituciones se habían distanciado y no existían importantes lazos al respecto, tan solo cuestiones puntuales muy asociadas a lo más instrumental e inmediato en la mejora de la calidad de vida de la población involucrada, como ser la salud bucal. Como es sabido, el debate en términos del uso del conocimiento y el pensamiento es antiguo como el origen mismo de la filosofía y otras formas de saberes más allá de Occidente. No vamos a encerrarnos en ello, aunque es importante establecer que a él es a donde han terminado

yendo a parar los diversos discursos, en general, los producidos por los medios masivos de comunicación, sin llegar a aportar sustantivamente, más bien todo lo contrario.

El problema abierto del pensamiento y el conocimiento, de la creación en general, como se trató anteriormente, refiere a lo exploratorio y prospectivo como condición general de cualquier tipo de indagación, más en estos temas como los aquí investigados. Como hemos planteado, la etnografía es especialmente sensible a esta situación dado el carácter doblemente distanciado e inmerso en los fenómenos de estudio según las actitudes y experiencias del extrañamiento y la reflexividad crítica. En tal sentido, el relativismo epistemológico e, incluso, el ontológico se encuentran ante los límites tolerables de heterogeneidad y multiplicidad cuando la comprensión crítica no puede aplicarse. Sin una suerte de tolerancia a su presencia, aunque sea mínima, en condiciones definitorias de los accesos a ciertos contextos de prácticas o relevantes para su destino de alguna manera, el etnógrafo puede ser expulsado. No fue nuestro caso, pero sí en el sentido de una permanente sospecha e incomodidad dada la existencia de posiciones desde las cuales eso era enunciado de forma más o menos explícita, lo que no deja de ser parte consustancial de la práctica etnográfica en general.

Las incertidumbres del trabajo de campo como dinamizadoras

Como se vê, quando um etnógrafo aceita ser afetado, isso não implica identificar-se com o ponto de vista nativo, nem aproveitar-se da experiência de campo para exercitar seu narcisismo. Aceitar ser afetado supõe, todavia, que se assumo o risco de ver seu projeto de conhecimento se desfazer. Pois se o projeto de conhecimento for onipresente, não acontece nada. Mas se acontece alguma coisa e se o projeto de conhecimento não se perde em meio a uma aventura, então uma etnografia é possível (Favret-Saada, 2005: 160).³⁰

En toda investigación etnográfica, hay que tomar decisiones fundamentales, las cuales van encausando el devenir de la experimentación dentro de ciertos territorios específicos. Estas tomas de partido no dejan de guardar dudas e incertidumbres ligadas de ciertas formas. Pero ambas cosas son ciertas: los caminos y, por tanto, los destinos de la investigación se van trazando irremediamente a lo largo de un proceso, por lo que una historicidad y sus narraciones van configurando lo que epistemológicamente se conoce como la reconstrucción racional. Esto es debido a la interpenetración entre los llamados contextos de justificación y de descubrimiento, para el caso no solo de la etnografía, sino de las ciencias humanas y sociales en general. Hay, por tanto, que aplicar una reflexividad capaz de analizar lo transitado; de lo contrario, no hay método, no hay composición alguna de conocimiento. ¿Cómo estar seguros de estas elecciones ante estos dilemas de campo tan intensos y envolventes para el sujeto cognoscente, el etnógrafo? Se trata de ir generando los involucramientos que permitan, a su vez, desprender otros más, tal cual el efecto bola de nieve al que se refiere la literatura de manuales técnicos para el caso de la obtención de entrevistas en el marco de una investigación. Lo interesante de esta ética de campo es que los vínculos con las diferentes

30 «Como se aprecia, cuando un etnógrafo acepta ser afectado, eso no implica identificarse con el punto de vista nativo, ni aprovecharse de la experiencia de campo para ejercitar su narcisismo. Aceptar ser afectado supone, sin embargo, que se asume el riesgo de ver su proyecto de conocimiento deshacerse. Pues si el proyecto de conocimiento fuera onnipresente, no sucede nada. Mientras si acontece alguna cosa y su proyecto de conocimiento no se pierde en medio de una aventura, entonces es posible una etnografía» (traducción del autor).

subjetividades implicadas en las experiencias de campo no se suman sin más, sino que se cruzan, se articulan generando un universo de relaciones, un territorio. En tal sentido, hay que considerar todas las posibles alternativas, lo que no es una impostura, sino más bien un posicionamiento, como hemos planteado más arriba en las secciones anteriores.

La primera toma de partido ya dentro de esta investigación consistió en querer llegar al universo de intervención del plan desde abajo y no desde arriba. Apelando a los vínculos de la Udelar en los territorios, a través de una entidad asociada a la extensión universitaria, llegué a uno de los dos emplazamientos donde se llevaría a cabo el trabajo de campo. Y, desde allí, pude acceder al otro caso en el que intentamos profundizar lo más posible. Al mismo tiempo, gracias al estudio de la información sobre el asunto generada y generándose, se fue delineando el dispositivo metodológico, es decir, la decisión de apostar a ambos casos, sopesando las ventajas y desventajas de hacerlo, proyectando los alcances posibles de los conocimientos así desarrollados, midiendo cualitativamente las formas de generalización en relación con dimensiones, dinámicas y procesos más vastos, con problemáticas de orden conceptual, las cuales, a su vez, eran convocadas e interpeladas como herramientas para dar marcha al proceso holístico de trabajo de campo.

Desde un principio, la idea era llegar a los organismos oficiales más centrales del plan cuando la propia experiencia lo solicitara, y así fue, y, con ello, se cerró todo el proceso de campo en su conjunto, en lo que puede ser una gran primera etapa de trabajo con vistas a futuros desarrollos en nuevas modalidades de involucramiento y colaboración. El espíritu del Plan Juntos (promovido por el actual expresidente Mujica), como lo quiere indicar su nombre, es la apelación a toda forma de reciprocidad, de colaboración de cada cual en la obra colectiva de dignificar las condiciones de vida de quienes se encuentran en las situaciones de mayor precariedad y exclusión social. Así concebimos también la posible intervención de la etnografía en estos escenarios, como ya lo hemos hecho en otras ocasiones, y fue desde ahí, por tanto, que comenzamos el camino.

Como fue descrito en la sección anterior, diversas perspectivas y posicionamientos en este campo de relaciones plantean diferentes visiones sobre ello. El desafío, permanente, sin descanso, es siempre intentar comprenderlas, captar el sentido y la configuración histórico-cultural que tienen estas maneras de sentir, pensar y querer, en definitiva, de ser en tanto formas de subjetivación. Como hemos visto, la historiografía etnográfica de las últimas décadas ha logrado tematizar de forma saludable y rigurosa las dificultades que debe experimentar un investigador, reconociendo como tarea metodológica el exorcismo de los propios fantasmas y los ajenos, en las formas de concebirnos todos los involucrados como seres en tales circunstancias, de concebir nuestras relaciones con las fuerzas humanas y no humanas que determinan una realidad dada. Las angustias, las decepciones, incluso la tristeza y hasta la ira (Rosaldo, 1991), que pueden experimentarse en tanto sujeto cognoscente, ya no son apartadas, algo, por lo demás, imposible de realizar, a lo sumo, son factibles de ser escondidas por cierto tiempo. Tampoco resulta positivo un camino que vuelve a encerrarse, esta vez, en las formalidades (lenguaje, escritura, el medio como fin en sí). Por el contrario, apostamos al esfuerzo constante y tenaz de la búsqueda de la comprensión de las otredades, tal como Spinoza lo planteó preparando el terreno para los saberes y conocimientos que intentan estudiar cómo y qué somos nosotros mismos. La recompensa lo vale ciertamente, a pesar y gracias a las incertidumbres que paso a paso van creando el propio camino transitado.

A modo de cierre: vida, proyecto y concreción

Cuando nos planteamos la problemática central de esta investigación como un asunto que calificamos de *diseño existencial*, no estábamos queriendo simplificar, en ningún modo, lo que la disciplina del diseño tiene para decir. Muy por el contrario: nos estábamos aproximando a ella, queriendo dialogar transversalmente, una cuestión para nada sencilla. Pero esto es una necesidad imperiosa. Desde nuestro punto de vista, consideramos imprescindible abordar las transformaciones de las maneras de habitar en tal dirección. En el contexto de modificación del hábitat, donde los propios habitantes son parte de un proceso impulsado por una red de fuerzas estatales y cercanas a ellas, hemos hallado un campo de experiencias en ebullición en tal sentido, epistémica y política. Contribuir, por tanto, con la investigación en el proceso también fue una de las consignas principales. Tras ambas preocupaciones, por tanto, en cuanto al diseño y a la colaboración, es que pudimos concebir la madeja de procesos que han conformado esta investigación, junto con los productos que se han desprendido.

No por casualidad la combinación de las cuestiones del diseño, en especial, el arquitectónico y urbanístico, con las preocupaciones sobre la participación, colaboración u otras formas de promoción de vínculos considerados más justos y solidarios entre todos los involucrados nos brindó una serie de síntesis, en experiencias, producciones e, incluso, tradiciones en estos campos disciplinares y políticos, por demás relevantes para la antropología, la comunicación, las ciencias humanas y sociales todas y, aun, para la filosofía asociada a estas problemáticas. Querer dar cuenta de estas conexiones, algunas ya existentes, otras por crearse, implica una investigación en sí misma, o, incluso, toda una línea más amplia. Lo que sí, en este momento, debemos tomar y hacer explícito es el corazón transformador que se encuentra en el nudo gordiano de la cuestión: como planteaba João Batista Vilanova Artigas en el contexto de la arquitectura y el urbanismo paulistanos, la práctica del diseño existe como condición en la cual las relaciones entre medios y fines son fundamentales, «designios» y «mediaciones». Esto lo establece, incluso, retomando una narración histórica de la occidentalidad aparentemente muy convencional, en un sentido que nos parece muy familiar al heideggeriano. Se trata de una actividad cognoscente en la que la intención trabajada en tanto proyecto y las cadenas de prácticas concretas, necesarias para alcanzar sus objetivos, se fusionan. Esto no es una condición que se naturalice, más bien todo lo contrario: es la problemática por excelencia, es la forma de plantearse una exploración de creación virtualmente ilimitada. Es también lo que comparte con la práctica de la comunicación, a su vez, como preocupación o cuestión de interés, en sus más variadas articulaciones mediacionales, cada vez más heterogéneas en medios y soportes.

A tensão entre necessidade e invenção na arquitetura desdobrase na contradição conhecida entre arte e técnica. Contradição que permanecerá, segundo Artigas, irresolvida até o Renascimento quando surge um instrumento novo capaz de lhe dar unidade: o desenho (*disegno*). Leonardo da Vinci, artista *disegnatore*, aparece nesse momento como o protótipo do arquiteto capaz de reunir, já em sentido moderno, arte e técnica.

Artigas passa, então, a definir o «desenho» a partir de seu duplo caráter: a simultaneidade que articula intenção e realização, fins e meios, *desígnio e mediação*. O desenho como *desígnio* é «intenção, propósito, projeto humano no sentido de proposta do espírito». Ao mesmo tempo, ele só se efetiva porque é *mediação* necessária entre projeto e obra: «É risco, traçado para expressão de um plano a realizar, linguagem de uma técnica construtiva»³¹ (Arantes, 2002: 10).

Si pudimos encontrar algo general a propósito de la carga afectiva, la atmósfera existencial en la cual se suscitaron las experiencias en el marco de esta etnografía fue justamente esto. No se trató de una disciplina conformada en torno a tal cuestión, sino de un campo abierto de saberes, fuerzas y subjetividades muy especialmente hegemonizado por dos tipos de agentes: unos habitantes en condiciones de extrema vulnerabilidad y otros colectivos políticos asociados a ideologías, disciplinas y saberes atravesados por todo esto. Antropológicamente, por tanto, nos encontramos con este plano de inmanencia de producción de subjetividad, en el que el diseño y las composiciones resultantes de nuevas formas de existencia, a partir de habitares en sus espaciotemporalidades singulares, nos enfrentan ante la cuestión de la creatividad. Las tensiones clásicas y modernas entre el determinismo y la libertad, propias de nuestras ciencias humanas y sociales, filosofías y muchas ideologías y saberes de campos variados, no desaparecen sin más, pero son abordadas desde la experiencia de esta actividad compositiva: el *pathos* de la creación, su afección (Álvarez Pedrosian, 2011a). Un «paradigma estético» se orienta en tal dirección (Guattari, 1996), lo mismo, creemos, que el intento por conocer y promover «el diseño de ambientes para la vida» (Ingold, 2012; 2013).

En tal sentido, este tipo de fenómeno tiene componentes que provienen de largas cadenas de tomas de decisiones de acuerdo a controversias y problematizaciones en múltiples escalas (investigaciones, planes, proyectos, incluso protocolos sobre algunas series de actividades), así como resultan de lo intempestivo, del azar y la contingencia de las experiencias suscitadas por las prácticas concretas. Son, al respecto, de gran intensidad y radicalidad, al tratarse de la manipulación del entorno y la transformación del hábitat por parte de una diversidad de agentes por detrás de los dos tipos principales, algunos más cercanos y otros muy lejanos a dichas prácticas. Estos diseños, como hemos visto, ponen, así, en juego la improvisación, en un diálogo y encuentro entre entidades, humanas y no humanas, en devenir, y terminan dando forma y materializando nuestro entorno. Es así que aquellos «designios» que operan como finalidades se fusionan, definitivamente, con las mediaciones, por lo que se trata de un tipo de agencia particular: el de estar manos a la obra.

Nuestra intención fue poder explorar esta problemática general relativa a todo proceso de subjetivación, en el entendido de que se trata de la creación de tramas espaciotemporales

31 «La tensión entre necesidad e invención en arquitectura se desdobra en la contradicción conocida entre arte y técnica. Contradicción que permanecerá, según Artigas, irresoluble hasta el Renacimiento cuando surge un instrumento nuevo capaz de darle unidad: el diseño (*designio*). Leonardo da Vinci, artista *disegnatore*, aparece en ese momento como el prototipo del arquitecto capaz de reunir, ya en un sentido moderno, arte y técnica. Artigas pasa, entonces, a definir el “diseño” a partir de su carácter doble: la simultaneidad que articula intención y realización, fines y medios, designio y mediación. El diseño como designio e “intención, propósito, proyecto humano en el sentido de propuesta del espíritu”. Al mismo tiempo, él solo se hace efectivo porque es mediación necesaria entre proyecto y obra: “Es riesgo, trazado para la expresión de un plan a realizar, lenguaje de una técnica construtiva” (traducción del autor).

que dan cabida a las experiencias, sean del orden que sean. Desde el punto de vista de los directamente involucrados en estos fenómenos, los habitantes y técnicos que trabajan en este tipo de planes, creemos que es un aporte el poder pensar y conocer lo que se está haciendo y se pretende hacer a partir de la perspectiva etnográfica aquí seguida. Al desustancializar subjetividades y objetividades, seres y cosas, formas y materias, desde el involucramiento en experiencias en las que están en juego directamente, intentamos poner en evidencia la necesidad de considerar estos aspectos estéticos y compositivos que hacen a la creatividad más elemental, necesaria para asegurar un proceso de intervención consistente y que siembre en la marcha, para que las obras vengan desde el comienzo siendo apropiadas y asumidas por los habitantes. No se trata de un «telón de fondo» de la vida, sino de la vida misma en tanto devenir, ser en el mundo que es estar y tránsito en un mismo tiempo.

Bibliografía

- ADAMS, P.; HOELSCHER, S., y TILL, K. E. (eds.) (2001). *Textures of place. Exploring humanist geographies*. Mineápolis-Londres: University of Minnesota Press.
- AGIER, M. (2011). *Antropologia da cidade. Lugares, situações, movimentos*. São Paulo: Terceiro Nome.
- ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (2002). Impactos imaginarios. En ARAÚJO, A. M. (coord.). *Impactos del desempleo. Transformaciones en la subjetividad* (43-83). Montevideo: Argos.
- . (2008a). «Aterrizando en Aeroparque. Diagnóstico antropológico de una villa rural en el Área Metropolitana de Montevideo, Uruguay» [EN LÍNEA]. *Encuentros Uruguayos*, 1 (1), 166-193. Disponible en: <<http://www.fhuce.edu.uy/academica/ceil-ceiu/ceiu/REVISTA%20ENCUENTROS%20URUGUAYOS%202008.pdf>>.
- . (2008b) [2006]. «El aura de la subjetividad. Intersticios entre la filosofía y las ciencias humanas» [EN LÍNEA]. *GHEBH. Revista de Comunicação, Cultura e Teoria da Mídia*, 12. Disponible en: <<http://revista.cisc.org.br/ghrebh>>.
- . (2008c). «Teoría y producción de subjetividad: ¿qué es una caja de herramientas?». En RASNER, J. (comp.). *Ciencia, conocimiento y subjetividad* (121-151). Montevideo: CSIC-Udelar.
- . (2011a). *El afuera en el adentro. Estética, nomadismo y multiplicidades*. Montevideo: Liccom-Udelar.
- . (2011b). «Espacialidades: antropología, arquitectura y comunicación» [EN LÍNEA]. *Actas electrónicas de la IX RAM*. Disponible en: <http://www.starlinetecnologia.com.br/ram/arquivos/ram_GT47_E_Alvarez_Pedrosian.pdf>.
- . (2011c). *Etnografías de la subjetividad. Herramientas para la investigación*. Montevideo: Liccom-Udelar.
- . (2013a). *Casavalle bajo el sol. Investigación etnográfica sobre territorialidad, identidad y memoria en la periferia urbana de principios de milenio*. Montevideo: CSIC-Udelar.
- . (2013b). «El ser habitado: diseño existencial y procesos de subjetivación». En *Anales del III Congreso Iberoamericano de Teoría del Habitar: Entre Prácticas, Materialidades y Significaciones*. Montevideo: ALTEHA-Facultad de Arquitectura-Udelar.
- . (comp.) (2014a). *Cartografías de territorios y territorialidades. Un ejercicio de integralidad en el encuentro de la geografía humana y la antropología de la comunicación*. Montevideo: EI-Udelar.
- . (2014b). «Práctica teórica en emergencia permanente: creación conceptual desde el ejercicio de la etnografía contemporánea». En MELOGNO, P. (comp.). *Cambio conceptual y elección de teorías. Actas del II Coloquio de Historia y Filosofía de la Ciencia* (273-299). Montevideo: Instituto de Información, FIC-Udelar.
- . (2014c). «Siglo deleuziano, siglo de los mapas. Cualidades, procesos y sentidos puestos en juego en las cartografías de la subjetividad» [EN LÍNEA]. *Ra'ega. O Espaço Geográfico em Análise*, 30, 11-40. Disponible en: <www.ser.ufpr.br/raega>.
- , y BLANCO LATIERRO, M. V. (2013). «Componer, habitar, subjetivar. Aportes para la etnografía del habitar» [EN LÍNEA]. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 15. Disponible en: <<http://www.bifurcaciones.cl/2013/12/componer-habitar-subjetivar/>>.
- , DEL CASTILLO, A., y LAMOGLIE, G. (2014). «Laboratorio observatorio del hábitat urbano. Abordaje crítico —desde el proyecto de arquitectura— de la noción de hábitat en la producción de ciudad contemporánea». En *Actas electrónicas del Seminario Desafíos Territoriales Contemporáneos*. Montevideo: Instituto de Teoría y Urbanismo, Facultad de Arquitectura-Udelar.

- ÁLVAREZ PEDROSIAN, E.; HOFFMANN, F., y ROBAYNA, A. (2012). «Territorios y territorialidades en Malvín Norte. Ciudades en comunicación» [EN LÍNEA]. En *Actas electrónicas del XI Congreso de ALAIC: Interdisciplina, Pensamiento Crítico y Compromiso Social*. Montevideo: ALAIC-Udelar. Disponible en: <www.alaic2012.comunicacion.edu.uy>.
- , y ROBAYNA, A. (2013). «Devenires escalares en la composición territorial». En TALLER SCHEPS. *Escalar 2013* (242-243). Montevideo: Facultad de Arquitectura-Udelar.
- , y ROBAYNA, A. (2014) [2012]. «Desgeografizando mapas. Aportes de la cartografía social para la interpretación de la espacialidad y su incorporación a la planificación urbana». En ÁLVAREZ PEDROSIAN, E. (coord.). *Cartografías de territorios y territorialidades. Un ejercicio de integralidad en el encuentro de la geografía humana y la antropología de la comunicación* (49-70). Montevideo: EI-Udelar.
- ÁLVAREZ RIVADULLA, M. J. (2015). «Asentamientos irregulares y política en perspectiva histórica y comparada». En NEIROTTI, E. (comp.). *Seminario Quince Años, Más de Cien Historias. Programa de Mejoramiento de Barrios Uruguay* (56-81). Montevideo: PMB-MVOTMA-PNUD-ONU.
- AMORE DE CARVALHO, C. S. (2004). *Lupa e telescópio - o mutirão em foco. São Paulo, anos 90 e atualidade*. Disertación de maestría en Estructuras Ambientales Urbanas, Facultad de Arquitectura y Urbanismo, USP, São Paulo.
- ANDREASEN, C. (1961). «Aspectos económicos de los fraccionamientos de las villas de Canelones». *Revista de la Facultad de Arquitectura*, 3.
- ANGOSTO FERRÁNDEZ, L. (2013). «Maneras de vivir: Cultura, biología y la labor antropológica según Tim Ingold». *AIBR*, 8 (3), 285-302.
- ARANTES, P. F. (2002). *Arquitetura Nova: Sérgio Ferro, Flávio Império e Rodrigo Lefèvre, de Artigas a os mutirões*. São Paulo: Editora 34.
- AUGÉ, M. (1994). *Los no-lugares. Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Barcelona: Gedisa.
- AUYERO, J., y SWISTUN, D. A. (2009) [2008]. *Flammable. Environmental Suffering in an Argentine Shantytown*. Oxford: Oxford University Press.
- BACHELARD, G. (2004) [1938]. *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*. México: Siglo XXI.
- . (2000) [1957]. *La poética del espacio*. Buenos Aires: FCE.
- BAJTÍN, M. (1982) [1951/1952]. «El problema de los géneros discursivos». En BAJTÍN, M. *Estética de la creación verbal* (248-293). México: Siglo XXI.
- BARCELÓ, J. (1997). El hábitat y los estilos de vida. En ARAÚJO, A. M. (coord.). *Montevideanos: distancias visibles e invisibles. Habitus psico-socio-culturales de la sociedad montevideana* (207-253). Montevideo: Roca Viva.
- BATESON, G. (1991) [1972]. *Pasos hacia una ecología de la mente*. Buenos Aires: Planeta-Carlos Lohlé.
- BAUDRILLARD, J. (1993) [1978]. «La precesión de los simulacros». En BAUDRILLARD, J. *Cultura y simulacro* (7-80). Barcelona: Kairós.
- BENJAMIN, W. (1973) [1935]. «La obra de arte en la era de su reproductividad técnica». En BENJAMIN, W. *Discursos interrumpidos I* (15-57). Madrid: Taurus.
- . (2005) [1982]. *Libro de los Pasajes*. Madrid: Akal.
- BERIO, H., y DEL CASTILLO, A. (eds.) (2010). *Investigación y proyecto en arquitectura*. Montevideo: CSIC-Facultad de Arquitectura-Udelar.
- BESTARD, J. (2006). Parentesco y nación en la cultura catalana. En ROIGÉ VENTURA, X. (coord.). *Familias de ayer, familias de hoy. Continuidades y cambios en Cataluña* (27-70). Barcelona: Icaria.
- BIEHL, J.; GOOD, B., y KLEINMAN, A. (eds.) (2007). *Subjectivity: ethnographic investigations*. Berkeley-Los Angeles: University of California Press.

- BIRCH, J. (ed.) (2005). *What it's like to live there: the views of residents on the design of new housing*. London: Commission for Architecture and the Built Environment (CABE).
- BIRDWHISTELL, R. (1994) [1981/1970]. «Un ejercicio de kinésica y de lingüística: la escena del cigarrillo». En WINKIN, Y. (comp.). *La nueva comunicación* (165-197). Barcelona: Kairós.
- BOERI, S. (2010) [2003]. «Atlas ecléctico». En WALKER, E. (org.). *Lo ordinario* (177-204). Barcelona: Gustavo Gili.
- BONTA, M., y PROTEVI, J. (2008). *Deleuze and Geophilosophy. A Guide and Glossary*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- BOURDIEU, P. (1999) [1976]. «El campo científico». En BOURDIEU, P. *Intelectuales, política y poder* (75-110). Buenos Aires: Eudeba.
- , y WACQUANT, L. (2005) [1992]. *Una invitación a la sociología reflexiva*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- CANEL, E. (2010). *Barrio Democracy in Latin America: Participatory Decentralization and Community Activism in Montevideo*. University Park (PA): Pennsylvania State University Press.
- CAQUARD, S.; VAUGHAN, L., y CARTWRIGHT, W. (eds.) (2011). *Mapping Environmental Issues in the City. Arts and Cartography Cross Perspectives*. Berlín-Heidelberg: Springer.
- CARERI, F. (2002). *Walkscapes. El andar como práctica estética*. Barcelona: Gustavo Gili.
- CARMONA, L., y GÓMEZ, M.^a J. (2002). *Montevideo. Proceso planificador y crecimiento*. Montevideo: Facultad de Arquitectura-Udelar.
- CARRERA, A. (2007). «Espacio público y participación ciudadana en el contexto de la gestión del desarrollo urbano. El caso del Cerro de la Estrella en Iztapalapa, Ciudad de México» [EN LÍNEA]. *Razón y palabra*, 55. Disponible en: <www.razonypalabra.org.mx>.
- CASTORIADIS, C. (1997) [1996]. *El avance de la insignificancia. Encrucijadas del laberinto IV*. Barcelona: Pre-textos.
- CASTREE, N., y GREGORY, D. (eds.) (2006). *David Harvey. A critical reader*. Oxford: Blackwell.
- CECILIO, M.; COURIEL, J., y SPALLANZANI, M. (2003). *La gestión urbana en la generación de los tejidos residenciales de la periferia de Montevideo. Areas ocupadas por los sectores de población de bajos y medios ingresos*. Montevideo: Facultad de Arquitectura-Udelar.
- CHÁVES MARTÍN, M. Á. (2013). «Estudios Culturales Urbanos. Una aproximación interdisciplinaria». *Arte y Ciudad. Revista de Investigación*, 3 (1), 215-224.
- CIMADEVILLA, G. (2010). «La cuestión rurbana: apuntes para una entrada comunicacional». *Intercom. Revista Brasileira de Ciências da Comunicação*, 33 (2), 73-85.
- CLASTRES, P. (1978) [1974]. *La sociedad contra el Estado*. Barcelona: Monte Ávila.
- CLIFFORD, J. (1995) [1988]. *Dilemas de la cultura. Antropología, literatura y arte en la perspectiva postmoderna* [The Predicament of Culture]. Barcelona: Gedisa.
- , y MARCUS, G. (eds.) (1991) [1986]. *Retóricas de la antropología* [Writing Culture: The Poetics and Politics of Ethnography]. Barcelona: Júcar.
- COURIEL, J. (2010). *De cercanías y lejanías. Fragmentación sociourbana del Gran Montevideo*. Montevideo: Trilce.
- DA CUNHA, N. V., y FELTRAN, G. de S. (orgs.) (2013). *Sobre periferias. Novos conflitos no Brasil contemporâneo*. Río de Janeiro: Lamparina-FAPERJ.
- DAS, V., y POOL, D. (2008) [2004]. «El estado y sus márgenes. Etnografías comparadas». *Cuadernos de Antropología Social*, 27, 19-52.
- DE CERTEAU, M.; GIARD, L., y MAYOL, P. (1999) [1994]. *La invención de lo cotidiano. 2. Habitar, cocinar*. México: Universidad Iberoamericana.

- DE LANDA, M. (2005). «Space: extensive and intensive, actual and virtual». En BUCHANAN, I., y LAMBERT, G. *Deleuze and Space* (80-88). Edimburgo: Edinburgh University Press.
- DEL CUETO, A. M.^a, y FERNÁNDEZ, A. M.^a (2000). «El dispositivo grupal». En PAVLOVSKY, E., y DE BRASI, J. C. *Lo grupal. Historias - devenires* (47-87). Buenos Aires: Galerna-Búsqueda del Ayllu.
- DELEUZE, G. (2002) [1953]. *Empirismo y subjetividad*. Barcelona: Gedisa.
- . (1996a) [1966]. *El bergsonismo*. Madrid: Teorema.
- . (1986) [1967]. *Nietzsche y la filosofía*. Barcelona: Anagrama.
- . (1996b) [1968]. *Spinoza y el problema de la expresión*. Barcelona: Muchnik.
- . (1989) [1988]. *El pliegue. Leibniz y el barroco*. Barcelona: Paidós.
- . (1990) [1988]. «¿Qué es un dispositivo?». En BALBIER, E., et. al. *Michel Foucault filósofo* (155-163). Barcelona: Gedisa.
- . (1996c) [1990]. *Conversaciones. 1972-1990*. Valencia: Pre-textos.
- , y GUATTARI, F. (1997a) [1980]. *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia II*. Valencia: Pre-textos.
- . (1997b) [1991]. *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- DELGADO, M. (1999). *El animal público. Hacia una antropología de los espacios urbanos*. Barcelona: Anagrama.
- . (2007). *Sociedades movedizas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona: Anagrama.
- DE LISIO, A. (2007). «La ciudad como antrotopo o el remozamiento termodinámico de la tradición ecológica urbana» [EN LÍNEA]. *Revista Geográfica Venezolana*, 48 (2), 165-182. Disponible en: <<http://www.saber.ula.ve/regeoven/>>.
- DERRIDA, J. (2005 [1967]). *De la gramatología*. México: Siglo XXI.
- DESCOLA, Ph., y PÁLSSON, G. (coords.) (2001) [1996]. *Naturaleza y sociedad. Perspectivas antropológicas*. México: Siglo XXI.
- DESJARLAIS, R. (1997). *Shelter Blues: Sanity and Selfhood among the Homeless*. Filadelfia: University of Pennsylvania Press.
- DOBERTI, R., y GIORDANO, L. (2006). «Presencias y modalidades: regulaciones del habitar». En *Actas del Primer Simposio Nacional y Primer Encuentro Regional Teoría del Habitar y Diseño* (2-13). San Juan: FAUD-UNSI.
- DOS SANTOS GASPAS, S. (2010). «Gentrification: processo global, especificidades locais?» [EN LÍNEA]. *Ponto Urbe*, 4 (6). Disponible en: <<http://www.pontourbe.net/edicao6-artigos/107-gentrification-processo-global-especificidades-locais>>.
- DUARTE, L. F. DIAS, y GOMES, E. DE CAMPOS. (2008). *Três famílias. Identidade e trajetórias transgeracionais nas classes populares*. Río de Janeiro: Ed. FGV.
- EDENSOR, T. (2008). «Walking through ruins». En INGOLD, T., y VERGUNST, L. (comps.). *Ways of Walking: Ethnography and Practice on Foot* (123-141). Aldershot: Ashgate.
- FAVRET-SAADA, J. (2005) [1990]. «Ser afetado». *Cadernos de Campo*, 14 (13), 155-161.
- FERNÁNDEZ CASTRO, J. (2010). *Barrio 31 Carlos Mugica. Posibilidades y límites del proyecto urbano en contextos de pobreza*. Buenos Aires: Instituto de la Espacialidad Humana-FADU-UBA.
- FLAHERTY, M. G. (2011). *The textures of time: Agency and Temporal Experience*. Filadelfia: Temple University Press.
- FLUSSER, V. (1994) [1991]. *Los gestos. Fenomenología y comunicación*. Barcelona: Herder.
- . (2002) [1999]. *Filosofía del diseño: la forma de las cosas*. Madrid: Síntesis.
- FOUCAULT, M. (1997) [1966]. *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.

- FOUCAULT, M. (2008) [1966]. «Topologías (Dos conferencias radiofónicas)». *Fractal. Revista Iberoamericana de Ensayo y Literatura*, 48, 39-64.
- . (1999) [1967/1984]. «Espacios otros». *Versión: Estudios de Comunicación, Política y Cultura*, 9, 15-26.
- . (2002) [1984]. «¿Qué es la Ilustración?». En FOUCAULT, M. *¿Qué es la Ilustración?* (81-108). Córdoba: Alción Editora.
- . (1995) [1988]. *Tecnologías del yo. Y otros textos afines*. Barcelona: Paidós.
- FRAIMAN, R., y ROSSAL, M. (2009). *Si tocas pito, te dan cumbia. (Esbozo antropológico de la violencia en Montevideo.)* Montevideo: Ministerio del Interior.
- FRÚGOLI JR., H.; TEIXEIRA DE ANDRADE, L., y PEIXOTO, F. ARÊAS (orgs.) (2006). *As cidades e seus agentes: práticas e representações*. Belo Horizonte: PUC Minas-Edusp.
- FUENTES HERNÁNDEZ, P. (2007). «Campus universitarios en Chile: nuevas formas análogas a la ciudad tradicional» [EN LÍNEA]. *Atenea (Concepc.)*, 496, 117-144. Disponible en: <<http://www.scielo.cl/pdf/atenea/n496/arto8.pdf>>.
- GARCÍA CANCLINI, N. (1997). *Imaginario urbano*. Buenos Aires: Eudeba.
- GARCÍA VARGAS, A., y ROMÁN VELÁZQUEZ, P. (2011). «Latin American cultural studies: unique texts, ordinary cities» [EN LÍNEA]. *Westminster Papers in Communication and Culture*, 8(1), 131-153. Disponible en: <https://www.westminster.ac.uk/_data/assets/pdf_file/0017/93230/006WPCC-Vol8-No1-Vargas-and-Velazquez.pdf>.
- GEERTZ, C. (1996a) [1973]. *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- . (1989) [1983]. *El antropólogo como autor*. Barcelona: Paidós.
- . (1996b) [1984]. Anti-antirrelativismo. En GEERTZ, C. *Los usos de la diversidad* (93-127). Madrid: Paidós.
- GELL, A. (1998). *Art and agency. An anthropological theory*. Oxford: Clarendon Press.
- GOFFMAN, E. (2004) [1959]. *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu.
- . (2006) [1963]. *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- GORELIK, A. (2004). «Imaginario urbano e imaginación urbana. Para un recorrido por los lugares comunes de los estudios culturales urbanos» [EN LÍNEA]. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 1. Disponible en: <www.bifurcaciones.cl/001/Gorelik.htm>.
- GRAVANO, A. (2003). *Antropología de lo barrial. Estudios sobre producción simbólica de la vida urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- GUATTARI, F. (2000) [1989]. *Cartografías esquizoanalíticas*. Buenos Aires: Manantial.
- . (1996) [1992]. *Caosmosis*. Buenos Aires: Manantial.
- , y ROLNIK, S. (2006) [2005]. *Micropolítica. Cartografías del deseo*. Madrid: Traficante de Sueños.
- GUIGOU, L. N. (2003). *La nación laica: religión civil y mito-praxis en el Uruguay*. Montevideo: La Gotera.
- , y TANI, R. (2001). «Por una antropología del entre» [EN LÍNEA]. *Henciclopedia*. Disponible en: <www.henciclopedia.org.uy/autores/Tani/AntropoEntre.htm>.
- HAESBAERT, R. (2011) [2004]. *El mito de la desterritorialización: del «fin de los territorios» a la multiterritorialidad*. México: Siglo XXI.
- HALL, E. (1994) [1966]. *La dimensión oculta*. México: Siglo XXI.
- HAMMERSLEY, M., y ATKINSON, P. (1994) [1983]. *Etnografía. Principios en práctica*. Barcelona: Paidós.
- HANNERZ, U. (1980). *Exploring the City. Inquiries toward an Urban Anthropology*. Nueva York: Columbia University Press.
- HARDT, M., y NEGRI, A. (2005) [2000]. *Imperio*. Barcelona: Paidós.
- HARVEY, D. (2008). «El derecho a la ciudad». *New Left Review*, 53, 23-39.

- HEIDEGGER, M. (1993) [1927]. *Ser y tiempo*. Santiago de Chile: Ed. Universitaria.
- HEIDEGGER, M. (1994) [1954/1951]. «Construir, habitar, pensar». En HEIDEGGER, M. *Conferencias y artículos* (127-142). Barcelona: Serbal.
- HELLER, A. (1995). «Where are we at home?». *Thesis Eleven*, 41, 1-18.
- HENARE, A.; HOLBRAAD, M., y WASTELL, S. (2007). «Introduction: thinking through things». En HENARE, A.; HOLBRAAD, M., y WASTELL, S. (eds.). *Thinking through Things. Theorising Artefacts Ethnographically* (1-31). Londres-Nueva York: Routledge.
- HERZFELD, M. (2004). *Cultural Intimacy. Social Poetics in the Nation-State*. 2.ª ed. Londres-Nueva York: Routledge.
- HIERNAUX, D. (2006). «Repensar la ciudad: la dimensión ontológica de lo urbano» [EN LÍNEA]. *Liminar: Estudios Sociales y Humanísticos*, 4 (2), 7-17. Disponible en: <<http://redalyc.uaemex.mx/redalyc/pdf/745/74540202.pdf>>.
- HIRSCH, E. (1995). «Landscape: between place and space». En HIRSCH, E., y O'HANLON, M. (eds.). *The Anthropology of Landscape. Perspectives on Place and Space* (1-30). Oxford: Clarendon Press.
- HOLSTON, J. (2008) [1989]. «La muerte de la calle». *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 7, 257-292.
- . (2009). «Insurgent citizenship in an Era of Global Urban Peripheries». *City & Society*, 21 (2), 245-267.
- IMBERT, G. (2004). «De lo espectacular a lo especular (apostilla a *La sociedad del espectáculo*)». *CIC: Cuadernos de Información y Comunicación*, 9, 69-81.
- INDOVINA, F. (2004) [1990]. «La ciudad difusa». En: MARCOS RAMOS, Á. (ed.). *Lo urbano en 20 autores contemporáneos* (49-59). Barcelona: Edicions UPC.
- INGOLD, T. (2000). *Perception of Environment: Essays in Livelihood, Dwelling and Skill*. Londres: Routledge.
- . (2007). *Lines. A brief history*. Londres-Nueva York: Routledge.
- . (2008). «Anthropology is not ethnography». *Proceedings of the British Academy*, 154, 69-92.
- . (2010). «Epilogue». En BENEDIKTSSON, K., y LUND, K. A. *Conversation with Landscape* (241-251). Farnham, Surrey: Ashgate.
- . (2012). «El diseño de ambientes para la vida». En: *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología* (19-34). Montevideo: SCEAM-Udelar-Trilce.
- . (2013). *Making: Anthropology, Archaeology, Art and Architecture*. Londres-Nueva York: Routledge.
- , y VERGUNST, L. (comps.) (2008). *Ways of Walking: Ethnography and Practice on Foot*. Aldershot: Ashgate.
- JACOBS, J. M. (2004). «Too many houses for a home. Narrating the house in the Chinese diaspora». En CAIRNS, S. (ed.). *Drifting: Architecture and Migrancy* (164-183). Londres-Nueva York: Routledge.
- JAMES, A.; HOCKEY, J. L., y DAWSON, A. H. (eds.) (1997). *After Writing Culture: Epistemology and Praxis in Contemporary Anthropology*. Londres-Nueva York: Routledge.
- JAMESON, F. (1998) [1993]. «Sobre los 'Estudios Culturales'». En JAMESON, F., y ZIZEK, S. *Estudios culturales. Reflexiones sobre el multiculturalismo* (69-136). Buenos Aires: Paidós.
- JÓHANNESDÓTTIR, G. (2010). «Landscape and aesthetic values: not only in the eye of beholder». En BENEDIKTSSON, K., y LUND, K. A. *Conversation with Landscape* (109-123). Farnham, Surrey: Ashgate.
- KING, P. (2008). *In Dwelling: Implacability, Exclusion and Acceptance*. Aldershot: Ashgate.
- KOOLHAAS, R. et. al. (dirs.) (2001). *Mutaciones*. Barcelona: ACTAR-Arc en rêve centre d'architecture.
- KUHN, T. (1971) [1969]. *La estructura de las revoluciones científicas*. México: FCE.
- KUSCH, R. (2013) [1975]. *La negación en el pensamiento popular*. Rosario: EFR.

- LAPOUJADE, D. (2002) [1998]. «William James, del campo trascendental al nomadismo obrero». En ALLIEZ, E. (comp.). *Gilles Deleuze. Una vida filosófica* (113-119). Barcelona: Paidós.
- LATOUR, B. (2001) [1999]. *La esperanza de Pandora. Ensayos sobre la realidad de los estudios de la ciencia*. Barcelona: Gedisa.
- . (2004) [2003]. «¿Por qué se ha quedado la crítica sin energía? De los asuntos de hecho a las cuestiones de preocupación». *Convergencia*, 35, 17-49.
- . (2008) [2005]. *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*. Buenos Aires: Manantial.
- , y WOOLGAR, S. (1995) [1979]. *La vida en el laboratorio. La construcción de los hechos científicos*. Madrid: Alianza.
- LATOUR, B., y YANEVA, A. (2008). «‘Give me a gun and I will make all buildings move’: an ANT’s view of architecture». En GEISER, R. (ed.). *Exploration in Architecture: Teaching, Design, Research* (80-89). Basel: Birkhéuser.
- LEFEBVRE, H. (1981). *La production de l’espace*. París: Anthropos.
- LÉVI-STRAUSS, C. (1970) [1962]. *El pensamiento salvaje*. México: FCE.
- LIE, R. (2009). «Comprender la hibridación. Hacia un estudio de los espacios de comunicación intercultural» [EN LÍNEA]. *CIDOB d’Afers Internacionals*, 88, 43-52. Disponible en: <www.cidob.org>.
- LINDÓN, A. (2007). «Espacialidades, desplazamientos y transnacionalismo». *Papeles de Población*, 53, 71-101.
- LINS RIBEIRO, G. (1998) [1989]. «Descotidianizar. Extrañamiento y conciencia práctica, un ensayo sobre la perspectiva antropológica». En BOIVIN, M.; ROSATO, A., y ARRIBAS, V. *Constructores de otredad* (232-237). Buenos Aires: Eudeba.
- LOMBARDO, C. (2005). *Hacia la resignificación de Casavalle, Montevideo, Uruguay; lineamientos físico-territoriales*. Santiago de Chile: CEPAL-ONU.
- LOTMAN, I. (2000) [1987]. «La arquitectura en el contexto de la cultura». En LOTMAN, I. *La semiosfera III. Semiótica de las artes y la cultura* (103-112). Madrid: Cátedra.
- LOW, S., y LAWRENCE-ZÚÑIGA, D. (eds.). (2003). *The Anthropology of Space and Place. Locating Culture*. Oxford: Blackwell.
- LOW, S., et al. (2005). *Rethinking Urban Parks. Public Space and Cultural Diversity*. Austin: University of Texas Press.
- LYNCH, K. (1998) [1960]. *La imagen de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili.
- , y SOUTHWORTH, M. (eds.) (2005) [1990]. *Echar a perder: un análisis del deterioro*. Barcelona: Gustavo Gili.
- MAGNANI, J. G. (2002). De perto e de dentro: notas para uma etnografía urbana. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 17 (49), 11-29.
- MAGRI, A. J. (2013). «El Plan Juntos de emergencia habitacional en Uruguay. Respuestas gubernamentales cuando el Estado no alcanza sus metas». *Revista de Ciencias Sociales*, 26 (32), 133-150.
- MARCIAL, R. (1996). *Desde la esquina se domina: grupos juveniles, identidad cultural y entorno urbano en la sociedad moderna*. México: El Colegio de Jalisco.
- MARCUS, G. (2001a) [1995]. «Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la etnografía multilocal». *Alteridades*, 11 (22), 111-127.
- . (2001b). «The unbalanced reciprocity between cultural studies and anthropology». En MILLER, T. *A Companion to Cultural Studies* (169-186). Malden (MASS)-Oxford: Blackwell.
- . (2008) [2007]. «El o los fines de la etnografía: del desorden de lo experimental al desorden de lo barroco» [«The end(s) of ethnography: from the messiness of the experimental to the messiness of the baroque»]. *Revista de Antropología Social*, 17, 27-48.

- MARCUS, G. y FISCHER, M. (2000) [1986]. *La antropología como crítica cultural. Un momento experimental en las ciencias humanas*. Buenos Aires: Amorrortu.
- MARGULIS, M. et. al. (1998). *Viviendo a toda: jóvenes, territorios culturales y nuevas sensibilidades*. Bogotá: Siglo del Hombre-Departamento de Investigaciones Universidad Central.
- MARTÍN-BARBERO, J. (2010). «Comunicación, espacio público y ciudadanía». *Folios*, edición especial, 37-51.
- MARTÍNEZ GUARINO, R. (ed. y comp.) (2007). *Libro blanco del Área Metropolitana (Canelones, Montevideo, San José)*. Montevideo: Programa Agenda Metropolitana-Presidencia de la República.
- MARTÍNEZ LUNA, S. (2012). «La antropología, el arte y la vida de las cosas. Una aproximación desde *Art and Agency* de Alfred Gell». *AIBR*, 7 (2), 171-196.
- MAUSS, M. (1979a) [1923/1924]. «Ensayo sobre el don. Forma y razón del cambio en las sociedades arcaicas». En MAUSS, M. *Sociología y antropología* (153-263). Madrid: Tecnos.
- . (1979b) [1936]. «Técnicas y movimientos corporales». En MAUSS, M. *Sociología y antropología* (337-357). Madrid: Tecnos.
- MAYER, A. C. (1987) [1966]. «A importância dos “quase-grupos” no estudo das sociedades complexas». En FELDMAN-BIANCO, B. (org.). *A Antropologia das sociedades contemporâneas* (127-158). São Paulo: Global.
- MÉNDEZ RUBIO, A. (2009). «La dialéctica entre interior y exterior en el espacio público» [EN LÍNEA]. *CIDOB d’Afers Internacionals*, 88, 67-87. Disponible en: <www.cidob.org>.
- MILLER, D. (ed.) (2005). *Materiality*. Durham-Londres: Duke University Press.
- . (2008). *The Comfort of Things*. Cambridge: Polity Press.
- MORDUCHOWICZ, R. (2008). «La relación de los jóvenes y las pantallas». En MORDUCHOWICZ, R. (coord.). *Los jóvenes y las pantallas. Nuevas formas de socialización* (47-68). Buenos Aires: Gedisa.
- NAHOUM, B. (comp.) (1999). *Las viviendas por ayuda mutua uruguayas: una historia con quince mil protagonistas*. Montevideo: IM-Junta de Andalucía.
- NAVARO-YASHIN, Y. (2012). *The Make-Believe Space. Affective Geographic in a Postwar Polity*. Durham-Londres: Duke University Press.
- NETTING, R.; WILK, R., y ARNOULD, E. (1984). «Presentation». En NETTING, R.; WILK, R., y ARNOULD, E. (eds.). *Households: Comparative and Historical Studies of the Domestic Group* (xi-xxxviii). Berkeley-Los Ángeles-Londres: University of California Press.
- NORBERG-SCHULZ, Ch. (1984) [1979]. *Genius loci: Towards a Phenomenology of Architecture*. Nueva York: Rizzoli.
- OLIVERA CHIRIMINI, T. (2005). «Expresiones culturales de los afro-rioplatenses». En *Memoria del Simposio La Ruta del Esclavo en el Río de la Plata: Su Historia y Sus Consecuencias* (163-171). Montevideo: Unesco.
- OLWIN, K. (2001). «Landscape as a contested topos of place, community, and self». En ADAMS, P.; HOELSCHER, S., y TILL, K. E. (eds.). *Textures of Place. Exploring Humanist Geographies* (93-117). Mineápolis-Londres: University of Minnesota Press.
- ORO, A. P., y SCURO, J. (2013). «El aporte de Renzo Pi Hugarte sobre la transnacionalización religiosa entre Brasil y Uruguay». *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay*, 11, 23-36.
- PAUL-LÉVY, F., y SEGAUD, M. (1983). *Anthropologie de l’espace*. París: Centre Georges Pompidou-CCI.
- PELLI, V. S. (2007). *Habitar, participar, pertenecer. Acceder a la vivienda: incluirse en la sociedad*. Buenos Aires: Nobuko.
- PERROT, M. (2011) [2009]. *Historia de las alcobas*. México: FCE-Siruella.
- PEZEU-MASSABUAU, J. (1988) [1983]. *La vivienda como espacio social*. México: FCE.
- . (2012) [2004]. *A Philosophy of Discomfort*. Londres: Reaktion Books.

- PICHON-RIVIÈRE, E. (1985). *El proceso grupal. Del psicoanálisis a la psicología grupal*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- PINTOS, M. (2008). «La familia, definiciones generales, discusión». En DI PAULA, J., y ROMERO GORSKI, S. (eds.). *Producción familiar, intergeneracional e informal de vivienda. Estudio interdisciplinario* (74-79). Montevideo: REAHVI-Udelar.
- POPPER, K. (1975) [1965/1970]. «La ciencia normal y sus peligros». En LAKATOS, I., y MUSGRAVE, A. (eds.). *La crítica y el desarrollo del conocimiento* (149-158). Barcelona: Grijalbo.
- PRYKE, M. (2005) [1999]. «City rhythms: neo-liberalism and developing world». En ALLEN, J.; MASSEY, D., y PRYKE, M. (eds.). *Unsettling Cities. Movement/Settlement* (238-283). Londres-Nueva York: Routledge-The Open University.
- RABINOW, P. (2003). *Anthropos Today. Reflections on Modern Equipment*. Princeton: Princeton University Press.
- . (2009) [2006]. «Pasos hacia un laboratorio antropológico» [EN LÍNEA]. *Revista de Antropología Experimental*, 9, 137-151. Disponible en: <<http://revista.ujaen.es/huesped/rae>>.
- , et al. (2008). *Designs for an Anthropology of the Contemporary*. Durham (NC): Duke University Press.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R. (1986) [1940/1969]. «Sobre las relaciones burlescas». En RADCLIFFE-BROWN, A. R. *Estructura y función en la sociedad primitiva* (107-122). Barcelona: Planeta-Agostini.
- RAPOPORT, A. (1969). *House Form and Culture*. Englewood Cliffs (NJ): Prentice Hall.
- RAPPAPORT, J. (2008). «Beyond participant observation. Collaborative ethnography as theoretical innovation». *Collaborative Anthropologies*, 1, 1-31.
- RENFREW, D. (2007). «We are all contaminated». *Lead poisoning and urban environmental politics in Uruguay*. Tesis de doctorado en Antropología, Binghamton University, State University of New York, Nueva York.
- RICO, Á. (2004). La dictadura, hoy. En MARCHESI, A. MARKARIAN, V. RICO, Á. y YAFFÉ, J. (comp.), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado en Uruguay* (222-230). Montevideo: Trilce.
- RINCÓN, O. (2006). *Narrativas mediáticas. O cómo se cuenta la sociedad del entretenimiento*. Barcelona: Gedisa.
- RIZEK, C. SALIBA, y BARROS, Y. DA SILVA. (2006). «Mutirões autogeridos: construyendo e deconstruyendo sociabilidades». En FRÚGOLI JR., H.; TEIXEIRA DE ANDRADE, L., y PEIXOTO, F. ARÊAS (orgs.). *As cidades e seus agentes: práticas e representações* (377-401). Belo Horizonte: PUC Minas-Edusp.
- ROLNIK, R. (1997). *A cidade e a lei: legislação, política urbana e territórios na cidade de São Paulo*. São Paulo: Studio Nobel.
- ROMERO GORSKI, S. (1995). «Una cartografía de la diferenciación cultural en la ciudad: el caso de la identidad cerrense». En GRAVANO, A. (comp.). *Miradas urbanas, visiones barriales. Diez estudios sobre antropología urbana sobre cuestiones barriales en regiones metropolitanas y ciudades intermedias* (89-122). Montevideo: Nordan Comunidad.
- . (2011). «Punto de vista antropológico sobre temas de la ciudad». *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2010-2011*, 195-206.
- ROSALDO, R. (1991) [1989]. *Cultura y verdad. Nueva propuesta de análisis social*. México: Grijalbo.
- ROSTAGNOL, S. (2003). «Representaciones y prácticas sobre sexualidad y métodos anticonceptivos. Hombres de sectores pobres urbanos». *Anuario de Antropología Social y Cultural en Uruguay 2002-2003*, 39-55.
- SALCEDO FIDALGO, A., y ZEIDERMAN, A. (2008). «Antropología y ciudad: hacia un análisis crítico e histórico». *Antípoda*, 7, 63-97.

- SÁNCHEZ GÓMEZ, J. (2010). «De bastión español a símbolo de la libertad. Montevideo en los tiempos de la ciudad amurallada 1725-1850/1870». En SÁNCHEZ GÓMEZ, J., y SANTOS PÉREZ, J. M. (eds.). *«De urbe indiana»: ensayos sobre ciudades y urbanismo en Brasil y en la América hispana* (141-186). Salamanca: Ediciones Universidad de Salamanca.
- SANMIGUEL, P. E. (2005). «Lo privado, lo público, el sujeto y el individuo. Comentarios desde el psicoanálisis». En LOZANO AYALA, A. (ed.). *Hacia una definición de lo público* (16-24). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- SAWAIA, B. (org.) (2009) [1999]. *As artimanhas da exclusão. Análise psicossocial e ética da desigualdade social*. Petrópolis: Vozes.
- SEGALEN, M. (1996) [1986]. *Historical Anthropology of the Family*. Cambridge: Cambridge University Press.
- SFEZ, L. (1995) [1988]. *Crítica de la comunicación*. Buenos Aires: Amorrortu.
- SILVA, A. (2007). «La ciudad como comunicación» [EN LÍNEA]. *Diálogos de la Comunicación*, 74. Disponible en: <<http://www.dialogosfelafacs.net/articulos-cul-23ArmandoSilva.php>>.
- SIMMEL, G. (2005) [1903]. «La metrópolis y la vida mental» [EN LÍNEA]. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 4. Disponible en: <www.bifurcaciones.cl>.
- SLOTERDIJK, P. (2011) [2001]. «Al *Dasein* le es propia una tendencia esencial a la cercanía» [nota marginal sobre la doctrina de Heidegger del lugar existencial]. En SLOTERDIJK, P. *Sin salvación. Tras las huellas de Heidegger* (263-268). Madrid: Akal.
- SLUZKI, C. (1995). «De cómo la red social afecta a la salud del individuo y la salud del individuo afecta a la red social». En DABAS, E., y NAJMANOVICH, D. (coords.). *Redes. El lenguaje de los vínculos. Hacia la reconstrucción y el fortalecimiento de la sociedad civil* (114-123). Buenos Aires: Paidós.
- SOJA, E. W. (2008) [2000]. *Postmetrópolis. Estudios críticos sobre las ciudades y las regiones*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- SORKIN, M. (ed.) (2004) [1992]. *Variaciones sobre un parque temático. La nueva ciudad norteamericana y el fin del espacio público*. Barcelona: Gustavo Gili.
- STOCKING, G. W. Jr. (edit.) (1983) *Observers Observed. Essays on Ethnographic Fieldwork*. Madison: The University of Wisconsin Press.
- STRATHERN, M. (1991) [1987]. «Fuera de contexto. Las ficciones persuasivas de la antropología». En REYNOSO, C. (comp.). *El surgimiento de la antropología posmoderna* (214-274). México: Gedisa.
- SUÁREZ DE GARAY, M. E. (2005). «Armados, enrejados, desconfiados... tres breves lecturas sobre la cultura policial mexicana». *Política y Sociedad*, 42 (3), 87-102.
- TAUSSIG, M. (1995) [1992]. *Un gigante en convulsiones. El mundo humano como sistema nervioso en emergencia permanente* [*The Nervous System*]. Gedisa: Barcelona.
- TUAN, Y-F. (2007) [1974]. *Topofilia. Un estudio de las percepciones, actitudes y valores sobre el entorno*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina.
- VALLADARES, L. DO PRADO (org.) (2005). *A Escola de Chicago. Impacto de uma tradição no Brasil e na França*. Belo Horizonte-Río de Janeiro: UFMG-IUPERJ.
- VAUGHAN MOPPETT, M. M. (2014). «La subjetividad en el lenguaje político del presidente Mujica. La construcción de su relato» [EN LÍNEA]. *V Congreso Uruguayo de Ciencia Política, AUCP*. Disponible en: <http://aucip.org.uy/docs/v_congreso/ArticulospresentadosenVcongresoAucip/ATI5-PoliticaCulturaIdeologiaDiscursos/MoniqueVaughan_LaSubjetividad.pdf>.
- VELASCO, H., y DÍAZ DE RADA, A. (1997). *La lógica de la investigación etnográfica*. Madrid: Trotta.
- VELÁZQUEZ, O., y MORRONI, W. (2014). «¿Proyectos de alto impacto versus ordenamiento territorial? El oeste de Montevideo». En ACOSTA, Y. et al. (coords.). *Sujetos colectivos, Estado y capitalismo en Uruguay y en América Latina. Perspectivas críticas* (205-217). Montevideo: EI-Udelar-Trilce.
- WAAGE, E. (2010). «Landscape as conversation». En BENEDIKTSSON, K., y LUND, K. A. *Conversation with Landscape* (45-58). Farnham, Surrey: Ashgate.

- WACQUANT, L. (2007) [2006]. *Los condenados de la ciudad. Guetos, periferias y Estado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- WATZLAWICK, P.; BEAVIN BAVELAS, J., y JACKSON, D. D. (2002) [1967]. *Teoría de la comunicación humana. Interacciones, patologías y paradojas*. Barcelona: Herder.
- WHITE, W. F. (2005) [1943/1993]. *Sociedade de esquina. A estrutura social de uma área urbana pobre e degradada* [Street Corner Society. (*The Social Structure of an Italian Slum*)]. Río de Janeiro: Zahar.
- WINKIN, Y. (1994) [1981]. *La nueva comunicación*. Barcelona: Kairós.
- WIRTH, L. (2005) [1938]. «El urbanismo como modo de vida» [EN LÍNEA]. *Bifurcaciones. Revista de Estudios Culturales Urbanos*, 2. Disponible en: <www.bifurcaciones.cl/002/bifurcaciones_002_reserva.pdf>.
- WOLLRAD, D. (1999). «Introducción». En CARRIÓN, F., y WOLLRAD, D. (comps.). *La ciudad, escenario de comunicación* (11-20). Quito: Friedrich Ebert-FLACSO.
- YANEVA, A. (2012). *Mapping Controversies in Architecture*. Farnham: Ashgate.
- ZIBECHI, R. (2008). *Territorios en resistencia. Cartografía política de las periferias latinoamericanas*. Buenos Aires: Lavaca.

Otras fuentes

- «Acto cierre de campaña del Espacio 609» (2014) [EN LÍNEA]. *VTV*. Disponible en: <<http://www.vtv.com.uy/acto-cierre-de-campana-del-espacio-609/>>.
- BUSTAMANTE, M. (2010). «Plan Juntos será presentado con obras en asentamientos 1.º de Mayo y Colagel» [EN LÍNEA]. Portal *La Red 21*, 30 de octubre. Disponible en: <<http://www.lr21.com.uy/politica/429778-plan-juntos-sera-presentado-con-obras-en-asentamientos-1-de-mayo-y-colagel>>.
- Cacopardo, A. (2010). «Historias debidas - Lucía Topolansky» [EN LÍNEA]. *Canal Encuentro*. Disponible en: <<http://encuentro.gob.ar/programas/serie/8062/1003?temporada=3>>.
- «Entrevista al diputado Raúl Sendic del Movimiento 26 de Marzo» (2004) [EN LÍNEA]. *CX36 Radio Centenario 1250 AM*, junio. Disponible en: <http://www.radio36.com.uy/entrevistas/2004/06/090604_sendic.htm>.
- «Entrevista a José Mujica, presidente de Uruguay, en Los Desayunos» (2013) [EN LÍNEA]. *RTVE.es*, 31 de mayo. Disponible en: <<http://www.rtve.es/alacarta/videos/los-desayunos-de-tve/entrevista-jose-mujica-presidente-uruguay-desayunos/1847647/>>.
- ESMORIS, M. (2002). «Villa del Cerro, identidad y fractura. Una experiencia de cartografía» [EN LÍNEA]. *Gestión Cultural*. Disponible en: <http://www.gestioncultural.com.uy/vinculos/ESMORIS_Villadelcerro.pdf>.
- Fundación Juntos Uy. «Plan Socio-Habitacional Juntos» [EN LÍNEA]. *Fundación Juntos Uy*. Disponible en: <juntos.org.uy>.
- Intendencia de Montevideo (IM) (2012). Decreto N.º 34.250. Declarar ruinosas las construcciones existentes en los predios ubicados en Avda. Dr. Carlos María Ramírez N.º 1470 (Usinas Colagel s. A.) [EN LÍNEA]. *Intendencia de Montevideo*. Disponible en: <<http://www.montevideo.gub.uy/asl/sistemas/Gestar/resoluci.nsf/de053405568724cf832575ae004fo467/1bff4cf49ff0bd9883257a4do05752a9?OpenDocument&Highlight=0,Colagel>>.
- Junta Departamental de Montevideo (1995). Resolución 6046. Manifestación de preocupación por la situación que atraviesa Usinas Colagel S. A. [EN LÍNEA]. *Junta Departamental de Montevideo*. Disponible en: <<http://www.juntamvd.gub.uy/es/archivos/decretos/8251-6046.htm>>.

- La Juventud (2004). «El Uruguay olvidado. La Cachimba del Piojo desafiante no se da por vencida» [EN LÍNEA]. *CX36 Radio Centenario 1250 AM*. Disponible en: <http://www.radio36.com.uy/en-trevistas/2004/03/030304_cachimba.htm>.
- «MIDES: Por acceder a Plan Juntos no se retira tarjeta Uruguay Social» (2013) [EN LÍNEA]. *La Red 21*, 10 de julio. Disponible en: <<http://www.lr21.com.uy/comunidad/1115787-mides-por-acceder-a-plan-juntos-no-se-retira-tarjeta-uruguay-social>>.
- «MIDES quita tarjeta «Uruguay Social» a quienes acceden a vivienda del Plan Juntos» (2013) [EN LÍNEA]. *La Red 21*, 9 de julio. Disponible en: <<http://www.lr21.com.uy/comunidad/1115511-mides-quita-tarjeta-uruguay-social-a-quienes-acceden-a-vivienda-de-plan-juntos>>.
- Ministerio de Desarrollo Social (Mides) (2013). *Reporte social 2013. Principales características del Uruguay social*. Montevideo: Mides.
- «Mujica subastará guitarra para Plan Juntos» (2013) [EN LÍNEA]. *Montevideo Portal*, 9 de octubre. Disponible en: <<http://www.montevideo.com.uy/Noticias/Mujica-subastara-guitarra-para-Plan-Juntos-uc215803>>.
- Municipio A (2011). «Cachimba del Piojo» [EN LÍNEA]. *Municipio A*. Disponible en: <<http://municipioa.montevideo.gub.uy/node/227>>.
- «Mural por Verdad y Justicia» (2009) [EN LÍNEA]. *Esquina Montevideo*, 18 de octubre. Disponible en: <<http://esquinamontevideo.blogspot.com/2009/10/uruguay-mural-por-verdad-y-justicia.html>>.
- Poder Legislativo (2011). Ley 18.829 Plan Nacional de Integración Socio-Habitacional «Juntos» [EN LÍNEA]. *Parlamento del Uruguay*. Disponible en: <<http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.asp?Ley=18829&Anchor=>>>.
- «Preparate pa'l domingo. Acto de cierre de campaña de Espacio 609» (2014) [EN LÍNEA]. *Montevideo Portal*, 19 de octubre. Disponible en: <<http://www.montevideo.com.uy/auc.aspx?250297,245>>.
- Programa de Mejoramiento de Barrios (PMB) (2010). «Cerro Norte» [EN LÍNEA]. *PMB*. Disponible en: <<http://pmb.mvotma.gub.uy/barrios/cerro-norte>>.
- ROJAS, A. (2012). «En torno al Plan Juntos» [EN LÍNEA]. *Portal Municipio A, Intendencia de Montevideo*, 11 de setiembre. Disponible en: <<http://municipioa.montevideo.gub.uy/en-torno-al-plan-juntos>>.
- SCHEPS, G. (2012). «Nota del decano de la Facultad de Arquitectura al presidente de la República» [EN LÍNEA]. *Patio: Boletín Facultad de Arquitectura*, 27 de diciembre. Disponible en: <<http://www.farq.edu.uy/patio/novedades/nota-del-decano-de-facultad-al-presidente-de-la-republica.html>>.
- ZABALZA, J. (2012). «Agosto de 1994» [EN LÍNEA]. *Semanario Voces*, 10 de agosto. Disponible en: <<http://www.voces.com.uy/articulos-1/agostode1994porjorgezabalza>>.

Filmografía

HUSTWIT, G. (2011). *Urbanized*. Londres: Swiss Dots Ltd.

